

Mariano Lebrón Saviñón

HISTORIA DE LA CULTURA
DOMINICANA

TERCER TOMO



Santo Domingo, R.D.
1982

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

Dibujo de la portada, de Ernesto Valor. Tomado de la Revista de la
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires,
Argentina.

© 1982, Univ. Nac. P. Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.

INDICE

CAPITULO XIX	7
Historia de las primeras décadas del siglo XX. Bolos y Coluos. Ramón Cáceres. De nuevo el caos. Préstamos y crisis financieras. Ocupación Norteamericana. Días de luto. De Horacio Vásquez a Trujillo.	
CAPITULO XX	57
El modernismo en Santo Domingo. Modernismo Santo Domingo.	
CAPITULO XXI	139
Elspostumismo. El vedhrinismo. Moreno Jiménez y el postumismo. Elementos de la poesía de Moreno. La métrica en Moreno. La poesía de amor en Moreno. La muerte en Moreno. Otros aspectos del postumismo. Otros poetas que pasaron por el postumismo.	
CAPITULO XXII	229
Nuevos elementos de la Cultura Dominicana. Intelectuales de club y salón. Extranjeros en Santo Domingo. Dos españoles ejemplares. Otros extranjeros ilustres. La guerra civil española. Los primeros refugiados españoles. Pintores y escultores españoles. Refugiados de la Europa Central. Teatro Extranjero en Santo Domingo (1905-1929). Operas, operetas y zarzuelas. Operas en Santo Domingo. Esfuerzos dominicanos. Los juegos florales. Un cubano en Santo Domingo.	

CAPITULO XIX

HISTORIA DE LAS PRIMERAS DECADAS DEL SIGLO XX



A muerte de Lilís trae la revolución destinada al desmoronamiento total del régimen, encarnado ahora por el Vicepresidente Wenceslao Figuereo, quien quedó al frente del Gobierno. Los magnicidas, con Horacio Vásquez a la cabeza, se fueron a la insurrecta ciudad de San Francisco de Macorís, avanzando por el Cibao, hasta constituir un Gobierno provisional en Santiago de los Caballeros.

Figuereo renunció. Algunos lilisistas creyeron que podían seguir manteniendo las ya carcomidas columnas del régimen. Pero la creciente inquietud presagiaba lo contrario.

En la Capital, las muchedumbres desfogaron su pasada humillación apedreando las casas de los partidarios del titán caído. Las cosas no llegaron a represiones cruentas, porque la Junta Revolucionaria que se formó, atemperó los ánimos, calmando la ciudad de Santo Domingo y llamando a la cordura cuando el Gobierno Provisorio se instaló allí. (1)

Al amparo de la nueva situación, empezaron a regresar, henchidos de esperanzas y de una nueva fe en el porvenir, miles de expulsos que venían con un optimismo ilusorio, pues políticos de cuño caudillista, como Ignacio María González, regresaron con su sempiterna refacción de intrigas.

El Gobierno Provisorio, sin embargo, estuvo a la altura de las circunstancias: tomó medidas orientadoras y llamó a elecciones. Salieron elegidos Don Juan Isidro Jimenes para la presidencia y el General Horacio Vásquez para la vicepresidencia. Juntos estaban, por primera vez, los dos líderes que por casi dos décadas iban a encarnar el antagonismo político caudillista, refugiado en los dos partidos: los *bolos* y los *colúos*, que sustituyeron a los pasados *azules* y *rojos*.

Juan Isidro Jimenes era de temperamento liberal: levantó un estandarte de tolerancia a los vientos de la libertad, a cuyo amparo cesaron las persecuciones políticas y pudo formarse un nuevo partido, el *Republicano* (2) cuyos cánones de elevados principios inquietaron al vicepresidente Vásquez. Y esta paz no duró.

El 26 de enero de 1902 estalló la revolución dirigida por el propio vicepresidente. Era como si los lobeznos de la loba política se devoraran entre sí. Como reguero de pólvora creció la marejada de disidentes. Se abrió el camino a una dinastía de guerreros valientes y arriesgados que hicieron de las revoluciones su régimen de interés. (3) Y el Presidente Jimenes dimitió entregando la Capital a los revolucionarios. Las otras ciudades se entregaron (la última Puerto Plata) y el General Horacio Vásquez volvió a ejercer la interinidad de la primera magistratura.

BOLOS Y COLUOS

El gallo, rijoso animal, sirvió de símbolo a los dos partidos que se formaron: los jimenistas se agruparon en torno a los llamados *bolos* (gallos sin cola) y los horacistas fueron los *colúos* (coludos, cola larga o con cola). Todavía nuestros abuelos recuerdan con nostálgico fanatismo la gloria y la prestancia de su líder (Vásquez o Jimenes) y el calor de sus revoluciones.

La pugna de estos dos partidos y el fanatismo insensato de sus adeptos fueron la viva expresión del caudillismo dominicano en estos primeros años del siglo.

El Presidente Vásquez tuvo que luchar enconadamente para mantenerse, ya que prácticamente no hubo un día de paz. La llamada *Revolución de la Línea o de los ocho meses*, donde algunos generales como Demetrio Rodríguez, Desiderio Arias y Aquiles Rodríguez hicieron prodigios de valor estéril, sin dar treguas al Gobierno, impedía que el país alcanzara su verdadera estabilidad. A duras penas podía mantenerse la paz que se manifestaba con desesperante precariedad.

Entonces surgió el golpe del 23 de marzo de 1903, sangriento y doloroso, cuyas peripecias oímos contar más de una vez a viejos que vivieron aquella tremenda jornada. He aquí como resume este hecho el historiador Bernardo Pichardo:

“Constituye la realización de este golpe, digámoslo así sin apasionamiento, uno de los gestos más audaces que registra la historia de nuestras azarosas contiendas políticas.

En combinación con unas fuerzas de Azua que custodiaban la Fortaleza de Santo Domingo, dio el grito de rebelión acompañándolo de un disparo en el patio de la misma ciudadela, el General Remigio Zayas, instante que aprovecharon los detenidos políticos para abandonar sus celdas revolver en mano, y empeñar una sangrienta lucha en aquel sitio.

Mientras todo eso ocurría en el interior del recinto militar, un grupo de revolucionarios asaltó la puerta de la Fortaleza, y otro, a las órdenes del General Pedro Pepín, tomó también por la fuerza los cuarteles de la Policía Gubernativa, situados en los bajos de la Gobernación, edificio donde actualmente se encuentra instalada la Escuela Correccional.

Heridos en el local de la Comandancia de Armas el General Manuel de Jesús Castillo, Jefe Militar de la Plaza y varios de sus compañeros, donde cayeron también muertos del

grupo de los conjurados los señores Manuel de Jesús Peña Cifré, Andrés Carrasco y otros, los revolucionarios quedaron dueños del campo y se apoderaron del Arsenal que, una vez abierto, suministró al numeroso presidio criminal armas y municiones, que no sólo utilizó en ayudar a la revolución sino también en perpetrar, cuando se vio en la calle, crímenes personales espantosos.

Al iniciarse este acontecimiento, es decir, al sonar los primeros disparos, tanto el Ministro de Guerra como el Gobernador de la provincia y el Jefe del Estado Mayor del Presidente Provisional de la República, generales Miguel Andrés Pichardo, Casimiro N. de Moya y Manuel Joaquín Echenique, respectivamente, corrieron hacia la Gobernación, acompañados de varios amigos, con el intento de hacerse fuertes allí; pero fueron repelidos por las descargas que se le hicieron, perdiendo la vida, en su porfiado propósito de avance, el último, el malogrado joven Echenique.

Debemos consignar que el crucero "Independencia", surto en la ría, a donde acudió su comandante, el señor Catrain, cañoneó a los insurreccionados de la Fortaleza.

La lucha se inició a las 1 p. m. y ya a las siete de la noche, sitiados en el Baluarte del Conde, tuvieron que capitular los ministros Pichardo y Guzmán y el Gobernador, General de Moya.

En los consulados y legaciones se asiló un gran número de los vencidos.

Logró tomar el camino de San Pedro de Macorís el General Luis María Hernández Brea, Gobernador de aquel Distrito, donde se organizaron numerosas fuerzas de acuerdo con el General Julián Zorrilla, Gobernador de la provincia del Seybo" (4)

Dueño de la capital el General revolucionario Alejandro Woss y Gil, la atrincheró fuertemente en espera del ataque del Presidente de la República, el aguerrido General Horacio Vásquez, quien pasó triunfalmente por la región del Este hasta sitiar la Capital.

La guerra se intensificó en el barrio de Villa Duarte, defendido por los generales gobiernistas Casimiro Cordero y Zenón Ovando, contra el intrépido rebelde Pedro Pepín.

“Los actos de valor realizados durante este combate por el General Pepín, y luego al verse obligado a repasar en derrota el río Ozama, de haber sido prodigados en los días gloriosos de nuestras cruzadas libertadoras, le habrían conquistado las épicas consagraciones del mármol o del bronce...

Fueron tales la mortandad y el número de heridos que quedaron en las calles de Villa Duarte que, con el beneplácito y respeto de sitiados y sitiadores, se creó un Cuerpo de Cruz Roja, que se ocupó durante muchas horas en sepultar cadáveres y trasladar heridos a la ciudad”. (5)

En otro barrio de la ciudad, el de San Carlos, los combates no eran menos enconados, hasta que ese trágico 12 de abril de 1903, tras ocho horas de aquelárrica lucha, el fuego empezó a devorar, con sus ardientes lenguas, las residencias de los antiguos descendientes canarios que vivían en paz en aquella colectividad. En medio de las humeantes pavesas de aquellas ruinas del crimen, sólo quedó erguida, como una protesta petrificada, la iglesia de San Carlos.

La ira se hizo ritmo y protesta sonora en las estrofas de un poeta, Enrique Henríquez, quien escribió su elegíaco *Miserere*, ante esta tremenda devastación inenarrable.

La lucha siguió con sañuda crueldad cuando desde el Cibao vino el General Aquiles Alvarez, con el objeto de reforzar a los que sitiaban la ciudad de Santo Domingo, y preparó el asalto

final, exclamando al ver pasar por su lado las balas de cañón de los sitiados: “¡Nuestros enemigos nos saludan porque saben que ha llegado un macho! ”.

Este asalto final adquirió proporciones de hecatombe. Todavía cedamos la palabra a B. Pichardo, cuyo estilo conciso y elocuente puede dar una idea de aquella jornada:

“El 18 de abril, a las seis de la mañana, comenzó el ataque. Tomó el General Cordero la trinchera de la calle Palo Hincado, de donde a poco tuvo que retirarse mortalmente herido; colérico pereció Antonio Hernández al tomar de frente, sable en mano, la barricada del extremo Sur de la calle Padre Billini, que vomitaba la muerte; descendió de lo alto de la muralla que ya había escalado el denodado Aquiles Alvarez, quien todavía en las contorsiones de la agonía envió un mensaje verbal de adhesión a su Jefe y un postrer voto de recordación para el hogar lejano; y, herido en el vientre, pudo salvarse milagrosamente Eliseo Cabrera, para llevar al Cuartel General la noticia del desastre...” (6)

Al fin el sitio se levantó. La Revolución se hizo dueña del país y exaltó a la presidencia a un *bolo*, el General Alejandro Woss y Gil, quien al celebrar las elecciones fue confirmado en el poder.

Los *colúos* no se sintieron felices con este presidente *jimenista* y conspiraron en favor de su caudillo Horacio Vásquez.

El 24 de diciembre de 1904 estalló la revolución en Puerto Plata: se llamó *Revolución unionista*, porque por uno de esos raros complejos tropicales de nuestra América Hispana, estaban ahora juntos horacistas y jimenistas. Allí estaban juntos, pero más separados que nunca.

Un antiguo sacerdote, pugnaz y hábil, que ahorcó los hábitos para dedicarse a la política, el General Carlos Morales Languasco, era presidente, más inclinado a los *colúos* que a los *bolos*, según la apreciación de estos últimos. Y mientras parecía

reinar la paz — la paz de tremedal que hierve en sus entrañas pese a la abisal tranquilidad de su superficie — el país entero se levantó en armas. Otra vez, ante la angustia estremecida del alma, la atribulada ciudad de Santo Domingo volvió a ser sitiada. La llama tendió sus tentáculos de odio hasta San Pedro de Macorís, defendido por Eliseo Cabrera y hacia donde marchaba el invencible Demetrio Rodríguez. En la sabana de Los Montoenes se libró la batalla, triunfo de Rodríguez, donde perdió la vida Eliseo Cabrera. (7)

El sitio de la Capital fue largo y cruel. No pasaba un solo día sin que se peleara. Los adolescentes y jóvenes capitaleños, con peligroso placer deportivo, abandonaban sus hogares, ante la angustia paterna; y empuñaban el fusil para defender las trincheras, donde se veía, activa y eufórica, la figura del General Zenón Ovando, animando las tropas.

Se luchaba en Azua, Barahona, San Cristóbal, San Pedro de Macorís...

El barrio de Villa Duarte, implacablemente, era un aquelarre de atronador cañoneo, surgiendo un peligroso incidente con un barco americano que afortunadamente, tuvo buena solución. (8)

En el Cibao las operaciones alcanzaron dimensiones gigantescas. En la Línea el intrépido Demetrio Rodríguez mantenía vivo el incendio insurreccional, luchando contra otros valerosos como Quirico Feliú y Raúl Cabrera, defensores del Gobierno. (9)

Por fin reinó la paz y se convocó a elecciones. Fueron elegidos el General Carlos Morales Languasco para presidente y Ramón Cáceres para vicepresidente. Morales quiso imprimirle cierta directiva progresista a su gobierno, pese a las duras presiones de los colúos, es decir, del elemento horacista que se sentía muy poco favorecido en estas circunstancias. Para complacerlo, Morales se sintió obligado a prescindir de personas idóneas, como su Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Lic.

Pelegrín Castillo y el honesto Ministro de Hacienda y Comercio, Federico Velásquez y Hernández (10), para favorecer a los amigos de Horacio Vásquez y de su primo Ramón Cáceres.

Al fin el Presidente Morales reaccionó contra la creciente influencia del horacismo y ésto le costó la presidencia. (11)

RAMON CACERES

Caído el jimenista Morales, subió a la presidencia el horacista Ramón Cáceres. Cáceres provenía de las filas de los *colúos*, pero tenía su propio criterio, y desde el principio quiso hacer un gobierno democrático y liberal. Había dirigido el magnicidio que ultimó la tiranía de Lilís, y llegó a la presidencia en un país ensangrentado por los odios, lleno de caudillos en busca de ventajas y en el que estaban muy frescas las llagas, y nigérrimo el luto provocado por las contiendas fratricidas.

Fue su primera medida la pacificación del país. En posesión ya de la paz, aunque valedera, trató de gobernar honestamente y le imprimió a su mandato cierta trayectoria progresista.

Durante el año 1907, a instancias del Casino de la Juventud, se celebró en la ciudad de Santo Domingo la *Exposición Nacional*, donde se destacó la gran importancia del agro y su prodigalidad en tiempo de paz. Todo parecía augurar tiempos mejores para la patria y daba la impresión de que al fin el pueblo anheloso de tranquilidad tomaba el camino de la sensatez, cuando en 1908, en las elecciones, exaltaron al propio General Ramón Cáceres para un nuevo período. El balance de su gestión anterior había sido positivo: "se construyeron carreteras, estaciones radiotelegráficas, líneas férreas, importantes puentes; se realizaron estudios científicos para la irrigación de regiones abrasadas por la esterilidad; se crearon granjas escuelas, se científicaron las estadísticas, se protegió y patrocinó la publicación de obras literarias nacionales, se reedificaron los edificios públicos, se mejoraron las redes telegráficas y telefónicas y dentro de un plan de regularización

económica, se mejoró la condición de la burocracia oficial, gozando, además, la justicia, de un prestigio no alcanzado ni antes ni después.” (12)

En su nuevo período Cáceres se dedicó a la organización de los institutos castrenses, las cárceles, así como a la exaltación de la cultura. (13)

No fueron todo lo tranquilos que era dable esperar los cinco años del Gobierno de Cáceres. Desde temprano la díscola rijosidad de los eternos descontentos se dejó sentir. Primero fue el infructuoso levantamiento en San Pedro de Macorís del guerrillero Zarzuela, en el que perdió la vida — en 1906 — y luego, en el mismo año, la actitud revolucionaria, en Barahona, del General Canario de la Rosa, cruelmente reprimida por el General Zenón Ovando.

La paz logró mantenerse en medio de la intranquilidad, hasta que ocurrió el asesinato del Presidente, hecho insólito y nefasto, que cortó en flor un interesante ensayo de democracia que pudo dar sazonados frutos.

¿Por qué se asesinó al General Ramón Cáceres?

“... pronto — dice Marrero Aristy — iban a ser interrumpidas de nuevo las actividades de la vida normal en la República por sucesos del peor género. Al comienzo del año 1910, el General Horacio Vásquez, ya fuera por rencor hacia el Ministro Velásquez, con el que había roto bruscamente hacía algún tiempo, ya por incomprensión o envidia ante el creciente prestigio de su primo y segundo hombre de su partido, rompió públicamente con el General Cáceres, escribiendo desde los Estados Unidos una carta en la que invitaba al Presidente a cambiar su política, y copias de cuyo texto fueron repartidas entre numerosas personas.

Evidentemente la prolongada postergación del caudillo principal del partido en el poder, comenzaba a hacérsele a éste insoportable, sobre todo cuando Cáceres se había

emancipado totalmente en cuanto se relacionaba con la elección de sus colaboradores y con la adopción de métodos para abordar los problemas nacionales más importantes.

Numerosos intentos de revolución comenzaron a producirse como derivación de la ruptura entre los dos principales hombres del horacismo, lo que Cáceres pudo dominar fácilmente, pero este mismo hecho, lejos de poner fin a las conspiraciones lo que hizo fue estimular a un grupo cada vez más creciente de horacistas para dedicarse a la tarea de preparar las revueltas.

Desde antes de la publicación de la carta del General Vásquez, el motivo principal que venía provocando fricciones entre personajes notables del horacismo y el General Cáceres, residía en el apoyo incondicional que éste le prestaba a su Ministro de Hacienda y Comercio Federico Velásquez, quien constituía el centro de los odios del partido, por haber pasado a ser una especie de premier en el Gobierno.

A los prohombres del horacismo se les hacía insoportable la idea de pasar por la prueba que ellos consideraban humillante, de que todos los asuntos importantes que en manera administrativa se le planteaban al Presidente eran, indefectiblemente, referidos por éste a Velásquez, cuya opinión finalmente venía a ser la que daba orientación a las decisiones del primer magistrato. En esta forma la tirantez alcanzó tal magnitud que hubo un momento en el que la eliminación de Velásquez como miembro del Gabinete se convirtió en decisiva para el General Vásquez y los miembros del partido que lo seguían incondicionalmente, aunque ello no pudo modificar en nada el apoyo que Cáceres le ofrecía a su Ministro.

Velásquez había llegado a ser algo así como las manos, el cerebro y los ojos del Presidente, quien encontraba en la seriedad, laboriosidad y tenacidad de su Ministro de Hacienda, Comercio y Fomento, un excelente contrapeso a su carácter campechano y a su falta de conocimientos profundos sobre una serie de materias inherentes a sus tareas de gobernante.

Fue en tales circunstancias que la carta del General Vásquez constituyó una especie de llamada a filas de todos aquellos que se sentían dispuestos a conspirar contra el Gobierno, multiplicándose como consecuencia los planes para acabar con Cáceres y su administración.

El mayor resentido e insatisfecho contra el Presidente resultó ser el joven General Luis Tejera, cuyo temperamento exaltado fue instigado por las crecientes intrigas encaminadas a avivar el encono entre el impulsivo joven y el General Cáceres.

Tejera era una especie de líder de la juventud capitaléña, y en vez de una revolución concibió el proyecto de capturar al Presidente Cáceres para hacerlo renunciar su alto cargo y eliminarlo del tablero político, plan que se propuso poner en ejecución el 19 de noviembre de 1911 y que sólo tuvo resultados desastrosos.

Se dirigía el Presidente a Haina por la nueva carretera en una victoria tirada por un caballo, acompañado únicamente del Jefe de su Estado Mayor, Coronel Chipi Pérez, cuando antes de llegar a Güibia alcanzó a ver un automóvil detenido y al lado de éste, un grupo de hombres cerrando el paso.

No obstante haber sido advertido repetidas veces por algunos amigos del atentado que se tramaba contra su persona, Cáceres no había querido adoptar precauciones

para protegerse, y ni aun viendo a los conjurados creyó que había llegado el momento anunciado. Tampoco el auriga sospechó el suceso que se aproximaba y sin reducir la marcha del caballo siguió adelante considerando que aquellos individuos abrirían paso al coche presidencial. El único que tuvo el presentimiento de lo que iba a ocurrir fue el Coronel Pérez, quien al ver que el grupo se precipitó sobre el caballo de la victoria echando manos a las bridas del mismo, mientras la perentoria orden de "¡Ríndete preso!", era dada a Cáceres, se trabó a tiros con los asaltantes.

Siendo el Presidente un valiente experimentado y un tirador extraordinariamente certero, Pérez esperaba que él estaría disparando también cuando se arrojó del coche para protegerse en alguna forma y continuar el combate. Pero Cáceres no tuvo tiempo de sacar su revólver, alcanzado como fue por balas que lo hirieron mortalmente.

El jefe de los asaltantes era el General Luis Tejera, quien también resultó herido y posiblemente este hecho o el no tener los conjurados un plan organizado para un desenlace como aquél, causó entre ellos gran desconcierto, entregándose inmeditamente a la fuga en el automóvil que poseían, por la ruta de Haina.

El cochero ayudaba al Presidente a caminar trabajosamente hacia la residencia de don Francisco Peynado frente a la cual había ocurrido el suceso y en la que se desplomó Cáceres ya sin fuerzas para moverse.

La esposa y la madre del señor Peynado trataron de socorrer al Presidente lo mejor que pudieron y decidieron finalmente trasladarlo a la Legación de los Estados Unidos

con la idea de ponerlo a salvo de un nuevo posible ataque, pero el herido ya sólo podía balbucir un doliente “madre mía” antes de expirar sin que nada pudiera hacerse para salvarlo”. (14)

Bernardo Pichardo, en su interesante resumen, nos relata los momentos que siguieron a aquel suceso con la habitual elegancia de su estilo:

“La noche avanza y por la ciudad corre la sensacional noticia. El Consejo de Secretarios de Estado toma medidas, y a ellas concurre, ignorante de los detalles del hecho y de la participación de su hermano, el Sr. Emilio Tejera, hasta que un gesto de leal compañerismo del Secretario Velásquez advierte a un amigo la necesidad de sacar del círculo de peligros que lo rodea al joven Ministro de Fomento, que a poco sintió henchido el pecho de amarguras por la verdad de los hechos y por la tremenda noticia que subsiguientemente recibió...”

Conducido de Haina, río donde estuvo ahogándose a causa del automóvil que lo conducía, moribundo, el General Tejera fue ejecutado minutos después, no sin que protestara de ese hecho inútil el Secretario Velásquez, cuando, casi a dos pasos del sitio donde corrió para evitarlo, sonaron los disparos...

Bajo la luz de las incandescentes del alumbrado público no hubo tertulias ni comentarios aquella noche pavorosa en las calles de la Ciudad Primada.

Solo el insistente “¡quién vive!” de los centinelas turbaba la tranquilidad del espacio, y a través de las rendijas de todas las puertas y ventanas, el resplandor mortecino del quinqué advertía a los escasos transeúntes que la ciudad velaba, sobrecogida de espanto y llena de dolor...” (15)

DE NUEVO EL CAOS

La represalia que siguió al asesinato del Presidente Cáceres fue sangrienta. El dueño de la situación era el General Alfredo Victoria, Jefe del Ejército, e impuso a su tío Eladio Victoria como presidente por un lapso de dos meses. Este se apresuró a eliminar del Gabinete a los dos elementos más honestos: Emilio Tejera y Federico Velásquez y Hernández.

Carlos Morales Languasco preparó bien pronto (enero de 1912) una revolución en Puerto Rico y desembarcó por el Este; pero fracasó y los expedicionarios cayeron prisioneros. (16) Tan pronto llegó al Cibao esta noticia, se levantaron en armas desde Moca, los generales *Ciprián Bencosme* y Doroteo Rodríguez; Luis Felipe Vidal y José del Carmen Ramírez en la frontera; Desiderio Arias en la Línea Noroeste y otros elementos *colúos*, con Horacio Vásquez a la cabeza, en el centro del Cibao.

Ardió de punta a punta la República en la llama de la revolución.

El Gobierno tenía recursos para afrontar la situación; pero las cárceles estaban repletas y la angustia aparecía de nuevo en las conciencias.

En medio de este caos se llamó a elecciones y resultó elegido, como era de esperarse, el propio ciudadano Eladio Victoria.

La guerra se intensificó y alcanzó tal crudeza que a bordo del transporte de guerra estadounidense *Prairie*, llegó una Comisión yanqui, integrada por el General Mc. Intyre y Mr. Doyle. De resultas de esta intromisión, se buscó para la presidencia una persona imparcial y apolítica que asegurase la ansiada paz y se encontró al Dr. Alejandro Adolfo Nouel, Arzobispo Metropolitano, quien prestó juramento en la Santa Iglesia Catedral, el 1o. de diciembre de 1912. Sus palabras sentidas en el acto solemne de su juramentación, suenan todavía en el ámbito de la Historia como el eco de una dulce oración:

“De hinojos ante la imagen de la Patria, vengo desde hace tiempo llorando amargamente con ella su enorme desventura.

Hoy, cuando el clamor del patriotismo resonó en lo más íntimo de mi conciencia, exigiéndome el delicado encargo de llenar en lo político y social la doble misión de Padre y de Pastor, puse a su servicio todas las energías de mi corazón y todo el aliento y entusiasmo de mi alma ciudadana.

Un año de guerra ha desangrado el país y aniquilado su agricultura y su comercio. Aún humean los campos que devoró el incendio; teñida de sangre hermana se encuentra todavía la campiña que fecundó el esfuerzo; el eco de la fusilería repercute aún en las sinuosidades de nuestras selvas vírgenes; los ríos que no debieron sentirse oprimidos sino por las represas de la industria y por el peso de puentes colosales, ven correr sus aguas ensangrentadas, y por las calles de muchas villas y ciudades desfila la procesión de ciudadanos mutilados por la guerra, mientras centenares de huérfanos gimen, víctimas del desamparo y la miseria en el regazo de madres desoladas.

Semejante angustiosa crisis ha producido una perturbación en el orden social y en el orden político hasta crear un estado de cosas que no puede subsistir por más tiempo, sin peligro para nuestras instituciones de pueblo independiente y soberano, y ha traído como consecuencia inevitable una intervención extraña en nuestros asuntos interiores.

Esa guerra civil ha exaltado las pasiones, ha relajado los vínculos de la sociedad civil y abocado la República al abismo, porque la ha hecho perder el equilibrio económico y ha llegado a temerse que a la larga no podría cumplir sus compromisos internacionales... ” (17)

¿Qué rosa de esperanza se incendió, entonces, en el páramo desolado de la Patria? Sordo, el pugilato de partidos seguía perturbando el nunca tranquilo sueño de la Patria.

Enfermo de fatiga y de dolor el presidente Nouel, y desde Barahona, en donde se encontraba en busca de reposo, envió carta de renuncia al Senado, concebida en estos términos:

“No lanzo acusaciones contra nadie, pero sí rechazo las que algunos tan injustamente han propalado contra mí, y contra mi Gobierno, que no ha tenido otro propósito que el bienestar de todos...”

Penetraós, Ciudadanos Representantes, de que yo no debo falsear la elección que me hicisteis, ni la autorización condicional que me otorgó el Pontífice, cuando me permitió aceptar la Primera Magistratura del Estado.

Comprendo que por la Patria debemos sacrificar todos nuestros intereses; pero ni ella ni nadie tiene el derecho de exigirnos el sacrificio de nuestra dignidad y de nuestra conciencia...” (18)

¡Desventurado país azotado por tantos huracanes de desdichas y de rotas esperanzas!

No estuvieron horros de brotes revolucionarios ni el General José Bordas Valdez, que sustituyó al Arz. Nouel y gobernó ante una sucesión de brotes sangrientos, ni el Dr. Ramón Báez, Rector, entonces, del Instituto Profesional (19), ni la nueva administración de Juan Isidro Jimenes, que significó una vuelta al predominio *bolo*.

PRESTAMOS Y CRISIS FINANCIERAS

Era el año 1888 y gobernaba con poder omnímodo, Ulises Hereaux (Lilís). Las cosas financieras marchaban muy mal. Entonces, por intermedio de Eugenio Generoso Marchena, que

era Agente Fiscal en Europa, el Gobierno contrató con la Casa de Westendorf y Compañía, un empréstito de 770,000 libras esterlinas, poniendo como garantía nuestras cuentas aduaneras. La realización de este empréstito obligaba al pago de la deuda Harmont, realizada por Buenaventura Báez, durante el período de los seis años. Realmente, este préstamo no tenía otra razón que la de allegar fondos al Dictador para su afianzamiento en el poder. De modo que ese dinero se repartió presto entre los amigos de Lili.

En el año 1891 surgió la Improvement, compañía que recibió la transferencia de los fondos por el Gobierno dominicano. Con tal motivo viajaron en ese año a la ciudad de Santo Domingo los señores M. Weed y Charles W. Wells, de Nueva York, y celebraron varias conferencias con diferentes funcionarios gubernamentales. A su regreso a Estados Unidos de Norteamérica organizaron, bajo las leyes del Estado de New Jersey, la compañía que se llamó *Santo Domingo Improvement Company of New York*. En mayo de 1892 se transfirieron a esta Improvement las obligaciones del préstamo de la Westerdorf y Compañía. El Congreso dominicano ratificó esta transferencia en mayo de 1893.

En ese mismo año de 1892 se intentaron interesantes reformas de las finanzas dominicanas.

“Persona el General Eugenio Generoso de Marchena conocida en los círculos financieros de Europa y de penetrante agudeza política, parece que desde lejos y adelantándose a estos tiempos, previó la suerte que a los pueblos de este hemisferio les aguardaba y preparó, antes de regresar, un proyecto de unificación de la deuda nacional que salvaguardara los fueros de nuestra autonomía. Consistía ese plan en la creación de sindicato europeo de súbditos de seis distintas nacionalidades (Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, Bélgica y España), que tomaría a su cargo la unificación general de nuestra deuda (interior y exterior) y que adoptaría, respaldado por las influencias de sus respectivas cancillerías, el programa económico siguiente:

a) *Recoger los bonos nacionales y los títulos de la deuda pública interior, cancelando ambas clases de valores con bonos de una nueva emisión.*

b) *Crear una reserva de 5,000,000 de pesos en depósito en el Banco Nacional de Francia, para aplicarla a casos de emergencia internacional de la República y de la cual no podría disponerse sin la voluntad de la Representación Nacional dominicana.*

c) *Aplicar las diferencias de misión después de canceladas las deudas del país, a su fomento y desarrollo.*

d) *Limitar el tipo de interés al 6 por ciento anual y atribuir la duración de noventa y nueve años al contrato.*

e) *Establecer el patrón oro en nuestro sistema financiero, de acuerdo con el ingreso, ya obtenida por la República, en la Unión Monetaria Latina.*

f) *Arrendar, en compensación, al indicado Sindicato Internacional Europeo, la costa Norte de la bahía Samaná, con el compromiso, de parte de dicha corporación, de fortificar en provecho de la seguridad de la República, en un plazo no mayor de tres años, los cayos de la bahía, y de entregar seis cañones para la custodia de ellos.*

Este proyecto, que avanzó mucho y a cuyo servicio estuvieron las cancillerías del Viejo Continente y notables personalidades francesas, inglesas y españolas; de realizarse, es seguro que hubiera constituido un dique para las tendencias imperialistas norteamericanas que se desarrollaron más tarde, si se tiene en cuenta que ninguna de las naciones que lo respaldaban podía supeditar en penetración a las demás, puesto que había sido establecida la igualdad por parte de cada una en cuanto a la posesión de las acciones". (20)

Pero cosa tan bella no podía cuajar en una patria que avanzaba hacia su propio deterioro. La crisis económica era más aguda cada vez; el papel moneda nacional era menos que un pedazo de papel que todos despreciaban, de modo que, a la muerte de Lilís, la economía era un verdadero desastre. Esa fue la herencia que le legó a las malas administraciones que le siguieron.

La Improvement era, en definitiva, una espada de Democles suspendida sobre la cabeza del país. Para tratar de desasirse de esa garra, el Gobierno dominicano envió a Estados Unidos de Norteamérica y a Europa, al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, Ministro de Relaciones Exteriores. Pero el Gobierno desautorizó las diligencias realizadas por su enviado.

“Al fin, en 1902, el Gobierno (21) trató de llegar a una situación que condujera a la solución del problema con la Improvement, hasta concluir con un entendido por el cual se estableció que los reclamos de esa Compañía y sus aliados no podían exceder nunca de la suma de 4,500,000 pesos, y concertó el protocolo instrumental en cuanto a detalles de garantía, ejecución, apreciación, etc.”. (22)

En representación de la República fue nombrado para formar parte del Tribunal Arbitral que iba a decidir la cuestión de la Improvement y Compañía y sus aliados, el Lic. Manuel de Jesús Galván, Ministro de Relaciones Exteriores.

De todas maneras, todo siguió mal: las contiendas bélicas y las malas administraciones casi mantenían hipotecado al país.
¡Pobre patria!

OCUPACION NORTEAMERICANA

En 1914 el Presidente de la República era el caudillo de los *bolos*, Juan Isidro Jimenes, y el mundo, tras la trágica detonación de Sarajevo, se enfrascó en una guerra sangrienta en la que

Alemania, acorralada, va a caer abatida por la formidable coalición aliada.

Pero como el carácter díscolo y belicista de los dominicanos conspiraba contra la paz, firmes las pasiones partidaristas, pronto la tea revolucionaria se hizo brillante. *Bolos y colúos* estaban de frente otra vez.

Miles de hombres estuvieron dispuestos a inmolar sus vidas por los dos caudillos que se disputaban la simpatía del pueblo.

En esta ocasión, el Encargado de Negocios interino de los Estados Unidos de Norteamérica, Stewart Johnson, envió al líder de los alzados, General Horacio Vásquez, la siguiente Carta Abierta, aparecida en el Listín Diario:

“Señor: Como ya usted sabe, de acuerdo con el Plan Wilson, los Estados Unidos han empeñado su palabra con el mundo entero, como el amigo más cercano a la República Dominicana, de apoyar el Gobierno electo por el pueblo y de insistir para que cesen los movimientos revolucionarios, en interés de que todos los cambios subsiguientes en el Gobierno de la República sean efectuados por procedimientos pacíficos previstos en la Constitución dominicana.

El Presidente Jimenes, habiendo sido elegido presidente por el pueblo en octubre pasado, de acuerdo con el Plan Wilson, recibirá de los Estados Unidos cualquier ayuda que sea necesaria para obligar el respeto a su administración.

Los Estados Unidos están muy apenados con motivo de la propagación de los desórdenes actuales, lo cual puede obligar a ese Gobierno a cumplir las ANUNCIADAS SEGURIDADES dadas al mundo y al pueblo dominicano.

He sido instruido por el Gobierno de los Estados Unidos para llamar la atención a los Jefes de la oposición, no sólo

con respecto a lo que precede, sino en caso de que sea necesario, del DESEMBARCO DE TROPAS para imponer el orden y el respeto al Presidente electo por el pueblo.

Aquellos jefes que estén o puedan estar actualmente ocupados en los desórdenes, o que estén secretamente alentándolos, serán hechos personalmente responsables por los Estados Unidos.

Usted, como jefe de un gran partido, puede hacer mucho por su país, manteniéndose firme y actuando con su ya anunciada oposición a las revoluciones y aconsejando a sus asociados en ese sentido". (23)

Siete días después de la aparición de esta nota, indigna y amenazadora, los yanquis, prepotentes y abusivos, ocuparon la República de Haití.

La sombra negra de la intervención se tendía sobre el horizonte de la República: la guerra europea había tomado caracteres de insospechada contienda universal y era inevitable la entrada de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero los dominicanos, más atentos a sus pasiones ambiciosas que al interés patriótico, desoyeron la voz del peligro. Cualquiera coyuntura era propicia para que el coloso sajón de las Américas asestara su artera puñalada en la pequeña tierra antillana.

Por eso el Gobierno que luchaba contra los traicioneros levantamientos, rechazó, gallardamente, la ayuda que los Estados Unidos le ofrecía para aplastar la Revolución.

La nota 360 de la Cancillería expresaba en algunos de sus párrafos:

"Al interés que el Gobierno de V. S. tiene por ayudar al sostenimiento del orden en esta República, le bastaría para estimar como eficaces las rápidas medidas tomadas para su afianzamiento, pues de haber no procedido así el mal hubiera tomado cuerpo y los sacrificios económicos

habrían sido mayores, dejando en completo desamparo el plan de organización con que vienen metodizándose los distintos servicios de la Administración pública. También tengo encargo de expresar a V. S. que el Gobierno dominicano estima que sus fuerzas son suficientes para restablecer el orden cada vez que se altere y no tiene, por tanto, necesidad de la ESPONTANEA AYUDA que para ese fin le ofrece el Gobierno americano". (24)

En tanto, fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los E.E.U.U. en Santo Domingo, el Sr. W. W. Russel, y el Presidente Jimenes fue en busca de reposo a Monte Cristi, sufriendo serios quebrantos de salud. Pero el reposo del Presidente fue interrumpido bruscamente cuando tuvo que regresar a la Capital a responder a insólitas exigencias que el Gobierno de Washington hacía al dominicano, entre otras, la creación de una Guardia Civil comandada por oficiales del Ejército americano. Todas las exigencias fueron rechazadas enérgicamente por la cancillería dominicana, aun sabiendo a lo que se exponía. Aun más, cuando un soldado norteamericano (25) de los que ocupaban el territorio de Haití, desertó y buscó asilo en la República Dominicana, la Cancillería se negó a entregarlo prevalida de la ausencia de estipulaciones al respecto en los tratados de las dos naciones.

Los quebrantos del Presidente se agravaron, por lo cual tuvo que retirarse a Cambelén, una propiedad del Arzobispo situada a 24 kilómetros de la Capital.

En torno a la figura presidencial se fueron tejiendo intrigas, viles intrigas, hasta que el 14 de abril de 1915, el General Desiderio Arias se declaró en estado de rebeldía, se apoderó de la Fortaleza Ozama y, apoyado por los *colúos*, lanzó serias acusaciones contra el Gobierno que fueron corroboradas por los elementos horacistas de la cámaras. Cambelén se convirtió en un cuartel. Washington respondió movilizandó sus recursos.

La revolución estalló y ante el peligro de una invasión norteamericana, el Presidente Jimenes renunció. Su *Manifiesto*,

celebrado jubilosamente por los rebeldes, y dirigido A LA NACION, decía textualmente:

“En Manifiesto a la ciudadanía de hace dos días, declaré solemnemente que tenía la dolorosa convicción de que un choque armado entre mis fuerzas, las constitucionalistas, y las que ocupan la plaza rebelde de la Capital de Santo Domingo, determinaría inevitablemente el sonrojo de una intervención norteamericana.

Efectivamente, la Comisión americana que vino enviada por su Gobierno a apoyar el legítimamente constituido que sucumbe hoy bajo la ola negra de la deslealtad más infecunda, me expresó su formal propósito de apoyarme por la fuerza, abriendo brecha a través de los muros de la Capital al Gobierno Constitucional.

Sordo el espíritu de los rebeldes a los plañideros reclamos del patriotismo, del verdadero, del auténtico, no del que pregona por las calles y plazas sus hipócritas tonalidades para encubrir tenebrosas combinaciones políticas, sino el que prefiere el sacrificio al deshonor del Poder que perturbe la diáfana serenidad de la conciencia, dispuestos los autores del golpe de Estado del 14 de abril a hundir la nacionalidad antes que renunciar a su febril ansiedad de poder, se imponía una alternativa al Presidente de la República: regresar a la Mansión Presidencial entre ruinas a disfrutar del poder reconquistado por balas extranjeras o la inmolación.

No he vacilado un solo instante, y con todo el país a mi lado, exceptuando parte del Ejército en traición en Santo Domingo, Santiago y Puerto Plata, con más de mil quinientos hombres estrechando la plaza rebelde, tropa valerosa y llena de entusiasmo guerrero, desciendo las gradas del Capitolio y, serena la conciencia, con el sentimiento del deber cumplido, sintiendo en el crepúsculo

de mi vida brillar el sol sobre la plata de mi cabeza, me retiro a la serenidad del remanso de mi hogar.

Comprendo la desgracia que se cierne sobre la República y el aspecto jurídico especial que ofrece el organismo de las instituciones en momento como el actual en que renuncio a la Presidencia Constitucional de la República ante el país, ante la nación soberana, no ante las Cámaras, revolucionarias y apoyadas por las fuerzas desleales.

Mi gratitud acompañará las actuaciones posteriores del Consejo de Secretarios de Estado que ha hecho derroche de decoro y de eficacia, de mis Gobernadores, leales, del bravo ejército que me rodea y de los dignos ciudadanos que me han acompañado en este difícil momento histórico.

La Historia apreciará, a la hora del supremo balance, la trascendencia de mi gesto, la gravedad del delito cometido que arroja sombras a sus autores y traerá días de duelo sobre la nacionalidad, inflexible como habrá de ser el fallo de la posteridad.

*Cuartel General de San Gerónimo.
7 de mayo de 1916". (26)*

Con este gesto, el Presidente Jimenes salvó su nombre de la mancha de la intervención.

Virtualmente los yanquis iban haciéndose dueños de la situación. (27)

En vista de que Desiderio Arias ni con la renuncia del Presidente Jimenes deponía su actitud, ante la inminencia de un desembarco yanqui, se aumentó la confusión. El General Arias abandonó la ciudad para pertrecharse en La Victoria, y la Capital quedó a merced de las turbas desenfrenadas que no pudieron ser contenidas.

Al fin, el 15 de mayo de 1916, las tropas norteamericanas comenzaron a desembarcar sin encontrar la resistencia que debió esperarse de los contumaces rebeldes.

“Las fuerzas americanas — dice Luis F. Mejía — entraron en la Capital al amanecer del 15 de mayo con todas las precauciones necesarias para aplastar cualquier resistencia sorpresiva. La población encerróse en sus casas. En el día fueron apareciendo en balcones y ventanas banderas dominicanas con crespones, publicándose vigorosas protestas con millares de firmas. Por las calles circularon, únicamente, durante varios días, los hombres o las mujeres de servicio, pues las damas de la ciudad se recluyeron en sus hogares, a la usanza antigua, para evitar todo contacto con el invasor. Los centros sociales y los teatros cerraron sus puertas”. (28)

Las fuerzas, que estaban bajo el mando del General Pendleton se dirigieron al Cibao, en tanto que hubo un nuevo desembarco por Monte Cristi de marineros que marcharon hacia Santiago de los Caballeros. No fue tranquilo su avance, como esperaban: por todo el trayecto de los pueblos y ciudades de La Línea fueron pertinazmente hostilizados por guerrilleros ocultos en los malezales. En lugar de un paseo triunfal por poblaciones aterrorizadas, los yankees dejaron algunos muertos en el trayecto, hasta llegar cerca de Mao, donde el valiente Máximo Cabral, con un puñado de hombres mal armados, enfrentó la fuerte columna que avanzaba. Fue un suicidio. Por corto lapso hubo un fuerte tiroteo, que fue desmedrando de parte de los dominicanos a medida que iban cayendo víctimas de la superioridad en gentes y en armas. Cuando los fusiles dominicanos se silenciaron, todos sus propietarios yacían en el suelo patrio.

Puerto Plata también resistió. Frente al puerto de esta ciudad se presentó, imponente y amenazador, el crucero *Sacramento*. Cuando su capitán demandó la entrega de la ciudad para escatimarle daños y muertes, su Gobernador, Apolinar

Rey, rechazó la demanda y los puertoplateños se dispusieron a resistir. Al cumplirse el plazo del ultimátum, los cañones modernos de la nave empezaron a vomitar fuego desde su costado. La ciudad resistió el atronador bombardeo, hasta que empezaron a desembarcar los infantes de marinería. Entonces se encontraron ante la resistencia de un puñado de valientes puertoplateños comandados por Luis Ginebra y otros patriotas. Cuando fue vencida esta insensata y heroica resistencia, una buena copia de marineros yanquis alfombraban el suelo con su cuerpo y con su sangre. De Puerto Plata, alertas para evitar nuevas sorpresas, los invasores marcharon al interior, guiados por el General dominicano José Estrella (29), un futuro testafarro de la tiranía trujillista. El Almirante Laíto Báez les salió al frente, pero también sucumbió heroicamente.

El caso más notable fue el de un adolescente exaltado, en la ciudad de San Pedro de Macorís, Gregorio Urbano Gilbert, quien disparó tres balazos ultimando un oficial y dos marineros yanquis, en el momento en que desembarcaban por el puerto de aquella ciudad. (30)

Luis F. Mejía narra así este hecho:

"En San Pedro de Macorís, un mozo de dieciséis años, de pantalones cortos todavía, dependiente de una tienda, llamado Gregorio Gilbert, con cierta petulancia, muy propia de la edad, decía a sus amigos que cuando arribaran los invasores a su pueblo, él se encargaría del jefe. El día del desembarco pidió prestado un revólver y se fue al muelle. Preguntó cuál era el jefe de los marinos. Al serle señalado le hizo varios disparos, dándole muerte e hiriendo a otros dos oficiales. Después, bajo un lluvia de balas y gracias a la confusión provocada por su hazaña, se retiró por los muelles. Pudo dirigirse sin ser reconocido hasta Monte Cristi, en el otro extremo del país, donde se colocó en una imprenta. Allí lo encontró un espía, encargado de

buscarlo. Preso y juzgado fue condenado a muerte; pero, conmutada la pena por prisión perpetua, al retirarse los americanos en 1924, lo dejaron en libertad, reconociendo, sin duda, el heroísmo de aquella memorable acción". (31)

Muchos más se inmolaron heroicamente, como sacrificios por la patria humillada. El único que no fue capaz de tomar una actitud digna, en aquella circunstancia, fue Desiderio Arias, el verdadero provocador de esta desgracia.

DIAS DE LUTO

Creendo contribuir a salvar, en lo posible, la patria, escaló el solio de la Primera Magistratura, el honesto ciudadano Dr. Francisco Henríquez y Carvajal. Pero los invasores traían planes severos e incambiables. La patria estaba sojuzgada. El patriotismo se irguió, entonces. Surgieron ahora grupos de guerrilleros audaces, que los usurpadores llamarán, despectivamente, *gavilleros*, y que serán tratados como tales. Muchos, quizá, lo fueron, pero el mundo sabrá que en las cimas de las montañas erguidas, seguirá flotando la bandera de la dignidad: el pabellón dominicano.

Ya la hora de las simulaciones había pasado. Los norteamericanos proclamaron, oficialmente, la ocupación y nombraron Jefe Militar, al Comandante H. S. Knapp. La *Proclama* que lanzó al pueblo dominicano el 29 de noviembre de 1919 desde el acorazado *Olimpia*, surto en el puerto de Santo Domingo, fue concluyente. Decía en algunos de sus párrafos destacables:

"DECLARO Y PROCLAMO a todos los que le interese, que la República Dominicana queda, por la presente, puesta en estado de ocupación militar por las fuerzas bajo mi mando, y queda sometida al gobierno militar, aplicable a tal aplicación.

Todas las rentas provenientes al gobierno dominicano, incluso derechos e impuestos hasta el presente provenientes

y no pagados, serán derechos de Aduana bajo las provisiones de la Convención concluida el 8 de febrero de 1907, por la cual se estableció la Receptoría de Aduana, que permanecerá, en efecto, o sean de Rentas Internas, serán pagadas al Gobierno militar, el cual, por cuenta de la República Dominicana, mantendrá en custodia tales rentas y hará todo desembolso legal que sea necesario para la administración del gobierno dominicano y para los propósitos de la ocupación.

Invoco a todos los ciudadanos y a los residentes y transeúntes en Santo Domingo a cooperar con las fuerzas de los Estados Unidos en ocupación, con el fin de que sus gestiones sean prontamente realizadas y que el país sea restaurado al orden y la tranquilidad doméstica y a la prosperidad que solamente se puede realizar bajo tales condiciones.

Las fuerzas de los Estados Unidos en ocupación bajo mi mando actuarán según la ley militar que gobierna su conducta, con debido respeto a los derechos personales y de propiedad, de los dominicanos residentes y transeúntes en Santo Domingo, sosteniendo las leyes dominicanas siempre que estas no conflicten con los propósitos para los cuales se emprende la ocupación.

El texto original de esta Proclamación en el idioma inglés, regirá en toda cuestión de interpretación.

Fdo. H. S. Knapp, Chaptain U. S., Navy Comander cruiser Force, U. S. Atlantic Fleet; U. S. S. Olimpia, Flagship. Santo Domingo City, D. R. November 29, 1916". (32)

El Presidente Henríquez y Carvajal protestó airadamente contra este atentado a la dignidad racional. ¡Inútil! El monstruo del poder se ensañaba contra la desvalida presa del aprisco.

Woodrow Wilson, paradigma del cinismo, enterraba sus garras de águila alevé sobre las carnes de un pequeño país indefenso, mientras se hacía proclamar campeón de la Democracia. ¡Rara democracia, imperialista y cruel!

Knapp, militarote de botas pesadas, instaló una rampante dictadura, única manera — según el sentir de la espesa vanquilandia — de doblegar la dignidad de un gran pueblo:

“Como prueba elocuente — dice el poeta Fabio Fiallo — de la ligereza con que se entregaba la vida, la tranquilidad y la dignidad de un millón y medio de almas, al capricho de los gobernadores militares, se refería en Washington que al ser sacado cierto almirante del puesto activo que tenía en la flota para ir a desempeñar su cargo de Gobernador de Santo Domingo, pidió, reiteradamente instrucciones por escrito, que le demarcaran los objetivos perseguidos por el Departamento y que le sirvieran para orientar su conducta en el gobierno de un país acerca del cual no tenía sino las más vagas referencias. Cansado de esperarlas, solicitó al fin una audiencia del Secretario Daniels y le renovó, precisamente, la petición. La respuesta de éste fue un monumento de despreocupación y sobre todo de cinismo, como tal vez no se conozca otro en la Historia Contemporánea. — ¿Instrucciones? ... No se ocupe usted de instrucciones, ¡hombre! No les deje moverse: eso es todo lo que queremos. (Don't bother about instructions! Just sit on the lid: that's all we want)”. (33)

Todo gesto de patriotismo era considerado rebelde; toda actitud de dignidad herida, era castigada.

Pero aun así, los dominicanos iniciaron una lucha pertinaz para lograr la desocupación. Principalmente el Este estuvo, durante todo el tiempo que duró la ocupación, en constante hostilidad. Algunos *gavilleros*, lo eran realmente: bandidos alzados que aprovechaban tal situación para actividades gananciosas, y por esta razón los invasores se aprovecharon para catalogar de *gavillerismo* a todo acto de rebeldía.

Pero los yanquis en estos campos del Este cometieron abusos sin cuento, ensayando torturas que los dominicanos hasta ese momento desconocían: campesinos muertos a balazos por no poder señalar escondites de gavilleros, entre otras cosas por no entender el inglés en que eran interrogados; hombres atados en la cola de un caballo puesto al galope, acusados de ocultar gavilleros; humanos que reventaban tras hacerles tragar, a través de un embudo, litros y galones de agua...

“En El Cibao, el dominicano Cayo Báez, fue acribillado con bayonetas calientes hasta convertirle todo el tórax en un horrible mapa de cicatrices”. (34)

Todos estos abusos eran cometidos por sargentones y uno que otro traidor dominicano que hacía causa común con los invasores sádicos.

“Era el año 1919 — dice Fabio Fiallo —. Mientras en los campos infelices del Este y del Sur del Cibao, Merkle, Taylor y Buckalon aplicaban las más horribles torturas a las poblaciones indefensas, y mientras caprichosos alcohólicos de los soldados y oficiales de la Ocupación llenaban de oprobio y de zozobra nuestras ciudades, Wilson recorría los Estados Unidos proclamando la buena nueva del evangelio de Versalles y tratando de hacer tragar el íncubo de la Liga de Naciones a su pueblo desconfiado y recalcitrante. Seguro de la eficacia de la censura que había permitido imponer y del terror establecido por su infantería de marina, el país que había secuestrado por autoridad personal y sin conocimiento del Congreso y toda gestión que le recordara el millón y medio de almas que mantenía esclavizada en el lejano Trópico, tenía la sola virtud de irritar violentamente sus nervios, sin duda por un reflejo perdido de su conciencia acusándole de fariseo”. (35)

De todas estas torturas denunciadas, pese a la censura, por los patriotas dominicanos, se hizo eco la prensa latinoamericana, y la diligencia que en tal sentido hicieron individuos de la calidad moral y el prestigio de los hermanos Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Pedro y Max Henríquez Ureña; Tulio Manuel Cestero, Fabio Fiallo, Américo Lugo y Rafael Emilio Sanabia, entre otros, conmovieron la opinión pública norteamericana, y el Senado de los Estados Unidos envió una Comisión Legislativa a Santo Domingo para que investigara las denuncias. He aquí párrafos de algunas de las declaraciones publicadas:

“Declaración del Dr. Alejandro Coradín de Hato Mayor: DR. CORADIN. En fecha 22 de junio, vi un viejo amarrado a la cola de un caballo y arrastrado por el camino; el nombre del viejo era José María Rincón y el del oficial que presidió el acto era.... Ese viejo fue sometido a esa tortura porque fue a una farmacia a comprar un compuesto en el que figuraba el azufre y la grasa, que era para tratar alguna afección cutánea, y los médicos de la fuerza sospecharon que era para curar heridas, lo que bastó para que le hicieran lo que he dicho; y después de lo cual fue fusilado y colgado de un árbol.

DR. CORADIN. El 24 de agosto de 1918, Cipriano Alarcón fue muerto por el Capitán... y el Mayor..., bajo las órdenes del Coronel...; habían concentrado a los campesinos en la población. Había alrededor de mil personas en la plaza pública cuando sonó un tiro, y parece que el Sr. Alarcón que estaba bajo la influencia del alcohol, dijo algo que desagradó al Capitán; el Capitán lo cogió por el brazo izquierdo y lo llevó a la esquina, sacó el revólver y se lo disparó en la oreja izquierda a Alarcón. Lo vi yo. Yo vivo en la casa de enfrente. El Capitán, entonces, mandó a llamar al Jefe de la Policía y me llamó a prestar mis

servicios como médico, a lo que repliqué que nada podía yo hacer por estar el hombre en estado agonizante, moribundo". (36)

Declaración de Pedro Hernández de Hato Mayor. Sr. HERNANDEZ RIVERA. Fui reducido a prisión por la Fuerza de Ocupación del Capitán..., quien era el Jefe de aquel distrito. Se me rodeó el cuello con soga y con las manos atadas se me condujo a un lugar a unos cuatro o cinco kilómetros del pueblo; yo iba a pie y tuve que ir al mismo paso que el caballo al trote..., ya en el campo me ataron los pies y me tendieron de espaldas en suelo, con la cara al sol, me pusieron un embudo en la boca y me vertieron en él agua de una damajuana. Así me tuvieron durante tres o cuatro días... al final de los cuales me pusieron en libertad, diciéndome que no había nada en contra de mí...

EL SENADOR MC CORMICK. — ¿Cómo, no había ninguna imputación contra Ud.?

EL SR. HERNANDEZ RIVERA. Se habían equivocado tomándome por un hombre llamado Pedro Rivera". (37)

Declaración del Sr. Jesús M. Vásquez, Jefe de la Policía Municipal de Hato Mayor, de 1915 al 1919.

EL SR. VASQUEZ. el 14 de abril de 1918, el Capitán... vino con ocho marinos e hicieron preso a Agapito José, y, ya preso, lo llevaron fuera del pueblo, amarrado. A los tres días volvieron con él al pueblo... Fueron al campamento a las ocho y veinte minutos de la noche; luego salieron con él, el Mayor... y seis marinos y el Capitán... todos armados con rifles y carabinas y a unos quince metros del campamento, en medio del pueblo, dispararon una descarga que dejó a Agapito José tendido muerto. Entonces el Mayor... sacó su daga, la clavó en la garganta

del muerto y lo rajó hacia abajo hasta el vientre. El Mayor... me llamó y me ordenó retirar el cadáver; inmediatamente me dijo: "He matado ese hombre". Yo tomé dos agentes de policías, envolvimos el cuerpo en una frazada y la enterramos.

EL SENADOR POMERENE. — ¿Puede usted dar nombres de otros testigos de esta matanza?

EL SR. VSQUEZ. — Sí, señor: Regla Mota y Felipe Moris Pacheco". (38)

Aunque Sumner Welles, de quien se toman estos relatos, calla los nombres de los verdugos, se sabe que fueron el Teniente Taylor, el Mayor Buckalow y el Capitán Merkle, el cual se suicidó al ser arrestado para castigar sus crímenes.

Los americanos, en lo administrativo, trataron de poner la casa en orden. Principalmente se preocuparon de la salud pública y la educación.

Pero los dominicanos formaron juntas patrióticas que propugnaron el abandono de la patria por los invasores.

A Knapp lo sustituyó el Contralmirante Snowden, despótico e intolerante. Snowden era tosco, rudo, cruel, imperativo, ambicioso, como cualquier tirano hispanoamericano.

Al fin la guerra mundial terminó con el abatimiento del coloso teutón y los dominicanos cifraron grandes esperanzas en este acontecimiento. La censura se hizo fuerte; férreo el círculo de silencio que se le puso a la prensa. Cualquier desliz a esta consigna se pagaba con la cárcel y hasta con la muerte.

"Fue en el segundo semestre de 1920 — dice Fabio Fiallo — y los primeros meses de 1921, el período mas ardoroso y emocionante de nuestra lucha contra la ocupación yanqui. Una resuelta falange de oradores y periodistas, henchidos de bélico ardimiento, habíanse lanzado con ímpetu

irresistible por las estrechas encrucijadas sembradas de mortales amenazas que las modificaciones de la censura nos había entreabierto, para atacar con violencia inesperada los manejos del Gobierno Militar hacia el Protectorado o la Anexión, y alentar el pueblo contra toda maniobra transaccionista en que no salieran completamente ilesas la independencia y la soberanía de la nación dominicana". (39)

No obstante la protervia tiránica de Snowden, en el mes de marzo de 1920 se formó la Unión Nacional Dominicana, bajo la presidencia del prestigioso patricio don Emilio Tejera, ya un anciano, y Don Antonio Hoepelman como Secretario, con el objeto de luchar a favor de la independencia total del pueblo dominicano. (40) En su Credo figuraban, entre otras consignas:

"a)... abogar por la inmediata reintegración de la República Dominicana a su antigua condición de Estado absolutamente independiente y absolutamente soberano; y b)... no concurrir con su acción ni con su colaboración, ni con su voto, ni con su firma a comprometer en pacto alguno internacional, ninguno de los atributos de la soberanía nacional, ni ninguno de los dominios del territorio nacional". (41)

La sociedad medró rápidamente, en hombres y en prestigio. Su primera misión fue la recolección de fondos para la magna campaña emprendida. Era un franco desafío al despotismo.

Muchos intelectuales fueron a la cárcel por el delito de escribir con entera libertad en contra de la ocupación yanqui. Fabio Fiallo fue paseado con el traje de presidiario (a rayas) por las calles de Santo Domingo, y es fama que en la Torre del Homenaje, donde ocupaba una celda, escribió sus célebres *Cantares de la prisión*.

“El encarcelamiento —afirma Fiallo— y sobre todo, el juicio seguido a los periodistas, fue, en sus resultados, la victoria más resonante del patriotismo dominicano contra la inicua tiranía del Gobierno Militar. De estos se hizo caso de asombro e indignación general el derecho de muerte con que fue dotada la Comisión Militar creada exclusivamente para juzgarme por mi artículo, Oídme todos, y cuyas facultades quedaron bien explícitas en esta final del Acta de su nombramiento: “The limit of jurisdiction of the Commission in the matter of punishment with in may adjujuge is death” (43) También se señalaba en ella la fatídica presencia del Sacerdote que debía prestarme sus auxilios religiosos”. (44)

En esos días también fueron condenados por delito de prensa, el poeta Manuel E. Sanabia y el periodista venezolano Flores Cabrera. Pero el caso más notable fue el de Américo Lugo, cuyos artículos en el periódico La Noticia lo llevaron ante la Comisión Militar. Pero anonadó a los intrusos cuando al comparecer ante sus jueces, en juicio público, dijo:

“Señores: No estoy listo para ser juzgado. Al escribir el artículo por el cual se me imputa un delito, he entendido que cumplí un deber de dominicano. En mi calidad de ciudadano dominicano, no puedo reconocer en la República Dominicana la existencia de otra soberanía sino la de mi patria. Toda suplantación de esta soberanía, sea cual fuere el principio invocado, no será a mis ojos sino un hecho de fuerza. Por consiguiente, y puesto que creo que no he cometido ningún delito y que no puedo reconocer ninguna jurisdicción sobre mí a este tribunal, no he venido a defenderme: he comparecido solamente por la fuerza”. (45)

Tras la confusión que siguió a esta elocuente perorata, el Sr. Lugo quedó libre.

Pronto toda la prensa hispanoamericana se hizo eco de estos acontecimientos; periódicos de Europa — España, Italia y Francia — se unieron a la campaña, y, por último, la prensa norteamericana inició su campaña de presión. Bajo el peso de esta lucha poderosa de los intelectuales, empezó a estructurarse un plan que llevara a la liberación de intrusos el territorio dominicano. Esto forzó al Presidente Wilson a crear la segunda Junta Consultiva, tras levantar previamente la censura, pero donde se mediatizaban las esperadas libertades. A continuación reproducimos la:

“PROCLAMA DEL PLAN WILSON
GOBIERNO MILITAR DE SANTO DOMINGO.

Por cuanto han sido alcanzados sustancialmente los propósitos amistosos de los Estados Unidos al emplear, en consecuencia de los derechos derivados de la Convención de 1907, sus fuerzas militares dentro de la República Dominicana para el restablecimiento del orden público y para la protección de la vida y la propiedad; y

Por cuanto han sido siempre el deseo y la intención del Gobierno de los Estados Unidos retirar su ayuda tan pronto como pudiese hacerlo en consecuencia con dichos propósitos y tan pronto como las condiciones en Santo Domingo, a la cual los Estados Unidos han procurado contribuir, prometiesen ser estables.

Por tanto, ahora, yo, Thomas Snowden, Contralmirante de la armada de los Estados Unidos, Gobernador Militar de la República Dominicana, actuando bajo la autoridad y en virtud de instrucciones del Gobierno de los Estados Unidos, declaro y anuncio a cuanto concierna, que el Gobierno de los Estados Unidos cree llegado el tiempo para que él pueda, con el debido sentido de su

responsabilidad respecto del pueblo de la República Dominicana, iniciar el proceso sencillo de su rápida retirada de las responsabilidades asumidas en relación con los asuntos dominicanos.

Se anuncia, en consecuencia, que será nombrada una Comisión de ciudadanos dominicanos representativos, cuyo personal se publicará en breve, y a la cual es mi propósito agregar un consultor técnico. A esta Comisión se le confiará la preparación de enmiendas a la Constitución y una revisión general de las leyes de la República, inclusive la redacción de una nueva Ley Electoral. Tales enmiendas a la Constitución y a dichas leyes vigentes, según sean recomendadas por la Comisión, bajo la aprobación del Gobierno Militar de la Ocupación, serán sometidas a una Asamblea Constituyente y al Congreso Nacional de la República Dominicana.

Respetuosamente,

Thomas Snowden

Contralmirante de la Armada de los E.E.U.U.,

Gobernador Militar de Santo Domingo.

Palacio del Gobierno, Santo Domingo, R.D.

Diciembre 23, 1920." (46)

Los miembros seleccionados por el Departamento de Estado eran los mismos de la ya disuelta Junta Consultiva; esto es: Alejandro Adolfo Nouel, Federico Velásquez y Hernández, Francisco J. Peynado y Jacinto de Castro. A estos se agregarían, como miembros: Rafael Justino Castillo, Eliseo Espaillat, Enrique Jimenes, Mario Fermín Cabral y el Dr. Ostrand, juez norteamericano del Tribunal de Tierra de Santo Domingo, en calidad de asesor.

Pero la protesta de la Unión Nacional Dominicana, cuya consigna era: *Evacuación pura y simple*, se dejó sentir en el siguiente documento:

"PROTESTA DE LA UNION NACIONAL DOMINICANA CONTRA EL PLAN WILSON

Por cuanto la Unión Nacional Dominicana ha sido fundada para preservar al pueblo dominicano del peligro de ser prostituido.

Por cuanto su primordial e irrevocable objetivo es la reintegración de la República Dominicana en su antigua condición de Estado absolutamente independiente y absolutamente soberano.

Por cuanto el 16 de mayo de 1916 los Estados Unidos de América desembarcaron fuerzas militares en la República Dominicana, interviniéndola contra todos los principios del Derecho de Gentes.

Por cuanto el 29 de noviembre de 1916 los Estados Unidos de América derrocaron violentamente el Gobierno Constitucional de la República Dominicana, proclamando que esta Nación quedaba ocupada militarmente y que sería gobernada por las fuerzas de los Estados Unidos de América.

Por cuanto los Estados Unidos de América invocaron en su proclama de 1916, para cohonestar su incalificable atropello del derecho de independencia de la República Dominicana, una supuesta violación por parte de ésta, de obligaciones estipuladas en la Convención domínico-americana del 7 de febrero de 1907.

Por cuanto los Estados Unidos de América, después de haber despojado dolosamente de todas sus armas a la República Dominicana han mantenido sojuzgado durante cuatro años, por la fuerza de las bayonetas al Pueblo dominicano sin que éste haya renunciado, en ningún momento, a su soberanía, ni aceptado tácita ni

expresamente y sin que haya dejado de protestar un sólo día contra esta injerencia extranjera en sus asuntos interiores, rechazándola y repudiándola por todos los medios a su alcance.

Por cuanto el 23 de diciembre de 1920 los Estados Unidos han lanzado otra proclama en que invocan de nuevo supuestos derechos derivados de la Convención de 1907, y expresan su deseo de retirar su ayuda impuesta, no pedida, a la República Dominicana, mediante el nombramiento de una Comisión de Ciudadanos Dominicanos representativos encargados de enmendar la Constitución de la República Dominicana, de revisar las leyes de ésta y de redactar una Ley Electoral, todo bajo la aprobación del Gobierno Militar de Ocupación y para ser sometida finalmente tales enmiendas y reformas a una Asamblea Constituyente y al Congreso Nacional respectivamente.

Por cuanto los Estados Unidos de América carecen en absoluto de derecho para ocupar militarmente la República Dominicana y menos para dictar o reformar leyes y menos para enmendar la Constitución ni para convocar los comicios electorales, ni poner en ejecución válidamente el poder electoral bajo el régimen de las armas extranjeras.

Por cuanto el Pueblo Dominicano, a pesar de la Ocupación Militar Americana, permanece siendo un Estado soberano y no reconoce ni puede reconocer otra autoridad política dentro de su territorio, sino la de los poderes que él mismo se ha dado de acuerdo con sus propias leyes.

Por cuanto el Pueblo Dominicano por órgano de las juntas provinciales de la Unión Nacional y de las juntas nacionalistas han expresado su voluntad pública de realizar

la reintegración de la República Dominicana con todos los inalienables atributos de su absoluta soberanía y sin mengua alguna de los dominios encerrados dentro de sus fronteras materiales.

Por cuanto los propósitos expresados por los Estados Unidos de América en su Proclama del 23 de diciembre de 1920, de enmendar la Constitución y revisar las leyes de la República Dominicana bajo la aprobación de la fuerza militar americana, cuyas armas tienen a ésta sojuzgada, constituyen una orden dada por quien no tiene derecho para darla, para que el pueblo dominicano se despoje de todo cuanto en sus instituciones fundamentalmente le sirve hoy de escudo y defensa contra las miras imperialistas del Gobierno de los Estados Unidos de América.

Por cuanto el pueblo dominicano cuya virilidad y dignidad no pueden ser discutidas ante el testimonio irrecusable de la Historia, no necesita ni acepta tutores, no se siente dispuesto a tolerar sin protesta, que ninguna voz extraña se alce arbitraria y despótica, dentro de sus domésticos muros.

Por cuanto ya está cercano el día en que el Pueblo Dominicano recogerá el fruto de su viril resistencia y que los E.E.U.U. de América se retiren convencidos de su error, porque las Repúblicas Hispanoamericanas, la Europa misma y aun una parte muy considerable del pueblo americano se ha dado cuenta del hurto internacional perpetrado por el Gobierno de aquella poderosa nación en territorio e instituciones dominicanas y la voz de esas Repúblicas hermanas está alzada contra ese delito nefando y su mano está golpeando a cada instante con el mayor estruendo las puertas del templo de la suprema Justicia Internacional.

Por tanto, la Unión Nacional Dominicana protesta a nombre del pueblo dominicano contra la PROCLAMA lanzada por los Estados Unidos de América en el territorio de la República Dominicana, en fecha 23 de diciembre de 1920 y firmada por Thomas Snowden, titulado Gobernador Militar de Santo Domingo, rechaza enérgica y terminantemente todas las declaraciones, anuncios, órdenes y nombramientos contenidos en la dicha proclama; y a su vez declara a los Estados Unidos de América y del mundo entero, que el pueblo dominicano mantiene inquebrantable su aspiración suprema a la inmediata reintegración de la República Dominicana, con todos los inalienables atributos de su absoluta soberanía y sin mengua de los dominios encerrados dentro de sus fronteras materiales y declara sustancialmente írritos todos los actos que puedan realizarse por imposición de la fuerza bajo el régimen del Gobierno Militar en ejecución de los designios enumerados en la proclama de la fecha 23 de diciembre de 1920.

E. Tejera.

Presidente de la Unión Nacional.

24 de diciembre de 1920." (47)

A la sazón fue elegido Presidente de los Estados Unidos el Sr. Warren G. Harding, quien en su campaña electoral hizo promesas formales de antiimperialismo. El nuevo Secretario de Estado, Charles Evans Hughes removi6, de inmediato, de su cargo , al Contralmirante Thomas Snowden y en su lugar nombr6 al Contralmirante Samuel S. Robinson, quien el 14 de junio de 1921 public6 una proclama donde por primera vez se habla de evacuaci6n. Fue llamado *Plan Harding*. El plan fue protestado tambi6n, porque le daba a los Estados Unidos potestad para controlar sus actividades, cosa que los patriotas consideraban humillante. Era terquedad insensata del cervato ante el tigre. Pero ¡loable terquedad! Durante esos a6os

sufrimos; pero quedó inmácula la dignidad. Los políticos dominicanos también protestaron, en una Declaración donde rechazaban toda injerencia extraña en las cosas dominicanas. (48)

Por fin, el 23 de septiembre de 1922 quedó ultimado el *Plan Hughes-Peynado*, firmado por el Secretario de Estado de los Estados Unidos y el Lic. Francisco J. Peynado, con aprobación de los políticos y protestas de los nacionalistas encabezados por el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal. (49)

El *Plan de Liberación*, como se le llamó, empezó a trabajar para la elección del Presidente de la República. Tras largas deliberaciones, la elección recayó sobre un reputado comerciante de ascendencia italiana, el Sr. Juan Bautista Vicini, anunciada el 1o. de octubre de 1922 con una salva de veintiún cañonazos. (50) La instalación de este gobierno el 21 de octubre fue solemne y jubilosa.

El 18 de octubre de 1924 abandonó la República Dominicana el último soldado norteamericano. Pero ya el país estaba encendido de pasiones. El caciquismo se enseñoreaba de nuevo. Y la vieja pugna de *bolos* y *colúos* llevó a la presidencia al General Horacio Vásquez, viejo símbolo del más rancio y estúpido caudillismo.

DE HORACIO VASQUEZ A TRUJILLO

Vásquez fue el candidato de la Alianza Nacional, y se le eligió por mayoría de votos el 15 de marzo de 1924. Vásquez era atractivo y tolerante, pero había perdido parte de su vieja brillantez. Poco a poco se fue desligando de los amigos. Y no tuvo otra ambición que no fuera la de retener el poder, pero al margen del partido mayoritario que lo había exaltado. Hubo, desde luego, corrupción. Llegando al término de su mandato, lo obsesionó la idea de permanecer en la presidencia sin elecciones, para lo cual quiso prolongar dos años más su período. Como la Constitución de 1908 consideraba un período presidencial de

seis años, y no los cuatro de las del 1924, que además prohibía la reelección, el Presidente alegó que había sido elegido bajo la Constitución de 1908. Esto trajo inquietud.

“Luego surgió — dice E. O. Garrido Puello — tomada por los cabellos la candidatura de Martín de Moya para Presidente en oposición al candidato natural y lógico: el Dr. Alfonseca. A Trujillo lo parió la prolongación”. (51)

Fiel a los dictados de su envejecido caudillo, José Dolores Alfonseca retiró su candidatura. Aparentemente se preparaba el terreno para que surgiera Vásquez como candidato en una reelección. De todas maneras, en 1927 se reformó la Constitución, de manera que el Presidente Vásquez y el vicepresidente Velásquez pudieran prolongar su mandato hasta 1930. Velásquez renunció a la prolongación, por lo cual José Dolores Alfonseca asumió la vicepresidencia el 16 de agosto de 1928.

Tan pronto comenzó a hacerse campaña para la reelección del general Horacio Vásquez, se empezó a conspirar. El 23 de febrero de 1930 y dirigida por el Lic. Rafael Estrella Ureña, abogado y político santiaguense de gran arraigo, estalló una revolución en el Cibao. Prácticamente sin armas, la revolución marchó hacia la Capital, donde contaba con la complicidad del hombre de confianza del Presidente, el Jefe de las Fuerzas Armadas, Brigadier Rafael Leonidas Trujillo y Molina. Sin resistencia, los hombres del Movimiento Cívico penetraron en la Capital, logrando que el Vicepresidente renunciara, y más tarde renunció el propio presidente, sustituyéndole el Lic. Rafael Estrella Ureña, previamente nombrado Secretario de lo Interior y Policía. (52)

Entonces se formó una coalición de los partidos Unión Nacional, Coalición Patriótica Dominicana, Liberal, Nacionalista y Obrero Independiente, que apoyó la candidatura de Rafael Leonidas Trujillo Molina y Rafael Estrella Ureña, para la presidencia y vicepresidencia.

La otra candidatura estaba integrada por Federico Velásquez y Hernández y Angel Morales. Trujillo era el Jefe de las Fuerzas Armadas y agotó todos los recursos de coacción y atropellos para aterrorizar a la oposición, la cual se retiró de la lid. (53)

El 16 de mayo de 1930, sin ninguna oposición, fue elegido Presidente de la República, el Brigadier Rafael Leonidas Trujillo y Molina, y se juramentó el 16 de agosto. Se iniciaba así una férrea y cruenta dictadura de treinta años, sin par en nuestra Historia.

Trujillo, que empezó imitando los gestos histriónicos de Lili, hasta el extremo de adoptar su uniforme de Almirante, con el bicornio emplumado, degeneró en un peligroso megalómano, que conculcó todos los derechos, atropelló gentes y sembró el terror. Se hizo llamar Generalísimo, Padre de la Patria Nueva, Benefactor de la Patria. Se hizo rendir honores que sobrepasaban, con mucho, a los de los antiguos sátrapas. Hizo de su pecho un bazar de condecoraciones y sembró la República de estatuas y monumentos a su persona. Su insensatez lo llevó a cambiar el nombre glorioso de Santo Domingo a la Ciudad Primada de América, por el de Ciudad Trujillo.

Tuvo, sin embargo, su gobierno rasgos positivos: organizó el caos político, canceló la deuda externa del país (54), edificó ciudades y protegió, a su manera, las cosas culturales. Pero persiguió sañuda y cruelmente a sus enemigos y se hizo delito común olvidar el nombre y los consiguientes ditirambos del Jefe (como se le llamaba a menudo) en cualquier discurso pronunciado, no importa en qué determinada ocasión.

Prolongó su mandato a través de reelecciones (55) o nominando a otros en su lugar cuando las contingencias políticas así lo demandaban. Así en 1938, para rehuir una segunda reelección, se eligió la candidatura única de Jacinto B. Peynado como Presidente y Manuel de Jesús Troncoso de la Concha como Vicepresidente, (54) y en 1952, su hermano Héctor Bienvenido Trujillo Molina (también proclamado Generalísimo), con el Dr. Joaquín Balaguer como

vicepresidente. En todos estos casos el Jefe indiscutible era el Benefactor de la Patria, cuyo nombre figuraba a la cabeza de toda obra o proyecto.

Trujillo se inició con el látigo en la mano y así murió. Arrasó con el caudillismo (59), barrió con los partidos, creando el Partido Dominicano, única institución política existente durante treinta años. Reprimió con crímenes y torturas humillantes a los conspiradores (los muchachos del 14 de junio, de Luperón, de Constanza y Estero Hondo murieron asesinados después de haber sufrido el infierno de las más terribles torturas medievales). Trujillo fue el propietario de las mejores tierras del país y creó industrias que le aportaron una fortuna que se calculó en más de mil millones de pesos.

En los últimos años de su Gobierno se hizo intolerable; persiguió a sus enemigos en países extraños, eliminándolos implacablemente. Así murió Pipí Hernández en La Habana; Andrés Requena, en un subterráneo de New York (58), Jesús Galíndez, secuestrado en Nueva York y desaparecido misteriosamente (59) y Manuel Almoina en México (60).

Pero llegó su osadía al extremo de tratar de asesinar al Presidente de Venezuela, Rómulo Betancout, en una avenida de Caracas. El atentado fracasó, pero Betancourt salió seriamente chamuscado.

El 20 de agosto de 1960, reunidos los Ministros de Relaciones Exteriores Latinoamericanos en San José de Costa Rica, le aplicaron sanciones económicas y diplomáticas al régimen de Trujillo, a causa del fracasado atentado.

El régimen se deterioró. Héctor Trujillo renunció a la presidencia y quedó como tal el vicepresidente Joaquín Balaguer. Pero el cerco se cerró en torno al sátrapa, que se echó en brazos de Johnny Abbes, Jefe del SIM (Servicio de Inteligencia Militar), un inexperto y sádico improvisado.

Se crearon nuevos métodos de torturas y de terror que hicieron imposible la vida del dominicano, y el 30 de mayo de 1961, en la noche, mientras marchaba rumbo a San Cristóbal por la avenida George Washington, fue abatido a balazos el

Generalísimo y doctor Rafael Leonidas Trujillo y Molina (61), a quien siempre se le agregaban los títulos de Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva. (62).

Así terminó el duro régimen de la llamada Era de Trujillo.

NOTAS DEL CAPITULO XIX

(1) La Junta Revolucionaria estaba formada por el General Pedro María Mejía, Gobernador Provincial; el General Arístides Patiño, Ministro de la Guerra del Gobierno de Figueró, el ciudadano Mariano Antonio Cestero y el Lic. Alvaro Logroño.

(2) La plataforma de este partido fue escrita por el Lic. Manuel de Jesús Galván.

(3) Muchos de los guerreros de nuestras contiendas civiles alcanzaron dilatada fama, entre otros el montecristeño Demetrio Rodríguez, de quien se decía que guerreaba por decisión deportiva, pues era rico por herencia paterna, y conocía todos los secretos de la estrategia de guerrillas, siendo Viriato, el pastor lusitano medieval, su modelo preferido. Era elegante y culto, y paseó esta cultura por Europa, al calor de egregias amistades. Recitaba a Goethe en alemán. Entre sus episodios épicos se cuenta su retirada desde San Pedro de Macorís hasta la Línea Noroeste, atravesando la República, a través de las cordilleras Central y Meridional. Otros mencionables son: Desiderio Arias, valiente guerrillero de desventurado historial; Zenón Ovando, Pedro Pepín, Aquiles Alvarez, Eliseo Cabrera, José del Carmen Ramírez, Andrés Navarro, Ramón Batista, que mantuvo por algún tiempo en jaque a los propios yanquis; Carlos de los Santos, cuyos hombres fueron llamados *los carpinteros*; Quirico Feliú, Carlos Alberto Hata, Federico Pelletier y Perico Pepín, cuyas hazañas fueron cantadas por Andrejulio Aybar y Enrique Henríquez en célebres romances. Las pasiones políticas eran tales, que Ramón Cáceres, líder *colúo*, le escribió una vez al jefe de los *bolos*, Juan Isidro Jimenes: "Nuestros caminos están bien definidos. También le declaro que sé, perfectamente, que estoy condenado a muerte por usted y sus amigos; y puede también tener la seguridad que usted lo está por nosotros y por mí mismo en persona..." En cierta ocasión en que Desiderio Arias pensó que los extranjeros residentes en Puerto Plata retardaban la entrega de la plaza, le escribió al jefe *bolo*: "Cuando volvamos a ocupar a Puerto Plata no debe extenderse en consideraciones con nadie, y menos con extranjeros... quienes deben ser expulsados a patadas del país para que no vuelvan nunca, sin ponerle atención alguna ni a los cónsules ni a los americanos... Ofrezcale permiso a las tropas para saquear la ciudad, y usted verá qué contentos se ponen y con qué avidez ponen mano a la obra".

(4) Bernardo Pichardo. "Resumen de historia de Santo Domingo". Santo Domingo. 1921.

(5) B. Pichardo. Ob. cit.

(6) Ob. Cit.

(7) Ese episodio del encuentro de la Sabana de los Montones es relatado por Rafael Damirón en su novela "La cacica". Viendo Demetrio Rodríguez que sus tropas

eran numerosas y que aventajaban con mucho a las de Eliseo Cabrera, le escribió una misiva indicándole que tornara a San Pedro de Macorís en busca de refuerzos, a lo que senegó Cabrera, muriendo en la contienda. Juan Bosch en su mocedad inició la idea de escribir un romancero dominicano, y recogió este episodio, según el cual Eliseo Cabrera le respondió a Demetrio Rodríguez: "Si este sol ve mi derrota/ verá también mi mortaja". En ese romance Bosch dice: "Demetrio Rodríguez fue/ como inmensa llamarada".

(8) Bernardo Pichardo relata así ese incidente: "La víspera de entrar en la ría Ozama el vapor americano mercante "New York", de la Compañía Clyde, que era portador de provisiones para el comercio de la plaza, un Empleado Consular de los Estados Unidos de América se trasladó al campamento revolucionario de Villa Duarte, según parece, con el objeto de obtener seguridades de que no se entorpecerían con disparos las operaciones de entrada, carga y descarga de dicho buque. Al día siguiente, a las 3 p.m., tan pronto como comenzó el vapor a entrar en el estuario, se trasladó a la Aduana el Ministro americano. Mr Power, coincidiendo su llegada a dicha oficina, con las nutridas descargas con que desde Villa Duarte hicieron blanco los revolucionarios en el mencionado buque..! Una señal de bandera bastó, y al amparo del bombardeo que inició contra Villa Duarte el vapor norteamericano "Newark", surto en el antepuerto, se posesionaron de aquel poblado fuerzas de marina americana, que trajeron en la proa de las pequeñas embarcaciones de vapor, de que se sirvieron para el desembarco, varias ametralladoras que dispararon sin cesar, limpiando el campo hasta el momento de poner pie en tierra. Ese doloroso acontecimiento provocó una protesta escrita de parte de varios ciudadanos distinguidos".

(9) En uno de esos combates murió Raúl Cabrera, uno de los hombres en quien más confiaba el Gobierno. Lo enterraron en la Iglesia Mayor de Santiago.

(10) De Federico Velásquez y Hernández puede decirse que es uno de los funcionarios más honestos y honrados que ha tenido el país en cualquier momento de su Historia.

(11) "Pretendió el Presidente de la República reaccionar contra el "horacismo", apoyándose en sus antiguos correligionarios, los jimenistas, y el 24 de diciembre de 1905 se salió al campo y llegó a Haína, donde se le había prometido que encontraría no escasa cantidad de armas, pertrechos y gentes. Allí fueron a perseguirlo; y en un momento en que descendía por una barranca, tomando como punto de sujeción un bejuco, se rompió éste, ocasionándole una terrible caída en la que se fracturó una pierna; noticia ésta que a poco llegó a conocimiento de las fuerzas que lo perseguían en cuya fila figuraban hombres que le aconsejaron la actitud resuelta en que jugaba la vida. En hombros de algunos amigos, o arrastrándose por el suelo, pudo albergarse en unas cuevas, de las cuales tuvo que salir a poco para no ser sorprendido, hasta que al fin, mediante la expresa condición de su renuncia, se le dieron garantías de vida y bajo la protección de Don Emiliano Tejera y del Ministro americano, Mr. Dawson, que salieron a encontrarle, efectuó su embarque en el vapor de guerra americano "Dubuque". No se economizó al ex Presidente Morales el dolor de que la muchedumbre lo viera pasar en pleno día por la ciudad, macilento, casi acostado en un coche, oyendo la burla sorda y rencorosa de varios hombres sin grandeza, y dispensando a las miradas condolidas del vecindario, que contempló la alevosía de su adversidad, una sonrisa disimuladora de sus dolores físicos y de la

terrible congojosa decepción que atenaceaba su espíritu de vencido..." B. Pichardo. O. cit.

(12) B. Pichardo. Ob. cit.

(13) El Club Unión celebró repetidos Juegos Florales, de los cuales los más exitosos fueron los de 1910, que trajeron numerosos intelectuales de las Antillas vecinas.

(14) Ramón Marrero Aristy. "La República Dominicana. Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América". El Caribe. Tomo II. 1958.

(15) Ob. cit.

(16) Se salvaron de ser fusilados gracias a las diligencias que en este sentido hicieron varios ciudadanos, encabezados por el Arz. Nouel.

(17) R. Marrero Aristy. Ob. cit.

(18) R. Marrero Aristy. Ob. cit.

(19) Bajo la Presidencia del Dr. Báez el Instituto Profesional dio paso a la reapertura de la Universidad de Santo Domingo.

(20) B. Pichardo. Ob. cit.

(21) Lo presidía entonces Horacio Vásquez.

(22) B. Pichardo. Ob. cit.

(23) Listín Diario. Edición del 21 de junio de 1923.

(24) B. Pichardo. Ob. cit.

(25) Se llamaba James W. Wilmore y pertenecía a la 11a Compañía de las fuerzas americanas que ocupaban a Haití.

(26) Ob. cit.

(27) El Ministro Caperton, de acuerdo con el Ministro americano Mr. Rusell y el capitán del barco "Prairie", Crosley, trató, sin tomar para nada en cuenta, ni por elemental cortesía, al Presidente Jimenes, de reducir a la obediencia a los rebeldes, creyendo que su presencia solamente doblegaría a Desiderio Arias. ¡Se equivocaron!

(28) Luis F. Mejía. "De Lilís a Trujillo". (Cap. V: "Bajo la tiranía yanqui"). Caracas. 194.

(29) Luis F. Mejía. Ob. cit.

(30) Gregorio Gilbert pasó después a Nicaragua y combatió a los yanquis al lado del General Augusto César Sandino, alcanzando el grado de Capitán.

(31) O. cit.

(32) "Colección de órdenes ejecutivas". Tomo XXIV de la "Colección de leyes, decretos y revoluciones de la República Dominicana, año 1916", Colección Trujillo. Santo Domingo. 1944.

(33) Fabio Fiallo. "La Comisión Nacionalista en Washington" Imp. La Opinión. Santo Domingo. 1939.

(34) R. Marrero Aristy. Ob. cit.

(35) Ob. cit.

(36) Sumner Welles. "La viña de Naboth". Ed. Taller. Santo Domingo. 1973.

(37) S. Welles. Ob. cit.

(38) S. Welles. Ob. cit.

(39) F. Fiallo. Ob. cit.

(40) La Unión Nacional fue fundada en los primeros días de Enero de 1920 y fueron sus iniciadores: René Fiallo, Manuel A. Grullón, Viriato A. Fiallo, y Juan Tomás Mejía. Tras estos se anotaron algunos de los hombres de mayor prestigio en el

país: Andrés Péres, Félix E. Mejía, Antonio Hoepelmán, Emilio Billini, Lucio Fiallo, Emilio Tejera, Enriqueillo Henríquez, Juan Bautista Ruiz y Fabio Fiallo. La directiva se integró como sigue: Presidente, Emiliano Tejera; Vicepresidente, Lic. Enrique Henríquez; 2o. vicepresidente, Dr. Américo Lugo; Tesorero, Andrés Pérez; Secretario Antonio Hoepelman; Secretario de Correspondencia, Emilio E. Billini y Vocales: Fabio Fiallo, Lic. Armando Pérez Perdomo y Dr. M. A. Machado.

(41) F. Fiallo. Ob. cit.

(42) Empezaba diciendo: "El pambiche no me importa/ ni me importa la prisión,/ lo que me importa es la patria/ puesta en la cruz del dolor".

(43) En inglés en el texto original.

(44) Ob. cit.

(45) Citado por el periodista venezolano H. Blanco Fombona en "Letras", edición No. 170 del 12 de septiembre del 1920.

(46) Documentos... etc.) b. cit.

(47) Documentos... Ob. cit.

(48) En esa Declaración figuraron como representantes de todos los partidos y de los sectores más calificados del pueblo, el Arz. Mons, Nouel, el General Horacio Vásquez, Federico Velásquez, el ex Presidente Dr. Ramón Báez, Lic. Francisco J. Peynado, Enrique Jimenes, José María Cabral y Báez, los jueces: Rafael Justino Castillo, y Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, Tulio M. Cestero, Jacinto R. de Castro, el viejo general Juan Francisco Sánchez y Manuel de Jesús Llubes.

(49) Los firmantes del "Plan Hughes-Peynado" fueron: William W. Russel, Ministro americano; Sumner Welles, Comisionado Americano; Adolfo Alejandro Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, Horacio Vásquez, Federico Velásquez, Elías Brache y Francisco J. Peynado.

(50) El Gabinete del Sr. Vicini quedó formado como sigue: José del Carmen Ariza, Secretario de Estado de lo Interior y Policía; Cayetano Armando Rodríguez, de Justicia e Instrucción Pública; Eladio Sánchez, de Hacienda y Comercio; Octavio Acevedo, de Fomento y Comunicaciones; Manuel M. Sanabria, de Sanidad y Beneficiencia y Pedro A. Pérez, de Agricultura e Inmigración. Había representación de todos los partidos.

(51) E. O. Garrido Puello. "En el camino de la historia". Santo Dgo. 1977

(52) La Constitución determinaba que, a falta de Vicepresidente, la Presidencia recaería en el Secretario de lo Interior y Policía.

(53) Un grupo de atorrantes y matones constituyeron "La 42", que salía armado por las calles a maltratar y asesinar ciudadanos contrarios a Trujillo, impidiendo las manifestaciones públicas de la oposición, y actuando contra todo activismo velasquista.

(54) El 21 de julio de 1947.

(55) La primera reelección ocurrió al término de su primer mandato, en 1934. Luego se reeligió en 1942 y 1946.

(56) En 1940 falleció Peynado y quedó como Presidente Troncoso de la Concha.

(57) Hizo asesinar a Desiderio Arias, que había renunciado a su diputación para alzarse en armas, y, ulteriormente, a Cipriano Bencosme.

(58) Andrés Requena era un novelista dominicano, exiliado por su oposición al régimen. Escribió una novela, "Cementerio sin cruces", donde denunciaba los

horrendos crímenes de Trujillo y un día fue abatido a balazos en un subterráneo de la ciudad de Nueva York.

(59) Jesús Galíndez era un vasco refugiado en Santo Domingo de la guerra española. Gozó de ciertos privilegios bajo el régimen. Pero un día, hastiado, se fue a Nueva York donde fungió de Profesor de la Universidad de Columbia. Publicó un libro, de tesis "La era de Trujillo", donde denunciaba el régimen. Se cree que fue traído a Santo Domingo y que el propio Trujillo lo mató.

(60) Almonía fue un refugiado español que gozaba de la confianza de Trujillo, quien lo había hecho su Secretario. Conocía intimidades del Déspota porque tenía acceso a su alcoba. Publicó un libro "Yo fui secretario de Trujillo", encomiable para el régimen. Pero una vez en México anunció un libro donde prometía revelar secretos de la satrapía. Trujillo lo hizo asesinar en las calles de México.

(61) La Universidad de Santo Domingo le había otorgado el título de Doctor Honoris Causa.

(62) La conspiración "contaba con el apoyo de las Fuerzas Armadas, General J. R. Román Fernández, sobrino político de Trujillo, lo cual le costó la vida. En este grupo se encontraban Antonio de la Maza Vásquez, Salvador Estrella Sadhalá, Amado García Guerrero, Pedro Livio Cedeño, Huáscar Tejeda, Roberto Pastoriza y Antonio Imbert Barreras. (El joven Tunti Cáceres Michel, miembro del grupo, se encontraba fuera de la ciudad ese día). Otro grupo de conjurados, encargado de tomar el control del gobierno, estaba encabezado por los hermanos Juan Tomás y Modesto Díaz, por Luis Amiama Tió, Dr. E. A. García Vásquez, y otros. Del primer grupo sólo Imbert Barreras salvó la vida en la cruenta y frenética venganza trujillista" Jacinto Gimbernard. "Historia de Santo Domingo".

CAPITULO XX

EL MODERNISMO EN SANTO DOMINGO



El *modernismo* apareció como un movimiento americano y su máximo exponente fue Rubén Darío, el poeta genial de Nicaragua.

Todo lo nuevo que tiene el *modernismo* significa un volver a modos olvidados, a temas despreciados y metros preteridos.

Empecemos por los metros. La principal innovación realizada por los modernistas, con Rubén Darío a la cabeza, consistió en la definitiva y genial de los acentos, remozando y dándoles flexibilidad a los viejos metros conocidos. Le dieron más expresión al verso, más plasticidad, más sonoridad.

“Rubén Darío – en cuya obra mejor que en otra alguna puede estudiarse la evolución de la nueva métrica – emplea constantemente versos eneasílabos (tres formas), alejandrinos, pentámetros, exámetros y versos de quince, diez y seis y más sílabas. Con esta variedad de elementos ha realizado innumerables combinaciones estróficas, desde los pareados y el terceto monorrítmico que también usó Casal, hasta llegar a la versificación que los franceses llaman libre”. (1)

Desde luego que Rubén tuvo sus precursores. Tres egregios precursores se mencionan, dos cubanos y un colombiano: José Martí, Julián del Casal y José Asunción Silva. Eran grandes poetas de alta elegancia en el decir y de una sobriedad clásica, la cual se estremecía con los atrevidos giros de sus metáforas y la nueva forma de sus ritmos. No podían ser frívolos por condiciones muy especiales de su vida: los tres fueron tristes y tuvieron patético y dramático morir.

JULIAN DEL CASAL (1863-1893), a los treinta años se asfixiaba en el ambiente citadino, se encogía en el rincón más oscuro de su hurañez, y un día dejó la vida con un borbotón de sangre que le inundó la boca. Fue un aneurisma que estalló para tronchar la flor de aquella existencia dolorida.

JOSE ASUNCION SILVA (1865-1896) sufre la amargura del vivir en su corazón aniquilado por las desventuras; sobre su vida pesa la terrible sospecha del incesto. Era hermoso y el mundo pudo haberle ofrecido sus dulzores, pero su alma enfermiza no los aceptaba. Para suicidarse se hizo dibujar el corazón y marcó con una cruz el vértice de la víscera. Tenía treinta y un años.

JOSE MARTI (1853-1895) diluyó su vida en el ansión de su maravilloso apostolado. Buscó muerte heroica en Dos Ríos, peleando por las ansiadas libertades de su patria.

Detrás vendrán otros que anuncian, con clarinadas de inquietudes, el modernismo triunfante.

MANUEL ACUÑA (1849-1873), menos poeta que los otros tres, con sobresaltos modernistas en su dolido romanticismo, se mató a los veinticuatro años de edad, dejando como testimonio de su angustia mortal, aquel *Nocturno A Rosario*, henchido de quejumbres amorosas. Las huellas que estos poetas dejaron en la juventud exaltada de su época, fueron muy hondas.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA (1859 — 1895), que no era enfermo, como Casal, ni suicida, exclamará, sin embargo:

¿Por qué has hecho, Dios mío, mi alma tan triste?

Y hasta Rubén, el inmenso Rubén de los *Cantos de vida y esperanza*, exclamará en ciertos momentos de escepticismo:

*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
y más la piedra dura porque esa ya no siente.*

Pero RUBEN DARIO (1867-1916), a pesar de su fatalismo y su angustia dipsomaniaca, es un poeta esencialmente optimista. Los *modernistas*, pues, hacen notorias innovaciones enriquecedoras del idioma.

Todos los poetas que iniciaron el modernismo en América, añadieron a su canto de libertad un conocimiento íntimo y superior de la edad de oro de la literatura española, con un sonoro repicar de cascabeles musicales y un deslizamiento suave por las corrientes del río gongorino.

*“Sólo la ignorancia de los críticos de gacetillas –
afirma Max Henríquez Ureña – pudo estampar en letras de
molde la afirmación de que el modernismo era la guerra al
clasicismo. (2)*

Pero en cambio, los modernistas reaccionaron en contra de los engolados seudo clásicos que pulularon por el detestable siglo XVIII, rectos, alambicados, imposibles, reduciendo la poesía a moldes constreñidos, creando modelos estragantes que enjaularon la poesía (la alada libertad), apartándola del camino de sus propias cumbres, para llevarla por los trillos enmalezados del rigorismo más estúpido. No solamente llevaron la poesía por tan paupérrimas rutas, sino que crearon el retoricismo y la preceptiva, para que los Gil de Zárate, Hermsilla y los Col y Vehi escribieran crítica literaria destronando y desmedrando a los mejores ingenios del Siglo de Oro español. Especialmente Góngora, Calderón y Lope fueron blanco de sus dardos, y más que nadie Góngora, a quien, bajo el dosel de Cascales, exaltaron como “ángel de tinieblas”.

Ni don Marcelino Menéndez Pelayo se libró de este tufillo de nihilismo estético, cuando tratando de exaltar a Lope, desnudó a Calderón —aunque después rectificó su juicio con respecto al segundo—, pues don Marcelino, el más fecundo de los críticos de España, nunca comprendió a Góngora.

Ese pseudoclasicismo condenó muchas de las combinaciones métricas de los clásicos que habían resucitado los modernistas. Así, cuando alguien tachó de hereje a Rubén, por haber dado vida el endecasílabo llamado *dactílico* por Eduardo de la Barra y *anapéstico* por Milá de Fontanals:

*... y esto pasó en el reinado de Hugo
emperador de la barba florida.*

Menéndez Pelayo demostró que esos eran, sencillamente, los viejos endecasílabos de la *gaita gallega*:

*Tanto bailé con el ama del cura
tanto bailé que me dió calentura. (3)*

Los hexasílabos habían sido usados por Juan de Encina:

*¡Ay, triste! Que vengo
vencido de amor.*

Y los tercetos monorrítmicos, que tal barullo de protesta levantaron, venían de Gonzalo de Berceo y el Arcipreste de Hita.

De todas maneras, al modernismo le debemos una mayor soltura en el decir, un rebuscamiento de nuevos motivos, una mayor elasticidad en el canto.

Los modernistas deben mucho a los simbolistas franceses. Darío llamaba a Verlaine:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste,

Y no oculta su deuda con Hugo, romántico, y el mundo parnasiano. Pero también se remansó en la sinfonía clásica de la Grecia divinal, y rió con Quevedo, y bebió plata de luna con Li Po, y se bañó, en los cenáculos franceses, con las aguas astrales de las fuentes gongorinas.

A los que creyeron que el modernismo era sólo sonoridad, porque se ilustraban con la poesía insustancial de poetas de segunda línea, que no se cuidaban más que de atinar con la rima adecuada, les aconsejamos leer más cuidadosamente la obra de Darío y de los que, como él, supieron darle al verso, además de flexura y música, profundidad.

MODERNISMO EN SANTO DOMINGO.

Rubén Darío publica su libro revolucionario *Azul*, en Chile en 1888 y no es sino en 1902, cuando aparece lo que algunos han calificado el primer poema modernista escrito por un dominicano. Esto hace pensar que el modernismo entra tardíamente en la República Dominicana, y, más que todo, que es incomprendido. Gastón Deligne, orondo en su trono cenital, lo discute, y hasta lo combate sin mayor miramiento. Pero siente aflorar a su alma estremecida los temblores de una nueva forma de poetizar. Hasta se han descubierto en sus versos metáforas modernistas, como se ve en *De luto*, y se descubre en el romancero de sus años tempranos:

*Dormida está la ciudad
bajo los limpios reflejos
de una luna sin mancilla
bajo un nacarado cielo.*

*Allá lejos, zumba el mar:
acá suspira el misterio
y en las hebras de la luz
flota en su hamaca el silencio.*

*Todo, hasta el aire es marasmo,
todo, hasta la luz, es sueño... (4)*

Pero algo que habla muy elocuentemente de la aceptación que tuvo Rubén Darío en nuestro país es el hecho, destacado por Emilio Rodríguez Demorizi, de que fue José Joaquín Pérez uno de los primeros en reconocer el genio del gran poeta de Nicaragua, cuando en 1884 publica su primer libro de versos en León (5). El artículo de Pérez fue publicado en el No. 5 de la *Revista científica, literaria y de conocimientos útiles* del 5 de mayo de 1884 y afirma, con visión genial, que ese desconocido muchacho de una lejana ciudad de Centroamérica, es uno de los primeros poetas de nuestra hermosa tierra americana. (6) El juicio de José Joaquín Pérez era sereno, y dice, del primer poema del opúsculo, que es “una hermosísima y rica producción, una joya de delicadísima filigrana”.

Cuando Rubén Darío murió en 1916 ya existía en Santo Domingo una copiosa producción modernista que iba desde los primeros y únicos poemas de Pedro Henríquez Ureña, (*Flores de otoño*), hijos de su adolescencia, hasta la producción de los ya consagrados modernistas, algunos de los cuales compartieron la bohemia del bardo nicaragüense.

Todavía no hay consenso acerca de quién introdujo el modernismo en Santo Domingo.

Para nosotros, aunque este hecho no ha sido señalado, fue Pedro Henríquez Ureña, quien entre 1901 y 1902 se aventuró con atrevidas innovaciones métricas, en temas muy dentro del gusto de los primeros modernistas de América.

Max Henríquez Ureña estima que el primer poema modernista que se escribió en Santo Domingo fue *mi vaso verde* de ALTAGRACIA SAVIÑON (1886-1942) dado a conocer en 1903. Es un poema transparente como un nocturno y nostálgico como el dolor de un amor imposible. He aquí este sereno fluir de agua mansa, entre guijas de arpadadas sonoridades:

*Mi vaso glauco, pálido y amado,
donde guardo mis flores predilectas,
tiene el color de las marinas algas,
tiene el color de la esperanza muerta...
Las flores tristes, las dolientes flores
en el agua del vaso se refrescan
y bañan sus corolas pensativas
en una blanca idealidad de perlas.
Y luego se van lejos... se marchitan,
abandonadas, pálidas y enfermas,
muy lejos del cariño de ese vaso
que es del color de la esperanza muerta.
Y cuando sola, pensativa, herida
por la eterna nostalgia
siento un perfume triste, moribundo
que llega hasta mi alma...
pienso en mis pobres flores, las marchitas,
las enfermas, dolientes y olvidadas,
que antes de marchitarse se despiden,
tristísima y trágicas,
de ese vaso de pálidos reflejos
que es del color de las marinas algas...*

Hay un desgarrante dolor en este poema triste, melancólico, herido, como si un rayo de sol rajara el vaso donde las pobres flores se desmayan, hijo de un alma enferma. (7)

Y enferma era la pesarosa Altagracia, porque, como dice Contín y Aybar:

"Por desgracia, su mente sufrió oscurecimientos fatales que la impidieron realizar la gran obra lírica a que estaba llamada". (8)

Altagracia Saviñón escribió otros poemas elegantes como *Noctívagas* y *La serenata de Shubert*, donde da como novedad la alteración de los asonantes que ya vimos en *Mi vaso verde*, pero éstos no alcanzan la calidad de su primer poema.

Pedro Henríquez Ureña, que fue uno de los primeros en reconocer el genio de Darío, dedicándole un largo ensayo en *Horas de estudio*, cuando éste era apenas conocido, publicó su poemario ya aludido en 1901 anticipándose a Altagracia Saviñón, donde aborda los temas rubendarianos y crea metáforas que aluden al lejano Oriente —los modernistas escribieron Hai-Kais y aludieron a pagodas y mandarines en variadas ocasiones—. Pero la poesía no fue un quehacer perenne o preferencial en él, y por eso no suele hablarse de su poesía.

En 1907 fue premiado en un Certamen Literario el soneto dodecasílabo “Virgínea” (9). El premio irritó a Gastón Deligne, que entonces fungía de árbitro de la poesía dominicana. Su autor, VALENTIN GIRO (1883-1949) poeta de formación francesa, abrió la puerta ancha del modernismo. Su libro *Ecos mundanos* (1907) venía impregnado de giros y aromas que ya se hacían sentir en toda América Hispana. He aquí el soneto en cuestión:

*Se murió Natalia, virgen que tenía
en los ojos muchos sueños y delirios,
y en los tristes labios todos los martirios
de la cruel anemia que la consumía.*

*En el blanco lecho su cara fulgía
como nívea estrella sobre un mar de lirios
mientras en la alcoba los trémulos cirios
llovían miradas de melancolía.*

*Al Vésper, en andas, en hombros de amigos
iba lentamente para el camposanto.*

*Después cuando todos a casa volvían,
mudos, pensativos... como rubios trigos,
vieron que en el cielo, radiosa de encanto,
todas las estrellas reían... reían...*

Era un soneto novedoso para los que aún estaban sordos a la revolución modernista. Giros gálicos y rara combinación de

rimas, eran las licencias que se habían tomado Giró. Pero había también inspiración. Temblor poético, clara luz de ambiciones altivas.

Su poema *Ensueño* (1910), también fue objeto de ardorosas polémicas. Bello poema también, aunque se resiente de algunas trivialidades:

*Escucha, encantadora fugitiva,
que interpretar mi corazón no quieres:
tu palidez mortal me tiene enfermo
y presiento, al mirarte, que te mueres...*

*Es tan débil tu cuerpo delicado,
tu vida está de levedad tan llena
que un hálito veloz puede quebrarte
como un pétalo frágil de azucena.*

*Surgir parece a tu redor la niebla
como para envolverte en un misterio
y en tu camino papitando dejas
un lejano rumor de cementerio.*

*Finas esquilas en tu voz sollozan,
blancor de leche en tu pupila vaga,
y tu reír parece hilo de luna
que en la espuma del mar vibra y se apaga.*

*Frágil, blanca de niebla y errabunda
como del aura leda suspendida,
pareces una virgen temblorosa
del hondo seno de la tumba huida.*

*Frágil, blanca de niebla y errabunda
y cuanto más sutil y visionaria
pasas por mi fantástico camino
más pura en tu belleza funeraria.*

*Y más te quiero, fugitiva niña
que temes al contacto de mi mano,
porque vamos, yo, ardor, hacia tu vida,
y tú, vapor de ensueño, hacia el arcano.*

Ya en su madurez, Giró abordó el poema simbólico, despojado de conceptismo, con su poema *Jacinto, Dionisos, flores* (1935), y el poema altisonante con *Sinfonía heroica* (1941), así como sus largas odas, *A Lindberg* (1929) y *Al Niágara* (1939), en versos rotundos de diez y seis sílabas.

Mientras que el modernismo iba a dar sus mejores frutos en Europa, donde buenos poetas nuestros, al lado de Rubén Darío, se impregnaban del alma elegante y universal del genio nicaragüense, otros poetas en Santo Domingo, a la luz del movimiento ya triunfante en América, le daban vuelo novedoso a sus versos. Rubén era la luz: como mariposas, los poetas de América iban al llamado de tal candil. Entre los dominicanos el nicaragüense tuvo muchos amigos. Darío se ocupó de la literatura dominicana, haciendo elogios de Félix del Monte, Nicolás Ureña, Fernando Arturo Meriño, Emiliano Tejera, José Gabriel García, Mariano Cestero, José Joaquín Pérez, Salomé Ureña, Federico Henríquez y Carvajal, César Nicolás Penson, Gastón Deligne, Rafael Deligne, Enrique Deschamps, Pedro Henríquez Ureña, Max Henríquez Ureña, Osvaldo Bazil, Tulio Manuel Cestero, Fabio Fiallo y otros.

Especialmente Rubén tuvo predilección por Fabio Fiallo, quien cumplía una misión diplomática en Hamburgo, Alemania, y tuvo al creador del modernismo en su casa como huésped, habiendo recibido sus elogios calurosos. En París, en 1910, Darío escribió el siguiente soneto *A Fabio Fiallo*:

Lo que habla en el silencio de mi vida
de voz, canción, llamada, trino o queja,
no lo oírás ya Desdémona dormida
porque ya el ruiseñor no está en la reja.

La esencia de la sangre de mi herida,
el misterio profundo de mi queja
y lo que puso en mi panal la abeja
mientras parió la leona en su guarida;

Todo lo que hay en mí de complicado,
de pecado sutil o de perverso,
vino de amor o extracto de pecado,

abarcando en mi afán el universo,
todo eso lo he exprimido y lo he brindado
en sacrificio, inspiración y verso.

También fueron muy allegados a Darío, Osvaldo Bazil, quien amó entrañablemente al poeta de los cisnes, compartiendo el lírico vapor de su bohemia y atisbando dentro del pecho del bardo de Nicaragua un alma asustadiza y pueril, digna de ser mirada y protegida con amor (10), y Ricardo Pérez Alfonseca, muy joven todavía, al extremo de que Darío lo llamó "el Benjamín de los poetas hispanoamericanos".

OSVALDO BAZIL (1884-1946), desde muy joven militó en el modernismo, con su primer libro de versos, *Rosales en flor*, publicado en 1906, habiendo quedado definido su pensamiento cuando en 1907 publicó sus versos de *Arcos votivos*, en cuyo Prólogo Rubén Darío dice:

"En La Habana he conocido a Osvaldo Bazil y me fue personalmente como me había sido intelectualmente: grato. Juntos hemos departido de cosas de arte y de poesía, amén de otros paganos tópicos en las pintorescas noches de Miramar Garden".

"... he unido muchas veces mis sueños en nuestras conversaciones a los del noble aeda quisqueyano y hemos recorrido países de lo posible y de lo imposible, en yate, en aeroplano, en todos los vehículos enumerados en el prelude de mi Canto errante y sobre todo en el progreso".

A pesar de su pasión por Rubén Darío, de su modernismo tembloroso y exaltado, en los mejores poemas de Bazil hay un leve tono becqueriano. He aquí esta joyita muy popular, digna de figurar en cualquier antología:

*Ella, la que yo hubiera amado tanto,
la que hechizó de músicas mi alma,
la que el más blando susurrar de églolas*

*derramó en el azul de mis mañanas,
me dice con ternura que la olvide,
que la olvide sin odios y sin lágrimas.*

*Ella, la que me ha dado más ensueños
y más noches amargas,
se aleja dulcemente
como una vela blanca.*

*Yo, que llevo enterrados tantos sueños,
que cuento tantas tumbas en el alma,
no sé por qué sollozo y por qué tiemblo
al cavar una más en mis entrañas.*

Pequeño nocturno.

De este pequeño dije poético, en el que Baeza Flores encuentra "como un movimiento de bolero sentimental del trópico: lento, cadencioso, sutil, melancólico, evocador y sensitivo" (11) se pueden decir muchas cosas.

Pedro René Contín Aybar expresa:

"Pero donde realmente alcanza Bazil su plenitud poética es en el verso íntimo, en su lirismo encantador, en su musitar de amor hasta lograr esa rara joya preciosa que es su Pequeño nocturno, de la cual me atrevo a decir que es la más bella poesía de amor dominicana, par solamente de Mi vaso verde, de Altagracia Saviñón, Plenilunio de Fabio Fiallo y Versos de dolor y de misterio, de D. Moreno Jimenes" (12)

Como buen modernista, Bazil usaba los más diversos metros, aunque tuvo preferencia por el alejandrino, con los hemistiquios y acentos en la décima y sexta sílabas; pero también usó el endecasílabo, y otros metros, preferentemente de arte mayor.

Esencialmente su canto era erótico, o mejor dicho, amoroso. Cantó a esa amada soñada en la penumbra de su

bohemia exaltada. Por eso hay en sus poemas nostalgias de dolores, con clara originalidad modernista.

*Espejos de mi infancia donde aprendí a mirar.
Espejos de mis noches donde aprendí a llorar.
Espejos del olvido donde sentí tu ser
elear tu silencio y ponerlo a sangrar.
Espejos empañados de lágrimas de ayer,
si intentaran de nuevo mis duelos reflejar
en sus opacas luces,
mi mano arrojaría al polvo esos espejos
que están llenos de sombra de los recuerdos viejos.
¡Oh! Inútiles espejos donde aprendí a llorar
cuando empezó mi vida a quererse mirar
delante de otras vidas que eran como las cruces
clavados entre rotos espejos de la mar!*

Espejos de sombra.

Como se ve, es amor de pasiones, pero distante, con la esperanza del regreso y de la entrega:

*Y al través de mis viejos
delirios de paisaje,
te quiero desde lejos,
como se quiere un puerto
después de un largo viaje.*

*Eres tú la quimera
de mi tarde otoñal.
Deja pues que te quiera
como a un puerto final.*

Bazil deja estampada su devoción fraternal a Rubén Darío, en un retrato lírico que llama *Mi Rubén*, del que son estos párrafos:

“Divina y Bienaventurada esa influencia espiritual, que dió al prestigio de América la gloria, que nos sirve a todos de orgullo, alcanzada por Rubén en la literatura española como prosista y poeta máximo, verbo, instrumento castellano.

... el predestinado a recoger el sublime encargo del genio de Martí de renovar, de descoyuntar el verso español, de llenarlo de alas y de sangre nueva de América; que en Buenos Aires su figura se destaca como la del prócer del modernismo; que en Martí y Rubén hay el mismo amor a ciertas palabras, la misma preocupación en la calificación ceñida y libre, la misma tortura por encontrar la sencillez y la desnudez que sorprendieran al mismo tiempo por luminosa y fragante.

Las rosas, las auroras, las estrellas fueron aliadas predilectas de sus plumas...

Rubén “rezaba el verso y lo pulía en la mente”. Luego volvía de nuevo a mimarlo entre los dedos de su mano derecha antes de pronunciarlo... y entonces era una perla lo que caía de sus manos de Marqués sobre el papel, o era un ala lo que se escapaba al azul de entre los dedos” (13)

Pero ya en 1908 Bazil había escrito un *Canto a Rubén*, del cual son estos versos:

*Pasional y devoto, de tu fuente sagrada,
alabo los prodigios de tu triunfal cascada
que salta y bulle y calla en tu jardín de amor,
en donde deposita tus oros la mañana,
sus ópalos la luna, compasiva y lejana
y sus altas tristezas el viejo ruiseñor.*

*A pesar de tu Cantos de Vida y Esperanza
y tus Tierras Solares donde el amor descansa*

*entre líricos ramos bajo un fragante tul,
a pesar del encaje de las Prosas Profanas
y del sueño que cantan las viejas caravanas
el corazón no olvida las páginas de Azul.*

*¡Oh! Maestro y divino señor Rubén Darío.
El alma de tus rosas se colma de rocío
y el vino de tus viñas de un sol de juventud;
descienden los rosales de tu azul primavera
mientras pasa la gloria como una bandera
por sobre los asombros de la gran multitud.*

Otras obras de Bazil son: *Campanas de la tarde* (1922), *Huerto de inquietud* (1926), *Cabezas de América* (prosa, 1933), *La cruz transparente* (1939), y *Tareas literarias y patricias* (1943).

A FABIO FIALLO (1866-1942) le han llamado el poeta del amor. Contrario a lo que fuera dable esperar de su gran amistad con Rubén Darío, Fabio Fiallo es el menos modernista en su poesía — no así en su prosa — y aparece como un claro Bécquer romántico y erótico. Quizá también asoma a sus versos un Enrique Heine, que lo deslumbrara con su fatalismo germánico, durante su estada en Alemania.

Rubén Darío le llama “uno de los más exquisitos, finos y nobles espíritus que decoran la riqueza mental del ramillete de la islas de las Antillas”. (14)

La amistad de Darío no fue para Fabio refacción de bohemias alcohólicas. Fiallo no era dipsomaníaco, Fabio no era bohemio como Bazil. Los contactos del genio nicaragüense y el soñador dominicano, fueron breves. Rubén llamaba a Fabio:: “Santo de la amistad, el único que he conocido”.

“En Hamburgo, una mañana neblinosa y después de una noche terrorífica de alucinaciones oníricas, y ya casi movilizándose los ejércitos de la guerra del 14, Fabio lo despedía, tal vez para no volverlo a ver. Rubén lo estrechó

emocionado contra su pecho diciéndole: Oh, Fabio, mi excelente amigo, mi hermano, qué bien me curaste anoche! ¡Oh! Si yo hubiera encontrado muchos como tú por el mundo, qué diferente hubiera sido mi vida! .. Oye, Fabio, esa mujer no es una hamadriada como yo la creía en mis disparates, ni tampoco una sirena como tú la pintaste en tus versos: pero huye de ella, esa mujer tiene el diablo en el cuerpo, y Fabio agrega en su relato: "Yo sonreí ante su candor; mi genial y excelente amigo no se había dado cuenta todavía, que a nosotros los poetas lo que más nos atrae en la mujer amada es, precisamente, el pedacito de diablo que ellas siempre llevan en el alma y en el cuerpo" (15)

A pesar de que Fabio aparece como alejado de Rubén en sus versos, no lo está del todo. En *Evocación romántica*, trae una fantástica visión de la corte versallesca con sus marqueses, marquesas y furtivos amores por pajes inmaduros:

*Qué tiempo aquel, señora,
cuya usencia deplora
e inutilmente llora
sin ninguna esperanza el corazón!*

*¿Os acordáis, marquesa,
cuando en cierta ocasión
vuestro labio de fresa
a la más arrogante archiduquesa
impuso su mohín encantador?*

Y ahora parecen surgir ante la idealidad de nuestra evocación, la princesa triste de la *Sonatina*, o a la risueña Marquesa Eulalia dieciochesca.

*Era yo entonces un valido paje
del Duque, vuestro padre y mi señor,
y tenía por gaje*

*la fimbria sostener de vuestro traje
si bajabais al templo en oración.*

*Al penetrar la gótica capilla
con cuánta devoción
doblábamos, humildes, la rodilla:
vos, ante la Madona de la silla;
yo, Marquesa, ante vos.*

También hay resabios modernistas, con puro sabor de copla madrigalesca de la jacarandosa Andalucía, en este *Madrigal*:

*Anoche supe que te llamas Carmen,
y ya, niña, me explico la razón,
por qué de aromas se perfuma el aire
cuando abres tu balcón.*

Fabio Fiallo en una época fue el poeta popular dominicano, encanto de las damas:

*“Has sido calificado — dice Contín y Aybar —
unánimemente por la crítica, como nuestro poeta erótico,
por excelencia, pues toda su obra está llena de gentiles
ditirambos a la “amada misteriosa” o a la “niña de mi
amor”. Ninguno entre nosotros es tan feliz en el manejo
del lied heniano o de la rima becqueriana. Su poesía, plena
de elegancia, es una gran mariposa de colores revoloteando
a la pálida luz de la luna mientras la música de los
surtidores y el canto de un ruiseñor llenan de misterio y de
encantamiento el ambiente, induciendo el espíritu al
deleite de amar” (16)*

Ya hemos hablado de Fiallo y sus gestos patrióticos durante los días de la ocupación americana. Por eso nos es grato copiar lo que al respecto dice Max Henríquez Ureña:

"Fabio Fiallo alcanzó extensa fama como poeta erótico; era un personaje de leyenda; caballero romántico del amor, de la ilusión, del patriotismo, de la dignidad ciudadana, de todo aquello que, en fin, sólo puede germinar y florecer bajo la advocación de un ideal. Emulo fue de Bayardo y de Romeo: en la diestra, la espada y en los labios el madrigal. Más de una vez, montado en su corcel de guerra, recorrió las campiñas asoladas por civil contienda; pero su mayor deleite era viajar por los espacios siderales en el Pegaso del ensueño. Seres así son en nuestro tiempo un anacronismo: pertenecen a la leyenda". (17)

De la obra poética de Fabio Fiallo, concentrada en su poemario *La canción de una vida* (18), muy pocos poemas alcanzan carácter antológico, pero los seleccionados pertenecen a la eternidad. La rima preferida por el poeta es el asonante, al que le imprime cierta sonoridad con el acento agudo, como en *Misterio*:

*Flota su imagen pensativa y casta
 en mis versos de amor,
como flota en el pétalo de un lirio
 perfume embriagador.
Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
 su nombre vibrará.
Sólo al morir revelaré el misterio
 que guarda el corazón.
Sólo al morir... cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción..*

También puede verse ese carácter del asonante sonoro en el antológico *En el atrio*, posiblemente el más definitivo de los poemas de Fiallo:

*Deslumbradora de hermosura y gracia
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron
menos yo.*

*Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor;
un homenaje le rindieron todos
menos yo.*

*Y tranquilo, después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
¡ay! todos, ¡ menos yo !*

Heine y Bécquer, y un Musset sencillo se remansan tranquilos en los versos de Fabio Fiallo, "el poeta del amor". Y se ha dicho más de una vez que Fiallo es el poeta del amor; pero del amor recóndito, el amor que tiembla en el alma sin asomar su adoración perfumada para el deleite del olfato, ni su flor a los ojos ni a los labios su miel; que tiñe de celos la pasión, pero no celos irritados, sino quietos, sentidos:

*Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:*

*la luna tras los montes ascendía;
en la fronda cantaba el ruiseñor.*

*Y la dije... No sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...*

*En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.*

*¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?*

*Guarda, ¡Oh luna! , el secreto de mi alma.
Cállalo, ruiseñor.*

Todo en este gran romántico del modernismo es la angustia misteriosa del amor soñado, y por eso en *For Ever*, al hablar del rincón del cementerio donde irá hacia el descanso eterno, remata con esta estrofa definitiva:

*Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!*

La poesía de Fiallo no resiste un análisis para ponderarla con ciega admiración, pero, en cambio, nadie sintió con más recóndito encanto el romanticismo con el retozo, dentro del alma, de un amor soñado y quizá a esa circunstancia se deba la gran popularidad alcanzada, incluso fuera de los límites de su patria.

Donde aparece el modernismo con todo su esplendor es en la prosa de Fabio Fiallo: en sus cuentos. ¡En sus cuentos maravillosos! Dos volúmenes de cuentos: *Cuentos frágiles* y *Las manzanas de Mefisto*, muy rubendarianos, publicó Fabio Fiallo, los cuales merecieron el elogio mantenido de la crítica. Para nosotros, cuentos como *Flor de lago* y *La última hazaña de don Juan*, tienen más poesía que todos los versos que escribió el poeta.

Página antológica de la literatura dominicana es el *Prólogo* que Américo Lugo escribió para *Cuentos Frágiles*. En él dice el ilustre escritor:

“Como cuentista Fabio Fiallo no ha sido superado entre nosotros, (19), tal vez ni siquiera igualado. José R. López, Virginia E. Ortea, Ulises Hereaux hijo, son cuentistas estimados: el primero tiene la soltura, la sal, la donosura; la segunda gran facilidad narrativa; el último fecundidad, ingenio y corte nuevo. Pero la delicadeza, pero la gracia, la sobriedad, la elección del tema, el desarrollo, triunfos son de Fiallo... .. Fabio Fiallo tiene cuentos que pueden

ponerse al lado de los mejores cuentos franceses. La inolvidable, Ernesto de Anquises, El príncipe del mar honrarían una antología" (20)

Controversiales juicios ha arrancado la obra de Fabio Fiallo. De la misma manera en que Miguel de Unamuno, sin mayor ponderación, califica a Fabio como un simple imitador de Bécquer y Heine, se dijo que en sus cuentos imitó a Edgard Allan Poe y a Hoffman. El "Conde Kostia," a pesar de su ponderada penetración, afirma que el cuento *Ernesto de Anquises* "parecía caído del cartonier de Hoffman" (21). A esto aduce el médico humanista Fabio A. Mota:

"Aunque Ernesto de Anquises recuerde El caso del señor Valdemar, de Poe, para mí, Fabio como cuentista está más cerca de Maupassant que éste del fantástico Hoffman. A los que sustentaban la opinión, porque sí, de que nuestro poeta se inspiraba en Heine, que era paladinamente un imitador del romántico bardo alemán, tal vez lo sería, les dije, en el mismo sentido que lo fue Heine de Uhland, "el cantor de la tímida inocencia, de la infancia infeliz, de las encendidas vírgenes, más puras que el rayo azul con que despierta el día", el celebre autor de La maldición del bardo y de Los héroes moribundos; sin contar lo mucho que según algunos críticos, tomó Heine de los cantos de Brentano, autor de El niño del cuerpo maravilloso; y de las Baladas, de Godofredo Augusto Burger, creador de la celebradísima Leonor, que Walter Scott tradujo solícitamente al inglés" (22)

En sus cuentos, pues, Fabio Fiallo es puramente modernista. (23)

Otro de los amigos de Rubén Darío, RICARDO PEREZ ALFONSECA (1892-1950) fue una inteligencia superior y una exquisita personalidad. Se desarrolló toda su vida en la diplomacia, que ejerció con elegancia. Su primer libro, un bello y original poemario que tituló *Mármoles y lirios* fue publicado a

los diecisiete años de edad, pareciendo como el más joven de los modernistas. “El Benjamín de los poetas hispanoamericanos,” le llamó Rubén, (24) quien le dedicó, en 1914, desde París, el siguiente soneto: *A Ricardo Pérez Alfonseca*:

*La Gloria será tuya si tu alma retiene
lo que está en la profunda voluntad de infinito
que el Amor o el Dolor nos explica en el grito
que en el suspiro espera o que en el llanto viene.*

*¡Tú sí me eres carísimo! , pues tu espíritu tiene
una gracia divina que espera un nuevo mito...
Que en tus jardines nunca perfume lo maldito
ni oigas el Fauno-Diablo que su sirena suene.*

*Pero marcha, poeta, con tu flauta y tu lira
a donde Dios te llame y tu instinto te lleve.
Haz tus versos de noche, haz tu verso de nieve
y meditando en lo que la vida te inspira,
diluida en la aurora y en la tarde suspira
con el dáctilo dúctil y con la danza leve.*

Pérez Alfonseca le contestó con un soneto muy rubendariano:

*Tu verso es como el agua en las paganas fuentes
que, ocultas en antiguos jardines medievales,
contemplaron idilios y oyeron madrigales,
quebradero de espaldas y tropeles de gentes.*

*Todos esos misterios en tus versos radiantes
hay, porque cantan en tus interiores rosales
las aguas de esas fuentes, paganas e inmortales
con todos sus secretos que tú rimas y sientes.*

*O no es tuya esta edad de brutal movimiento;
tu estirpe está en Italia de aquel Renacimiento
artístico, ¡Oh! hermano de Leonardo y Rafael.*

*Tú eres en el Arte el D'Annunzio del verso
y vives la gran vida de un ya nuestro Universo
con una dogaresa, un caballo y un lebel.*

Este soneto, que pudo haberlo firmado él, apasionó a Rubén Darío. Se encontraba frente a un discípulo elegante, joven y fiel. En su entusiasmo le llamó “un Benjamín que conoce los secretos de su aurora interior y que seguramente en el mundo del arte dará a su Patria orgullo de gloria”. (25)

“Yo he leído —dijo— esos primeros versos de este tan joven poeta, y me hacen pensar a la inmediata en la diferencia que hay entre el estado del alma de los infantes de hoy y de mi generación y los anteriores del romanticismo de acá. Este primigenio breviarío íntimo supone el conocimiento de la creación wagneriana de nuestra revolución mental americana...” (26)

Y reproduce el soneto *Crepúsculo* de Pérez Alfonseca:

*El cisne de nieve,
sobre el agua queda,
cristalina y leve
etc.*

En ningún otro, entre nuestros poetas, son tan patentes las influencias de Rubén como en la primera etapa de la poesía de Pérez Alfonseca.

Pero después de ese lapso publicó un largo poema, *Oda de un yo*, pareados con una rima en la que se repite la misma palabra del verso anterior. Según Baeza Flores, con este poema Pérez Alfonseca “se adelanta a un post modernismo o a

proponer zonas post modernistas". (27) Es lo cierto que el poeta se aleja ya del rubendarismo y se acerca a los post modernistas que huyen de la trivialidad sonora que muchas veces pareció la norma del modernismo. González Martínez dio la nota pidiendo estrangular el cisne de la trivialidad (28) para escuchar el lenguaje grave y sapientísimo del búho. Vale exponer que González Martínez no iba contra Rubén, capaz de calar hondo por las profundidades del alma, sino contra sus corifeos. Con la *Oda de un yo* fulge como un intelectual a quien importan más los giros del pensamiento que el temblor emocional:

*A través del camino sin fin vibra la oda
del Verano; la Tierra es una inmensa oda
de silencio que piensa y de rumor que habla.
Sobre una piedra blanca del gran camino, habla
a un joven un anciano: el uno es un poeta
ya pleno, el otro, un germen preclaro de poeta.
Las rosas sonreían al viejo como labios
inocentes, y al joven besaban como labios
pecadores; los montes invitaban al uno
al reposo, y al otro a la ascensión: el uno
miraba siempre a Dios al mirar en sí mismo,
el otro le ignoraba pues fuera de sí mismo
lo iba buscando; el viejo, sin buscarlo, le hallaba
en tanto el joven le buscaba y no le hallaba.
—¿Qué hay que hacer, maestro, para que yo conozca a
Dios?*

*—Conociéndote a ti, conocerás a Dios.
Los brazos del anciano, mientras hablaba, fingían
un círculo espontáneo de confianza, y fingían
en tanto, los del joven, un círculo de duda.
—Para mí, dijo el joven, la Vida es una duda.
—Para mí, dijo el viejo, es una afirmación;
No se vive de duda sino de afirmación;
el que vive en la duda vive en una agonía,
¿Cómo haces de tu vida, poeta, una agonía?*

En este largo poema, diálogo entre el Viejo, que es la experiencia, y el poeta que es la juventud que busca encimarse, el poeta viejo conmina al joven a que busque la originalidad y no se pierda por los caminos de la estéril imitación:

*No imites: no eres simio; origina: eres hombre;
el Poeta no es nunca el hombre sino un hombre.
Oigo decir que nada hay nuevo bajo el sol.
Mas tampoco no hay nada de viejo bajo el sol.*

Desde la publicación de este poema, Pérez Alfonseca aparece como un escéptico de frialdad meditativa, aunque a veces se aparece tierno y amante de las cosas simples, como en *Palabras de mi madre y otros poemas*.

En sus obras en prosa, *El último evangelio y Juan de Nueva York* o *El anticristo*, aparece el escritor refinado, elegante, conocedor de la vida, de austera serenidad estilística.

La nota modernista auténtica y elegante suena henchida de belleza en FEDERICO BERMUDEZ (1884-1921) tal como podemos ver en este soneto:

La tarde.

Gris de perla

*Lo árboles en una
meditación ambigua de ensoñación o duelo;
pupila de la tarde romántica: la luna
icoldado el gris plomizo del solitario cielo!*

*Por momento sus alas inmóviles, al vuelo
recogen la penumbra que finge ser la ojera
de la pupila blanca, sonámbula y viajera,
ique colma el gris plomizo del solitario cielo!*

El Angelus.

Esquilas...

¡Lamentos funerarios

*que vuelan de los bronces de viejos campanarios
con un compás doliente de apesarado vuelo!*

*Yo sueño bajo el oro de estas horas tranquilas,
iy en embriaguez de amores recogen mis pupilas
tu imagen en la errante del solitario cielo!*

Campanas de la tarde.

Federico Bermúdez figura en la Literatura Dominicana como el poeta de *Los Humildes* (título de una de sus obras), de los desheredados de la suerte, de los pequeños, de los mansos.

“La publicación de Los humildes —se lee en una Antología de la Poesía Dominicana — fue saludada como algo nuevo hasta entonces en la poesía dominicana. La obra —en cuyo fondo había, más que preocupaciones sociales, sencilla devoción humana— dejaba traslucir, no obstante su originalidad, variadas influencias, desde la más inmediata de Gastón Deligne, a la de los modernistas y a la de los franceses Baudelaire y Copée” (29)

No abusó de la poesía ocasional, ya al uso de los que hacen malabarismos intencionales con las metáforas y juegan con los sentimientos; ni fue poeta de actitudes doctrinarias. El le cantó a los humildes:

Vosotros, los humildes, los del montón salidos

Y lo hace, con visión realista y espontaneidad de su alma. Porque, aunque es un aristócrata del pensamiento y de la creación gloriosa, él es humilde también. Tiene razón Marcio Veloz Maggiolo cuando dice:

“Federico Bermúdez es, sin lugar a dudas, el precursor de la poesía social de la República Dominicana, y uno de los primeros poetas antillanos que se lanza premeditadamente, a la denuncia de situaciones denigrantes por dolorosas” (30)

También canta al mendigo:

*En sus manos llora como un niño hambriento,
como un niño pobre que pidiera pan.*

Pero el mendigo, viejo y maltrecho, impetra compasión y concita la atención humana con la sollozante quejumbre de un violín desvencijado que coloca en su hombro, acariciándolo con un arco añejo:

*Y el mendigo triste, pálido y hambriento,
de copiosa barba color de marfil;
¡Señor! , que no pierda su viejo instrumento
¡que muera primero que el triste violín!*

Pero su compasión no es sólo para la gente; también los enyugados bueyes que rinden la jornada agotadora del acarreo de cañas desde los cañaverales, mueven su ardiente corazón de poeta:

*Van los tardos bueyes, paso sobre paso,
bajo los ardores del ardiente sol...
van por la llanura cuyo campo raso
hace tiempo huellan, paso sobre paso,
a la voz "amiga" de su conductor.*

*Con sus grandes ojos, mansos y conformes,
del camino miran el linde final,
la enfilada tropa de árboles enormes,
donde fatigados, mansos y conformes
gozarán un rato la tranquilidad.*

Pero Federico Bermúdez tuvo algo más; algo que no le vino de Gastón Deligne, con cuya amistad obtuvo, indudablemente, magnífica refacción; ni de Francois Copée, de quien la crítica infiere, como hemos visto, que le vinieron sus pasionales sollozos líricos por los humildes: es algo que nació de su propio

corazón, como nace la flor del cantero: esto es, la elegancia. Y esa elegancia va dando un dejo de mélica entonación a su poesía, como desmayos de violoncelos en los dulces sollozos orquestales:

*La lluvia tornadiza, como una polvareda,
más flota que desciende, serenamente gris,
el viento, adormilado, sobre la tarde queda
y sobre los ramajes la nébula sutil....*

*Cabalgan por éter tristezas invernales,
y en la tranquila estancia, serenamente gris,
mientras la vaga niebla se asoma a los umbrales
te duermes en mi pecho como una flor de lis.*

*Tu joven pecho cándido me brinda sus latidos
y tus fragantes labios, dulces y sonreídos,
me invitan para el beso romántico, sutil,
y mientras que yo beso tus labios virginales,
envuelta en sus dolientes crespones invernales
muriendo va la tarde, serenamente gris.*

Hay plasticidad, pero, más que todo, una serenidad melancólica en la hermosura de este soneto. Hay irrupción de violas acariciantes en el gracejo, perfectamente serio, de un *andante* majestuoso, en este otro soneto, donde la nota otoñal pone su dejo nostálgico y poderoso:

*Pareces una tarde que va a morir, señora,
itan honda es de tus ojos la intensa languidez
y el velo de profunda tristeza soñadora
que cae sobre la cera de tu anemiada tez!*

*Al fondo de tus ojos, por tu pupila mustia
se asoma tu alma triste con nimbo de pesar
y vaga en tu mirada con infinita angustia
de un pájaro cautivo con ansias de volar.*

*Pareces una tarde que va a morir... Señora,
y si bajo la intensa tristeza evocadora
que cae sobre la cera de tu ideal perfil*

*te abismas en tus sueños de pálida Madona,
parece que tu alma de virgen te abandona
y finges una estatua de pálido marfil.*

Y al fin, irrumpe en un arranque de cuerdas y metales, en un *allegro*, que da color de himno a la creciente melodía marcial:

*Vosotros los humildes, los del montón salidos,
heroicos defensores de nuestra libertad,
que en el desfiladero o en la llanura agreste
cumplisteis la orden breve de vuestro capitán;*

*vosotros, que con sangre de vuestras propias venas,
por defender la patria manchasteis la heredad,
hallasteis en la lucha la muerte y el olvido:
la gloria fue, absoluta, de vuestro capitán.*

*Dormidos a la sombra del árbol del olvido
¡quién sabe en dónde el resto de vuestro ser está!
Vosotros los humildes, los del montón salidos,
sois parias; en la liza, con sangre fecundáis
el árbol de la gloria que da las verdes hojas
para adornar la frente de vuestro capitán.*

Sí, Federico Bermúdez supo pulsar en el salterio, con mágicas digitaciones, notas de bien templadas sonoridades. En algunos poemas como en *La flor de la caña*, Bermúdez puso al servicio del canto una gran fuerza descriptiva.

RAMON EMILIO JIMENEZ (1886-196..). Es uno de los verdaderos modernistas que tenemos. Pero fue, además, folclorista, filólogo, y, más que nada, está ligado al recuerdo nostálgico de muchas generaciones a través de sus cantos infantiles de *La patria en la canción* (31) donde nos enseñaba cosas entrañables de nuestra patria:

*Tierra, yo gozo en ser labriego
y no abandono el verde campo por la ciudad,
me diste cuna, hogar, sosiego:
te debo la tranquilidad.*

Canción magnífica que nos enseña el amor a la gleba, esa madraza eterna que lo da todo a cambio de la honda desgarradura del arado en su generoso seno. Con esta estrofa final, que es como un grito de amor al terruño, un alerta en ingenua estrofa para la temprana comprensión infantil:

*Que no te vendo a mano extraña
para ser extranjero en mi propio solar
y sobre el valle y la montaña
no poder libre trabajar.*

Es la poesía clara, sencilla, desnuda de *La patria en la canción*, intento casi místico de llevar al alma infantil emociones nuevas, alientos patrióticos, amor a la naturaleza, al árbol, a la mariposa, a la flor; amor a la escuela y amor a las cosas amables de la vida.

Ser poeta es añiarse. Y cuanto más niño más puro se es, más limpio. Limpidez para llenar de lúdico encanto el alma infantil, lirial, como el vellón que pone albicantes temblores al paso del rebaño aluvión.

Grito de amor, ingenuo y poderoso; simpleza difícil de igualar. He aquí un ejemplo:

*¡Qué brisa más pura!
¡Cuánta galanura!
¡Qué aire más sutil!
¡Qué ricos verdores!
¡Cuántas bellas flores!
¡Viva el mes de abril!*

¿Os parecen muy ingenuos? ¡Mejoradlos! Una canción sobre todo asalta nuestros recuerdos: *La canción del labriego*.

*Feliz eres labriego — le dije esta mañana —
porque cuando amanece primero entra el sol
por entre la rendija de tu choza de cana
que por la blanca puerta del altivo señor.*

*Y si de noche mientras descansas en el lecho
impiadosa la lluvia te moja alguna vez,
puedes mirar, en cambio, por entre el duro techo,
alguna estrella amiga que te besa los pies.*

*Descalzo vas hollando la tierra, mas, camina
satisfecho y sonriente de saber con amor
que si al hombre descalzo lo hiere alguna espina
también es perfumado cuando pisa una flor.*

Esta canción, a la que Julio Alberto Hernández puso música de *criolla*, rebasó el ámbito de la escuela, pasó al mundo trovadoresco, y un tenor, Antonio Mesa, de melodiosa voz, la paseó por el mundo. (32)

Pero otra de sus canciones, como la del “mes de abril”, fueron a retozar como mariposas de alas sonoras, en las veladas nocherniegas, vuelta *nana* y *canción de ronda*, casi anónima, como la copla machadiana —de Manuel— que ha de olvidarse un día que estuvo en el papel.

Pero en Ramón Emilio Jiménez hay una fuente lírica —fuente con espontaneidad inexplotada aún—, que tiene, como el verdor esmeraldino de los prados, sonoridades esplendentes. Y para cantar, no es un arpa angélica ni una lira eólica, ni un jugaresco laúd, lo que pulsa, ni con plectro ni con arco, pero sí un caramillo pastoril. Es el poeta bucólico, agreste, libre; Horacio tropical, asomado a la terraza de los valles risueños, de los ríos murmurantes, de los alcores floridos, en comunión hierática con la naturaleza.

Su bucolismo no le lleva a descender por eglógicas soledades. El mira la patria con lo que tiene de más entrañable,

con profundo fervor, dedicándole poemas —casi siempre sonetos— que lo acercan más a Gabriel y Galán que a Luis Chamizo, y así, nos da las cosas de la patria. (33)

Ningún otro poeta nuestro —ni Rubén Suro, con sus breves estampas amorosas; ni Pellerano Castro, con sus *criollas*, que son lírico intento dominicanista; ni Tomás Morel, con sus cantos de suave música agreste; ni Rafael Damirón con sus *Campesinas*—, ningún poeta nuestro pulsa en el bordón ideal de las vibrantes cuerdas guitarreras, la nota bucólica con pericia igual: (*La vaca, La palma, Fricción, En el prado*, etc.)

Pero la poesía de Ramón Enilio Jiménez no es —como pudiera creerse— cantos infantiles y estampas bucólicas. El *modernismo* le apasionó desde el principio, y él tomó, si no los temas exóticos —tan caros a Rubén Darío y sus innumerables corifeos— sí el relumbrón de la metáfora, y en cierto modo, aunque en muy escasas composiciones, la fácil rima sonante y sin color, juguete de versificación, como en estas quintillas octosílabas:

*Hay armonía en el viento
Que disimula el amor
Del naranjo succulento
Que al pasar le da el aliento
Que emerge su floración.*

*Pero al ver que se desnuda
Como nívea rosa-té
La leve planta menuda,
Su canto el viento reanuda
Y pronto vuelve a correr.*

Donde nos parece escuchar —con cierto resabio muy criollo— al Leopoldo Lugones de *El solterón*. (34) Hasta ese primoroso asonante agudo —entre consonantes— de los versos segundo y quinto, contribuye a darle ese tono lugonesco de que hemos hablado.

Otras veces aparece en sus versos —y ya no es tan de admirar— el tono sobrio un tanto pedantesco (como un falso tufillo filosófico) de don Ramón de Campoamor (como en *Por unas flores*) o el altisonante y escéptico de Núñez de Arce.

Hay otra poesía de Jiménez casi desconocida, donde un moro se pone de pie y canta con voz de agua —de hontanares granadinos— en un rejuego fantástico de metáforas. Es poesía de juventud y, por esto, sensual. De un sensualismo que palpita en cada palabra, en cada sílaba, en cada modulación de voz. Acequias que inundan con ensoñación de aguas límpidas en carcajadas de salterios, ríos donde vuelca el cielo sus estrellas, prados que se hinchen de flores; apretados nidales que cuelgan pájaros como emplumadas flores que gorjean... y soledad, sonora soledad enamorada. ¿Por qué ese tono un tanto sensual y misterioso que tanto apasionó a Góngora? ¿No es para Jiménez el río una guzla vibrante y cantarina, tal como fue vihuela para el árabe y laúd para el príncipe de los creadores españoles, el gran don Luis de Góngora y Argote?

Oigamos de su *Canto al amor* esta brillante concepción metafórica:

... .. *los barrancos*
donde el agua colgó sus arabescos
y a cuyo pie se tienden los vistosos
almohadones de la hierba, nuevos,
donde una guzla blanca, la del río
arrulla el manso sueño....

Para Góngora, el río Pisuerga es una lira, con trastes de guijas y cuerdas de ondas; para Ramón Emilio Jiménez, la abrupta desigualdad de los barrancos pone a colgar arabescos de agua por ese río del amor, con aguas mélicas, con aguas cantarinas — tienen notas los ríos de cuerdas de arpas, como en los *Arabesques* de Debussy— ese río es guzla (¿por qué no guitarra o mandolina?), guzla oriental, donde perla sus notas el amor. ¿Y la noche? ¿Qué es la noche para el poeta de inmortales querellas temblorosas? En su poema *Amor* dice:

*por ti la Noche
inmenso catafalco donde duermen
los despojos del día.*

Y de nuevo el poeta oriental, el árabe andaluz se yergue para entintar de sombríos esfuminos de niebla, el lecho del amor.... ¿Por qué la noche y el amor? La noche... mortal congoja, inundación de tintas endrinadas, cómplice de emboscadas insólitas, sartal de estrellas, templo sombrío de donde cuelga su farol la luna. Catafalco del día, la llama el poeta, esto es, melancólica tumba de estrellas y ansiedades y tálamo complaciente del amor.

La nota más sentida de ternura la encontramos en el poema elegíaco *Mis dos madres muertas*, que Jiménez escribiera a las dos madres que contribuyeron a la formación de su vida:

*Yo era pobre criatura,
enferma y pobre era
la madre verdadera,
y Dios, compadecido de tanta desventura,
me dio una nueva madre que en ritmo de ternura
fue igual a la primera. (35)*

En la misma línea vamos a encontrar a otro poeta de elevados sentimientos.

EMILIO MOREL (1887-195..) Fue poeta de profunda inspiración, de cantos apasionados cuyo principal mérito fue escribir unos hermosos poemas, más románticos que modernistas, de manera que su mejor ubicación sería entre aquéllos y no éstos.

Si bien hizo sonar clarinadas poderosas y estremecedoras en sus *Romances heroicos*, prefirió la breve narración poética, como en *Dijo el restaurador*, que habla del héroe que va a la taberna a empeñar la muleta que usa, por haber perdido una pierna en las heroicas jornadas restauradoras, para dar de comer a sus nietos hambrientos; *Aquel lucero blanco*, que habla de la

envidia de la rana que, desde la inmundicia del pantano, lanza insultos contra el lucero que, ajeno a todo, ilumina de alabastro el lomo del batracio, y que el poeta, en estas estrofas, describe así:

*Aquel blanco lucero
al cerrarse los párpados del día
era siempre el primero
que los ojos abría...*

*Y semejaba un pájaro cautivo
en el azul imaginando vuelos
y convirtiendo su mirada en vivo
juego de claridad sobre los hielos.*

El sapo mira el lucero y le increpa con insolente desplante, hasta que al verlo reflejado en el agua salta henchido de insensata alegría, gritando:

*— Ya ves, astro infeliz. Estabas ciego
de pueril vanidad. Tanto ufanarte
de unas galas efímeras, y luego
icaer entre mis aguas para ahogarte!*

Pero, en tanto, el astro queda incommovible:

*Y ajeno a este lenguaje rencoroso,
desde su altura sideral el astro
bañaba el lomo gris del envidioso
con un blancor sereno de alabastro.*

Canaán es la historia del rústico que abandona su pequeño lar en la búsqueda ilusoria de una fortuna que la ciudad parece ofrecer, en tanto que:

*La realidad fue cruel
para el mancebo que corrió tras el
fantasma de una dicha que turbó sus sentidos.*

Y el forzoso regreso le muestra la desolación de la amada muerta y la tierra perdida.

Pero el poema cumbre de Morel, indudablemente, es ese antológico, *San Francisco de Asís entre los pájaros*, que reproduciremos:

*San Francisco de Asís erraba un día
por remotos parajes, preguntando
a cuanto ser veía
si le acosaba el hambre, si quería
pan del pan que su mano iba dejando
a la miseria cruda y sin abrigo:
pan de resignación y pan de trigo.*

*San Francisco de Asís buscaba un día
vidas atormentadas
por el dolor, cuando en el seno agreste
y hojoso de la Umbría
encontró la piedad de sus miradas
a un ruiseñor que estaba en la agonía.*

*—Hermano ruiseñor— exclamó el santo,
con los brazos en cruz — hermano mío,
dime si tu quebranto
lo concibió la voluntad del cielo
o si fue la del suelo
para quebrar las fuentes de tu canto.*

*El ruiseñor no contestó. La suave
bondad del santo se inclinó hacia el ave
para decirle: —Hermano,
ven a mi soledad hasta que vuelva
la salud a tus carnes;
allí no encontrarás florida selva
ni paraje florido,
sino el crudo rigor de los veranos:*

*mas, para darte la ilusión de un nido
fresco y amable, te daré mis manos.*

*Y San Francisco se llevó consigo
el ruiseñor enfermo. Y fue tan dulce
el amoroso abrigo
y tan hijo del cielo
el infinito celo
que el ave halló en el corazón del Santo
que al otro día levantaron, juntos,
una oración el uno, el otro, un canto.*

II

*Enfermo y solo... lejos de la gente
que ignoraba su mal, pensaba el Santo
en que ya la Implacable
rondaba ansiosamente
la tosca celda en la que limpia fuente
de su misericordia inagotable
cantaba el bien, tan armoniosamente.*

*Y dijo al ruiseñor: —Mi buen hermano,
muy pronto a mí me faltará el aliento
y a ti la dulce mano
que te busca el sustento;
vuélvete, pues, al bosque y que te ayude
la mano diestra del hermano Viento.*

*Y así dijo a los otros
pájaros: —Vuestro nido
os espera, volved a vuestro prado,
y si encontráis que ha sido destrozado
vuestro hogar venturoso, como he sido
yo para con vosotros, sed vosotros
con el que hubiere roto vuestro nido.*

*¿No sabéis que se encuentra
la hermana Muerte en el umbral, queriendo
que mi conformidad le diga: entra?*

Y gimió el desconsuelo

del ruiseñor: — ¡Oh, déjame a tu lado
para verte cruzar, transfigurado,
los caminos del cielo!

La turba alada dijo entonces: —Falta
que nos enseñes la virtud más alta,
la de morir sonriendo.
Y cuando hablaron todos de tal suerte,
San Francisco de Asís sonrió diciendo:
— Entrad, hermana Muerte...

Difícilmente encontraremos en otro poeta dominicano mayor soltura y perfección en el manejo del poema breve.

VICTOR GARRIDO (1886-1974) oriundo de San Juan de la Maguana (36), es ante todo, y sobre todo, poeta.

Pedro René Contín y Aybar lo presenta en su Antología Poética con estas palabras:

"Ha querido permanecer fiel a la tradición de la gran poesía incontaminada de ismos. Un pensamiento elegante conduce discretamente sus versos por los senderos de la galantería. Buen conocedor de reglas, cultiva el ritmo clásico, aunque su verso está tocado de la deliciosa agilidad moderna. Correcto en la forma, profundo en la idea, novedoso en la imagen, sabe cincelar esa atrayente y peligrosa ánfora que es el soneto". (37)

Contín y Aybar, lo mismo que Max Henríquez Ureña, no saben dónde ubicar a Garrido. Nosotros pudiéramos sumarlo al grupo que Max Henríquez Ureña llamó "la prudente derecha del modernismo" (38). Ni los arrebatos de métrica y pensamientos de los modernistas de avanzada, ni el tono de pasión suntuosa de los románticos. Diríase un neorromántico con hondos resabios modernistas, donde la tónica la da, precisamente, la medida.

¿Y el arrebato lírico de sus versos? ¿Y esa exaltación de dolorido sentir que es quejumbre de amor en el silente ámbito de su entraña primera?

Para referirse a la poesía de Victor Garrido, Jaime Julio Julia, ese generoso y mal valorado intelectual nuestro, asegura:

“El espectáculo de su depurada obra poética nos muestra un temperamento dueño de vibrante colorido, de fuerte potencia descriptiva, conector, como pocos, de la misteriosa música del ritmo y que logra, además, imprimirle a una buena parte de su producción un cálido acento de romanticismo y un tono de sensualidad discreta que culmina a ratos en tonalidades órquestales y relieve escultóricos” (39).

Todo el que evoca la poesía de Víctor Garrido habla de seguida de *Elegía blanca*. Se trata de un poema antológico que se lee, o se declama, con un tono de derramadas ternuras y tristezas cancioneras, y tiene la mansedumbre bondadosa de una oración.

*Estoy triste, Señor, porque se muere
la amada de mi vida;
la que nunca me enoja ni me hiere,
la que puso en mi alma que la quiere
la blancura de un ala bendecida.*

¡Qué desgarrante clamor! Y nosotros diríamos que toda la producción poética de Garrido tiene ese tono de agua quieta discurrante entre guijas musicales. No es Garrido clangoroso... y, en general, no lo son nuestros poetas. Si a veces aparece una tonada campanil en nuestra poesía (la *Alegría de la mañana blanca*, de Pedro Mir, o *La vuelta al hogar*, de José Joaquín Pérez) es para remansarse, de seguida, blandamente crepuscular, en la quietud inefable de la tristeza. ¿Es así nuestra alma? ¡Qué prado de amor de apacentadas bellezas —como en el prado celeste donde paze estrellas el toro sideral de la creación gongorina— éste donde el alma sedienta de hermosura se arrebujaba en la quietud sombría de la noche! Allí, los cervatillos de una mantenida inspiración diluyen sombras y amasan ternura del rebaño vellón arrebatado.

Pero hay otra poesía en la que el sentimiento eleva su vuelo en oblación amorosa que casi se esfuma en éxtasis ternísimo. He aquí pétalos dispersos de esta flor:

*... milagroso panal de mieles puras,
encantada visión, pan de ternuras.*

A la virgen de la Altagracia

(Góngora había llamado "pan de ángeles" a la hostia).

*Ya no contemplo su follaje airoso
ni aquella sombra que cubrió mi espalda,
sólo miro el espectro pavoroso
de lo que fue palacio de esmeralda,
mansión feliz del pájaro armonioso
y verde estuche de la tarde gualda.*

La elegía del laurel.

Notad en esta estrofa, cómo prescindiendo del último verso, y casi sin quererlo, nos trae reminiscencia de Góngora, cuando hace alusión a ese "palacio de esmeralda" que fue mansión del pájaro cantor (armonioso) y ahora es recuerdo en la lira del poeta.

Otro aspecto de la poesía de Víctor Garrido es su carácter pictórico, diríamos mejor plástico, rasgo muy romántico. El poeta romántico —especialmente del romanticismo pintoresco— gustaba asomarse al paisaje local, para hacerlo surgir magnificado en la sonora majestad de sus estrofas.

En la plástia de los impresionistas el paisaje se esfuminaba entre los juegos de luz y sombras: el rojo pálido de los amaneceres, el melancólico amarillo otoñal, el bermellón del crepúsculo, el gris pesaroso de la obnubilación. Monet plasma un mismo árbol chorreante de luceros o de sol, a diferentes horas del día. Pero el expresionista Van Gogh lo vio todo encendido por la viva luz del mediodía de Francia. Colores vivos como los de Van Gogh son los que busca Víctor Garrido en su paleta de sueños para iluminar los paisajes de su San Juan.

He aquí este cuadro de indudable expresionismo poético:

*Tras el pinar de la montaña enhiesta,
la púrpura solar está de fiesta.
El sol naufraga en una mar rojiza
que apenas una sombra de topacio
con tremulante proyección matiza,
y el fuego canta su fecunda misa
en el ara solemne del espacio.*

*En la verde llanura,
diluida en la rubiez de los maizales,
la tristeza del véspero fulgura;
y cromatizan en el aire agreste,
como juego de luz sobre cristales
el campo de oro y el jardín celeste.*

Y aquí tenemos de su sonetario, *Canción de la montaña*, una pincelada de amanecer:

*Despierta el sol. Sobre la cumbre enhiesta
carmín desangra entre los ocre finos
y cual triunfante emperador en fiesta
vuelca en el campo sus bermejós vinos.*

Y del atardecer

*Todo el paisaje zozobró de prisa,
cuando la noche desató su velo
y redujo los ocre a ceniza.*

Pero como buen sonetista, también sabe filigranar un cuadro plástico en los catorce endecasílabos de un soneto; esto es, ciento cincuenta y cuatro sílabas de elegante factura:

*Cuando asomó tras la montaña el día
con su gorguera de color al cuello,
viajó en la luz del matinal destello
madrugador bostezo de la umbría.*

*El cielo derramó su pedrería
y un sol naciente, más que nunca bello,
cabalgando en fantástico camello
conquistó la azulada lejanía.*

*El valle se erizó de resplandores,
y entre el glorioso amanecer en llamas
la paz nocturna se quebró en rumores.*

*El bosque alborozó sus oriflamas;
y en un salvaje cántico de amores
alzaron su oración todas las ramas.*

Estamos ahora en uno de los aspectos de la personalidad del poeta donde, indudablemente, —y esto ha sido reiteradamente señalado— alcanza su más alta expresión: el soneto. Con algo de Lugones, cincelado en un tas de fina orfebrería, con aliño de toques encendidos en el fino buril de un platero, fulge el soneto de Garrido, pulcro, elegante, fácil, como un lento discurrir de agua naciente en rezago de sombras y tormenta, transparente y musical, como joyante manantial de perlas: así es el soneto de Víctor Garrido. Iluminado por la luz de los endecasílabos (aunque a veces da paso a otros metros como el alejandrino, y, aún, el octosílabo del sonetillo), nunca la imagen es extravagante, ni es violento el hipérbaton, sino espontáneo, como el ponerse sol sol entre las sierras, burilando de oro y arrebol las montañas. Sonetos de fórmulas clásicas (ABBAABBA), que a veces se alterna (ABABABAB), aunque de contenido modernista, aparecen a lo largo de su obra poética, conmovedoramente bellos, como *El fanal*:

*Sobre la costa despiadada y sola,
de aquel lugar de soledad y olvido,
a los estragos resistiendo, erguido,
se alza un fanal por cima de la ola.*

*Sólo su luz, cual sideral corola,
hiere el misterio, de la sombra nido,
donde el pavor su manto enlutecido
como un emblema funeral tremola.*

*Nadie frecuente aquella costa impía
donde muge entre rocas, noche y día,
la ola feroz que el peñascal azota.*

*Pero la lumbre que el fanal destella,
como el velo de novia de una estrella
en esas aguas de la muerte flota.*

O éste, donde un Lugones tranquilo asoma su faz
sonriente, como si fuera una ironía del tiempo el cornúpeto
manso que añora, con remota nostalgia de agonías, “su edad
viril de toro”.

*El toro de tenóricas mudanzas
que hizo historia de amor en la pradera,
entre la corte de las hembras mansas
arrastra su monárquica bandera.*

*Este rey de embestidas y asechanzas
no es sombra ya de lo que antaño fuera,
y son caricaturas de dos lanzas
sus largos cuernos sin virtud guerrera.*

*Cuando la luz, acariciando el monte,
naufraga en el placer del horizonte
la noche cubre sus añosas ancas.*

*Y el viejo seductor de la llanura
se adormila rumiando su aventura
que le llevó por breñas y barrancas.*

O éste, galardonado con el premio de poesía del Centenario de la República, y que tituló *Pax*, dedicado el convento de San Francisco, ruinoso monumento de cal y canto, en perenne soledad, cuyo silencio sólo rompen con lúbrica intención de amores temblorosos, los palomos y palomas que se arrullan desde las hendas profundas o las oquedades donde se aletargan de pavor los palominios:

*Un silencio profundo en tus arcadas
llena de paz hierática el convento.
Afuera arrastra su plumaje el viento
sobre las callejuelas desoladas.*

*Penetro en el recinto. Mis pisadas
prolongan su rumor como un lamento,
y en lo infinito de mi alma siento
el peso de las bóvedas calladas.*

*Inclino al polvo la angustiada frente
para alzar mi recóndita plegaria
en la calma beatífica y doliente;*

*y contempla mi mente visionaria
que la sombra de Ojeda, lentamente,
se incorpora en la nave solitaria.*

Y, por último, la fórmula popular que escoge el poeta para sus versos históricos es el *romance*. El romance de Víctor Garrido es, a veces, desgajado ramal de un árbol epopéyico; a veces lúdico encanto de retozos lunares en el dulce rumor de la metáfora:

*En la alta noche serena
partida en rosa de plata,
me está cayendo la luna
en los escombros del alma,
luna de la media noche
como una vieja medalla.*

*Luna de la media noche
como una vieja medalla,
con su corte de luceros
en azul de porcelana... etc.*

¿Romance morisco? Pero, ¿qué dulce coqueteo oriental hay en esa luna, que tanto amara Li Po, cuando en errabunda soledad escanciaba su vino, con su sombra, amando sin esperanza al satélite blanco de la tierra? No hay coqueteos lorquianos en el romance de Garrido; atisbo, sí, de románticos remozamientos de la fórmula popular hispánica que nació, como retazos de popeya, en pleno medioevo.

Víctor Garrido tuvo pasión por el romance, que es la forma ideal de transmitir en versos jornadas hazañosas. En el *Romance de los trinitarios* nos habla de la fundación de esta sociedad donde comenzó a acariciarse el sentimiento de patria; el *Romance de Francisco del Rosario Sánchez* recoge el gesto audaz del patriota esclarecido, cuando al enterarse de la tenaz persecución emprendida por Charles Herard contra Duarte y los trinitarios, abandona la callada soledad del pueblo de Los Llanos y viene a morir con el amigo, desafiando los tiburones que infectaban el río Ozama:

*Llega a la margen del río
de turbia corriente airada,
con pupila inquisidora
busca impaciente la barca
que ha de llevarlo a la orilla
donde, entre riesgos y saña,
como lobo perseguido
al compañero acorralan,
y al ver que la barca ha sido
por la vileza alejada
y que la noche ominosa
sus lobregueces ensancha,
con intrepidez heroica
se arroja súbito al agua*

*y su bravura suicida
conquista tierra a su planta.*

Terminando con estos ocho versos que anticipan el calvario final del heroico inmolado por la protervia, para entregarle, más que nunca engrandecido, el verde laurel del martirio:

*Cargaba sobre sus hombros
en la noche solitaria
las cruces de su martirio
que era el mismo de la Patria;
pero aventando la miés
que sembró la Trinitaria
hacia el calvario sangriento, etc.*

Otra joya de este romancero es el *Romance de Juan Contreras*, hombre idólatra que inmola la patria a sus propias pasiones caudillistas, y luchando contra sus compatriotas en las gestas restauradoras:

*se desplomó combatiendo
como un héroe de la Iliada.*

Por último hablaremos del *Romance de Antonio Duvergé*, ese gran capitán entallado en mármol heroico que Joaquín Balaguer llama "el centinela de la frontera", y que tras fieras jornadas patricias, cae bajo el plomo homicida de la ambición demoníaca y el furor prepotente de la tiránica majestad sangrienta. Pero, según el poeta, más cruel que las balas negras que doblaron el bronce de su cuerpo y que los negros fusiles que vomitaron fuego, fue el ademán ruin de la ignara majestad que se ensaña sobre el titán caído:

*Cuando el héroe legendario
cayó bajo el tiro negro
el dictador sin entrañas
se apersonó al cementerio*

*donde a pie firme aguardaba
el pelotón carnicero.
Con irónica sonrisa
pateó al rival, en silencio,
y se alejó del recinto
en su caballo bermejo.*

De este romance dice Porfirio Herrera que "tiene vida, movimiento, colorido y ambiente y el aliento y tono épicos para exaltar la figura cívica y marcial del héroe". (40)

FURCY PICHARDO (1891-197..) también ha mantenido una línea dentro de sus apasionamientos esencialmente heroicos. Escribió varias composiciones (*El amigo, Un pino me enseñó a cantar, Mea culpa, Vieja canción patricia*) de la que la más popular a lo largo de varias generaciones ha sido el *Canto al amor*, de alta inspiración. (41)

ENRIQUE AGUIAR (1890-1947) es autor de *Ciudad heráldica*, un largo canto a la Ciudad Primada y de poesías eróticas en las que Balaguer ve claras huellas de Musset (42). Escribió algunos versos de inspiración religiosa, como *A San Francisco de Asís* (43), *Canto a la fe* y *Asno, paciente asno*, del cual es esta estrofa final:

*La cruz de Jesucristo surgió de los vestiglos
¡Y hoy miras los vestiglos rodar ante la cruz,
Con la misma mirada con que hace veinte siglos
Miraste los humildes pañales de Jesús!*

Es un poeta de corte francés y sus dos volúmenes de poesías, *Grito de la sangre* y *Jardines de Psiquis*, fueron publicados en 1906. Escribió tres novelas: *Eusebio Sapote*, *Don Cristóbal* y *Fray Bartolomé de las Casas*.

ANDREJULIO AYBAR (1872-196..) se dio a conocer con versos monocordes muy emotivos, como *Te quiero porque sufres*, bastante populares en una época en la que se recitaban serenatas ante la puerta de la amada, y prosa vibrante.

De él dice Contín y Aybar:

"Poeta cerebral y culto, ha sabido aliar con maestría el modernismo francés y lo clásico castellano. Sus versos, además de poéticos, están llenos de intención. Esto explica su *Epístola política al Presidente Bordas*, de la que fue secuela la "*Epístola a Juan Pablo Duarte*", en prosa, libro que don Enrique Henríquez llamaba "el libro nacional por excelencia". A pesar de que su cultura, expuesta siempre con elegancia en sus versos, ha debido causar asombro y hasta complacencia, no es un poeta influyente en la literatura dominicana y, sin duda injustamente, no se le estima como debiera. Es posible que la causa de ello esté en él mismo, pues su obra publicada es relativamente corta, y no la mejor. Es poeta bilingüe y ha publicado un hermoso libro en francés, *Chez Albert Messein*, el editor de los poetas franceses. A este respecto se le reprocha dureza en su versificación española, contrariamente a la soltura con que se expresa en francés. Alguna vez se le ha llamado "desentendido de la patria" por su larga residencia en Francia. Sin embargo, en sus libros *la Patria*, y, sobre todo, *lo dominicano*, es la expresión de su verdadero sentir y de su amor a lo nuestro". (44)

Eso escribía Contín y Aybar en 1943 y desde entonces no hemos vuelto a leer nada nuevo de Andrejulio. (45) Publicó *Epístola al Presidente Bordas*, en 1913, *Propos d'amour ou deuit* (1924) y *Mis romances de ternura y sangre* (1935), intento de un romancero histórico dominicano.

En su madurez le quiso dar, con sentimientos mélicos que poseía en alto grado (46) una gran orquestación a la poesía, lográndolo en poemas como *Oda a la fantasía*, *Trova*, *El que nos da la carne, el pan y el vino*, *Canción de mi locura* y *la Sinfonía en mi*, que dividió en cinco partes o movimientos: *Adagio (Preludio)*, *Allegro*, *Andante Scherzo* y *Allegro agitato*. Supo inspirarle el poeta a este poema su fuerza creadora, como es fácil apreciar:

*Entrando mi alma en la floresta un día,
posóse en un ramaje de cadencias.
Cantaba el coro la polifonía
de las reminiscencias.*

*Llegó una corte de hadas con gran pompa.
Y el viento fue susurro, fue estampido.
Y con su ingrato sí bemol la trompa
me proclamó nacido.*

(De Allegro)

*La viola dijo: Existe una princesa
que cuenta ya cien años de dormida.
No la despiertes, príncipe, que es esa
la imagen de la vida.*

*Gimieron los violines otoñales,
lloraron quejumbrosos violoncelos.
Trinó el flautín, tronaron los timbales
Licuábanse los cielos.*

(De Andante)

PORFIRIO HERRERA (1882-1974) ganó en el año 1909 una medalla de oro y la Corona de laurel, en los Juegos Florales y Provenzales de ese año, por su poema *Alma extraña* y su sonetillo *La fuente*. (47)

Aunque Herrera era un poeta asaz conocido en tertulias y socorridas jornadas de bohemia, su fama se hizo definitiva con el sonetillo galardonado.

La fuente le fue inspirada por una acequia límpida y murmuradora que discurría con melódicas notas de arpas tremolantes en la seca soledad de los caminos del Sur. En aquella sequedad, casi desértica, donde yergue su terca reciedumbre vegetal el carnosos cactus, y espinosas bayahondas forman tramas duras, aquel fino cristal de discurriente linfa cantarina parecía un milagro de divinal encanto bruñido por el sol, que se colaba entre las brumas de la quieta enredadera. Y

surgieron en el alma del poeta, persensible al rumor de las calladas melodías del cielo, los saltantes octosílabos del sonetillo amable:

*Como una ninfa hilandera
la fuente, hila que hila,
canta, alegre y risotera,
mientras su hilo destila.*

*Burlando la enredadera
asoma el sol la pupila
y adormilada y señera
la ve desnuda en la pila.*

*Ella prorrumpe en rumores,
carminada de rumores
al ver que el sol la está viendo,*

*salta esquivando entre la bruma
y mal vestida de espuma
se va por la selva huyendo.*

Ninfa hilandera, la fuente, juguetona en el frescor de su recato de soledoso amor, interrumpido por la cariciosa admiración del sol, retoza en el corazón del poeta que le da forma definitiva y eternal en su crecida inspiración. La fuente ha pasado a ser el poema más caracterizado de Herrera, y ninguno lo ha identificado mejor. Hay quienes, incluso, lo han conocido, sólo, por estos catorce versos antológicos. Muy modernista es esta forma de soneto de arte menor, donde se alterna la rima de los cuartetos (ABBA por ABAB).

El amor, el hogar, la naturaleza y la patria son los elementos de la poesía de Porfirio Herrera. Pero el amor le ha arrebatado sus más sonoros gritos de líricos arrobos. El amor, mariposa de dulce tortura en la flor del corazón, le ha inspirado sus mejores versos. Y allí, en el recollo de ese paisaje plácido que es su alma, está la amada, como ninfa praderal en sueños

eternales. Hay en su voz un tono suave, crepuscular y mágico, de notas juglarescas, a la manera de Enrique Henríquez, quien "a través de la sombra de la noche", va a abreviar anhelos junto a la fuente callada de la tapiada reja para la ignota melodía de amor. Por eso habla de la *Musa imposible*, cantada con la misma vehemencia pasional con que un Bécquer desgarrado buscaba en la plural apetencia de sus deseos frustrados una pálida Ofelia a quien amar.

Rizo de oro es un fragante madrigal a la manera de Urbina, en el que un indiscreto mechón de pelo rubio pone el velo de ingenuo fetichismo que arroja el alma del poeta en momento pasional. Ahora es un bucle indiscreto de la amada que asoma, sin querer, revelando, traidoramente, el afán de su propietaria de no ser vista. Dice el poeta:

*Entornó las celosías
por verme sin que la viera
y un rizo voló hacia afuera
a darme los buenos días.*

*¡Oh, rizo! ¡Cuánto decías
traicionando a mi hechicera
cuando en la luz mañanera
desmadejado reías!*

*Al partir te mandé un beso;
y hoy que estás atado y preso
por alcahuete y traidor*

*cuando saltes de la horquilla
ponle el beso en la mejilla
y ríe de su rubor.*

Es decidir que acuda de nuevo Herrera a los volanderos octosílabos para filigranar un soneto encantado. Ese rizo se hundirá, como el fulgor de la estrella vespertina, en el torpor de

las sombras, en el recuerdo del poeta, acuciando su afán de amor. Como muestra de su erotismo sereno, he aquí su poema triunfal:

*Acuérdate de mí cuando la tarde
te encuentre solitaria en tu balcón,
y el mar azul que arrulla tus ensueños
sirva de tumba al expirante amor.*

*Compara la tristeza de esa hora
con la que siente mi infinito amor
cuando estreché tu mano delicada
en el instante amargo del adiós.*

*Y dile al mundo que mi solo anhelo
es vivir en tu amante corazón
y morir reflejándome en tus ojos
como en el mar el declinante sol.*

A pesar de los serenos endecasílabos, hay un desesperado grito romántico en esta canción digna de un *lied* shubertino. El ritmo que le imprime a este canto, con ese asonante agudo en o, le da un agradable encanto a la composición.

Se ha hablado de Apolinar Perdomo como del poeta del amor, pero del amor apasionado, estremecido de erotismo, cual otro Neruda, que "ama y odia a la vez" el albo sombrero de la amada; amor de vehemencias irrefrenables, de arrebatados gritos pasionales; también se ha dicho que es Fabio Fiallo el poeta del amor, del amor escondido, de la amante incógnita, del suspirante anhelo en el instante inútil de la cita. También es Porfirio Herrera poeta de amor, pero de amada eterna, la de siempre, la que llevó a su corazón ternuras infinitas y orló sus sienes con el laurel inmarcesible de una gran ilusión que no se extingue. Ella era hermosa, pero más que su belleza para el poeta era refacción de ensueños, el canto de su corazón agible

de bondades. Y la recuerda en el desgarrón de la saudade, a través de la luminosidad de la evocación o en el pequeño deslumbramiento de la carta que llega:

*Irene: abrí tu carta, y al leerla tuve
la ilusión de que abría una ventana
a la dorada luz de la mañana
sobre un jardín primaveral*

O el gorjeo amarillo y tembloroso del canario que ella acariciaba cada mañana al llevarle el alpiste seductor hasta su jaula;

*Dichoso cantarín de mi adorada,
Pico de Plata, alegre y parlotero,
vale una libertad la mano de hada
que te tiene encantado y prisionero.*

¿Y no recordáis ahora el soneto de Lope de Vega, aquél en que el pajarillo que alcanzó su libertad vuelve a la jaula — a su antigua prisión— atraído por el llanto de Lucinda? El serventesio de Herrera no desdice al lado del cuarteto del Fénix de los ingenios, ni es menos Pico de Plata que el pajarillo de Lucinda, ni ésta más que la Irene del poeta.

Cuando el poeta declinaba ya, aunque no estaba abatido, veía su inmensa soledad de hombre, su soledad colmada de nostalgias, de desgarrantes nostalgias dolorosas. Era el recuerdo que en ese ocaso excepcionalmente luminoso fulgía como un véspero evocador. Eran noventa años los que gravitaban sobre su ya cansado corazón, y un árbol, un *Arbol del camino abandonado* que erguía su esquelética pesadumbre de follajes en el prado desierto, le habló de sus glorias languidescentes. Ese árbol estaba ahí, casi inútil, catedral de recuerdos, evocación de muerta juventud, airosa plenitud de potencias esfuminadas en las compactas brumas del recuerdo. Y le cantó. Pese a sus noventa años — ¡qué sublime longevidad nonagenaria! — le cantó:

*¡Oh, viejo árbol, que con pobre savia
te empeñas en vivir; ¿para qué sirves
si no das frutos ni te adornan flores,
y si aún proyectas una fresca sombra
es, ya, sobre un camino abandonado?*

Es la inutilidad del árbol viejo la que canta. “¿Para qué sirves?” le pregunta. Y la respuesta se la va a dar Santos Chocano, el peruano de América, que pide no desgajar un árbol porque sea viejo, porque puede dar asiento a los pastores, báculo al peregrino, una rama para que se suicide un Judas o la cruz de redención de un Cristo. Pero el poeta dominicano del amor no tiene los remilgos del épico de *Alma América*. El ve el árbol del camino abandonado, que azotan vientos airados, y sufre

*En tus ramas heridas por recias tempestades
tus hojas que eran gemas de cálidos verdores
melancólicamente languidecen... y caen
como en las palideces vecinas de la noche
se desgrana la sarta de cuentas de colores
de los bellos crepúsculos
para hundir su esplendor entre la sombra.*

Pero cuando un árbol muere —como la rosa de Franklin Mises— deja su hueco de soledad en el paisaje que llenaba. Por eso, el agua se quedó desnuda cuando cortaron los tres árboles, en el poema de García Lorca. Y sigue el poeta:

*Tienes la soledad y en ella viven
pensativos silencios
cuando la calma enerva las alas del rumor.
Y eres, entonces,
una muda oración que pide al cielo
el divino regalo de que un nido
o un vuelo fatigado que descansa
entre tus ramas deje una canción.*

El árbol viejo es siempre evocador. Los caobos risueños que se erguían como vírgenes puras hoy son frondas para el idilio furtivo; el gigantesco laurel, en el rincón del parque, el pino de chorrantes agujas sonoras. Y el olmo, pero el olmo viejo de Antonio Machado, pasto de hormigas, atempera la arrogante vejez del poeta cuando asoma en lo erguido de sus ramajes desnudos la gracia de un renuevo, haciéndole gritar:

*Mi corazón espera
otra vez hacia el sol y hacia la vida
otro milagro de la primavera.*

El renuevo verdecido del olmo viejo prende una luz de esperanza en el cansado corazón del vate andaluz. El nonagenario poeta dominicano, en el árbol del solitario camino, para alumbrar su abatido corazón, busca otra cosa, algo que ilumine el ansión de su vida, ya próximo a morir:

*Pero un tesoro guardas en tu dura corteza
que ni el dolor ni el tiempo arrancarán jamás:
y son las cinco letras de un nombre inolvidable
que una mano de lirio que marchitó la muerte
grabó en tu corazón.*

Nostalgia quieta de ancianidad gloriosa, melancolía de ilusión de vida, no abrumante, pero densamente vivida, en plenitud de amor inmenso; visión crepuscular en el mismo filo inspirador de la sombra diluida en blancura espectral de luna alta cortada por los plateados alfileres de los astros, en el inmenso acerico de la noche. Esta fue la postrer canción del poeta. (48)

VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ (1895-1968) es el más alto poeta de su generación y la más recia personalidad del modernismo dominicano. Publicó algunos de sus libros bajo el seudónimo de LIGIO VIZARDI (49). Fue un gran diplomático y el más delicioso conversador que darse pueda.

En 1925 publicó su primer volumen de versos, *Los nocturnos del olvido* y esto resultó un acontecimiento en el mundo de las Bellas Letras. Perfiló desde entonces el poeta su gran personalidad.

"El suyo —dice Balaguer— no es un verso brillante, sino un verso empañado por la emoción, casi trémulo, como la cuerda de la guitarra bajo el peso del desgarramiento emotivo. Ningun poeta nacional ha cantado como él: inclinado tenazmente sobre su propio corazón y recogido sobre su propia ternura" (50)

El modernismo de Díaz Ordóñez es exquisito, elegante, sugeridor. Revela en el poeta una clara ternura y un anhelo de aromas tempraneros en el alcor de sus ensueños dulces. Ningún otro poeta dominicano, ni Valentín Giró ni Osvaldo Bazil, refleja mejor el oleaje rubendariano como este poeta de la ironía y del dolor.

Carlos Federico Pérez nos va a ayudar con una larga cita de su discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua:

"Así, en sentido general, el tono de la obra poética de Virgilio Díaz Ordóñez es el modernismo. En abono de esta afirmación tenemos, al azar, algunos pasajes de sus versos que afirman peculiaridades de ese cariz. Encontramos, por ejemplo, la tendencia al preciosismo temático y verbal, de sabor cortesano, lo mismo que la búsqueda de la rareza de la imagen:

*Una marquesa rubia de voz tierna
que dice que no tiene piedad ni corazón;
una dama jovial
muy al siglo de Luis y muy moderna;
cuatro alegres condesas muy amigas
y un trágico bufón,
destartalado y feo,
que hizo de su joroba un mausoleo*

*para enterrar su propio corazón,
me prestaron, las unas sus intrigas,
y el otro su epigrama más burlón.*

Antigua crónica de una corte ilusoria.

*Pétalos perfumados
alfombran los senderos
en que tus pies ligeros
avancen confiados;
pétalos de violetas tempraneras
para tus hombros blancos y tus senos;
para tus labios— ¡Oh! , dulzor de mieles—
pétalos de claveles;
y pétalos de lirios y de nardos lozanos
para el doble milagro de tus manos.*

Claro de luna.

Yo vi que el horizonte me abría sus dos brazos.

Ariel

*Desde que miro tu ventana abierta
que lanza un gran bostezo luminoso
a la plaza desierta y desolada.*

Desde un banco

*En el campo formal los signos se revelan por las
combinaciones métricas casi invariables en todas las
composiciones. En estrofas desiguales se mezclan
insistentemente alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos:*

Yo vi que el horizonte me abría sus dos brazos.

La sandalia ceñida

*traspuse el alto monte y me encontré vagando
por los viejos caminos de la vida.*

*Mi cansancio sediento buscaba en la esmeralda
de la llanura ardiente*

una profunda sombra de imposible y de ensueño.

*Y vi que tras mi espalda,
rodeándome en silencio
contemplaba su abrazo fraterno el horizonte.*

Ariel

*Tú, silencioso amigo,
gozaste de mi cálida emoción
cuando en las noches claras la viste hablar conmigo
en la penumbra azul de su balcón.*

A mi bastón.

*Alguna estrofa, como esta de Luto, combina el
endecasílabo con el heptasílabo y el tetrasílabo:*

*No es junto a una losa muda y fría
donde duerme por una eternidad
no es allí, amada mía,
donde estás.*

*y señalan como oportunamente ponderaremos, hacia los
caminos subsiguientes al modernismo y al post
modernismo" (51)*

Hay en Díaz Ordóñez una constante preocupación por la vida, nuestra pobre vida tan deleznable y triste y que agobia con la carga de los recuerdos nostálgicos. De esos recuerdos, de honda gravitación pesarosa, surgen pensamientos bellos, como en *El rosario de plata*:

*Pesa, como un dolor, sobre la vida;
toca mi labio de un sabor amargo
cuando a besarlo mi fervor se atreve;
inmensa angustia mi inquietud delata;
su presencia me agobia... y, sin embargo
es pequeño y es leve
el rosario de plata.*

El poeta vuelve sus ojos atrás, deja vagar su mente por la nostalgia dolorosa de un recuerdo triste; y lo trae todo al ámbito de su evocación, hasta la camisa vieja que refleja su ilusión de nieblas en su propio corazón. Es su poema antológico *Intimismo*, una de las notas más elevadas de introspección angustiante que ha sonado en la lírica dominicana:

*Vieja camisa rota,
ya no hay quien te remiende.*

*Al mirarte de mi mirada brota
un recuerdo que poco a poco enciende
un fanal misterioso
en tu oscuro pasado y en el mío.*

*Yo te compré en un día muy lluvioso,
húmedo, desolado, hosco y frío.,*

*Al cruzar una esquina
te vi arrinconada en la vitrina
de una tienda de lujo.*

*El sitio de notoria preferencia
lo ocupaban camisas de la seda más fina
hechas de rico género importado de China,
—camisas para gentes que visten con decencia—.*

*Tu eras de algodón;
eras el llamativo disparate,
el comercial modelo para comparación;
tú eras el baldón de aquel escaparate.*

*Y mi ambición fue recta;
la habitual escasez de mi difícil plata
te eligió predilecta:
eras la más barata.*

*¡Qué extraña paradoja! Las finas y las buenas
he oído que se compran a veces por docenas.
Las que son como tú, no hay duda alguna,
son de esas que se compran una a una.*

*No lo recuerdo bien pero es seguro
que la primera vez te usé en un día de fiesta;
quizás una mañana, en un domingo puro,*

*y después de aquel día, toda tu historia es esta:
de mis hombros cansados
al húmedo tormento de afanosos lavados,
y luego, sin apenas
gozar de algún descanso en el armario,
volver a las faenas
de mis cansados hombros y del servicio diario.*

*Más tarde se inició la imprecisa comedia
de tu envejecimiento. Te desteñiste tanto
que fingías en rápida tragedia
palidecer de espanto.*

*Después te amenazó la injuria de un remiendo
y, en callada amargura,
junto con tu primer desgarradura
lloraste hilachas de dolor. ¡Comprendo!*

*Y entonces fue cuando afanosamente,
unas manos que tanto conociste
hicieron sobre ti, pobre convaleciente,
cien zurcidos que ahora son un recuerdo triste.*

*Manos santas aquellas que a los dos nos cuidaron,
que en silencio profundo, diáfano, pensativo,
apegaron a ti el botón fugitivo
y en mi alma icuánta herida dolorsa curaron!*

*Camisa, y ¡quién diría que habías de durar
más que la mano aquella que te solía cuidar!*

*En tu zurcido vive aún la huella
de esas manos de paz blancas y puras.
Pobre camisa mía; ven, comprende,
para ser tan barata icuánto duras!
Tú bien sabes por qué mi llanto brota:
ya no hay quien te remiende,
pobre camisa rota.*

El tono elegíaco es la agonía del sentir. El gran conversador que era Díaz Ordóñez le hizo artífice de la frase mordaz, hiriente; de la agonía que punza en el desdibujado

blancor de una sonrisa. Su patriarcal figura también pudo haber creado la imagen del *bon vivant*, libador de potación embriagante, como Khayan, a quien tradujo, para el eterno *alacer* de la vida. Empero, no era así. Todo él estaba inmerso en esa niebla de recuerdos que traen las vaharadas de las nostalgias. Una especie de tristeza mórbida retozaba lentamente en la quietud de sus versos.

Desde las primeras notas de sus versos se hace presente ese complejo anímico que ya no le abandonará. Como señala Pérez:

"en la composición Presagio —que pertenece a su primer libro— se percibe la anticipación de una larga trayectoria angustiada" (62)

Y cita el poema:

*La marcha funeral de helado viento
cruza como un dolor la tarde fría
y un miedo que no es miedo todavía
alumbra como un cirio el pensamiento.*

*Herido por un cruel presentimiento
el alma tañe su melancolía
y en una sombra densa de agonía
exprimo con afán mi sufrimiento*

*Alma, triste bandera de derrota,
pobre remo partido, ala rota:
quisiste en tu ilusión más noble y fuerte*

*soñar sobre el harapo de la vida
lo que soñar debiste entumecida
sobre el seno materno de la muerte.*

Como se ve, es un soneto, sempiterna forma poética que los modernistas trataron novedosamente, enriqueciéndolo. Metáforas hermosas engarzadas en los catorce versos y

alteración de fórmulas. Díaz Ordóñez escribió sonetos donde alternaba cuartetos con tercetos, como el siguiente ejemplo:

*Una vez por el áspero camino
le brindé, bajo frondas y entre flores,
mi copa, llena de licor divino
del más noble de todos mis amores.*

*Ella interpuso la inocente mano,
diciendo, sin cariño ni rencores:
busca otros labios a tu copa, hermano.*

*Otra vez por el áspero sendero
la encontré fatigada y abatida.
¡Dame tu copa —dijo— buen viajero,
la sed me quemaba la garganta ardida!*

*Y le tendí mi copa medio rota,
mas le quedó la sed siempre encendida
porque ya no quedaba ni una gota.*

En otros sonetos —de este paradigmático sonetario— pone, en el matiz crepuscular, ese débil fulgor de rancias luces, que le imprime un tono de desmayado fulgor a la metáfora:

*Afina otoño su apacible coro.
Tu corazón descifra paradojas,
mientras la tarde de mejillas rojas
prodiga su rubor como un tesoro.*

*El bosque bajo el viento, es un sonoro
violín cantando penas y congojas
y, presagiando su temblor de hojas
avanza Octubre coronado de oro.*

*Una hoja que apenas ya se mece
atormentadamente languidece
como un ala cansada y abatida;*

*y en este atardecer sin esperanza
yo sé que van a comenzar su danza
quién sabe qué hojas muertas de tu vida.*

Es el mismo tono de Herrera y Ressig y Lugones, sólo que en Díaz influyen los recuerdos —amores marchitos, pasiones calladas, sentimientos de tristeza— en el temblor sereno de los versos elegantes.

La imagen de la amada muerta no le arranca sollozante quejumbre prolongada, como a Amado Nervo su amada inmóvil, sino cantos de visiones adorables:

*Su cuerpo era tan leve
que con su cuerpo aligeró la barca
y al marcharse tu esquife de la orilla
y mientras en silencio se alejaba,
por los remos sombríos
el agua, como en llanto, resbalaba.*

Epístola a Caronte.

Tal vez asirse de t... manera a los recuerdos es un pecado contra la misma vida; tal vez vivir tan pendiente de una sombra iluminada es transgredir las leyes del propio fluir de la vida. Pero el poeta no puede deshacer, ni con la fuerza del alma, la malla de sus tormentos. Y así lo dice en su *Perdón*:

*Perdóname, Señor, pues soy humano
y sangre torturada por mis arterias rueda;
perdóname si pienso
que el pedazo de alma que me arrancó tu mano
es mayor que el pedazo que en el pecho me queda.*

Nada más lejos de Virgilio Díaz Ordóñez, gran señor elegante, aunque azotado por recónditas tristezas melancólicas, que Omar Khayan, pendenciero y burlón, vagabundo y culto, silbarita lunar de alma de artista. Pero Khayan apasiona y logró cautivar el alma de Díaz Ordóñez que lo tradujo al castellano adoptando la forma estrófica de los *Rubaiyat*, esto es AABA. He aquí algunos ejemplos tomados al azar de esta traducción:

*Convéncete que un día tu cuerpo caerá;
tu alma, como una hoja, el viento llevará
más allá del Misterio. En tanto sé feliz:
No sabes por qué vienes ni hacia donde te irás.*

*Que tu copa la envidien otros labios golosos;
que tu boca se colme de los frutos jugosos.
Allá no toma en cuenta ni vicios ni virtudes.
¡Ay, de ti si descuidas tus minutos dichosos!*

*Ya viene la estación de esperanzas y luz.
Las almas buscan flores y perfumes y azul.
¿Son las flores las manos nevadas de Moisés?
¿Es la brisa el aliento divino de Jesús?*

*Tu destino fatal, Sultán, está descrito
en las constelaciones como un sagrado grito:
en vano tu caballo con herradura de oro
pasa chispeando estrellas sediento de infinito.*

Otro aspecto de la personalidad de Virgilio Díaz Ordóñez es el de la prosa. Escribió las novelas *Archipiélago*, editada en Lima en 1947 y *Jerónimo, biografía de una muerte*.

El poeta dominicano erótico por excelencia es Apolinar Perdomo, como ya se ha dicho.

APOLINAR PERDOMO (1889- 1918) aparece como un hábil bordador de metáforas modernistas en una poesía esencialmente romántica. ¿Romántico o modernista? Joaquín Balaguer en su libro *Azul en los charcos*, ha opinado que

Perdomo es "el verdadero precursor del movimiento modernista en la poesía dominicana" (53) Sin embargo la esencia de su poesía es el amor.

Nadie, a no ser Fabio Fiallo, supo tocar con tanta habilidad la cuerda del amor en la lira eólica. Pero Fabio canta al amor con rara desesperanza, sin atreverse apenas a mostrarlo, con recóndita ansiedad; Perdomo canta al amor que arrebató, que se muestra en el esplendor del deseo y de la vehemencia pasional. La poesía de Fabio es para ser musitada, cantada con voz queda, en un salón elegante, junto al oído de una coqueta. La de Perdomo es para ser declarada junto a la ventana de la amada, como esta *Canción de amor*, que alcanzó harta popularidad a principios de siglo, en la época de la Ciudad Romántica:

*Tu ventana está abierta. ¿Estás dormida?
¡Quién pudiera saber a dónde el vuelo
habrá alzado tu alma bendecida! ...
¿Se ha fugado un momento de la vida
para estar con los ángeles del cielo?*

*¿O escoltada por blancos serafines,
intangible, sutil, plena de olores
correteará traviesa en los jardines
con el alma fragante de las flores?*

*Tu ventana está abierta. Te importuna
con sus caricias la nocturna brisa,
mientras un rayo de la casta luna
juega a besos de luz con tu sonrisa*

*¿Sueñas? ... ¡Oh, sí! Tú sueñas y sonríes...
¿Reproduce tu sueño algún instante
de amor? ¿La hora del "te amo", vacilante,
que hizo un temblor extraño de rubíes
sobre tu boca breve e incitante?*

*¿O aquel idilio cuando yo de hinojos
contemplaba tu faz y se tendía,
desde mis ojos a tus tiernos ojos
como un puente ideal, por do venía*

*de tus caricias entre el vago arrullo,
tu alma divina a perfumar la mía
e iba mi amor a despertar el tuyo? ...*

*Tu ventana está abierta. Están ansiosas
las flores que cuidaste en tu ventana
por mirarte otra vez: para tus rosas
tú eres más que la luz de la mañana!*

*Una tarde, desde esas que ahora miro
rejas divinas en tranquila calma
todo tu amor, deshecho en un suspiro,
cayó desde tu boca hasta mi alma.
Y es de entonces que encienden los rubores
la albura de tu rostro de querube
cuando a tus rejas, floreciendo amores,
la enredadera de mi verso sube.*

*Ahora, en silencio, solo, las cortinas
de tu albo lecho el pensamiento ronda,
y contemplo, tras ansias peregrinas,
la artística actitud con que reclinas
tu perfumada cabecita blonda;*

*la mano sobre el pecho, blanca y bella,
movida levemente, que parece
el reflejo intangible de una estrella
que un mar de espumas acaricia y mece;
el brazo ebúrneo, blanco como un cirio
que está fuera del lecho, y es lo mismo
que un tallo enorme que sostiene un lirio
desmayándose al borde de un abismo;
y sobre el oro de tu cabellera
tu blanca faz, y en ella tu sonrisa
como un ala rosada que durmiera
sobre tu boca el sueño de tu risa....
No despiertes, mi amor... Te ve mi ensueño
tan ideal, tan bella, así dormida,
que no sé si quisiera que tu sueño
durara para mí toda la vida.*

Mas no, que están en tu ventana abierta

*tus flores, y por verte están ansiosas:
no para mí, que te mirara aún muerta,
pues viyes en mi ser, ¡por Dios, despierta
para la vida de tus pobres rosas! (54)*

Este romanticismo, este dulce fluir de endecasílabos apasionados —metro preferido por Perdomo—, esta sucesión de imágenes joyantes, como brillantes gemas en el fondo del agua transparente, son la expresión de un poeta instintivo que ama profundamente y canta, porque el canto es parte de su amor.

Con mucha frecuencia Perdomo alterna endecasílabos con heptasílabos, como se puede ver en *Génesis*, otro de sus poemas muy populares en las primeras décadas del siglo:

*Unas veces, en sueños, te miraba!
Tu imagen vaporosa, dulce y bella,
por el sonriente azul de mis ensueños,
pasaba, fina y trémula,
dejando entre las brumas de mi alma
el rastro luminoso de su estela,
tal como al desprenderse del espacio
un sol de lumbre intensa,
rasgara el traje oscuro en que se envuelve
la del espacio azul, bóveda inmensa!*

Este poema antológico, prendió igual que *Canción de amor*, en el ensueño azul de los enamorados que aprendieron a cantarlo, en dilatadas madrugadas, frente a la reja florida de la mujer amada:

“En 1903 —dice Max Henríquez Ureña— adoptó, por excepción, en Espionaje, una combinación métrica asonantada, muy favorecida desde hacía tiempo por los modernistas: versos de seis y de dieciseis sílabas, entre los cuales se intercala a veces, rompiendo la monotonía, uno de doce sílabas, que al cabo no es sino una simple duplicación del exasílabo anterior:

*El silencio es un duende invisible
¿lo sabes, amada? ,
que a veces entona con mudo lenguaje
canciones extrañas...*

Repitió esa combinación en 1907 (Por tu culpa), y, a partir de 1908, sus tímidas novedades métricas en los inconclusos Cantos de insomnio, se limitan al empleo de dodecasílabos con arbitraria distribución de los acentos rítmicos (Pasa, fina y lánguida) y hace lo mismo con el alejandrino (Visión, 31 de diciembre, 1o. de noviembre) o con versos de rima consonante y medida examétrica que oscila entre catorce y dieciséis sílabas y ocasionalmente desciende a doce (Solo, De otra edad) (55)

Se insiste en el metro porque fue la más cabal expresión del modernismo en Apolinar Perdomo.

Si este poeta, sólo poeta, hubiera tenido una cultura aceptable, trajinando más activamente en la vida intelectual, hubiera sido un poeta de excepción. Su dominio de la imagen era tan perfecto que pocos en su generación le igualan:

*Rondador de tu vida, muchas veces
me sorprendió la aurora ante tu puerta
esperando que el sol de la mañana
saliera para mí cuando salieras.*

Génesis.

*Bajo el alón gallardo, el luminoso
encanto de tus ojos se insinúa
como un rayo de sol que, huyendo el día,
se escondiera temblando entre la espuma.*

Amo y odio a la vez tu albo sombrero.

*En tu seno un lunar tuvo el antojo
de morirse de amor...*

*Y rojo el traje, y en la carne fuego,
tú pasas, provocando a todo ruego
como una llama ardiendo entre otra llama.*

Tu traje rojo.

Apolinar Perdomo, pese a los defectos que se le señalan, es un auténtico poeta.

Armando Cordero ha llamado a JOAQUIN BALAGUER (1907) el poeta del dolor. Estadista y pensador, pocos piensan en su poesía —ahogada en el mundo de su prosa— a no ser para evocar aquel notable madrigal *Lucía*, que Max Guzmán popularizó con sus notas de *criolla*, cantando por generaciones diversas a lo largo del tiempo. Balaguer se separa de su generación, escribiendo versos clásicos y sonoros de notoria sencillez. Desde su adolescencia se sentía atraído por el simbolismo, escribiendo sonetos entallados en el oro parnasiano, como *Similitud*, joya antológica de gran belleza:

*El pálido crepúsculo se pierde
sobre la linfa de la mar dormida,
y va volando sobre el agua verde
una gaviota con el ala herida.*

*La olvidada gaviota no se cansa
de buscar la región desconocida.
Vuela como el adiós de una esperanza
al caer de una tarde enrojecida.*

*Triste gaviota que en la mar dormida
se hundió una tarde, con el ala herida
por un pedazo de bruñido plomo:*

*así en el mar siniestro de la vida
se perdió mi esperanza, que era como
una gaviota con el ala herida.*

Aun sus versos de madurez, coincidentes con los grandes movimientos de vanguardia, conservan una anacrónica dulzura, dentro de la corriente elegíaca, bien patente en su libro *Cruces iluminadas*, publicado en 1974, y del cual es el siguiente soneto *Ante la tumba de mi padre*:

*Hace ya muchos años que partiste,
pero hoy, al mirar tu sepultura,
he vuelto a contemplarte como fuiste
desde la inmensidad de mi ternura.*

*Entré al misterio que en tu mundo existe
para ver, a través de su ternura,
tu rostro dulce y tu mirada triste
como cuando la vida era más pura.*

*Sentí el anhelo, al ver tu losa inerte,
de llamarte con grito desolado,
porque sé que tu amor era tan fuerte,*

*que al oírme te hubieras levantado
y llegando hasta mí desde la muerte
me hubieras en tus brazos estrechado.*

La voz más pura dentro de la lírica azuana es la de HECTOR J. DIAZ (1910-1950), estampa de juglar, que si no laúd medieval de bien templadas cuerdas, guitarra valenciana tañía con el plectro de sus uñas crecidas para este fin.

Acompañaba sus versos con melodías que su vibrante voz, dulce y pura, entonaba tras la radiante potación bohemia. Ningún otro poeta, a no ser en una época el mocano Juan Antonio Alix, ha alcanzado mayor popularidad que Héctor Díaz. Y son contadas las mesas de estremecida bacanal bohemia, bajo el lunado claror nocherniego, donde un alma obnubilada, estremecida de angustiantes esperas en la romántica soledad nocturna, no haya murmurado:

*Que nadie me conozca y que nadie me quiera,
Que nadie se preocupe de mi triste destino;
Quiero ser incansable y eterno peregrino
Que camina sin rumbo porque nadie lo espera.*

Díaz, romántico y cantor, bohemio y juglaresco, escribió una poesía popular — a la manera del cubano José Angel Buesa— de esencias egregias en el filigranar de la metáfora. Semejante al neibero Apolinar Perdomo, que lanzaba la mágica quejumbre de su *Canción de amor* en las rejas floridas de la Ciudad Romántica, Díaz cantaba simplemente, como el brotar del agua de la hontana o como atesora el ruiseñor su canto no aprendido. Por eso el madrigalista Miguel Angel Peguero, hijo, dice que “Héctor Díaz era poeta sin buscarlo. Y más abajo: “Fue el último juglar dominicano, un juglar que arrojó de amargura sus últimas canciones. Es de entonces que su verso sencillo o desconsolado, apasionado o candoroso, irónico o tierno, deja escapar sin quererlo un acre aroma fúnebre, como esas rosas solitarias abiertas junto a una tumba”.

Peguero tiene razón en lo que dice y acaso sea el más popular de sus poemas el que intitula *Lo que quiero*, del cual transcribimos la primera estrofa y que termina con esta elegiaca renunciación:

*Y morir una tarde, cuando el sol triste alumbre
Descendiendo un camino o ascendiendo una cumbre
Pero donde no haya quien me pueda enterrar:
Que mis restos ya polvo lo disipen los vientos
Para que cuando ella sienta remordimientos
No se encuentre mi tumba ni me pueda rezar.*

¿Qué escepticismo inquietaba esa alma persensible que parecía hecha para el amor? ¿Acaso, como Bécquer, buscaba un amor imposible, una pálida Ofelia que le ofrendara en la camelia muerta de su vida, el humo virginal de su pasión? ¿O, como Fabio Fiallo, llora de amor por la que no ha podido comprender su corazón ágil de ofertas amorosas? Como urna

funeraria su corazón la entierra cuando pasa y ríe al mundo su pasión de amor. Y canta:

*Cuando ella pasa provocando antojos,
Muchos hombres la siguen con los ojos
Llenos de tentación y ansias extrañas,*

*Yo, que le di mi amor tierno y profundo,
Me río de que esté viva para el mundo
Porque la llevo muerta en mis entrañas.*

Franklin Mieses Burgos, que era un gran esteta y poeta de profunda sensibilidad y gran elegancia, se ha sentido conmovido también por esta voz quejumbrosa de amor. "Canta —dijo Mieses Burgos refiriéndose a Díaz— porque cantar en él, como en todo verdadero poeta, constituye la primera y única condición de su existir. Lo demás, todo en él es completamente secundario, comparado con esa fuerza intrínseca que, en su interior, como un efluvio ático, sacude en un estremecimiento lírico de entusiasmo y de amor, todo el amplio y complicado andamiaje de su persona". Pero nada define mejor la personalidad poética de Héctor J. Díaz, como estas palabras de Jaime Lockward: "Hector J. Díaz fue un poeta del amor que cantó con henchida emoción a la vida y a la muerte, abarcando una zona artística fuertemente penetrada de sus sensaciones y sentimientos mundanos. De la generación de poetas dominicanos post modernistas de las letras hispanoamericanas, conservó las normas estéticas del maestro de las letras hispanoamericanas, Rubén Darío, pero se alejó en lo temático del refinado artificio del verso modernista sin acercarse tampoco a la anarquía instaurada por el post modernismo ni al predominio imaginativo de la poesía simbolista contemporánea".

Héctor J. Díaz al morir se llevó consigo a la tumba la imagen de un inmenso amor que consteló su cielo de esperanza, aunque vivió enterrando amores como puede verse en este soneto final:

*Abrí la propia sepultura: el alma.
Ahondé en mi propio corazón: abismo.
Y sepulté con infinita calma
aquel amor que asesiné yo mismo.*

*Conté los funerales del olvido.
Y eché un crespón de luto al pensamiento.
Y en la resignación del bien perdido
nació esta inmensa soledad que siento.*

*Y así voy arrastrando por el mundo
este cadáver de un amor profundo
que precipita mi melancolía.*

*Pero a veces lo siento aquí en el fondo
como si me llamara y no respondo
por miedo de que viva todavía.*

Otro poeta rezagado en el recuerdo lo es Miguel Angel Peguero, hijo.

Cuando MIGUEL ANGEL PEGUERO, hijo, publicó su ronda de madrigales, Juan Bautista Lamarche, un hábil filigranador de versos, lo saludó con estas palabras: "He aquí una revelación que anuncia la llegada de un auténtico poeta. Viene del lado de la aurora. Habla en el lenguaje simbólico de la rima hecha de eternidad y de tiempo. Su voz no se pierde en el vacío. Es la voz que brota lo mismo de la cera del panal, que del cáliz de la rosa y que sabe sorprender, bajo el claro de la luna, el secreto del duende. La voz que canta en los hilos de plata del surtidor y en el mensaje furtivo de la estrella. La voz que palpita en la música salvaje del mar, en la fuga de los horizontes, en el ala temblorosa de la caricia y en el éxtasis sublime del beso. Voz sedosa del aura que pasa rizando la arboleda. Voz flagelante de la tempestad en vórtice rugiente. Voz que encierra todos los registros y todas las sumas. Voz del mundo. Voz de la tierra. Voz del abismo. Voz del cielo. ¿Qué es acaso el poeta sino una voz infinita y sagrada? Voz de la eternidad y voz del tiempo."

Todos conocíamos a Peguero hijo como un cronista deportivo, pero en el fondo de ese elegante periodista palpitaba un poeta de sobriedad casi clásica, de sentimiento romántico, aunque de lenguaje post modernista. La belleza de sus versos y el lenguaje madrigalesco hacen inolvidable el sentir poético de este casi olvidado juglar. Nadie, entre nosotros, manejó el madrigal como él:

*Por ejemplo, tú piensas. Un momento
persigues un ensueño, silenciosa,
y en ese instante azul del pensamiento
tu mirada es un agua que reposa.*

El madrigal de la mirada mansa.

*Cuando mueves la mano se me antoja
que en un jardín de cuentos encantados
y al viento de la tarde, se deshoja
una flor de diez pétalos rosados.*

El madrigal de las manos móviles.

*Tu piel, quien sabe en qué país remoto
la soñó algún artífice supremo,
quizá en la China lánguida del loto,
acaso en el Japón del crisantemo.*

El madrigal del pie pequeño.

Estos dos últimos versos retrotraen elementos muy del gusto de los primeros modernistas. Pero su verso isosilábico, tiene esa rigidez que no fue gaje de los modernistas. Mas no desdeña, de vez en vez, las combinaciones métricas:

*Es que entre días me invade
un cansancio infinito
de todo lo que en ti me fue adorado,
de tu primera carta,
de tu primer pecado
perfumado,*

*que fue tu primer beso,
como un llamado
rezo
desgranado.*

También cultivó el soneto, del cual es ejemplo *Amor*, que alcanzó en un tiempo la misma popularidad de los versos de Héctor Díaz:

*Amor llamado que jamás se queja;
amor que en la discreta madrugada
sólo acierta a dejar junto a tu reja
la ilusión de una estrofa perfumada.*

*Amor de un alma taciturna y vieja;
amor que es una música olvidada,
que tiene azul resignación de oveja,
que lo da todo... y que no pide nada.*

*Amor es eso, amar como te amo
sin medir tu desdén, sin un reclamo
que hace que el alma en esperanza estalle.*

*Amor sin arrebatos y sin ruido
que acecha que tu hogar esté dormido
para pasar entonces por tu calle.*

Triste y corta vida de sufrimientos y frustraciones fue GLADIO HIDALGO (1912-1937) (57), muerto tan tempranamente que apenas acertó a dejarnos una obra acabada. En lo poco que de él tenemos descubrimos un poeta auténtico donde las huellas de Herrera Reissig están presentes. También aparecen huellas profundas de Rubén Darío en la magnificencia de los metros elegantemente usados, al servicio de una inspiración de verdadero poeta.

Gladio apenas tuvo juventud. Todo su anheloso sentir se vio frustrado por una tuberculosis que le devoraba el pulmón.

En mísero albergue estaba su lecho de dolor. Allí los amigos lo visitaban para empaparse del dulzor de su palabra sonora y pasaba largas horas con sus poetas preferidos: Lorca, Juan Ramón Jiménez, Lugones, Herrera Reissig.

De éste último heredó la metáfora volandera y rara:

*Y el venerable cura de la iglesia católica,
dirigiendo a la iglesia su acelerado paso,
parece con su falda un chistoso payaso
que intenta hacer piruetas en la escena bucólica*

Pero su languideciente juventud, ansiosa de pujanza, no es maldiciente. Por el contrario: una rara piedad para los que sufren canta en sus versos, y la piedad es como un candil que ilumina la miseria de su pobre hogar envenenado de tristeza.

No quiere que su madre, en su santa ignorancia, atisbe ni un instante la tragedia que consume su vida, con su trágico final. Por eso le dice en *La promesa a la madre*.

*Tu lo comprenderás..... pero muy tarde!
Cuando mi escasa juventud rendida
sea tan sólo la nube de un alarde
bajo el azul del cielo de tu vida.*

*Esta inutilidad que en mí vislumbra
es un clarín de alerta entre barrancas
porque adoro el silencio y las penumbras,
los días negros y las noches blancas.*

*Nada me importa la existencia enferma
de esa Villa Esmeralda que, irrisoria,
tragó miserias y a la luz de esperma
nubló mi cuarto y se perdió en mi historia.*

*He sufrido, al azar, las decepciones
que aniquilan el ansia de ser bueno,
porque virtud sin oro ni blasones...
maldito el lirio que surgió del cieno!*

*Pero yo he de llegar... tal como el río
que las heridas de un desierto estaña;*

*sin estos ímpetus de mar bravío
que toca cielo si se alzó montaña.*

*Sé que juzgas pueril esta agonía
de arte sin luz y soledad pagana
que florece en los cardos de mi vía...
Tu lo comprenderás.... Pero mañana!*

Alguien más no podía comprenderlo; la *Compañera*, la amiga buena, la dulce usufructuaria de la cárcel sin luz de su amor:

*Presentimiento azul de cataclismo.
Fuimos lo paralelo en la constancia,
yo, enredado en la red de tu ignorancia,
tú, ignorada en los bordes de mi abismo.*

*Y aunque no pudo ser: un espejismo
se forma de mi vida y tu fragancia,
Tú eres monja en el claustro de tu estancia.
Yo soy preso en la cárcel de mí mismo.*

*Y hemos de ir al azar, por dos caminos
bordados de silencios libertinos
cual dos malezas que atraviesa un puente;
bajo el rosal que nuestra selva aroma
hay serpientes con alma de paloma,
y hay palomas con alma de serpiente.*

Gladio Hidalgo era post modernista con claro concepto de la estructura del verso. He aquí ejemplos de algunos de los metros que usó:

Octosílabos:

*Desde la puerta del Conde
son los anhelos, turistas
y las tiendas trasatlánticos.*

Heptasílabos:

*Por la cuesta de piedra
va bajando mi entierro.*

Alejandrinos:

*Deparaste tus playas a mi barco suicida
porque tienes la luz de un faro salvador.*

Dodecasílabos:

*Revuela el oro alado de las abejas.
Por entre los fangales de las callejas
cruzan las carretillas con sus farolas,
y bajo la techumbre de los aleros
duerme una fosca banda de pordioseros
y la Suerte y el Sino charlan a solas....*

Endecasílabos:

Tu lo comprenderás... pero mañana!

Bisílabos, eneasílabos, decasílabos, tetrasílabos,
exasílabos:

*Pero
sabe
que aún me resta la llave de oro
que ese cofre de púrpura y sándalo
donde el frágil rubí de tu esencia
celosa guardaste,
hasta que una mañana esplendente
se abrió el templo del sol de tu alma:
— mi salmodia era un trágico rezo,
tu dolor: un sublime incensario —
tu olvidado candor y mis ansias...
desde entonces
tu vida es un ánfora,*

*pero aun ánfora rota
que conserva el blancor que la esmalta
y que puede ser tiesto de alcoba;
pero ¿joya? ... tan sólo en mi alcázar...*

Este gran poeta presentía su temprano morir. En un poema en que atisbaba ya sus carnes alimentando "el riñón de la tierra", había dicho:

Por la calle de piedras va bajando mi entierro.

Entierro en el que, según decía el propio poeta, sólo dos meretrices compasivas llorarían por él y acaso algún trasnochador le rendiría homenaje. Y su entierro casi solitario (58) bajó lentamente, en una tarde de leve lluvia gris, por la empedrada cuesta de San Francisco, donde dos marineros de un barco noruego surto en el puerto, le hicieron un saludo militar, mientras dos mujerzuelas se secaban sendas lágrimas que surcaron sus mejillas. A Gladio Hidalgo casi se le ha olvidado: pero en su corta producción de *Los nocturnos del acaso*, hay poemas de quilates para que perdure su breve producción.

Más adelante veremos los modernistas de la prosa.

NOTAS DEL CAPITULO XX

(1) Pedro Henríquez Ureña. "Rubén Darío" en "Horas de estudio". Buenos Aires. 1910.

(2) Max Henríquez Ureña. "Ruben Darío". Arch. Arg. de la Academia de la Lengua. Buenos Aires. 1948.

(3) M. Henríquez Ureña. Ob. cit.

(4) Alberto Baeza Flores. "La poesía dominicana en el siglo XX". UCCM. Santiago de los Caballeros. 1976.

(5) Darío sólo había cumplido diecisiete años y se trataba de un folleto de 16 páginas.

(6) Emilio Rodríguez Demorizi. "Rubén Darío y sus amigos dominicanos". Ed. Espiral, Bogotá. Colombia. 1948.

(7) Max Henríquez Ureña, conmovido por esta espontaneidad lírica, contestó a Altigracia Saviñón con el poema *Mi vaso rojo*, escrito en el mismo metro y estilo.

(8) Pedro René Contín Aybar. "Antología poética dominicana". Librería dominicana. Santo Domingo. 1943.

(9) Se trató de los primeros Juegos Florales, que patrocinaba el Casino de la Juventud. Fue Presidente del Jurado el Lic. Apolinar Tejeda; el Mantenedor, el poeta Fabio Fiallo. Los poetas galardonados fueron Max Henríquez Ureña, con Medalla de oro; Valentín Giró, con medalla de oro y Bienvenido Nouel con Mención Honorífica. La reina de los Juegos fue la señorita Carmelita Santoni, con las señoritas Josefa Mascaró, Aurora Soler, Olimpia Thorman, Stella Pou y Blanca Thorman, formando su Corte de Amor.

(10) Escribió un página emocionada y conmovedora dedicada al poeta, y que tituló "Mi Rubén".

(11) Alberto Baeza Flores. Ob. cit.

(12) Pedro René Contín y Aybar. "La poesía de Osvaldo Bazil". Revista Dominicana de Cultura, No. 1. Santo Domingo. Noviembre. 1955.

(13) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(14) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(15) Fabio A. Mota. "Pablo Fiallo" en su libro "Relieves alumbrados". Santo Domingo. Rep. Dom. 1971.

(16) P. Contín y Aybar. Antología... etc.

(17) Max Henríquez Ureña. "Panorama histórico de la literatura dominicana". Rio de Janeiro. 1945.

(18) "La canción de una vida" recoge los diversos libros de poesías escritos por Fabio Fiallo, entre otros: "Cantaba el ruiseñor".

(19) Para ponderar esta afirmación hay que tener en cuenta la fecha en que se hizo: 1908.

(20) Américo Lugo. "Cuentos frágiles". Prólogo. Nueva York. 1908.

(21) Citado por Fabio Fiallo.

(22) Ob. cit.

(23) "Sus cuentos tienen en el fondo una serenidad pagana", dijo Santos Chocano. Max Nordau lo llamó: "poeta poderoso, radiante, sereno y triunfal de forma y fondo, de ideas, de sentimientos y de imágenes", y en la Antología Lírica de los poetas Latinos, el Dr. Göran Bjorkmann, miembro muy ilustre de la Academia sueca, entonces Secretario Perpetuo del instituto Nobel, reputó de estimables "Eco triste", "Noche Buena", "Rima Profana" y "For Ever". F. Mota.

(24) E. Rodríguez Demorizi. Rubén Darío y.... etc.

(25) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(26) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(27) Ob. cit.

(28) González Martínez dice: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje/ que da su nota blanca al azul de la fuente;/ él pasea su gracia no más, pero no siente/ el alma de las cosas ni la voz del paisaje".

(29) "Poesía dominicana". "Antología" Colecc. Trujillo. Santo Domingo. 1944.

(30) Marcio Veloz Maggiolo. "Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo". UCMM. Santiago de los Caballeros. 1972.

(31) Las músicas de estas canciones se deben a Julio Alberto Hernández, José de Jesús Ravelo, el Pbro. M. de J. González, Carlos Manuel García, José O. García y otros.

(32) Antonio Mesa la grabó en disco del sello Columbia, acompañado al piano por el propio Julio Alberto Hernández.

(33) Léase su sonetario "Estapas lírico folclóricas", henchido de un amor que le retoza por los poros.

(34) He aquí una estrofa de "El Solterón", de Lugones: "En sus ojos hace alarde/ la claridad vespéral,/ y en su tez de lirio arde/ el rubí que hace la tarde/ cuando convulsa se va".

(35) Estos conceptos acerca del poeta Jiménez son parte de un ensayo que escribimos para un Homenaje que Pro Cultura le rindió al poeta meses antes de morir.

(36) "La contribución de la cultura sanjuanera a la bibliografía dominicana carece de significación por su pobreza cuantitativa. Anémica por la cantidad, no así por la calidad, que es valiosa. Exceptuando a Ulises Hereaux, hijo, autor de varias obras ("En la copa del árbol", novela; "Amor que emigra", novela); Víctor Garrido ("Poesías completas", "Los pueblos", ensayo histórico; "La conquista de la gloria", conferencia; "La política de Francia en Santo Domingo); E.O. Garrido Puello ("Narraciones y tradiciones; "Olivorio", ensayos históricos); Edna Garrido de Boggs ("Versiones dominicanas de romances españoles, "El folklore en la República Dominicana"); Dra. Gladys de los Santos Noboa ("Por los niños"), no he encontrado rastros de otros autores genuinamente sanjuaneros", E.O. Garrido Puello.

(37) Ob. cit.

(38) En ese grupo incluyó a Porfirio Herrera, Juan Tomás Mejía Soliere, Primitivo Herrera, Virgilio Martínez Reina, y Arquimedes Cruz Alvarez, una especie de Porfirio Barba Jacob, que filigranó sonetos de perfecto corte parnasiano. Parnasiano fue también nuestro buen sonetista Julio de Windt Lavandier.

(39) En las Obras Completas del poeta.

(40) Todo lo concerniente a Víctor Garrido son párrafos del largo ensayo que escribimos con ocasión del homenaje póstumo que se le rindió en Junio de 1975.

(41) En una de las estrofas de Canto al Amor de Furcy Pichardo, dice: "Tú eres lo que mi amada entre mis brazos/ emoción que al trenzarse se destrenza. /Tú eres lo que mis hijos en mis hombros: /carga que purifica más que pesa. /Tú eres lo que mi madre:/ una fe que alentándome me alienta./ Tú eres lo que en el mástil/ el glorioso flamear de la bandera,/ esa que al par que amamos como madre,/ amamos como a hija y como a reina/ cuando es la libertad/ la que la enasta/ y el honor el que flota libre en ella".

(42) Joaquín Balaguer. "Historia de la Literatura dominicana". Lib. Dominicana. Sto. Dgo. 1958.

(43) En este poema dice: "Señor de las humildes indulgencias, /Oh, divino Señor! / Tu piedad evangélica perfuma/ Lo mismo que una flor. Asocias a la fiera con el hombre,/ Y luchas con afán/ Al ver las vanidades en tropeles/ Vestidas de oropeles/ Como van./ Perdonas a tu hermano lo que tiene/ De mezquino y pueril,/ Y conviertes en óleo el virulento/ Veneno del reptil. Ostentas como canon de tu vida/ Un nimbo celestial,/ Y le ofreces a Dios como a los pájaros/ Tu mínimo rosal. Yo, que no puedo ser como tú eres! En mi vida infeliz,/ Le sonrío al placer y a la desgracia/ Al vino alegre y al dolor suicida.../ Es otra forma de apreciar la vida/ Oh, Francisco de Asís!"

(44) P. Contín Aybar. Ob. cit.

(45) Aunque en esta obra hay frecuentes citas del libro de Baeza Flores, acerca de nuestra poesía del siglo XX, ello es debido a que las dificultades para la publicación de esta obra nos ha llevado a frecuentes revisiones y enriquecimiento con nuestras lecturas. Pero el original fue escrito en 1970, y, paradójicamente, el propio Baeza hace alusión al mismo.

(46) Sabemos que era un buen concertista del piano.

(47) Esos Juegos Florales se celebraron el 12 de abril de 1909. El Presidente del Consistorio fue el Lic. Apolinar Tejera; el Mantenedor el poeta Arturo Pellerano Castro y la reina la señorita Herminia Rodríguez Gautier, con su Corte de Amor formada por las señoritas Gracita Vásquez Gautier, Consuelo Ricart, Muni Báez, Milady Cabral, Leticia Pérez y Enriqueta Rodríguez Oca. También galardonado con la flor natural lo fue en esa ocasión Juan Tomás Mejía Soliere.

(48) Los párrafos dedicados al poeta Porfirio Herrera pertenecen a un largo ensayo que escribimos en ocasión de un homenaje póstumo que se le rindió en noviembre de 1974.

(49) Díaz Ordóñez publicó bajo el seudónimo de Ligio Vizardi, sus primeros libros: Los nocturnos del olvido (1923), La sombra iluminada (1929) y Figuras de barro (1930)

(50) Ob. cit.

(51) Carlos Federico Pérez. "Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua, como individuo de número". Bol. de la Acad. Dom. de la Leng. No. 8 y 9. Enero-Marzo 1970.

(52) Ob. cit.

(53) Ob. cit.

(54) Este poema fue galardonado en los juegos Florales y Provenzales celebrados en 1910. Este Consistorio fue presidido por Mon. Alejandro Adolfo Nouel, Arz. Metropolitano; por el Lic. Federico Henríquez y Carvajal, presidente del Ateneo; Lic. Manuel Arturo Machado, Secretario y Bernardo Pichardo, Mantenedor. La reina fue la señorita Graciela Suazo, con su corte de amor formada por las señoritas Rosalía Pumarol, Genoveva Vicioso, Elba López-Penha, Aurora Lebrón, Adriana Aybar, Mercedes Suazo, Ayda Peynado, Josefa Perdomo, Caridad Gómez y Rosa F. Pérez. Además de Perdomo fueron galardonados: Arturo Pellerano Castro, por su canto "Pro-patria" y Porfirio Herrera, con mención.

(55) Ob. cit.

(56) Armando Cordero— "Joaquín Balaguer, poeta del dolor" Opúsculo. Santo Domingo. 1975.

(57) Gladio Hidalgo era el seudónimo de Rafael Hidalgo, un poeta muerto a la temprana edad de 25 años.

(58) En el entierro de Hidalgo, entre la escasa gente, iban el poeta Héctor Inchaustegui y el eximio narrador Juan Bosch.

(59) He aquí la lista de algunos poetas modernistas: Virgilio Martínez Reina (—1930), Juan Cheri Victoria (1885-1936), Emilio García Godoy (1884-), Juan Bautista Lamarche (1894-1957), gran versificador, superficial y sonoro; Juan Goico Alix (1891-1958), madrigalesco y erótico; José María Bernard (1873-), Juan Tomás Mejía Soliere (1883-), autor de vigorosas odas civiles; Arquímedes Cruz Alvarez (—1958), notable sonetista; Onésico Polanco, Baldemaro Rijo (1885-1939), Julio A. Piñero, etc.

CAPITULO XXI

EL POSTUMISMO



El modernismo en la República Dominicana tuvo larga y mantenida vigencia. Dio calidades también insospechables pese a la opinión en contrario que algunos puedan externar. A este respecto viene necesaria una cita de Alberto Baeza Flores que avala con innúmeros ejemplos:

“Me parece además —y ésto es importante— que el aporte de los modernistas dominicanos no es nada desdeñable: Bermúdez trabaja una parte de su obra dentro de una temática social —que hoy se llamaría “de compromiso” o de “engagement”. Pellerano hace un aporte, también, desde asuntos y tonos poco tratados por los modernistas: el neopopularismo modernista. Morel aborda el tema de las fábulas que para los modernistas era casi terreno virgen, intransitado. Deligne, que viene de experiencias parnasianas, positivistas, neorrealistas, naturalistas, de una poesía psicológica social, hace un aporte interesante: el de la austeridad y contención, a través de un idioma poético ceñido. Enrique Henríquez —y para no citar sino a uno más— incursiona en los temas y tonos de misterio nocturnal.

En su conjunto el modernismo dominicano es muy

matizado. Y al panorama general del modernismo, los dominicanos aportan interesantes matices". (1)

La opinión de Baeza vale en extremo, no porque es la de un extranjero —nacido en Chile— pues él es tan dominicano en el sentimiento y en el amor como cualquiera de los aquí nacidos, sino porque él es un profundo conocedor de las literaturas universales y, muy particularmente, la hispanoamericana. Por eso vale también su aseveración de más abajo:

"... los poetas modernistas dominicanos hacen aportes interesantes a la sicología del amor modernista, profundizan en lo que pudiéramos llamar las relaciones y contenidos espirituales del amor, y en los matices del amor pasión". (2)

Estas afirmaciones importan mucho para el capítulo que sigue, porque siempre se ha afirmado que el modernismo entró tardíamente en el país y fue tímido en su expresión. Y nada más controversial. Ya veremos que los primeros grandes revolucionarios de nuestra lírica, Vigil Díaz, Moreno Jiménez y Andrés Avelino conocen bien el modernismo y sus mejores elementos de expresión. Poemas modernistas hay en los *Fantaseos* de Avelino (yo anhelo una novia/ que sea tísica y rubia,/ con dorados cabellos de gentil Magdalena/ y con alma romántica de Margarita Gautier"), y modernista fue Moreno en la primera etapa de su obra, con un manejo excepcional de los metros.

Lo que pasa es que la respetuosa admiración que se sintió por Gastón Deligne persistió más allá de lo esperado y la gente se resistió a aceptar la nueva música de la poesía de vanguardia. Cuando los no empalagados con los versos de Deligne escucharon los primeros arrestos líricos de esos movimientos de vanguardia, que venían de Europa (*futurismo, surrealismo* etc.) se escandalizaron. Apenas una muy estrecha minoría llegó a conocer algunas de esas manifestaciones de osadía poética.

América ya había escuchado el grito solariego de Vicente Huidobro en Chile, creador del *creacionismo*. Pero posiblemente los *postumistas* —ni creo que Virgil— lo conocieron, al principio, lo suficiente para sentirse influidos por él. En carta que Moreno Jimenes le envía a Baeza Flores, el 2 de abril de 1974, le aclara:

"Me preguntas si conocimos a Huidobro y su creacionismo. Sí, pero muy tarde. Aquí la luz de lejos tarda mucho en llegar. El ultraísmo no había (nacido) en España cuando yo ya escribía versos libres en la revista "Letras". Eso fue un eco del futurismo de Marinetti. Me acuerdo de "ojos (palabra difícil, puede ser: "prismetálicos", que era puro maquinismo. Después leí "Literatura europea de vanguardia", de Guillermo de la Torre. No puedo asegurar que todo esto pudo influir bastante en nosotros. Nosotros decíamos que eran versos franceses en castellano". (3)

Hubo un poeta ultramodernista que se había anticipado en Santo Domingo a todos los movimientos renovadores: Vigil Díaz, quien llamó *vedhrinismo* a su poesía rara, altisonante, con vibraciones insólitas y gran liberalidad en la confección de sus versos, que más parecían prosa. ¿Qué era el *vedhrinismo*?

EL VEDHRINISMO

Se manifiesta esencialmente por el versolibrismo, en el que las ideas se expresan con la amplitud sonora del pensamiento. Ideas elegantes, expresión de un paganismo remoto que viene más bien del mundo clásico con sus símbolos extraídos de la mítica. Esto es lo que se trasluce, por lo menos, en la obra de su creador VIGIL DIAZ (1880-1961).

¿De dónde sacó tal nombre Vigil para sellar su movimiento? Los *dadaístas* encontraron el nombre *dadá* en un diccionario —que quería decir "Pajarita de papel"— y porque les gustó llamaron así al movimiento. Para Vigil era también cuestión del azar darle nombre a su poesía. Seguramente se lo

inspiró la fama de que por aquellos días gozaba un aviador francés de nombre Julio Vedrines, pionero, según afirmación de Manuel Rueda y Lupo Hernández Rueda, que son los reveladores de esta teoría, de las “peligrosas piruetas aéreas del *looping the loop*” (4). En 1911 Vedrines realizó el vuelo París-Madrid, que entonces se consideraba una hazaña. De modo que, posiblemente, Vigil quiere aludir con el nombre de pirueteos verbales —*looping the loop* de la palabra— a la facundia que constituye el apasionado continente de sus poemas.

Pero Vigil Díaz, como señala Baeza Flores, da muy poca importancia a los títulos, pues afirma en su libro de poemas *Galeras de Pafos*:

“... el título de este libro nada tiene que ver con el alma de este libro, que es casi inofensiva, transparente y sencilla como una campiña; es simplemente el cumplimiento de un canon parnasiano: todo título debe ser bello, poco importa que no diga nada” (5)

Como hemos dicho, Vigil Díaz es el poeta de las piruetas verbales, artífice de la imagen arbitraria, sensual, sonora. Por eso Contín y Aybar lo llama: “Pomposo, sensual, polifacético, altisonante. Lírico hasta lo ultrafantasista. Verbalista”. (6)

A pesar de su afán de renovación, Vigil (7) acompaña sus cantos con la siringa de Pan o la lírica apolínea —detalles parnasianos que indudablemente le motivan—, y por eso saca de sus voces acentos dionisiacos y le da a sus versos una especie de polifonía francamente orquestal y helenística.

He aquí esta euritmia de su *Visión lunar*:

Señora luna, yo te he visto:

*sobre las cumbres altivas,
sobre las cataratas bravías,¹
sobre los ríos musicales y errabundos,
sobre el mar veleidoso y pérfido,*

*sobre las lagunas estáticas,
sobre las envergaduras de las naves perdidas.*

*Señora luna, yo te he visto
sobre los caminos polvorientos y sabios,
sobre las ruinas solitarias,
sobre el plumaje de los cisnes dormidos,
sobre la pampa inmensa,
sobre la tristeza de la necrópolis,
sobre los campamentos bárbaros,
sobre el marfil de los cadáveres,
sobre los charcos de sangre,
sobre las carroñas de las bestias,
sobre los jardines solitarios,
sobre el espejo de las fuentes olvidadas,
sobre el dolor de los hospitales,
sobre los arabescos de los frailes,
sobre los pámpanos de la fiesta.*

*Señora luna, yo tengo un anhelo exótico y profundo,
quiero verte dormida, sobre las gemas
de sus ojos y sobre las pálidas ojivas
de sus manos góticas.*

Superficialidad sensible, con un dejo vargavilesco (José María Vargas Vila), que se ve presente en las metáforas. Novedad que aflora —a pesar de la anterior afirmación— como un recordar de anacreónticas odas de umbrosa selva tropical, donde se celebran las olímpicas exequias del macho cabrío (simbólico de Dionisos). He aquí el *Pífano de la montaña*:

*Mi querida,
que es una negra retinta,
dulce y armoniosa como el cuello de una cítara
de ébano,
con pulpa de coco en la sonrisa
y esencia de mandrágora en las dobleces,
me aguardó en la talanquera
para decirme:*

"el cabrón ha muerto".

*En un lecho de piedras,
junto a los corrales,
pulido por su cuerpo velludo y rijoso,
está tendido el padre y señor
del aprisco.*

*La luna de anoche amortajó su cadáver y el sol de esta
mañana*

calentó las esperanzas de sus barbas patriarcales.

*En los libros de amor de Publio Ovidio Nasón
aprendió el arte de amar
y conquistó mil borregas
con syringa de Pan.*

*Para que no coman de su lúbrica carroña
famélicos canes
le haremos exequias griegas en la sabana.*

El tema pudo haber apasionado a Baudelaire, por amor a su negra amante; pero la forma es francamente postumista, aunque tendiendo más a la prosa que al verso. Aun así, hay a lo largo de todo el poema un resabio de antigua paganía. Diríase un solariego viajero tropical hurgando entre las ruinas pentélicas del Partenón. A veces la repartición de sus versos nos recuerda a Whitman, como sucede en *Profesión de fe*:

*Quiero realizar este milagro sin reducir mis desequilibrios
ni suprimir mis carcinomas interiores;*

hacer la cifra sin contarla;

tener lo mismo

uno,

cien,

mil,

que un millón o nada;

*vivir cerca de los animales y muy lejos
de los hombres;*

*tener por música, la música del
mar, la música de las estrellas y la música
de mis clavicordios interiores....*

Y ya aquí hay una universalización de la idea poética, como si anduviera el poeta en la búsqueda de más anchurosos ámbitos. Pero no desdeña navegar por los mares tenebrosos, por los sombríos parajes donde acechan la sorpresa inesperada y la ilusión insólita. Como se ve hay en Vigil originalidades, y si describe y explica en sus versos hasta darnos la sensación de caminar por selvas pánicas, en el fondo de él todo es música.

Así es su prosa. En el 1921 publica *Góndola*, un libro de narraciones terríficas, con mucho de los pensamientos malditos de Lautréamont y de los relatos protervos que lo colocan en un raro sitio en la literatura hispanoamericana.

Vigil en su madurez abandonó el verso y se orientó con una prosa igualmente altisonante, nostálgica del verso. Fue más original en este aspecto de su obra, con una serie de artículos periodísticos que llamó *Fatamorganas*.

Como vedhrinista Vigil Díaz tuvo un solo seguidor: Zacarías Espinal.

ZACARIAS ESPINAL (1901-1933) envuelto en los vapores de los estupefacientes, va de un Herrera Reissig sonoro al vedhrinismo vigiliano hasta lo que podemos llamar lo estrambótico. El modelo de las palabras extravagantes, de las rampantes metáforas es, desde luego, su maestro. El habla de potros con "esencias hipománicas", de "innecesarios afros de monos sabios", "fetideces trashumantes". etc. Pero Zacarías Espinal estrena un nuevo lenguaje donde expone pueriles jitanjáforas. En ese lenguaje pierde significado su verso, en la balumba de las absurdas sonoridades. Habla de "leve Diotima de Ankuma", "aneimo de Oskin", "Toisones de Opomenia visigoda", y otras lindezas por el estilo.

Zacarías, como dijo su camarada en la angustia, Gladio Hidalgo, murió un día "encantado en su torre de morfina".

MORENO JIMENES Y EL POSTUMISMO.

Fue la de DOMINGO MORENO JIMENES (1894) la primera voz vibrante que se levantó en la isla de espaldas a los prejuicios, indiferente al croar insistente de las ranas del charco. Cantó con valentía impar en la lírica antillana.

Hacia 1916 explicó Moreno su anhelo de superación con estos versos que deslumbraron en sus torres a los pacatos:

*Quiero escribir un canto
sin rima ni metro,
sin armonía, sin ilación, sin nada
de lo que pide a gritos la retórica.*

*Canto que tuviera
sólo dos alas ágiles,
que me llevaran hasta donde quiere,
con su sed de infinito,
en las noches eternas volar el alma.*

*Canto que, como un río
sereno, fuera diáfano,
y en su fondo se vieran
como piedras cambiantes, mis ilusiones,
como conchas de nácar, mis pensamientos,
como musgos perfectos, mis ironías,
sobre los arenales de mi esperanza.*

*Y allí mostrarme todo
como soy en la vida
y seré tras la muerte,
cuando la eternidad orle mi gloria
como sus palmas de luz.*

Ya antes Moreno había penetrado en los secretos del metro, explayándose en poesías novedosas y sonoras, complaciente con la rima.

Pero el poeta que había en él, desde muy temprano, lo llevó a huir de las peligrosas limitaciones. Era muy niño aún cuando escribió un soneto monorrítmico asonantado, empezando con este alejandrino:

Un vidrio de botella finge el cristal del río.

¡Cómo se resintieron de esta novedad los que en su trono mantenían a la poesía constreñida a normas ya caducas! Más de un doctoral se acercó al mancebo para prodigarle consejos inútiles con el fin preconcebido de desviarle del camino tomado (8); consejos que, por fortuna, el poeta desoyó.

Cuando en 1921 salió a la luz el libro *Psalmos*, que revolucionó la lírica dominicana, ya el poeta estaba definido. La conmoción que produjo, todavía deja deslizar sus ecos por los mundillos de los rezagados que aún viven en un pasado incoloro.

Días después aparece Andrés Avelino con su libro *Fantaseos*, y en el mismo, el *Panfleto postumista*, que trataba, en cierto modo, de definir la actitud estética de Moreno y del grupo que centraba.

En ese *Panfleto* Avelino hacía afirmaciones tajantes, que eran piedra de escándalo en la sociedad ya zarandeada por el lenguaje de los nuevos poetas y que provocaron polémicas que hicieron más estridente el movimiento. Decía:

“El mejor libro de poesía que se ha publicado, hasta ahora, en la República Dominicana es el mío; el del poeta D. Moreno Jimenes, el mejor de América...”

Han pasado los tiempos de esperar que nos clasifiquen. Es hora ya de clasificarse...

La primera escuela literaria de América en América, ha sido el postuismo, autóctono de Santo Domingo. Los únicos revolucionarios en arte y en la lírica castellana

(pésele a los que han parecido serlo) han sido D. Moreno Jimenes en forma general; Rafael Augusto Zorrilla y yo, en forma parcial". (9)

Algunas de esas afirmaciones parecían —y en el fondo lo eran— enardecida petulancia.

Mas, no todo era pecado, Para imponerse el *postumismo* tuvo que ser así. En cierto modo copiaban, sin razón quizás, las extravagancias y desafueros del *dadaísmo*, hijos de una juventud convulsionada por la abisal catástrofe de la primera guerra mundial. De todas maneras, los postumistas combatidos y burlados, se sintieron en la necesidad de ponerse agresivos. Los tradicionalistas estaban indignados. Nadie había osado conmovier en su trono a Deligne, a pesar de que ya las formas nuevas que impusiera Darío habían penetrado al país junto con el Nocturno transparente de Silva, las llamaradas sonoras de Díaz Mirón, los grandes gritos estéticos de Chocano y la perfección musical de Lugones. De Huidobro apenas si llegaban leves ecos al país (10) y los versos puros de Juan Ramón Jiménez (11), camino ya hacia la cumbre de su poesía desnuda, eran poco menos que desconocidos.

El *postumismo* trataba, esencialmente, de llamar la atención hacia América, tratando de que fuera su poesía un aporte hispanoamericano, ignorando, desde luego, que ese aporte ya lo había hecho el modernismo. En cambio, el movimiento dominicano daba como válido lo autóctono, lo americano.

Los *postumistas* extrañaron toda figura o palabra exótica, y buscaron en el crisol de nuestro vocabulario las palabras más criollas.

¡Ay, cuántos expertos rimadores que entonces fungían de poetas, porque llevaban cabellos enmelenados y pañolón al cuello, temblaron! Se dieron en reír histriónicamente de los postumistas, y fue esta una manera de burlarlos.

Pero también el postumismo fue engañoso para muchos seudopoetas que se perdieron en la aparente facilidad de

versificación. ¡Cómo atiborraron las páginas de las revistas y periódicos con desatinos, a nombre del postumismo! Desde luego que los poetas verdaderos se salvaron de este despeñadero engañoso. (12)

Mientras tanto, Moreno publicaba sus grandes poemas y conmovía con sus cantos profundos de revolucionador, uno de los primeros de América.

No se crea que todo fue desprecio, incompreensión, temblores, risas y petulancia. Una minoría, consciente, presintió el momento estelar que vivía la patria; se conmovió con esta nueva luz que ardía con brillo inusitado en el cielo de América, alentó a Moreno y vio en el grupo, no sólo un gran poeta dominicano, sino una figura ejemplar de la lírica en nuestro continente. (13) Miembro destacado de este grupo lo era Enrique Henríquez, el gran señor de los nocturnos elegantes, quien, en su cenáculo, ponderaba, con justa sabiduría, la obra, entonces en gestación, del poeta de *Psalms*. Mas, luego una voz se levantó por los fueros de la poesía de Moreno, la más autorizada hasta entonces, la de Pedro Henríquez Ureña; no sólo hablaba del poeta encomiásticamente, sino que lo ponía como ejemplo (junto con Pablo Neruda, Jaime Torres Bodet, Jorge Luis Borges y Juana de Ibarbourou) en la segunda edición de su libro *La versificación de la poesía castellana*, al hablar del verso libre, lo que reafirmó más tarde, cuando habló de la poesía antillana en los capítulos que se le confiaron en la *Historia de la Literatura Universal* de Prampolini.

Américo Lugo, el magnífico escritor de péñola dorada, se incorpora a la legión de admiradores del poeta, proclamándolo, de viva voz, no sólo buen poeta, sino también excelente conversador.

Cuando el grupo de tradicionalistas no cejaba aún en sus ataques, vino al país, como asesor de la Secretaría de Educación, el pedagogo chileno César Bustos. ¿A qué decir su asombro cuando se puso en contacto con la poesía de Moreno? Lo comparó con sus compatriotas Neruda, en la fuerza sugestiva del verso, y Huidobro, en la pasión creadora.

Pero a nadie debe tanto el poeta como a ese ejemplar de la juventud dominicana de entonces, Pedro René Contín y Aybar. Ya lo hemos dicho en otra ocasión: la literatura dominicana de vanguardia debe a Contín y Aybar más que a nadie, por su alta labor de ponderación de nuestra lírica actual, siendo el primero, y reiteradas veces después, que frente a una tradición desorientada, puso los puntos sobre las íes. Valientemente proclamó, ante un barullo de protestas incoloras, que Moreno Jimenes, a pesar de sus incorrecciones era el mejor poeta dominicano, en el año 1943. Alberto Baeza Flores, chileno; Segundo Serrano Poncela, español y Horia Tanacescu, rumano, se sumaron a los admiradores de Moreno.

Ultimamente la Colección Pensamiento Dominicano ha publicado una selección de los versos de Moreno Jimenes, debido a la culta escritora Flérida de Nolasco (14), uno de los talentos más equilibrados de nuestra América, y el poeta Antonio Fernández Spencer (15) le dedica un hermoso juicio crítico consagrador.

Ya pocos discuten al poeta: se enciegan o ensordecen, pero no pueden negar esa luz, ese río sonoro y luminoso que encauza sus corrientes por los mejores surcos de nuestro continente poético.

PSALMOS

Publicado en 1921, *Psalmos* recoge poemas de Domingo Moreno Jimenes que venían del 1916, abarcando un lapso que llegaba hasta el año de publicación. El libro fue una clarinada gloriosa; saludado por Andrés Avelino como un gran acontecimiento, irrumpió como una llamarada de esperanza en nuestro cielo literario.

Cincuenta y nueve poemas en total. Desde la poesía medida (isosilábica) al verso libre, en un ascenso emocional hacia una cumbre de perfección que le obsesiona ("perfección

imposible" le llama Bécquer a la poesía), va el poeta apurando su vaso de dolor y angustia, retorciendo su alma por los innúmeros caminos que la belleza abre ante sus ojos.

Un tono oscuro de atardecer glorioso envuelve sus palabras:

He quedado solo.

Me perdí en el camino que conducía al pueblo.

*Un fantasma y tres sombras terribles me acompañan:
su dolor, el recuerdo, mi inquietud y la noche.*

Vadeo el arroyo.

*Sobre las ondas turbias brinca un cangrejo verde,
en tanto los ramajes preludian un susurro
y mis ojos aguardan el paso de una estrella.*

Extraviado.

Aquí aparece el tema de la soledad, que se repetirá incansable en la lírica de Moreno. Esa ruta que conduce al pueblo, el camino hacia esa perfección que buscaba, lo extravía, tan sólo para que sienta, en la noche, el agobiante peso de la soledad. ¡Su soledad! La soledad terrible del poeta, que de pronto se puebla con la figura de todos sus sueños oníricos y vibrantes: un dolor, un recuerdo, una inquietud, bajo el velo impiadoso de la noche. Pero ¡qué importa que se enturbien las ondas! En la negrura de la noche el poeta abrirá sus oídos para el canto susurrante de los árboles, y los ojos, para el paso furtivo de una estrella. El poema es un trasunto de persensibilidad. Se abren los sentidos tremantes, como cuerdas de arpas, a todos los rumores, a todas las sensaciones. El poeta es el hombre capaz de sentir la música de una hoja en el viento y el canto de la luz al rozar la epidermis temblorosa; pero que sabe elevar su canto a una región de pureza y de elocuencia inefables.

Reproduciremos íntegro este pequeño poema, *Metamorfosis*, donde Moreno adopta un tono sombrío:

*Por el postigo abierto de mi ventana fría
entró una bruja negra; (16)
fue moviendo las alas con lentitud y pausa
hasta que sobre un mueble de laca quedó inmóvil.*

*Toda la noche estuvo ensimismada o muerta.
No bien despuntó el alba
cuando meció los aires con vuelo fatigoso
por el hogar. Ardían aún las constelaciones.*

*(Me decía: "Tal vez me trae alguna nueva
horripilante y triste,
vestiré luto rígido
o el desamor desmayará mis flores").*

*Hice lo que no hacía en muchos años:
orar y prometer a más ser bueno.*

¿No hay momentos en que parece que se escucha la voz de Poe? ¿Os parece que de pronto esa bruja negra desde el mueble de laca va a conmover la soledad del silencio con un lento y sonoro "never more"? Pues no; la gran mariposa negra, presagiosa, no se limita a estarse quieta allí, con sus alas abiertas; quieta en el silencio de las sombras toda una larga noche fría y negra, como un engendro de las horas gélidas. Mancha de sombras en la gran sombra de la madrugada. Hay un quietismo en el poema, un halo misterioso insospechado. El poeta, no entre infolios añejos y viejos cronicones, sino entre muebles vetustos, ve la bruja y se pregunta: "¿me traerá alguna nueva horripilante y triste?" Mas, a lo lejos se atisba el alba, y aún con las últimas estrellas, desaparece el pajarero. ¿Qué sensación deja en el alma del poeta la ausencia del insecto? , Poe, una vez ido el cuervo, queda mudo en su sombra, martillándole la mente aquel monótono "nunca más". Moreno da a su poema un desenlace místico y humano: se arrodilla con las tintas del alba, reza y promete ser bueno.

Esto lo escribía en los días de asombro del 1918 al 1919, cuando luchaba por imponer su ideal, cuando la befa iba a la grupa del ensueño, cuando los ignaros se bañaban en los aguazales donde el arte se contaminaba; cuando el *postumismo* era objeto de burlas, y garambainas y tonterías hacían de aquéllo un juego de niños. Se buscaba desintegrar el grupo (17), acabar con este movimiento que a tantos les quitaba el sueño. Eran días tristes, de angustias, de calladas desesperaciones.

A pesar de todo, y entre todos, estaba solo el poeta, y quien soñaba gloria y fama para su nombre, clama con amargura:

*... Y me fui a la mujer; la atraje loco
y ni en sus brazos encontré el olvido.*

De Viejas heridas.

¿Ya buscaba el olvido? ¿Y era en los brazos de la mujer donde pensó encontrarlo? No. La mujer es el amor, el tumulto de los besos, el tremar de las carnes; es la pasión, el sufrir y el gozar. Por eso el poeta sale desesperado en busca de ese ungüento imposible que es el olvido para las almas limpias. Y erra toda la noche sin rumbo, en la vigilia, hasta que

*Con el alba en pañales
fui por los barrios pobres;
la gente me miraba:
nadie me conocía.*

*Me era hostil hasta el cielo:
y me interné en el bosque.*

En el bosque sí encontrará la paz, la tranquilidad, el sosiego; en contacto con Dios en sus manifestaciones más simples: el gorjeo del ruiseñor, el murmullo de las acequias, el reventar de la vida en los renuevos, el florecer. Hay amargura en cada frase, en cada verso, en cada ademán. Así exclamará con inquietud:

No hay una mano pura que me sirva de estrella.

Desolación, pena, amargura... ¡Y soledad! Soledad creadora... y abandono. El poeta busca embriagarse de amor y no lo logra. Porque poeta al fin va tras los imposibles con ardida pertinacia. Todavía estamos en los años de su juventud; hay arrestos románticos en el poeta, amargura de espera, ambiciones, deseos.

Después, ¡ah!, después... apurada ya la copa de las desilusiones, apagados los candiles de las esperas, mas en contacto con la gente, caminante floresta adentro de los bosques, sentirá más dura la hostilidad, más amarga la victoria, más engañadora la sonrisa falaz del triunfo. Conoce el aplauso de los que son incapaces de levantar una esperanza y entonces se reconcentra en sí mismo, se torna huraño y solariego, pensativo, en la cumbre de sus deseos, y exclama:

*No me des la fortuna,
Dios,
no me des la fortuna.*

¡Quiero vivir en paz con los hombres!

*Si tuviera demasiados amigos
y hasta quizás cuidados,
¿qué sería de mi albergue solitario,
de mis cuitas,
y de mis resplandores áticos?*

*Déjame concluir sin ahinco
y sin lucha
cómo una luz crepuscular que entre las raudas
sombras se apaga.*

El poema se llama *Ecuanimidad*. Y no es una pose del poeta. Por eso, porque es sincero, porque habla desde el alma a la boca, porque dice pensando en Dios, habla tan simplemente,

con sencillez, como se habla en la oración. Ninguna imprecación igual se encuentra en la lírica dominicana. De éste apunta Fernández Spencer:

"¿Cuántos poetas en las letras dominicanas serían capaces de comunicar tal cantidad de desvalimiento, tanta renuncia dolorosa, en tan pocos y simples vocablos?" (18)

Qué santo temor el de aprisionar, con manos ambiciosas, la fortuna! ¡Con qué temblor de voz lo pide: "no me des la fortuna, Dios! ".

Toda la curva acencional del poeta ha sido una lucha; una lucha sin tregua. Pero volvamos a *Psalmos*. Llegamos a un poema singular, de una belleza estremeciente: *Cita*.

*Llevaba una caléndula en la mano entreabierta.
Sus ojos parecían dos soles negros. Toda
ella temblaba muda de pasión y de miedo.
En su semblante pálido florecían dos rosas.*

*Un estremecimiento su sér, ya casi exánime,
recorrió. Yo sentía su corazón ardiente
latir. Nos separamos sin hablar. Un reloj
que sonaba a esa hora me recordó la muerte.*

De nuevo la soledad y, ahora, la muerte. Desde entonces la muerte será una obsesión, una luz allá en el fondo de sus pensamientos, y ella lo perseguirá, amorosamente implacable, arrancándole, uno a uno, seres queridos, matizando su vida con el gran dolor de la resignación callada, en su camino de amor. Esto no es postumismo todavía, pero sí poesía superior. Se trata de alejandrinos asonantados, aunque el asonante se esconde en los encabalgamientos.

Entre cancioncillas, sonetos alejandrinos perfectos, venían en *Psalmos* atisbos de versolibrismo y atrevimientos que ya se insinuaban desde el 1912, cuando su poesía se distanciaba de la de sus contemporáneos. Moreno iba rumbo a una poesía

sencilla, sin metáforas rebuscadas, sin hipérbaton, sin insinuación de temas raros. Con los elementos de todos los días, con las palabras de siempre, en versos libres. Cuando dice en *Embriaguez*

*Fui a ver una rosa
al otro día de abierta
y ya comenzaba a marchitarse.
Sobre sus pétalos había descendido la noche
y el sol
ya sólo le sonreía por delicadeza.*

Encierra la vida en un corto paréntesis; habla de la fragilidad de la rosa en la brevedad de su vida, que canta Calderón: La que es en la mañana "pompas" y alegrías y a la tarde serán "lástima vana".

Hay en el final un tono ingenuo: "Y el sol ya sólo le sonreía por delicadeza".

Se supondrá el asombro y el desconcierto de los que estaban empapados de musicalidad, cuando leían estos poemas donde ni el metro ni la rima hacían su aparición. Las *criollas* de Pellerano Castro; las rimas de Fiallo en su *Primavera sentimental*; el *Oro virgen* de Bermúdez, y aun la poesía anterior de Moreno, florecía entonces en los labios románticos de amor.

Pero en *Psalmos* hay más que atisbos de la evolución ulterior del poeta. Entonces exclamaba dolorido:

*Me era hostil hasta el cielo;
y me interné en el bosque.*

O ponía toda su fe en el porvenir, encumbrando su verso:

¡Inmortal sueño el mío!

Llegará a la cima de su perfección con el *Poema de la hija reintegrada*, que publicará trece años después.

En uno de sus poemas Moreno Jimenes dice:

*Cabras. Humor hombruno. Voces de niños.
El pozo abre su boca y desgrana su risa de perlas.
Salió al patio a destender la ropa
y la cercaron las petunias
como un corro de niños.*

Así, con estas simples cosas, que a veces hacen dudar si es un gran poeta quien la dice, o un niño: cabras, niños, ropa, petunias... con estas simples cosas forma su mundo emocional el poeta. ¡Cuán lejos de los mármoles de Paros, del pentélico, de los faunos, gnomos, las Minervas y Venus, los centauros y ninfas, los jarrones de jade, las pagodas y los lotos que los modernistas trajeron a la poesía! Se había desentendido desde temprano de los temas exóticos, desterrando las góndolas, los cisnes y los trigales... Y volvió los ojos a la patria: el maíz en lugar del trigo; petunias, trinitarias, copadas y siemprevivas, fueron sus flores; Enriquillo, Santiago, Sabaneta, su geografía; ruiseñores, brujas, palomas, fueron sus pájaros... y el cielo con su inmensidad, y el mar, las nubes, las estrellas y la palabra universal: Dios.

Moreno Jimenes es el primer poeta genuinamente dominicano, cuya voz, aunque universalizada con alicios ecuménicos, parte de nuestras cumbres. Tras él vendrán Héctor Inchaustegui, y antes un intento de los dominicanos en las *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez y en las *Criollas* de Arturo Pellerano Castro. Pero es la suya la primera voz enteramente nuestra.

Y es que el postumismo en un principio elevó su voz por los fueros de las cosas simples y olvidadas, y todas las palabras adquirieron jerarquía en sus acentos. En el *Manifiesto postumista*, dividido en párrafos señalados con legras —de la A a la S—, se dice:

"No reconoceremos vocablos poéticos. Toda palabra es bella cuando está bien escrita; todos los actos de la vida bastan, para que sean reales, que sean artísticos; gran artista es aquel que más fiel interpretación nos brinda de esos actos" (19)

Nada de rebuscamientos, nada de malabarismos. Todo debe ser dicho simplemente, con sencillez. ¡Qué importa que se desconcierten los demás!

Acerca de la fauna y la flora dominicanas, en la poesía de Moreno Jimenes, dice Contín y Aybar:

"En la flora tiene: azucenas, hongos, tabacuelo, sen, oreganito, ciruela, plátano, guineo, maizal, maravilla (flor de), flores, guayabo, higuero, flamboyant, rosas (muchas, muchas rosas), petunias, tilas, claveles, jazmines, lirios, amaranto, árboles, albahaca, romero, magnolia, paciencia, ceiba, margarita, ortigas, manglar, gramita, palma real, cardos, almendra, yerbas, miosotis, aguacate, limones, piña, ajonjolí, melones, almácigos, zanahorias, yautía, auyama, cabra (yerba que cura la fiebre), flor del sol (girasol), yerbabuena, cañas, encinas, lechosa, glicinas, álamo. Y en la fauna: perros, falderos, turpial, abeja, vaca, pájaros, caracoles, tortuga, mariposa, bruja, trotón, yegua, palomas, tórtolas, ruiseñor, alondra, aves, insectos, jabalí, sinsonte, polla, torcaz, caballo, alcatraces, gallos, bueyes, cerdos, carneros, cotorra, mulas". (20)

Esos elementos de nuestra fauna y flora le sirven al poeta para engazar en sus poemas, como diamante en una ajorca, una imagen hermosa:

*Parece que te he visto,
porque hoy al despertar
me ha sabido a azucena la brisa.*

La inencontrada surge.
Viviendo en flores como mariposas.
Poema íntimo.

Cantándole a la amada —en el primer ejemplo— y haciendo una hermosa evocación de la blancura de nuestra flor de campo con la del rostro de la mujer y una bella alusión a su perfume... Y es que la azucena para la época de su floración, es la obligada flor de los altares, inundando de albura y de un perfume suave —perfume hierático— la iglesia.

En otra parte dice en un tono apacible, como si quisiera, en una visión bucólica, envolver el mundo y su fragancia:

*El agujón estaba perfumado.
La herida estaba perfumada.
Ascendió al cerro un velo de perfume.
Una neblina de sándalo anunció la mañana.*

*— ¡La abeja ha muerto, madre!
Y al irrumpir, quedaste ensimismada,
cual si el dolor se te volviera aroma,
iris el grito y tornasol la lágrima.*

*Hija mía,
espía en tu vida la íntima fragancia.
El nuevo madrigal.*

Pequeñito poemita de perfume y color envuelto en una profunda lumbre de ternura donde la orientación la dan un insecto y un árbol. La abeja, al hincar su diamantino agujón en las tiernas carnes (agujón que las flores del campo embalsaman y azucaran), deja un dulce perfume en la herida. El poema es un óleo de sencilla hermosura, casi virgiliano. La niña, inocente y pura, trajina entre las flores en la mañana neblinosa aún, en donde el sándalo suma al de las flores su aroma; por eso dice el poeta en su bella imagen evocadora.

Una neblina de sándalo anunció la mañana.

Al decirlo así, tan bellamente, realiza una rara amalgama de perfume-color sólo posible en el poeta por mor de su palabra sugerente: neblina- sándalo-mañana. En un solo verso está sugerido el amanecer perfumado de nuestros campos tropicales. Hay una niña que pasa por el cerro florido y al querer hurtar una rosa —que el abejar ya tiene como suya— surge una abeja y le clava su aguijón. Aquí es donde madrigaliza el poeta con su consuelo lírico que enjuga la lágrima ya próxima a saltar: “el aguijón estaba perfumado”, lo que quiere decir que perfumó, también, la herida. ¿Llora la niña? Sí, pero no por la herida; es que la abeja ha muerto al hundirle su arma azucarada. Y lanza un grito de angustia: “La abeja ha muerto, madre”; y emerge de entre las flores con una lágrima en los ojos ¡Oh, el aroma del llanto de la inocencia! Todo es perfume: cerro, mañana, aguijón, herida, y hasta la vida misma. “Hija —dice la madre—, hija mía, —y hay en ella un acento de bondad y de amor— busca en tu vida la íntima fragancia! ”. Esto es: hasta en tu propio dolor has de encontrar fragancia si la buscas. En todo el poema hay, implícito, un horizonte de flores mañaneras.

Pero otra veces Moreno emplea esos mismos elementos con un tono rural, como en *Maestra*:

*Maestra: recuerda el amanecer con su vaca lechera,
su humo de sol,
su organillo de pájaros
Háblamos del plátano que rezaba a la sombra
y del guineo que amarillaba junto al oreganito;
del maizal que nos confirma que en América
no es exótico ni lo rubio ni lo negro.*

Aquí, junto a elementos mencionados ya, surge América que será uno de los temas que más expresará el poeta en su lírica.

Vemos con cuánta sencillez se apodera Moreno, el poeta íntimo, de los temas cotidianos, de la brega diaria, haciendo su poesía ora profunda y desconcertante, ora familiar:

*Partió por el horizonte de la dicha
y era una bandera santa de recuerdos.*

*Sobre la mecedora el mechero de gas casi apagado
y bajo la plancha, mi camisa.*

Mas, con los mismos elementos de aparente simpleza, escribe un gran poema de honduras misteriosas, como *Los últimos canjilones de la primavera*:

— *Buen viejo, ¿de dónde brota el canto?*
— *Los cantos borbotan de la sangre.*

— *Madriguera,*
¿y el amor?
— *De sí.*

Mur,
¿cuál es la melodía de las campanas en el crepúsculo?
Dios, ¿cuál es el friso donde tiendes el hábito de
tu propulsación?

¡Infinito: tú solo me bastas hoy para estar triste!

El poema está fechado en 1925, época de madurez, cuando ya el poeta es una torre solitaria y ciega a todo desvío; cuando ni las flechas de los arqueros malignos le llegan ni le envanecen ya los elogios. Pedro René Contín y Aybar hace un análisis de esta joya antológica que transcribimos aquí:

“En los dos primeros versos, el poeta pasa del verbo brotar, que sería una salida sin esfuerzo, al verso borbotar, que

expresa la idea de atropellamiento junto con la de estruendo: Los cantos al pasar a la sangre, surgen a la vida precipitadamente y borbollando. He aquí como en dos versos semejantes hay un sentido traslaticio que cambia la forma de acción y convierte el simple canto en expresión de vida, puesto que salen apresuradamente de la sangre. No hay buscada melodía. La melodía también brota del verso, como de la sangre borbotan los cantos. Es una misma cosa con las palabras en su disposición en la frase, sino el arte de sugerimiento que llevan en sí, como entes vivos, representación de ideas, conceptos, estados de ánimo, ilusiones, en función de un yo creador: el cantor de este caso, o sea, el poeta. La pregunta acerca del canto se hace a un viejo, que es aquí la experiencia, lo vivido. Luego el poeta interroga a la madriguera acerca del amor. Porque el amor es lo escondido. Y no hay más para producirlo que el propio amor. Su alma tiene la inquietud expresada en versos: "¿Cuál es la melodía de las campanas en el crepúsculo?" Obsérvese que a la idea de humanidad, representada por el poeta y sus cantos, se añade el amor como forma de lo desconocido, que no puede surgir sino de sí. Un sentido de arrobamiento lo invade ahora y ante la extensión del mar, inquiere por la melodía de las campanas en el crepúsculo. Esto es, lo vago, lo lejano, lo religioso, para sugerir lo mítico, lo espiritual. Ya no queda otro camino que el dolor. Pero, ¿dónde se apoya el dolor? Y una vez sometido a su vértigo ¿dónde vamos? El poeta no puede desasirse del sufrimiento. Es un pobre humano, hijo de la tristeza, sin comprender la causa de su dolor infinito. Infinito. He aquí la idea suprema. Lo agobiante. Punto de comparación para la miseria de lo humano deleznable. Y dice el poeta para cerrar su canto: Infinito, tú sólo (ya ni canto, ni amor, ni sentimiento, ni inquietud). Infinito, tú solo me bastas hoy para estar triste. (Verso digno de Esquilo). Por eso la poesía se intitula Los últimos canchilones de la primavera... Esto es, la culminación de la vida del poeta, su goteo a la eternidad" (21)

Ya tenemos el poeta fuera de sus bosques; lo hemos sacado de su aldea tranquila: está al borde de los abismos maravillosos, triste, humanamente triste frente al infinito. Urgencias superiores a su sér lo mueven y atormentan. Es la muerte que llega. ¿Qué es la muerte? y detrás de su arcano ¿qué hay? Las preguntas surgen como las perlas de un collar que se rompe, ruedan y se pierden. El no puede decir lo que es la muerte; pero la siente en carne propia cuando lo dejan sus seres queridos, que se apagan. Y la muerte le arranca los gritos más sublimes que se han escuchado en la lírica dominicana. Un aire de dulce misticismo lo rodea, y ahora invoca a Dios, el Supremo Hacedor, la suma de las perfecciones. La alta contemplación, como el amor y como el heroísmo, es silencio. Pero el silencio quema y destila lágrimas y cenizas, y provoca un impulso irresistible de hablar, de empinarse por sobre cimas imposibles, de imprecicar al mismo Dios. Al fin y al cabo no somos otra cosa sino su obra, arcilla de su mano con su aliento y a El volvemos los ojos y los brazos, y le hablamos con palabras que se rompen contra los muros de las olas profundas. Y el alma ¡pobre! se estremece, arrecida, y se conmueve ante la insinuación de su presencia. ¡Sólo los que son poetas de veras hablan con Dios! Porque al crear se parece a El y emplean siempre el lenguaje posible. Y a El va el encanto de la esperanza, de la costumbre, de la tristeza. Y a El se volverá el poeta con el dulce egoísmo de su renunciación:

*No me des la fortuna,
Dios,
no me des la fortuna.*

Así, Dios, en un solo verso; un monosílabo que cubre una inmensidad. Dios, aprionado en la petición por dos collares de una misma angustiante súplica: "no me des la fortuna".

Y oiremos después otra petición más dolorosa aún, casi sangrante:

¡Ay, Dios, que ves el viento y ves la nube

*compadécete de mi alma
que es una nube fría en un cielo claro.*

De El diario de la aldea.

Es Moreno, el Moreno sencillo que pasa por los caminos buscando las estrellas, y se estremece entre los lirios y las petunias, y suspira de amor ante la mujer, eleva su voz profunda y grave, y en vuelo cósmico nos da en sus versos, esplendores gloriosos de sus arrestos poéticos.

¡Súplica y ventura de amor! Todo él, una inmensa nube bajo un cielo hidrópico de amor.

LA METRICA EN MORENO

La primera época de Moreno, vale decir, la de su adolescencia, es un ejemplo de superación y perfecciones. Los que no se han podido acostumbrar a las libertades del poeta, los que lo discuten, porque rehuye la rima melosa, olvidan que hubo otro Moreno, bien lejos del *postumismo*, que versificaba con fortuna, como el mejor.

Oigamos lo que dice Flérida de Nolasco en el *Prólogo* de su *Antología*, con su estilo ágil y fresco:

"Es la edad temprana y ya tiene en los labios el zumo castizo, la rancia entraña popular que es savia de la poesía castellana. Lectura de los siglos de oro se entrevén en sus estrofas populares: salta sin extraños disfraces la copla irónica, risueña o nostálgica, como la hemos visto rediviva en los versos sencillos de Martí. Aparece, así mismo una forma del viejo rondel, el casi milenario zájel, el que siendo flor de campo sin cultivo también florece en los jardines de Juan de Encima, de un Boscán, de un Garcilaso o de un Lope de Vega" (22)

Esa fórmula clásica de enumeración, propia de Góngora o Quevedo, aparece a menudo en la primera producción de Moreno:

*Ya las vacas, los asnos, los caballos, las ciguas
En los potreros áridos y en las praderas frías
No mugen, no rebuznan, no relinchan, no trinan.
Flor de hastío.*

También hay, para satisfacer la cita de la señora de Nolasco, coplas a un río, donde el nombre de Manrique asoma, sabiamente llamado:

*Vas corriendo alegre río,
Vas corriendo y vas dejando
Un recuerdo en cada espuma
Y una espuma a cada paso.*

*Y al mirarte correr, pienso
Que Manrique comparara
Tu corriente con la vida
Pues cual tú, voluble pasa.
A orillas del Soco.*

Y redondillas:

*Si ignorarán los gusanos
Que ayer desprecié la gloria
Y sobre la humana escoria
Mantuve limpias las manos.*

En sus primeros versos del 1912 ya figuran las renovaciones métricas que impusieron los modernistas, con Rubén Darío a la cabeza, y que no son otra cosa sino el remozamiento de las métricas ya usuales por los poetas españoles del siglo de oro. Un aircillo de *copla* hay en los siguientes octosílabos:

*Porque te he sido sincero
me desdeñas, enemiga,*

*en lugar de ser mi amiga
porque te he sido sincero.*

*Por un capricho altanero
de mi suerte, no mendiga
mi alma tu afecto, enemiga
por un capricho altanero.*

Saeta.

Que nos recuerda tanto al José Martí de los versos sencillos, cuando dice, por ejemplo:

*Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma.*

Y también encontramos que incursiona por el raro verso de nueve sílabas en *Oración*:

*Tras unos árboles diviso
vagos celajes rosa y oro.
La luna esplende de improviso
sobre el pinar mudo y sonoro.*

que inmortalizara Rubén Darío en su famoso

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver.*

Estamos con doña Flérida de Nolasco cuando afirma que Moreno había bebido en las fuentes caudalosas del clasicismo español: Por eso, se insinuó como un modernista, de los primeros, en la República Dominicana.

Pero, a diferencia de los modernistas de su tiempo, Moreno rehuyó siempre los temas exóticos, las citas bíblicas y hasta la rima de sonoridad elevada.

Allá por el año 1912 escribía estos octasílabos, dirigiéndose *A un poeta melancólico*:

*No entristezcas el amor,
que el amor es siempre triste
en este mundo en que existe
la espina junto a la flor.*

*¡Tendrás al fin que sufrir!
Pues olvida el sufrimiento
y antes que venga, da aliento
a los que quieren morir.*

Que es nueva redondilla. En *Droga para mi tedio*, se encuentran versos trisílabos y tetrasílabos:

*Bajo la verde sombra
de unos pinos
yo sueño
¡Inmortal sueño el mío!*

Nótese cómo las combinaciones métricas, tan disímiles, no le restan sonoridad a la asonancia.

En *La carne*, saltan los hexasílabos rítmicos:

*Exigente y dura
como una madrastra,
ni jamás se espera
ni jamás se sacia,
cual si un taciturno
Luzbel la engendrara
en una terrible
noche de borrasca.*

Los heptasílabos fueron el metro escogido para *Duda*, poema donde hay un hermoso juego de palabras:

*Cuando antes la pradera
se cuajaba de rosas,
iba yo a la pradera
tan sólo a buscar rosas.*

*Hoy si por la pradera
advierdo, al pasar, rosas,
huyo de la pradera;
esquivo ya las rosas.*

Estos heptasílabos, que Moreno manejó con soltura, muestran cuánta noción del ritmo tenía el poeta, que será, después, libérrimo y novedoso. Oigamos esta estrofa de *Sinceramente*:

*Yo vivo solo siempre.
Del cielo nada espero.
En mi pasado solo
flota como un recuerdo
que por ser tan lejano
no advierdo sus destellos.
Mi presente es el mismo
que ayer, cuando a los vientos
lanzaba mis canciones.
Sólo que ahora no sueño.*

En el amargo escepticismo de esta estrofa flota como una niebla del romanticismo más exaltado, un hondo pesimismo, raro en la obra de Moreno, cuya poesía es un himno a la esperanza, una luz que no se apaga ni aun en las elegías más desgarradoras por la muerte de los seres queridos.

Hay un grito de desesperación en ese verso: "del cielo nada espero", y una oscura desilusión en el "sólo que ahora no sueño". Y así es todo el poema, pues en la estrofa final se queja hasta del amor. Pero este poema fue escrito en el 1916, en los días ardientes de la juventud, en esas horas de la adolescencia en

las que sentimos como una necesidad el sufrir sin motivos; en esa edad remota de la vida en que creemos no ser comprendidos ni queridos, y es el alma un vasto campo para la pena y las amarguras y las insensateces.

Del octosílabo nada agregamos a lo ya dicho. Vemos que lo usó con maestría no sólo en coplas, sino también en el romance (tiene un *romancillo* escrito... para.... que nada dice en favor del poeta). Ya vimos que incursionó también en el verso de nueve sílabas. Fue éste el metro escogido para cantar la muerte de un amigo (*A la muerte de Fco. X. de Castillo Márquez*):

*¿Nos abandonas? ¡Ah, conoces
el sacro olvido de morir!*

*Allá el tedio no abre su broche,
ni traga bilis el rencor,
ni nos engañan los amigos,
ni nos acecha el cruel dolor,
ni la realidad nos persigue
para amargarnos el placer
hasta en los brazos de la esposa
que su piedad nos da a beber.
Allí el amor hace milagros
y la justicia vierte luz.
¡Bendito tú que alegre moras
bajo otro cielo más azul!*

Y en ese mismo tono de pesimismo todo el poema se desliza. Dijérase que Moreno no ha podido zafarse de los morbos que inundaban a algunos modernistas de entonces.

En el decasílabo Moreno no fue menos afortunado, como se ve en esta estrofa de *Himnos de gracia*:

*Me hace falta una dulce Julieta
que me diga con trémula voz:
"¡Oh, poeta,
compartamos ternura y dolor!*

*Unos van tras el mago zafiro,
otros marchan de glorias en pos;
yo suspiro
por amor, por amor, por amor.*

Y ahora caemos en el armonioso endecasílabo, fuente natural y querida de nuestro dulce español desde que con cálida voz lo trajeron de Italia los renacentistas. ¿Lo usó Moreno? Y cómo no. Y le extrajo sus mejores cadencias. Fue el metro ideal para sus sonetos; no el soneto muy a la moda ahora entre algunos vanguardistas que construyen catorce versos, cuidándose de rimar cuartetos y tercetos, sin ningún plan, y olvidándose de lo esencial, que es la poesía. El soneto de Moreno es claro, preciso, bello, esencialmente clásico (ABBAABBA): es soneto perfecto:

*Maldije mi dolor, y, ciegamente,
apuré los placeres de la vida,
a la luz de la luna enternecida
o enroscado en la fúlgida serpiente.*

*Tras cada ignoto anhelo o ansia ardiente
quedaba mi alma cándida sumida
en un mar de estupor, y enmustiecida
la flor de gasa y oro de mi frente.*

*Hube de despertar, al fin, del sueño,
y lejos de la senda del ensueño
vagué mil veces con la faz tediosa.*

*Mas, a poco lancé mi alado ruego,
y herido por la flecha del dios ciego
fui a implorar a la puerta de una hermosa.*

“Maldije mi dolor” ¡Cuánto escepticismo! — Parece la queja ardiente de un Espronceda. Es el mismo procedimiento que apuran hasta la saciedad los románticos y los primeros modernistas: hundir la desesperación en la espelunca de los placeres desenfrenados, hasta encontrar el amor “a la puerta de una hermosa”. “Herido por la flecha del dios ciego”. ¡Qué manera arcaica de nombrar el amor!

Muchas veces más usó el poeta el endecasílabo. En su soneto *Amor*, cambia el acento (tilde sobre sílabas pares), como podemos ver en su primera estrofa:

*La luz fenece . Sobre el amr de acero
derrama el sol los últimos fulgores.
El bosque llena el parque de rumores
y de aromas los lirios del sendero.*

y *A unas manos*:

*En vano es que mis ojos con ternura
persigan la mirada de otros ojos.*

¿Y el alejandrino? ¿Podía dejar de usar el alejandrino quien había incursionado en todas las escalas de la métrica? En su soneto *Urania*, uno de los que Contín y Aybar incluye en su *Antología poética dominicana* (23) usa Moreno este metro casi tan antiguo como la poesía castellana:

*Sobre la austera noche de su duelo fulgura
su divino semblante melancólico y grave.
En sus sueños parece que se remonta un ave
hacia el azul que eternos porvenires augura.
Una cascada inmóvil. Una estrella tan pura
como el alma de Estela que se aduerme en la suave*

*aura lunar, semejan su cabellera oscura,
y su ondulante nuca hierática, que es clave
de la dulce armonía que eterna la circunda
como una irradiación celestial. Cuando hunda
mis queméricas manos entre sus ondas mansas:
tendrán vuelo de cóndor mis núbiles canciones,
paz de sagrado asilo mis locas ilusiones,
fe de sordo creyente mis tristes esperanzas.*

Hay una gran serenidad en la rara estructura de este soneto, hecho con una serie de encabalgamientos que esbozan muchas veces, la rima. Es que el poeta ya empieza a desdeñarla y, aunque todavía se somete a la tiranía del metro, le interesa más expresar sus sentimientos que buscarle su ropaje.

Muchas veces usó alejandrinos el poeta: en sonetos y en poemas asonantados. Quizá fue el metro que más usó en esta etapa de su poesía que comentamos.

¿Y los otros metros? ¡Qué mucho se río San de Velilla de los metros que él encontró atrabiliarios! Trece sílabas, dieciséis, quince. He aquí ejemplos de estos raros metros que prueban que Moreno, además de poeta, era un hábil versificador:

Dodecasílabos:

*Mientras un soplo exista vital y triste
el mi ser, ese soplo será primero
para el arte sublime que me subyuga:
él derrama la lumbre de su consuelo;
él sostiene la rosa de mi esperanza;
él cuida de los lirios de mis ensueños...*

Para un breviario.

De trece sílabas:

Dios ha impuesto que se unan los seres y formen

*un ser solo mezclando sus sangres pletóricas
de vigores, de audacias, de fuerza, de vida,
tras la madre ternura balsámica y honda.*

Sombra de vuelo.

De dieciocho sílabas:

*y adoro las cosas que exhuman misterio con fe de creyente
y en pos de una cumbre nimbada de arcanos mi espíritu
vuela.*

Treno.

Usados de esta manera (no hemos hecho alusión a los hemistiquios) los diversos metros posibles, el poeta se dio en aquella época de malabarismos rítmicos en usar combinaciones métricas, de múltiples ejemplos hispanoamericanos, y muy especialmente endecasílabos con heptasílabos, que los clásicos usaron en sus silvas, así como de catorce y siete. Pero también usó la más chocante combinación de endecasílabo con nueve, y diez y seis sílabas:

*Hermano en la contienda y en el dolor hermano:
tu sabes que yo puedo ser
para tu cuerpo escudo, para tu gloria nimbo
y un resplandor astral para tus pesares de ayer.*
A Horacio Blanco Fombona.

A veces los saltantes metros llevan a largas tiradas de versos a la manera de José Asunción Silva:

*Caía
la tarde.
Meditaba, triste, sobre los despojos de mis ilusiones,
y me consumía
sin hacer alarde*

*como se consumen los seres que sufren en los vasos
llenos de negras nostalgias de los corazones.*

Canción eternal.

En estas raras combinaciones se adivina ya el salto hacia su inmortal revolución. No es un poeta que se constriñe a formas definidas. Llevó las combinaciones métricas hasta el agotamiento, como veremos, de seguida, en este ejemplo de *Ligeia*:

*No se si es el temor
que me la roba
o un celo sombrío que la guarda;
ello es que siempre sola
la descubro
y cuando trato de atraerla a mi dormitorio se encoleriza
como una loba;
y de mis artificios
vencedora,
me contempla sonreída mucho tiempo
y luego, cual una frágil ola,
parte dejándome aterido sin saludarme a veces
y otra
dejando que me digan las puntas de sus dedos
lo que sólo en la oscuridad confía a su alcoba
en un derroche de delirio
cuando la media luna por sus jardines ronda. (24)*

El metro, en este caso, sacrifica el asonante, que casi no se percibe. Es un asonante en o-a, pero que ya anuncia el postumismo.

Otro detalle muy modernista de esta poesía de Moreno es el de la metáfora; hay en ella audacias que le servirán después para jerarquizar sus versos libres:

*En las dulces riberas de tus ojos
e inundan de rocío tus pestañas.*

*Donde duerme un poema de ternura.
El poema de unas lágrimas.*

*Que parecía triste la sombra de una voz.
Al pasar.*

Imágenes románticas:

*Escalera los cielos de sus ojos
tras la aurora sutil de sus cabellos.
En un lecho de rosas.*

*Tiene en el oeste el cielo como una herida aguda
Que sobre el mar derrama chorros de sangre roja.
Crepúsculo marino.*

*También el cano invierno me hiere con su frío
Y para más herirme congela el llanto mío
Bajo las negras sombras en un bloque de hielo.
Agonía de sangre.*

*Ese tranquilo mar nos asemeja
La mansedumbre de una tierna oveja
Que después de pacer paciente calla.*

Mas ese mismo mar ...

Como un volcán en esa costa estalla

*Y soy nube, y soy ola y soy destino!
Soneto.*

Como se ve, se trata de imágenes quevedescas, de bella perfección; y encontraremos, también, un bello rasgo rubendariano en:

... sus gratas armonías
perladas...

Motivo primaveral

E imágenes que nos recuerdan a un lejano Lugones:

*Una inmensa cinta azul
Tendida horizontalmente
Entre cielo y mar, semeja
El horizonte ...*

Describe una aurora.

Y para ser modernista hasta su última esencia, no desdeña en esta primera etapa de su poesía, los cisnes de Rubén Darío (“No amo sólo el cisne/ de tu ingenuo cuello/ Que es de mi futuro/ El índice eterno”), ni las góndolas dannunzianas (“Y cruza una góndola/ Las azules aguas! De ese mar sin límites/ De las remembranzas”).

Pero llega un momento en que ya a Moreno no le obsesiona el metro; lo que le importa es que el verso revele una idea profunda y que tenga poesía. Largos versos —como versículos bíblicos— se sucederán en ese mismo tono solemne, hasta caer en la prosa, siempre poética. Viene el *postumismo* con un mensaje de eternidad. *Mi vieja se muere* y *El poema de la hija reintegrada* serán notas cumbres de su poesía, pero Moreno no despreciará después, aunque trate de hacerlo creer, los dulces devaneos poéticos de su adolescencia, porque fueron parte de su ser; parte encendida de su admirable ser de poeta.

LA POESIA DE AMOR EN MORENO

Rilke aconsejaba a un joven poeta que no escribiera poesía de amor. En los tiempos que corren, problemas más serios y urgentes tiene por delante la humanidad para que todavía primen las preocupaciones amorosas.

Hay tempestades desbordadas, torrenceras de asombro, una gigante espada de Damocles sobre la pobre humanidad

aterrorizada, en este tremendo siglo XX. La bomba atómica, la bomba H, los bailes vertiginosos, las maquinarias, la libertad sexual, alucinantes lluvias, muerte, muerte. ¿Y es posible que todavía haya poetas que hablen de amor y endechen, y canten bajo la luna, ese inútil satélite frío y mendaz? Un corro de poetas barbiponientes y otros que prolongan su adolescencia más allá de la madurez, se reían a mandíbulas batientes del amor y bureaban a un pobre poeta enamorado por sollozar su amor en una cantina.

Entonces, ¿es que ha muerto el amor? No, afortunadamente. Y Moreno no podía ser ajeno a este sentimiento eternal que inunda la vida y la embalsama y la estremece. Y si los sentimientos mueven el alma y arropan el corazón, y envuelven nuestro cerebro con ensueños, nada de raro tiene el que expresemos esos sentimientos y los exaltemos.

Lejos de nosotros el aplaudir esa poesía ramplona que se deshace en una eterna quejumbre, en una imprecación de amor interminable. Pero al igual que Dios, y que la muerte, que la tierra y que la vida, el amor es un inconmensurable sentimiento que puede descender el portalón a un poeta para el hallazgo de mundos maravillosos. Y a Moreno le ha arrancado gritos hondos en poemas de gran belleza.

Parece un Díaz Mirón cuando imprecó a la mujer cuyo orgullo pugna por torrar con el fuego voraz de una joven pasión:

*Tendrás que amarme al fin aunque no quieras,
pues para cautivarte tengo dones,
si domé corazones de panteras
cual no domar sencillos corazones.*

*las hogueras
donde viven intactas mis pasiones
arden sobre mis veinte primaveras.*

Esa seguridad petulante del poeta tiene su explicación en las veinte primaveras que lleva sobre su vida. Ninguno de nuestros amadores, ni Fabio Fiallo en la búsqueda de un amor

soñado; ni Apolinar Perdomo, tembloroso de emoción ante la mujer anhelada que con su sueño deja huérfanas de su presencia las rosas de sus rejas, han dejado en sus versos esa seguridad de amor. Pero Moreno Jimenes, aun joven, sabe conocer las diferentes gamas de los que se debaten en la dulce languidez amorosa, y así canta:

*Oh! , las caricias suaves,
Oh! , los besos furtivos.
Oh! , las ternuras graves
de los amantes siempre pensativos...*

*Oh! , las tardes tranquilas,
Oh! , las noches serenas,
Oh! , las tristes pupilas
de los amantes que presienten penas....*

*Oh! , la cruel existencia,
Oh! , los breves delirios,
Oh! , la lánguida ausencia
de los amantes que semejan cirios....*

*Oh! , las divinas calmas,
Oh! , las sublimes horas,
Oh! , las dormidas almas
Oh! , las ideas... Oh! , las esperadas auroras....*

El poeta empieza a navegar por el amor de la tristeza; su idealismo lanza su luz por áridos yermos de desesperanza. Ya ve de cerca la miseria con su fuerte mordedura. Y ante el monótono transcurrir de su existencia, busca refugio en el amor:

*En la monotonía de mi vida
siempre gris, siempre amarga , siempre oscura,
tu amor es una fuente cristalina,
tu amor es una estrella que fulgura.*

Y olvidando su rebeldía primera, mistifica el amor:

*... y yo te adoro
con una fe tan diáfana y tan pura,
que a veces, ¡ay! cuando me besas, oro.*

Porque Domingo Moreno Jimenes ha sido un gran amador; la mujer no ha sido en sus brazos sino una estrella, y hasta en el perfume de sus senos de rosa, buscaba el ideal. Leed los poemas de amor de este poeta; leedlos los que sentís que el amor empequeñece; leedlos, y si decís después que es un necio el poeta que lo canta, entonces es porque el alma ha exiliado de su ámbito tranquilo su esencia divinal.

A través de estos versos se sigue la vida del poeta: el amor vehemente y apasionado de la juventud, el amor tranquilo, pero ardoroso todavía, de la madurez y el triste amor que deja en el ánimo del hombre un sobrecogimiento de angustia cuando al alejarse de la brega erótica ve brillar en la mano de la amada el hilo blanco de una cana de sus cabellos.

Para amar es ahora su poesía tranquila y sencilla. Porque no es el amor sucio y violento que se macula en el lecho de alguna meretriz, ni el amor sádico y loco que sueña con la muerte, sombra roja de amor que enceguece y enerva... es un amor de hombre simple a una pobre mujer de pueblo ingenua y buena:

*Dejas correr tus trenzas con la placidez de una niña,
piensas en las acacias, en los lirios de nieve,
en las estefanotas de espuma, y sin embargo
yo deslizará en la selva de tus cabellos un clavel rojo!*

Y ahora sí pone un punto de incendio en la blancura: acacias, lirios blancos (de nieve), blancas estefanotas (de espuma), todo blanco en el pensamiento de la niña-mujer que aún juguetea con sus trenzas: y el punto rojo, la flor encendida

en sus cabellos, el encendido clavel que le desliza el poeta. Es una nueva manera de galantería, dicho así con tan sencillas notas, como en un madrigal.

Todo es amar con encendida pasión, volver a vivir el fulgor de la juventud en la nostalgia hiriente, los sueños que ardieron otrora cuando era el amor una bandera, una palabra de imposible que soñara llevar a la boca, y que estremeció reconditeces del alma. Y olvida los ideales cuando *La inencontrada surge*. Entonces el poeta olvida el tono bíblico que ya invade como efluvio hierático su poesía, olvida su gesto hacia el ideal de una nueva tierra, y exclama, tremante por esta nueva sensación:

*Única, tenías que ser así, única;
misteriosa y altiva;
risueña y triste;
esclava de mis ansias,
reina de mi sér:
mía en el día que se agita,
mía en la noche que renace,
mía en el alba que despierta,
mía en el crepúsculo de la raza que aún no ha
germinado.*

*Mía, mía, mía!
Mía hasta antes de nacer,
y hasta mía después de morir!*

¿No es este el renacer de una nueva pasión? ¿No es como dejar que se extinga el alma en una hoguera? ¿Puede existir un más intenso sentido de posesión? Ahora todo el ser del poeta está preso en el remolino de esta pasión:

*Cuando me ibas a mirar te sonreías,
y cuando te besé por primera vez, lloraste.
Oh, el dolor del beso primero!*

Oh, el martirio del beso primero!
Oh, el infinito gozar y sufrir a un tiempo del beso
primero!

Vuelven los recuerdos como puñales de estupor a sangrarle en la eclosión primera del beso. Y busca una señal de amor en cada cosa:

Ya en el patio los rosales no dan rosas sino estrellas:
No lo dudes: "Me amas", "me amas", "me amas".

Esta pasión es sólo un momento en la poesía de Moreno Jimenes, porque otras veces, agobiado por el peso de los ideales con la angustia de su sueño, frente al abismo y al infinito, escrutando distancias, oyendo el grave son de los crepúsculos, huye del amor:

Era blanca
y me perseguía;
era pálida
y me perseguía;
era casi diáfana
y me perseguía.

Mujer
¿no sabes que ya yo he olvidado la vida?
Mujer,
¿no sabes que ya yo he trocado mi corazón por un
cayado?

Mujer,
¿ignoras que hasta la lumbre de mi sentir se ha
desvanecido?

Desasimiento.

¿Qué? ¿Ya no tiene manos para el amor, ni miradas, ni sentir? ¿Ya es como un cayado su corazón? ¿La vida no le

importa? ¿Todo él es una llama que se desvanece con las brumas que surgen? ¡Qué “dolorido sentir”! , para decirlo con un verso de Garcilaso. Qué desgarrada sensación de amorosa inutilidad! Y, sin embargo, busca un sér que lo acoja a la callada paz del alero de sus desesperanzas. Sueña con esa voz, con ese amor, con esa mano de mujer —blanca, trigueña o negra— que tiemble en la congoja, que le despierte el sér. Y por eso llama a la mujer, pero a la mujer de su tierra:

*Quisqueyana, déjame besar los vellos de tus piernas,
déjame inundar la inédita vía de tu anhelo....*

Mujer de los arqueados ojos

y las crispadas manos,

*sosténme en el torbellino de mis aspiraciones y mis
deseos;*

hunde mi plectro en la suavidad de tus manos

*y reverdece con tus palabras el apagado cenit de mi
anhelo!*

Mujer, mixtura de infinito

y de llanto,

comprende a tu hombre triste, salmodia tu muerto,

*y coge al vuelo de paloma de los pies y de los ojos
alados!*

Briznas de colonia.

¿Es que ya caen en su clepsidra las gotas últimas? El poeta del ideal no muere. ¿Y el del amor? ¡Oh, la angustia del amor cansado! ... El no saber transmitir en sus versos esa dolorosa sensación:

Me dormí con tus piernas oprimidas

junto a los brazaletes de tus manos,

sentía el dulce rumor de tus cabellos

y hasta el eco de tu mirar lejano.

*Después, al despertar me bebía el alba,
y vi una cana de mi cabeza,
la última,
temblar de dolor entre tus dedos.*

Versos del amor y el misterio.

Es la expresión de la agonía del amor otoñal.

LA MUERTE EN MORENO

Habla Moreno:

"La muerte, que se presenta a nuestra mente como el hecho más natural, y que es absoluta y necesaria en su esencia, no siempre nos desentraña el mismo pensamiento o nos insinúa el mismo mensaje. (25)

Y concluye:

"Hay seres relacionados con la raigambre de nuestro espíritu por una extraña causa y cuando éstos desaparecen sí se apodera de nosotros la verdadera realidad cósmica del mundo. Ellos por sí solos nos dicen cosas y palabras que nadie nos había expresado. Parece que en ellos residía, en cierto modo, el quid divino de nuestro existir. ¿No será, por ventura, la muerte para el hombre la vía más segura del verdadero conocimiento? Yo a veces así lo sospecho, y por eso tengo para los muertos más definida atención que para los vivos" (26)

La muerte llamó a la puerta del poeta varias veces; fue arrancándole uno a uno seres queridos que exaltaban su ánima y le arrancaron a su poesía gritos desgarradores y hondos. Sus elegías van cargadas de ternuras, henchidas de amor, ese amor que nace del alma buena y brota desde la madriguera misma donde se incuban las angustias.

Cuando murió su madre, por ejemplo, o por mejor decir, la que quiso ser su madre, la viejecita buena que sacrificó lumbres

de sueños para ayudar en la vida a quien no era su hijo, quedó como anonadado, obnubilado entre una bruma de dolor.

El lo dice en *Mi vieja se muere*. Le dice *vieja*, cariñosamente; es voz de ternura, la voz con que los hijos llaman a su madre en el seno familiar. A lo largo del poema van surgiendo los diferentes estados de ánimo que enferman al poeta en su afán de llegar al lecho de la buena mujer que se agita con los estertores postrimeros. Escribe, y encuentra que su angustia lo transforma, lo descentra, lo hunde en un torbellino de dolores indefinibles. No es el mismo ya, desde que sabe que allá, lejana, ella agoniza:

¿Se creerá que duermo?

¿O que estoy loco?

¿O que me pasa algo anormal o absurdo?

¿Pensarán muchos que no puedo dialogar ni conmigo mismo?

¿Tengo el mirar triste,

manso,

leve,

ardiente,

plácido? (Ignoro si cabría aquí el dichterio de plácido).

Sea como desee, espero más que pienso...

se fue la noche sin rastro ni asomo de lumbres...

La mañana en que he caído me hace soñar demasiado despacio...

El poeta desespera. La muerte acecha para herirlo en su amor; urge partir, llegar junto al lecho donde su vieja muere. Mas, sus deberes de maestro rural le obligan a trajinar en el atuendo diario de la enseñanza. En tanto que los niños se fatigan por rendir su labor y en la pizarra sudan y preguntan, él dice:

.... Esto vale de veras

toda su alba, todo su anhelo y toda su sonrisa.

A pesar de todo se sigue abismando ante la lejanía del sábado, que es el día en que puede cerrar la escuela para correr ante el lecho de su vieja moribunda:

*Y el sábado tardaba...
Apenas la víspera
con su preludio de ilusiones,
y el caos, ¡oh, el hosco caos del tedio!*

*Sé distinguir los días que preceden a los faustos sucesos
y las noches que preceden a los días de luto;
los primeros son fríos, plumizos y grises;
los últimos tienen una muda elocuencia abismal
que nos engaña , porque en su seno los astros y las
nubes brillan más y mejor.*

Llega el sábado y emprende la larga caminata fatigosa y ríspida, sin caudal — ¡es tan pobre la paga del poeta! cansado y castigado por el sol. Y ¡qué importa la jornada si pudiera rescatarla para la vida! Sólo por realizar ese deseo daría más que todos sus sueños, que todas sus fatigas, que todas sus angustias:

*Hice a pie un trayecto muy largo,
vadeé un río,
me flageló el sol,
columbré una montaña...
¡Si para algo sirvieran estas escaramuzas
y estas treguas! ...*

*Amar
o no haber amado nunca ¿no es lo mismo?
Sí, o tal vez,
pero yo quería decir "me demudé
pero al fin pude realizar todos mis sueños".
La inacción de los ideales ¿no es la muerte?*

El poeta lanza sus versos como quien conversa, como quien habla, con ese lenguaje sublime que sólo saben emplear los grandes pensadores tocados por la gracia celeste. Todo es un manso fluir de sensaciones enardecidas, un brotar de agua sin tregua por el desangre de una herida. Así habla atenaceado por el dolor.

Al fin llega... el verla es una nueva experiencia de dolor, esta vez oreada por la resignación y el fingimiento forzoso.

*En fin: oí sus risas
y la tuve en mis manos,
soporté las interminables esperas,
fingí
pero como las olas del mar, volví a quedar por breves
horas quieto.*

La realidad se impone ahora: ya no le cabe duda Su vieja se muere,. La ha visto: esa es la muerte y no otra; esa palidez que desciende por sus sienes encendidas, que encera sus mejillas, que perfila su rostro:

*... y los sordos clamores de la noticia cruel y
horrible.
¡Oh, dolor, que me obligas a buscar el amor como
punto de apoyo
en el dédalo de mis dóciles dudas humanas!*

Morir es como nacer. La viejecita declina como un niño y esta sensación de desvalidez, de dulce puerilidad, de hospital público, lo expresa el poeta con dos versos sencillos, sencillísimos y tiernos:

*Las monjitas de la caridad;
su cama blanca, o mejor, su cuna.*

Y es el momento terrible, el momento esperado y temido, esa hora tremenda en que las cosas caen como una losa de

maldad sobre el pensamiento, cuando ya no cabe fingir... entonces lanza estos dos gritos desgarrantes:

*Que ensordezca;
ique no me lo digan!*

Así, sólo así; estos dos deseos, estos dos versos, estas diez sílabas lo expresan todo. Otros poetas hubieran agotado las palabras multiplicando hasta la saciedad las estrofas. Pero el estallido de un dolor largo tiempo contenido ¿necesita de más? Después del grito sí. Entonces viene el llanto tranquilo, el desborde de las ternuras dolorosas:

*iAy! , su apostolado.
iOh! , su sacrificio.
iOh! , su abnegación.
iOh, su necia ternura de querer ser mi madre!*

Y al lanzar esta cuatro exclamaciones es cuando el poeta abre su pecho, abre la poterna de su amor, el río de su llanto.

iOh, su necia ternura de querer ser mi madre!

¡Qué exclamación tan pura! ¿Del fondo de qué escondida acequia de ventura y dolor brota esta fuente? Dice “necia ternura”, como decir “santa bondad” o “mágica amargura”. Sí, ella se va. Pero ese hilo que deja en la vida del poeta, que lo ata a la muerte, no se romperá. El tendrá que llegar:

*Llegar,
aunque me extravíe,
aunque pierda los frenos,
aunque sobrenade en el vacío de la espantosa noche
ihabré de llegar!*

Podría decirse que ya el poeta ha agotado el último sorbo, que no tiene para más, porque en esos gritos por su vieja agónica se le ha secado la vena del llanto. Pero el destino le deparaba

otras amarguras que lo harán ascender más y más en la empinada cumbre de la poesía.

Eran días de angustias para el poeta (27). Era difícil la hogaza y agrio el mendrugo. Caminaba sin tregua por los senderos para poder llevar al hogar lo suficiente para subsistir. Sin embargo, llevaba el ideal como una bandera de esperanza, con la fe de los creyentes sublimes, el alma puesta en Dios y su profunda fe en los hombres. Pero la muerte que llega conmueve su mundo y le arranca hermosos poemas.

Cuando le nace una hija en 1932, escribió un poema lleno de dolorosa serenidad: *La Intocada*. El nacimiento de un nuevo ser de su vida, le trae como un turbión el recuerdo de su madre muerta ha mucho tiempo, pero que sigue siendo un sol dentro de la vida del poeta, y más que un sol:

*Ella es una luz radiosa, tenue
en mis caídas y alzadas en el mundo.
Ella es anterior a mí
y posterior a todo lo que llegue en espíritu o en
sustancia.
Es verdad que ha muerto,
pero en mis actos está intacta.*

II

*Hija, tú no conociste a mi madre
y yo temo a tus días venideros sólo por eso!*

VI

*Martirio del amor fue ayer su vida...
¿Martirio del amor no es hoy su vida?*

VII

*¡Madre: deja que me siembre en la tierra para
adorarte como debo!*

*¡Madre: no impidas que cuando sea albor de polvo
no te adore menos que como debo!*

¿Por qué la vida que nace ha de traerle el recuerdo de la que se fue con un suspiro y yace ha largo tiempo bajo la tierra? Porque en la honda filosofía del amor sus muertos no se han ido y le acompañan a toda hora; van junto a él por los caminos empolvados y las arboladas veredas, en el frío rincón de su estancia desnuda y en la amoblada vastedad de un salón; cuando suspira y cuando llora, cuando ríe o aspavienta una dicha. Porque ella, la muerte "es anterior a él y posterior a todo lo que llegue en espíritu o en sustancia", anterior y posterior a todo lo creado y por crear. Y todavía más: muerta y consumido su todo corporal, sigue siendo una luz, en su fortuna y en sus caídas, en sus tumbos y ascensiones, en su caer hacia el abismo y en su empinarse en la cumbre. Y él la conserva intacta y pura en cada acto de su vida.

¿Qué de extraño tiene entonces su temor por el nuevo ser que trae a la vida? "Hija mía, tú no conociste a mi madre", ahí está el quid de su todo, de su miedo. El poeta es como un niño perdido en un jardín que busca a tientas la mano que le guíe, que le separe las rosas espinadas para dejarle libre el camino. Y por eso termina el poema con dos peticiones: déjame sembrarme, como un árbol, como un arbusto pequeño, como un yerbajo, pero sembrarme en la tierra, hundir mis raíces profundas hasta encontrarte y abrazarte con ellas y adorante aún más; y cuando muera, cuando sea polvo ("polvo naciste y en polvo te convertirás"), que cada brizna de tierra, que cada átomo perdido de mi ser te adore más y más. Todo expresado así:

*No impidas que cuando sea albor de polvo no te
adore menos que como debo!*

¡Un verso maravilloso!

Nótese, y ya lo hemos dicho, que Moreno no se siente movido por el preciosismo, ni le atormenta la metáfora, ni le mueven los sueños. Su poesía es la experiencia de cada hora, el dolor o el placer de cada minuto. Un Dios guía sus manos y ordena sus pensamientos. La muerte no le inspira una llantina, ni una facundia falaz sino lucubraciones y pensamientos profundos.

Como en *El poema de la hija reintegrada*, In memoriam a la muerte de su hija María Josefa. Es un poema largo dividido en tres partes: *La agonía*, *¿La muerte?* y *El epílogo*.

Cuando el poeta se da cuenta de que la hija declina y se debate con los estertores de la agonía, cuando la ve perdida ya para la vida de los hombres, se inclina sobre su lecho de muerte y empieza a hablarle... le habla sin tregua, volcando un dolor de poeta sobre ese pabulo de existencia que languidece; le dice cosas en una especie de delirio inmortal, auscultando el mínimo vestigio de vida, con dolor infinito. "Hija", le suplica cuando la eviterna muerte toca ya a la puerta de la frágil luna callada de su espíritu.. y le habla, le habla aunque sabe que ella no lo escucha:

*Hija, yo no sé decirte si la muerte es buena
o si la vida es amarga;
sólo te aconsejo que despiertes adulta de comprensión,
más que tu Padre!*

Ya ha tenido que brindarle sus cantos eternos a otros muertos queridos. Pero le es gravoso acostumbrarse a este nuevo dolor. ¡Siempre sobrecoge este espectáculo desolador, aun cuando en su ignorancia —es un pobre mortal, después de todo, sujeto a las limitaciones establecidas—, no sabe lo que es mejor, si el dolor de vivir o el placer de morir. Sin embargo, ya no puede decir que es dichoso; todo se va ensombreciendo en su pecho.

Ella —el pedacito que fue y que amó y acunó en sus brazos de hombre triste— se va, envuelta en un sudario, una sábana blanca, bandera de su eternidad. Quedará triste, y muy triste, iluminado sólo por el celeste fanal de sus recuerdos. ¡Cuánta, cuánta amargura hay en el alma del poeta!

Tu infancia y tu silencio me parecen hermanos.

*Hija, hazme tomar la resolución de los otros:
vuelve mi proa añicos
y mi voluntad una piragua;
que nada sea mío desde hoy, que no quiera poseer
nada mañana;
desnudo de bienes y desnudo de virtudes hazme;
sin egoísmo de lealtades y sin egoísmo de pureza;
hazme entero el milagro de darme a todos los elementos
como si fuera en sustanciación un ser increado!*

Quiere renunciar a todo lo que sea vanidad, no como un anacoreta, sino como un hombre que anhela llegar a la sabiduría última... Le pide a Dios “que nada sea mío desde hoy, que no quiera poseer nada mañana”; lo dice ahora acuciado por el dolor, pero años después, sereno y plácido, le hablará directamente a Dios:

*No me des la fortuna
Dios,
no me des la fortuna.*

Es riqueza de espíritu lo que quiere; que el gran tesoro de dolor llene su acervo hasta saciarlo, y que esta sabiduría sea perdón de las flaquezas humanas, la resignación de sus otros pesares, la blanca nube de amor que le permita “ver la vida con ojo más sabio y a la humanidad con ojo más triste”.

Triste, triste: ¿y no es, acaso, la suprema alegría de los seres mudables el ser triste?

*Triste fue la faz de la tierra cuando se desperezó el
primer hombre!*

*Triste tiene que quedar la tierra cuando se desentuma en su
regazo el último hombre!*

Son lucubraciones filosóficas que le dicta el dolor. Son llamaradas de poesía que saltan desde su corazón, teñidas con luz de los crepúsculos luminosos. Porque siempre le habla a la hija, a la agónica hija de su amor:

*Hija, cada vez que examino tu vida,
me doy cuenta de que tú eres como mi vida:
una sombra entre dos crepúsculos.*

*Iba a decir: entre dos agotadoras auroras,
y ya ves, reincidí, sin querer: entre dos crepúsculos.*

*¿Por qué tan pura, tan casta y tan leve, te debes parecer
al crepúsculo?*

Pero llega un momento en el que el poeta se detiene en su meditar. ¿Qué sucede? Una señal; es un grito, es un revolotear de alarma... la hora fatal que se acerca:

*— Tiene el pulso demasiado débil,
pero ese letargo no es la muerte!
Su médico era mi propia almohada de cabecera
y yo quedé perplejo ante su llamado sufrimiento
y la miseria de la vida!*

*Si fuera bizco de pensamiento
y tuviera la boca siempre llena de mentidas palabras;
hija, iba a blasfemar por tu dolor... pero ¡perdona!
Hija, ya han venido a avisarme que tus pies están fríos.
Hija, resígnate a que lo blanco no sea blanco, y a que
lo negro no sea negro.*

Es el momento del caos, en el que se sueltan las amarras y el dolor vence a la resignación; todo estoicismo resulta entonces anacrónico y el poeta delira como cualquier hombre:

*Entibien la leche terciada con agua
para si mi chiquitina despierta.
Cúidenmela hasta que se vuelva esperma como capullo
inmortal el cuidado.
Ella es carne de mi vida, flor de mi pensamiento,
cemento de mi alma.*

Mas, de seguida reacciona; una voz interior le habla, la voz de la razón, la voz de su inmenso ser de poeta:

*— No seas padre, sé Hombre,
sencillamente.
Gira tu vista a tu derredor,
y que tu amor a una abstracta Humanidad
no te haga olvidar jamás de que eres Hombres.*

Así termina *Agonía*, la primera parte de este poema. No se encuentra nada mejor en la lírica dominicana, ni más intenso ni más sencillo. Otros podrán superar a Moreno en el rebuscamiento de las metáforas y modos nuevos en el decir, pero nadie, nadie da en tan poco tal cantidad de sentimientos, ni magnifica igual el dolor humano. *La agonía* es lo mejor que ha escrito Moreno, la perla más sublime de su gran tesoro de bellezas originales.

Baeza Flores confiesa que este poema —en su primera parte, esto es *La Agonía*— le abrió la puerta a su admiración por Moreno Jimenes. Apunta:

“Mariano Lebrón Saviñón me ha recordado, en una de sus cartas, que mis primeras lecturas de la poesía de Moreno Jimenes, que realicé en la Biblioteca Municipal de la capital dominicana, no terminaban de dejarme satisfecho. Yo traía la imagen de Moreno Jimenes que me había dado

Hernández Franco. Me dice Mariano Lebrón que cuando leí los poemas de Moreno Jimenes antologados por Contín y Aybar en su libro, cambié mi tibieza anterior por el entusiasmo.

Es que había leído, encontrado, El poema de la hija reintegrada y su lectura me había producido una gran emoción. Era la mejor entrada y la más honda introducción en el mundo poético de Moreno Jimenes” (28)

Fue luego cuando Baeza leyó el poema íntegro pues Contín y Aybar sólo antologó *La agonía*.

En *La muerte y Epílogo*, Moreno no es tan brillante. Parece como que en *La agonía* el poeta concentró todos sus sentimientos, todas sus emociones, todas sus ternuras. Muerta ya la hija, cayó en su alma el rayo de una dulce resignación. ¿No es preferible el trance definitivo de la muerte que el vivir en agonía? Ahora todo resulta natural:

*Como quiera que las velas del ataúd estaban menguadas
cogí un tercer cirio
e hice trizas la niebla que levantaba una penumbra
gris sobre su rostro.*

*Oprimí en mi interior una “muñeca”
y quedé, por largos instantes, perplejo con el cirio
pegado de la mano.*

Después de muerta y enterrada la niña, queda en el hogar como un gran vacío que el poeta expresa así en el *Epílogo*:

*Rasgué el pan y lo puse sobre la mesa sin probar
ni bocado,
eran las diez de la mañana,
mis hijos no habían comido
y por el postigo de mi puerta runrunaba el viento.
Sentí un temblor cuando ya repartidos en pedazos
hice la llamada acostumbrada a los que me circundan.*

*"Ella está ahí", dije a mis aspiraciones de verla viva
y grande,
"en el sitio en que no puede hacer que los suyos se
inquieten o delincan."*

Sale a la pradera cuajada de rocíos y de pájaros, de perfumes y cantos; el cielo azul y todo igual, y, entonces, se desentume del dolor y esparce a los vientos sus palabras de ideal encumbrado y de aliento; su palabra de hombre esperanzado.

El tema de la muerte es en Moreno una filosofía, como en Kierkegaard y Unamuno, no un fatalismo, ni el fruto de una alma pesimista; es una secuencia natural de su ser de hombre preocupado y doliente. Sin tener punto de contacto con Quevedo, ni en su estilo ni en su vida, Moreno se acerca a su mundo, pues es Quevedo el poeta del siglo de oro español a quien más le preocupó la muerte.

He aquí cuáles son los puntos de contacto en la temática quevedesca y en la de Moreno. Los temas predilectos de Quevedo son, según Carilla:

"El tiempo, la muerte, el desprecio del mundo y la riqueza, el desengaño, la soledad, las ruinas, la abominación de la codicia y la tiranía, el alma y el cuerpo (motivos barrocos son temas predilectos del ideario quevedesco" (29)

Pero en nada se acercan tanto ambos poetas como en la preocupación por la muerte que ronda por igual en torno a la lírica del español y el dominicano. Gómez de la Serna dice a propósito de Quevedo:

"... es Quevedo el escritor español que más y mejor se ha encarado con la muerte" (30)

Sólo que la muerte para Quevedo es una obsesión; la veía llegar a cada instante, y aunque en su soledad —su soledad en la torre de Juan de Abad y su soledad en el mundo— la presentía a toda hora, se alejó de las vanidades y le dio un

sentido casi místico a su poesía. Porque él, Quevedo, el poeta burlesco de las sátiras y letrillas, fue también un gran poeta del amor y en el siglo de oro español nadie —ni aun el iluminado Lope— le superó en los sonetos amorosos. (31)

La muerte para Moreno no es un temor. El canta, porque la siente herir sus carnes, porque a medida que van muriendo los suyos le despiertan sentimientos irrefrenables, voraces como la sed del perdido, que le obligan a escribir, a cantar, a producir esos poemas magníficos de bellezas incontenibles; y como habla con el alma, no hay artificios ni poses en su lenguaje...

Por eso su poesía no viene del sueño ni del onirismo sino de la realidad, de las cosas comunes, de los actos cotidianos, de la razón de cada día. Aparentemente ególatra —porque tiene la divina vanidad de su poesía— es, entre nuestros poetas, el que más caudal de piedad y de amor ha derramado en sus palabras.

Como hombre es controversial. La verecundia le pasa por el lado sin descubrirse; la irreverencia le ha beñado; los indiferentes han dejado su caracol para mirarlo de soslayo, la maldad le ha tildado de insincero.

¿Insincero? ¡Dios mío! ¿Es que no han leído estos joyeles de nuestra americana poesía? Pero si su alma es un espejo lustral, limpio, como caído del cielo. ¿Es que no lo han oído llorar? ¿No lo han visto llamándole flores a las flores, estrellas a las estrellas, cielo al cielo? Nosotros lo hemos visto condolerse de un pobre gato herido y clamar: “pero si también es una criatura de Dios”.

Y al mirar la muerte sin temor, la llama “soberana”; le dice *Su Majestad la muerte*. El la ve pasar con el cetro de plata de su guadaña y hay un momento en el que cree que, al pasar, se hunde en nosotros:

*El rayo iba a caer, pero no cayó,
sino que quedó suspendido entre Dios y nosotros.*

*Ahora vive en el agua,
y en el niño que nos desconoce,
y en la pisada tenue de la brisa,*

*y en la religiosidad que nos arcana el dolor,
y en el roce mentido de la caricia de la tarde,
y en la ingustia compasiva de la ansiedad,
y en el instante que se soñó un milenio,
y en el milenio que fue un instante.
Quedóprendido en el cordaje de Dios, como nota que
desnivela el tiempo
que contrae el mundo hacia el átomo....*

¡La muerte! ¡Dios! El poeta le habla cara a cara,
porque sabe que el morir es la suprema liberación:

*La muerte tentó a Dios,
y los muertos no tienen estado, no tienen dimensión,
no tienen domicilio.
Los muertos son libres como el aire, y aún más.
Nadie puede huirle, nadie es capaz de aprisionarlos;
miran el bien como un extraño,
el rostro del mal desconocen,
poseen una conciencia tan conciente, que llega a los
linderos de la inconciencia,
y Dios no los alcanza porque toman su forma informe y su
silencio de sonoridades desoídas.*

La voz de Moreno se torna grave, melodiosa, con una melodía solemne; se torna hermosa. Es un hablar que estremece y alienta y da vida. Toda su poesía es un mensaje de amor y de belleza, de optimismo y de fe. Un despertar... entre arrullos de astros.

EL IDEAL DE AMERICA EN MORENO

Flérida de Nolasco, la antologadora de Domingo Moreno Jimenes, al agrupar sus versos dedicados a la América, los selecciona bajo el epígrafe *Cantos de fe y de amor*.

Al surgir el *postumismo*, los poetas agrupados para darle vida, quisieron imprimirle una orientación netamente americana (32) exaltando sus ideales y de espaldas al Viejo Continente. (33)

Ingenuo o estéril este ideal, Moreno fue su portavoz. Si bien no nos solidarizamos con este aspecto de su poesía, que la circunscribe a límites continentales, la creemos interesante y digna de que sea conocida en esta tierra del olvido y la indiferencia.

En enero de 1947, Américo Lugo decía:

"Domingo Moreno Jimenes es un poeta cósmico cuyo ideal es América. Recuerda a Walt Whitman. Su vida es un apostolado. Es un manantial de poesía y su verso es libre. Es actualmente el más discutido de nuestros poetas y, sin duda, el más notable" (34)

Moreno le canta a América, pero no se cubre para ello con tonta vestimenta sacerdotal del americanismo absurdo que proclama al continente joven como el Paraíso que le ofreciera Dios a sus primeros hijos; él no cree que de aquí parten los rayos de la ventura, ni que la gloria hizo un pacto con su virginidad. Al cantarle a sus tierras, en su voz hay fe, esperanza y amor.

Un himno sonoro fue el suyo como no se había escuchado antes en estas tierras, como si de mil trompetas angélicas saltara a inundar con sus notas todo el inmenso espacio del cosmos. No olvida Moreno, ni en este himnario maravilloso, su tono solemne, su pensamiento profundo. Su ideal de América está libre de la cursilería ramplona; no es uno más en el desfile de americanistas adocenados. Es un hombre con fe, orgulloso, eminentemente orgulloso, que conoce su ruta.

Ha hecho de ella una religión. Veamos: en *El poema de la hija reintegrada*, el poema de su dolor por la muerte de su hija querida. Ya lo hemos dicho: hay un momento de obnubilación

en el poeta, que culmina en *Agonía* con aquella gran imprecación a sí mismo: "Sé hombre". Mas, de pronto siente como si este gran dolor lo liberara y lanza a los vientos esta exclamación definitiva:

*América, esta angustia me ha apartado del mundo
y ya puedo darme a tu religión todo entero.*

No es una frase, como parecería a primera vista. Esta exclamación es lanzada en el *Epílogo* del poema, terminado ya el diálogo entre el poeta y el cuerpo abstracto de la hija.

Tres años después se detendrá en una encrucijada de caminos, en el mismo centro, y mirará hacia todos los lados esperando una señal. Allí le llega la revelación inesperada:

*¡Oh, pueblo de América,
que estás hecho con el amasijo de todos los hombres
perseguidos del mundo!*

*Entre la montaña y tú
ya se inició el diálogo de los ponientes largos;
entre el océano y tú
ya se iniciaron los silencios inaugurales.*

La encrucijada.

Y para darle un sentido cósmico a su canto, termina así el poema:

*Dios estira su cuerda
y la amiba su vientre
en la circunvolución de las conciencias milenarias.*

De seguida su voz adquiere un tono mesiánico en *El moderno Apocalipsis*. El poema no es una rebusca bíblica. No osa el poeta parearse con San Juan, ni meterse en honduras de profesías iluminadas; no roza, ni con la punta de un cabello, las célicas esencias del cristianismo. Sólo adopta un tono solemne de poeta— hombre. Es que la canta a América con la mágica laringe

de su esperanza, puesto los ojos allá en el porvenir. Cada línea es como un versículo de este maravilloso ideario de fe.

El poeta se sitúa en la noche, frente a la inmensidad, de cara al Cosmos, estremecido con su perfume nocturno, inefable y embriagante, y cada célula de su ser persensible se estremece en la intimidad de su hondura:

*Este olor penetrante de la noche
¿Por qué me hablará del más allá,
de la muerte y de la duda?
Este olor penetrante de la noche.
¿Por qué dejará mis miembros fríos?
¿No es mi alma un aspecto de la noche?
¿No es mi ser un destello de la nada?
Entonces, ¿por qué no me aquieto más y más
ante el inevitable seguro de todas las cosas?
¿No será la creación realidad mía?
¿Me inhibiré de actor del Cosmos?*

*Todo lo que nace y muere
nace y muere en mí,
como si en mi débil humanidad se compendiará el
mundo.*

*Estoy durmiendo desde hace doce siglos
¿La humanidad ha muerto?*

El hombre habla y hay como un amargo pesimismo en sus palabras. ¿Pesimismo? ¿Y no hemos dicho que estos son cantos de fe y de esperanza? Es que en los cantos aurorales hay tintes de crepúsculos también. ¿Qué le puede sugerir al hombre, solo, bajo la inmensidad, todo el amargo contenido de la noche? Hay un momento de las sombras, para el hombre solariego, en que lo que brilla a lo lejos, queriendo perforar las tinieblas es como un destello de muerte y lo que late un leve movimiento apenas de la duda.

¿Es que todo lo que está por debajo y por encima del hombre es una abstracción?

La creación puede así ser realidad del hombre, como el vivir; los colores una hipótesis... ¿Y Dios? ¡Ah, Dios! Si.. el hombre... Dios.

La humanidad no quiere comprender a Dios, y, sin embargo, somos su parte, su sombra, su sentido, su realidad. La humanidad se ciega y niega a Dios. Entonces el poeta se pregunta: "¿La humanidad ha muerto?" Porque negarse a sí mismo es morir. Y es que este siglo XX se olvidan las esencias más puras del amor.

Un gran poeta de América, el maltrecho indio peruano César Vallejo definía la presente realidad:

*Y en esta hora fría en la que el mundo
trasciende a polvo humano y es tan triste.*

Esa realidad de este Apocalipsis es la que hace al poeta ser pesimista y continuar con esta breve imprecación:

*Hombre de la Era actual
¿Por qué donde estérilmente
dibujaste verdad no grabas vida?*

*Tu Ciencia es tuerta
y tu Arte es, ya lo ves, i terriblemente limitado!*

De seguida el poeta se enmarca en su zona, se proclama hijo de América, pasa como un espasmo por las miserias actuales, para beber en la fuente de su fe... ¿Es un augur? No, pero tiene la gran penetración de los profetas ¿qué distancia va de un poeta a un profeta? Ya lo hemos dicho: él ve un mundo feliz, en el cual la civilización fundara sus cimientos sobre la roca viva, y, de seguida, apunta:

*Y para entonces, América,
tú te habrás estremecido de las brumas del alba y de la
tiniebla de la noche
y entregada a la modelación de tu destino,
no habrá saeta ni esquife que trate de dar cuerpo a la
pulsación de tu propia sangre.
Tú sola te bastarás para la dicha y el poniente
y quedarás guardada para la fecha sin término
como la sístole y la diástole del mundo.*

He aquí que el autor de este Apocalipsis ve surgir a América como una tierra prometida hacia un mundo feliz; será como los latidos del corazón del mundo o, mejor, el propio corazón del mundo impeliendo y expeliendo sangre hacia la vida, hacia la gente, hacia la dicha eterna. Y sigue:

*América ¿qué vas a hacer con el olor a cedro que
despiden tus campos?
¿Con el insospechado azul que distienden tus lomas?
¿Con el no hollado oro de tu sol que nos tatúa la frente?
Desenvolver la más radiantes realidades en una baja
atmósfera,
ese parece ser tu sino.*

En ese mismo tono sigue todo el poema.

A veces Moreno se olvida de que es poeta y empieza a filosofar; entonces su poesía pierde ese agradable descuido que la hace tan simpática, su prístina frescura. Pero de pronto llega un verso, uno solo, y ese basta, porque él sintetiza un poema, un mundo de maravillas. Así en *América nace* sube el tono de su optimismo. El verdadero canto a la voluntad de vivir, el himno de las futuras realidades de América. Es como una nueva salutación del optimista:

*Miríadas de milagros opresos
se bosquejan en tus cuadrantes.*

... ..

¡Oh, virgen vendada con una cruz de ideal blanco!

*Los caracoles suenan en las playas
como un conjunto de nuevos sucesos.*

... ..

*¡Oh, América, que haces trizas las razas,
dialectos las lenguas,
murmullo perenne y vivificador el murmullo!
Creadora de algo no visto ni oído;
pero instintivamente, por todos los seres de la creación
previsto y entrevisto.*

*Reflejo e hito
de la realidad irreal de la vida.*

Mar donde van a parar todos los ríos del mundo.

... ..

*Con todo, eres de veras grande,
eres de veras original,
eres de veras única.
Inexistente para los demás; ¡existe!
y esperanzado o desesperanzado a tus moradores
¡Eres la Esperanza del mundo!*

Esa es la América que exalta Moreno Jimenes. La que hace de las razas una sola grande y feliz, la que es, en los sueños de grandeza del poeta ¡la esperanza del mundo! (35)

OTROS ASPECTOS DEL POSTUMISMO

Los *postumistas* se reunían en una casa humilde de las alturas de la ciudad de Santo Domingo —en el barrio de Villa Francisca— a la que dieron el nombre de *Colina Sacra*. Era la

morada del poeta Rafael Augusto Zorrilla, uno de los grandes postumistas. Casa pobre, donde Zorrilla se dedicaba a la fabricación de mosaicos. De modo que al llegar a él, donde antes de hablar de poesía nos esperaba una sonrisa y una aromosa *tacita de café*, *había que* pasar por encima de montañas de arena, que alguna vez nos sentamos sobre jaulas que contenían ordenados mosaicos.

“La casa era pobre —nos dice Inchaustegui Cabral—. Al fondo había unos galpones y unas maquinarias cubiertas de polvo. Algún árbol, el tronco con mil cicatrices, con clavos metidos hasta la cabeza, intentaba dar sombra a aquel patio lleno de cajones. Estaba, nada menos, que en la Colina Sacra” (36)

Ni aun evocándolo, con pertinacia, podemos ubicar, en la muy crecida ciudad el lugar donde estaba aquella casa amable que visitamos en nuestra infancia en la quietud de las cálidas mañanas domingueras.

Cuando escribimos *Los Triálogos*, con Baeza Flores y Moreno Jimenes, éste quiso llevarnos a aquel lugar. Baeza nos recuerda esa noche:

“... subía yo aquella Colina Sacra con Domingo Moreno Jimenes y el joven poeta Mariano Lebrón Saviñón en busca de la Casa del Postumismo. Ya el poeta Rafael Augusto Zorrilla había muerto seis años antes. Y la casa parecía navegar sola entre el oleaje de la luz del día y ya no estaba el poeta morador de ella que era su capitán.

Moreno Jimenes nos iba hablando de los días del esplendor del postumismo y lo que había significado el poeta Zorrilla y aquella casa de la Colina Sacra. La evocación de Moreno Jimenes a su compañero desaparecido parecía volverlo a la vida de todos y hasta sentimos, con Mariano Saviñón, la presencia del poeta ausente que podía volverse realidad en cualquier momento en la casa” (37)

El órgano de difusión del movimiento era una pequeña revista que se llamaba *El día estético*, que salió con alguna regularidad en diferentes localidades. (38)

De los tres que aparecían como los dirigentes del postumismo —Moreno Jimenes, Avelino y Zorrilla— el primero había recibido el título de *Sumo Pontífice*. Los otros dos reconocían la primacía de Moreno. Avelino declaraba tajantemente en su *Panfleto Postumista*, que *Psalmos* era el mejor libro de poesías publicados en América. (39). También Zorrilla proclama la superioridad de Moreno:

“El postumismo —dice— siguiendo el proceso rítmico de la poesía castellana, sustituyendo sus expresiones subjetivas al terminar de cada verso, en mucho de su labor, sí ha llegado a encontrar el auténtico verso libre castellano. Moreno Jimenes, el más feliz versolibrista dominicano, en su obra recientemente publicada ha realizado lo definitivo en la materia; Vigil Diaz, el llamado maestro mágico en sus “Sonetos Bárbaros” disloca el armazón del vertebrado métrico; Andrés Avelino, en su labor inicial recopilada en su volumen logra a veces felices singularidades” (40)

Y en lo que respecta a Moreno Jimenes dice:

“La obra de Moreno Jimenes, como he dicho ya en “Origen del Postumismo”, fue el punto inicial que dió principio a la nueva tendencia” (41)

“Pontificado” y “Colina Sacra” daban al postumismo un carácter risible de juguete pueril, lo cual concitaba críticas y burlas.

Moreno era la figura delantera, pero cayó en el desagrado de los otros postumistas, quienes en 1935 decidieron destronarlo y pasaron la seudotiara a Zorrilla. Esta asonada disgregó el grupo, y poco después Zorrilla murió. Avelino se

entregó por entero a las matemáticas y a la filosofía, pero nunca desertó del verso. Moreno confirma ésto en carta enviada a Baeza:

"Con la muerte de Avelino se destruye una parte sagrada de mi juventud. En casi por espacio de ocho años iba todas las mañanas a mi casa. Mi madre de crianza, que fue mi verdadera madre, le quería mucho. Era un gran talento y tenía un trato muy delicado. Me dice su esposa que siempre me nombraba y no dejó jamás de escribir versos, pero la matemática y la filosofía lo absorbieron. Hasta hizo que García de la Concha, ya casi viejo, que murió en 1930, escribiera versos. Era su discípulo preferido. El ha sido fiel a su memoria. Eso lo honra" (42)

El primer folleto antológico publicado por los postumistas se llamó *Del movimiento postumista*, y vio la luz en 1922 (43). El vedrhinista Vigil Díaz figuraba en él

En el segundo folleto, titulado *Poemas*, publicado en 1923, venían los nombres de algunos desconocidos que no persistieron en el quehacer poético. (44)

El tercero, *Pequeña antología postumista*, amplió el número de figurantes, y traía pequeñas notas escritas por Andrés Avelino, quien fue el antologador. (45)

Muchos poetas, que en realidad no eran postumistas, figuraron como tales alguna vez; entre otros: Manuel Llanes, Rafael Américo Henríquez, Tomás Hernández Franco (quien figuró en la Pequeña antología), Arquímedes Pérez Cabral y Francisco Dominguez Charro.

LOS OTROS DOS INICIADORES DEL POSTUMISMO

El ideólogo del postumismo fue ANDRES AVELINO (-1974). Cuando en 1921 (el año de la publicación de *Psalmos Avelino* (46) publicó su libro *Fantaseos* – en el cual incluye el *Panfleto* y el *Manifiesto Postumista*), nos encontramos con un

poeta que, a la manera de Moreno, evolucionaba desde un post modernismo hacia lo que él mismo calificaba como una revolución espiritual del verso.

El poeta que, ante el escándalo de pecatos denunciaba

*Mi corbata negra
cual chorro de alquitrán
del cuello sucio pende
cayendo en mi gabán*

ponía valientemente al desnudo la penuria de una vida de luchas, camino a una cima de gloria donde no anhelaba otra joya en su corona que el topacio del sol. Era romántico y modernista, y el ritmo de sus versos denunciaba sus preferencias, cuando exclamaba:

*Yo anhele una novia que sea tísica y rubia,
con dorados cabellos de gentil Magdalena
y con alma romántica de Margarita Gautier.*

Como lo indica su título, Avelino deja vagar su pensamiento para crear imágenes hermosas. Pero siempre hay un tono de romanticismo en la libérrima expresión del poeta. Su modernismo romántico nos conduce, muy a su pesar, a los ámbitos donde Rubén Darío sueña, y con Fiallo, nos presenta un paisaje lunar donde lo espera una marquesa soñadora, tan sutil, que a veces se confunde con la luna:

*Cuando llegué a la cita
la luna estaba en el jardín de la marquesa.*

.....

*risas de plata
tejieron los rayos de la luna sobre la fuente,
que murmuraba una rítmica canción celeste,
y otra vez dudé, por un momento,*

*si la luna era la marquesa
o si la marquesa era la luna.*

Es embriaguez de plata luminosa, que lleva la imagen, indistintamente, de la mujer a la luna y de la luna a la mujer. Visión de amor lunar, como la de un moderno Omar-Khayán o un Lí Po. No obstante su afán de dar en emociones poéticas las cosas simples, hay desvanecimientos románticos hasta en el propio postumismo, como lo expresa en su *Fantasía pálida*:

*Dos pálidas manos
brindáronme
dos rosas muy pálidas;
como su rostro,
como su cabellera,
como su alma,
como su vida,
pálidas.
Las contemplé un momento.
Tuve miedo de verlas marchitas:
yo no era tan pálido
para poder llevarlas.*

Los elementos de todos los días, las cosas simples, también afloran en la poesía de Avelino, pero con sencillez:

*Una mosca se pasea sobre mi frente,
siento el asqueroso cosquilleo de sus patas
sobre mis párpados.*

o evoca un enjambre de mosquitos que perturban la placidez de la cita furtiva

puñales musicales agujoneaban mi anhelo.

Pero después viene una poesía más seria, *Mi muerta viva*, larga elegía con zonas esencialmente surrealistas. y, a seguidas,

un ensayo de nueva poesía; la poesía matemática. Como dice Moreno en su carta a Baeza, aunque Avelino nunca desertó de la poesía, se encaminó por el ámbito lucubranter de la filosofía. (47)

El verdadero movimiento filosófico en la República Dominicana se inicia en 1940 cuando Avelino publicó su *Metafísica categorial*, en la que crea una nueva concepción filosófica: *la categorial del valor*. Esa concepción va a desembocar en unas cuantas obras de filosofía como: *Prolegómenos a la única metafísica posible*, *Esencia y existencia del ser y de la nada*, *El problema de la fundamentación del cambio y la entidad*, *Une lettre a Maritain*, *Filosofía del conocimiento* y *El problema antinómico de la fundamentación de una lógica pura*.

Avelino critica el existencialismo al gusto estragado por haber dado la espalda a la actitud metafísica del padre de esa doctrina, Kierkegaard, y afirma después que hasta ahora ninguna filosofía ha logrado situarse en el realismo absoluto, pues considera las existentes a la vez realistas e idealistas. Estas metafísicas pretenden hallar *el sér en sí mismo*, partiendo de *un modo de ser*; pero *el sér* no puede encontrarse mediante una búsqueda, sino por la gracia de la revelación. "Sólo Dios puede ser el ser" el cual emerge desde la cumbre religiosa.

A este respecto afirma Armando Cordero:

"Andrés Avelino realiza también una verdadera epopeya de trabajo intelectual al combatir el sistema kantiano y la concepción relativista de lo suprasensible en que incurren Bergson y Heidegger. Los sistemas de categorías enunciados por Aristóteles, Kant, Hartman, Windelband y Whitehead, los considera mal fundados, puesto que para él se muestra la categorial a través de lo eidético y de lo síquico. Juzga a Husserl como un positivista utópico y asegura que la ciencia, la ontología y la fenomenología o ciencia de la esencia obtiene su validez fundamentándose en la metafísica" (48)

Así Avelino se sitúa en una quinta esfera (agregándole una a las de la ontología contemporánea), para organizar categóricamente los objetos. Y entre los objetos sitúa la realidad divina. Esas cinco esferas son:

- 1o. la de los objetos reales sensibles;
- 2o. la de los objetos reales trascendentes;
- 3o. la de los objetos reales inmanentes (síquicos);
- 4o. la de los objetos reales ideales (también trascendentes);
- 5o. la de los objetos reales valentes.

La *Metafísica categorial* de Avelino no es una obra clara; es densa y profunda, de difícil lectura, por lo que sólo es accesible a minorías muy apretadas.

La prosa es bella, porque Avelino, como buen filósofo, es poeta. No puede leerse sin detenerse reiteradamente a meditar sobre sus conceptos. Es una nueva metafísica de los valores a la que el filósofo ha dedicado largas horas de su vida. Rechaza, valiente y decididamente, teorías de filósofos alemanes que se han dedicado al problema de los valores. Particularmente discute a Kant. El valor está determinado por "un impulso de sentido *a priori* a toda realidad". (49)

Por último, es justo afirmar que Andrés Avelino es la más vigorosa personalidad filosófica dominicana. Según Jacques Maritain es "un metafísico de estirpe con una impresionante intensidad de visión". (50)

RAFAEL AUGUSTO ZORRILLA (1892-1937) es poeta de corto vuelo, pero de gran temperamento poético y nos deleita con pequeños poemitas (libres de metro y rima, que lo caracterizan, como el que reproducimos a continuación:

*¿Qué quieren esos hombres
que noche y día
tanto me persiguen,
que tanto manchan mis vergeles?
Son los seres de la noche.
¿Saben lo que buscan?*

*Impetrarte el desaliento,
Cuajarte los senderos de cimas y de abismos,
Importa que tan sólo
te dejen las veredas
si llevas en ti mismo la clave de los mundos.*

La obra de Zorrilla está diseminada en diarios, revistas y antologías, pues no llegó a publicar libros (51). En esos poemas de Zorrilla, el lujo de la metáfora tiene sonancias que lo acercan más a la poesía no postumista. Como dice Baeza Flores:

"De los tres poetas mayores del postuismo, esta obligada síntesis de sentimiento y expresión, que se impuso tempranamente Zorrilla, le aproximó más que a sus otros dos compañeros a las metáforas e imágenes de vanguardia, creacionista y ultraísta" (52)

Esta afirmación puede confirmarse con varias citas:

*Darás como el silencio de los vientos
rumor de eternidad.
Lejanía.*

*A cada son de la campana
un pájaro volaba.
Pájaros de ala inversa
que mueren entre las tejas.
Campanario.*

*Aquella casa
Sentada en el tiempo
Sobre las nubes
Que alejaba el viento
Iba un pájaro muerto
Caen sus plumas sobre el otoño.
Niño.
caen sus plumas sobre el otoño.*

Se ve que Zorrilla tenía un gran poder de síntesis y un dominio cabal de la creación poética.

OTROS POETAS QUE PASARON POR EL POSTUMISMO

Los siguientes poetas alguna vez (y por alguna razón) fueron considerados postumistas.

MANUEL LLANES (1899-1975) Se liberó prontamente de la trivialidad poética en que ha caído la mayoría de los imitadores de los tres grandes del postumismo. Era un poeta poco prolijo. Tardaba largos lapsos en cada creación. Antes de llevarla al papel, la corregía, la iba diciendo como en sueños, sonámbulo creador. La tranquilidad de su rostro casi inmutable —de apasionado bonzo— le daba un aspecto oriental, que le complacía. En un principio fue el más allegado a Moreno Jimenes; alguna vez le llamaron —quizá a manera de fisga— el Secretario de Moreno. No había tal. Entre ambos había una fiel conjunción de ideales y un incomprendido afán de creación. El mismo Llanes se proclamaba, de viva voz, *no postumista*. Por eso se acercó a *La Poesía Sorprendida* donde produjo sus mejores poemas.

En él es notable su sentido musical que le da recóndito encanto a sus versos. Por momento se complace en hilvanar metáforas musicales con sin igual maestría:

*Mi piedad dormita
como los stradivarius
en la serenata de los ángeles
y concuerda con mi tristeza
un viento frío.
Sonríe la noche en mis labios
entre un coro de campanas,
pero de campanas dolientes
en medio de la noche.*

Hay una especie de arrobo en este largo esperar para la confección, no ya de un poema, sino de un verso. Todo un mundo de fantasía se recrea en su alma y la tortura por la metáfora no apresada o la idea huidiza. Y esto le roba paz. A veces se le convierte en pesadilla, como en *El tren* (con el subtítulo de *Hierro a la deriva*) donde hay una especie de desvelamiento onírico, mas allá del país del sueño y del delirio:

*Suben inefables a su clima y se inclinan a mirar su luz
la última vez frenó y falló. En el tren una brizna trizas.
Me desentonó sobre su noche, ojos, neurosis, llanto,
por su existir me levantó el aura. Un tren que rehusa
con desdén. Todo aquel terrible golpe
de locomotoras como vagones detrás comenzó a cantar: Su
Muerte.*

*Y así me sueño, pues, y ahogo el llanto de noche
en una oscura brisa. ¡Ah! ¿Y a qué hora tú acudes?
¡Adiós briznas! ¡Adiós briznas! ¡Adiós briznas!
¡Adiós!*

Esto no es *postumismo*. Se acerca al *surrealismo*, pero tampoco es *surrealismo*. Hay mucho de personal en la exaltación de este delirio, de este desmoronamiento de hierros sobre la almohada del poeta, que ilumina la luna mientras el campo florido de su alma tiembla:

*Nos sentimos seguros. Nos queda, quizá, el aire,
detrás de una subida sofocación de angustia..
La lámpara se desarticula y el guardavía se devela y sube.
Bronquios de hierro y la monja campana que baila,
que baila como ángeles y demonios en la noche desolada
del viento,*

*para mirar el día. Nos queda el alba
corriendo sobre mi almohada, necesitaba de ti la meta,
y yo fui quien llegó a la estación, tras el cielo alejado,
entre la atonía de las bielas y los balancines hirsutos.*

*Ruedan por las líneas, ruedan, ruedan, ruedan, ruedan,
abdomen, piernas, brazos, etcétera, etcétera, etcétera.
Llegan al paroxismo y tiemblan de noche los rieles;
violetas profundas por los suburbios de las raíces.*

Es un verdadero torbellino de sueños y de pasión, de enredada molicie férrea y esa ansiedad de verlo todo envuelto en la nube musical de su delirio:

*También es este un tren que pasa interno por mi almohada
sobre los cañaverales extendidos de la luna...*

Para concluir con estos tres versos que dan un tono de serenidad solemne al poema, lo que contrasta con todo el torbellino anterior:

*Qué horror es ésto, todo de vagones!
Es fogosa: la locomotora que ilumina su marcha.
Tu mano cae en la mía como un eslabón eterno.*

En *El fuego*, el tono se atempera, y en *La noche* alcanza una dulzura elegíaca de infinita serenidad.

El fuego es un largo poema publicado en la colección *La isla necesaria*. Todo este poema es la expresión del poeta que tiene revelaciones profundas y que extrae vivencias jerarquizadas de sus lecturas bíblicas. Por eso el poema trae un epígrafe del Apocalipsis. (53)

Lo primero que vamos a notar en Manuel Llanes es la justeza de los términos, la preocupación por el ahorro de palabras y la necesidad de que éstas obedezcan a un sentido puro de lo que se quiere expresar. A veces se diría que él encuentra insuficiente el lenguaje para expresar los sentimientos torturantes. Por eso, ante el crepitante horror del fuego que multiplica sus lenguas enrojecidas, piensa en la eternidad con una pertinacia dolorosa:

En ese andén de las incontables sombras

¿Cuál eres?

*Ni tú ni yo lo sabemos. Pero dime,
aún antes de que seas signo:*

*¿Por qué sonó la voz de Dios desde donde te tiendes
y detuvo la primera pareja en las volantes hojas?*

¿Qué será de mi dolor sin una eternidad?

Pero el fuego no es tan sólo la iluminación infernal, y el poeta puede, incluso, en su solariega angustia, convertirse en su intercesor; fue la forma de manifestarse Dios en el Sinaí, para hacer menos deslumbrante su presencia y fue el carro de Elías en sus cóleras hieráticas. Y es el esplendor de las tinieblas que se agotan en cenizas y el de un niño en el artificio de la luz. Por eso dice el poeta:

*Tú tienes — ioh, fogata! — tus gráciles pies en las
tinieblas*

*para dejarlas transfiguradas en cenizas,
y ya ves que mi cara se está poniendo ceniza
y veo la casa que se reenciende con un niño
que quema luces de bengala.*

Luzbel, doncel rebelde, quema la brevedad de su sonrisa en las llamas del fuego, y es entonces, el fuego, roja ironía que ilumina la protervia y cae sobre las ciudades malditas y las destruye; pero otras veces se desprende del cielo en alaridas tremendas, que son la cólera de Dios. Ya lo dice el poeta:

*Cuando tú gritas a un túmulo desesperadamente,
Dios tiene las alteraciones de su fiebre
y empiezan las descargas de las tronadas
para vernos en los solsticios.*

Todo lo que el fuego brinda como factor de sorprendentes deleites y fulgores de terror viene en este poema que termina con este verso desconcertante:

Escuchamos formarse un acto en el fuego de los aires.

El largo parto de sus poemas hace de Llanes un poeta de exigua producción ¡Lástima grande!

Como persona Llanes fue algo excepcional: en ningún otro se escondió tanta sencillez ni tan bondadoso morigeramiento. Por eso su presencia concitaba amor y admiración sincera. Irradiaba ternuras inefables.

TOMAS HERNANDEZ FRANCO. (1904-196..) Es menos postumista, aún, que Llanes. Fue poeta de originales encantos, tirado más a los temas de lo que se llamó poesía negra, expresada en poemas octosílabos, que a veces recuerdan el romance lorquiano, con figuras marinas a lo Rafael Alberti, en su libro *Canciones del litoral alegre* (1936), donde la nota más sobresaliente es la alegría.

Hernández Franco desde su Santo Domingo centra una constelación de islas a las que canta, y en sus canciones vuelca la gracia popular, con sal de nuevas modalidades — sal de mar borracho de huracanes tumultuosos que florece en los ojos amados:

*¡Qué dulce es la sal del mar!
¡Qué bueno es irse muriendo
de tu mirar y besar!*

Se dijera el *Marinero en tierra*, de Alberti, sólo que todo en Hernández Franco es antillano, rancieramente antillano y portuario, hasta los negros cancioneros que se beben la luna “con dientes de canción”. Los marineros de Hernández Franco no son de tierra sino de mar, de mar con tiburones y embravecidas olas:

*Toda la tierra. La tierra que tú veas
es la misma del viaje:
es la misma que aguarda
cuando digas Adiós!*

En todos estos poemas retoza la alegría; alegría por las pleamares saladas de un mar henchido de embriagantes aventuras; alegría por las costas de corales, donde se bebe amor embrujado de carnes duras y brisa yodada, y alegría por las aventuras que terminan en deslumbrantes desmayos de alcohol.

Asaz popular es su *Salutación a Pancho Alegría, capitán de goleta*, que fue figura popular muy conocida en los puertos antillanos:

*Salud, don Pancho alegría,
buen capitán de goleta,
matador de tiburones
rico en naufragios y rutas,
conocedor de los vientos
—crucigrama de las islas—
buzo de la noche negra,
buen hablador de dialectos,
rezador de avemarías
por aduaneros y puertos!
Salud, don Pancho Alegría,
parrandero de tormentas,
dormilón de calmas chichas,
marrullero de corrientes!
En la noche del Ozama
no se te ve ni la cara
—alquitrán de cala limpia—
luz de bengala, tan sólo,
los nombres que vas cantando:
Puerto Plata, las Bahamas,
Aruba, la petrolera,
Turkilán de sal estéril,
Curazao de ron bueno,
Paramaribo y San Tomás,
Jamaica en costa de cocos...
y la muchachita aquella,
capitán, dulce de plenas,
de San Juan de Puerto Rico.*

¡Salud, don Pancho Alegría!

*¡Sin brújula se te va
el alma recuerdo afuera!*

*El alma sí se te ve
blanca de espuma en bañía,
gallardete de tu cuerpo,
el alma sí se te ve.*

*¡Capitán Pancho Alegría!
Mañana —“pa Venezuela”—*

*por los mares del ciclón
tu cargamento de frutas
irá alegre, capitán!*

*Vendrás, con lastre de piedras
y con vientos de canción*

*— alguna historia en tu casa,
miles en el malecón —*

*y en la taberna del muelle
un solo trago de ron!*

*¡Salud, don Pancho Alegría
buen capitán de goleta!*

Nada más reñido con el *postumismo* que estos octosílabos y ese tema tan claro y accesible.

Tomás Hernández Franco fue diplomático: desde sus largas estadas en el extranjero nos llegaban sus cuentos magníficos, conferencias, artículos, escritos todos con mano maestra. Y un día... un interesante poema: *Yelidá*.

Yelidá es la historia de una mulata, hija de un noruego y una negra antillana, que trae en sus carnes lujurias selváticas, con trasfondo de melancolías nórdicas. Hay en ella todo el frenético ancestro, pleno de supersticiones, del hijo de Africa. Y pudo más en ella su atavismo que el grito de la civilización:

*Pero aquella noche Yelidá había tenido su primer amante
estaba tendida y fresca como hoja amarilla muy llovida
adolorida sin dolor casi despierta en la hamaca de un sueño
tibio*

*le vivía tan sólo un golpe amado de tambor en las sienes
y en el vientre se le dormía la música y la danza.*

*Por los caminos de la lombriz y de la hormiga
rota toda esperanza regresaron.*

*Con alma de araña para el macho cómplice del espasmo!
Yelidá por el propio camino de su vientre
asesina del vientre perdido entre los dientes de la gruta
ahí estaba vegetal y ardiente
cosa de hoja podrida fermentada en penumbra tiempo y
luna*

*hecha de filtro y de palabra rara
en el agua del charco con su verde y su larva
y su ala a medio nacer y su andar de meteoro.
Yelidá deshojada a sí y a no
por éxtasis de blanco y frenesí de negro
profunda hacia la tierra y hacia el cielo
en secreto de surcos y en misterio de llamas.*

Será fácil escribir la historia de Yelidá un día cualquiera.

Tomás Hernández Franco alcanzó con *Yelidá* la cima de su gloria poética.

PEDRO MARIA CRUZ (1912-197..) es de un lirismo desbordado en una obra breve, y de una modernidad no equivalente al modernismo; más bien se acerca al Neruda menos complicado de los primeros poemas, con una maestría singular para el uso de la metáfora:

*Para ti mis ensueños machaqué con luceros
y me fui con los besos que flechaban tus albas
y tus ojos conmigo derrotaban las sombras.*

Por último, FRANCISCO DOMINGUEZ CHARRO (1918-1943), atormentado y puro, fue un poeta muerto en la flor de su gran talento creador. Amó entrañablemente a Moreno

Jimenes, y reflejo de ese cariño se ve a cada instante en el agua plateada de sus versos.

Enfermo en toda su juventud, caminaba por los puertos de su San Pedro de Macorís natal, esmaltando sus versos con metáforas marinas, que alcanzaron gran popularidad:

*Y tu barca está encendida de cal
de luna entera,
bajo esta noche nueva, sonámbula
de mástiles.
Pescador taciturno, alfarero de peces.*

... ..

*¡Ay, la canción del viento
caracolas marinas!
— ¡Oh, augurio de las quillas! —*

... ..

*Al retorno, tu barca vendrá toda repleta
de metales fundidos: oro, plata y acero
de peces intranquilos, llenarán tu vivero*

... ..

*Y así, como un bohemio de los mares,
con un fulgor de peces y metales
de babor a estribor
seguirás navegando, pescador.*

*Y atracará tu bajel en la espuma
risueña
recién llegado al puesto de tu costa trigueña
de tu ruta de amor
sin fronteras.*

Canción del pescador.

Un elevado anhelo de originalidad — logrado a trazos — llevaron a Domínguez Charro a ciertas extravagancias que superaba con su gran temperamento poético. De Moreno heredaba Domínguez Charro la dominicanidad y el uso de elementos de su patria para su imágenes:

*... su piel, sin jazmines ni nardos
endulzó en mi sorpresa
sabor de tamarindos.*

.....

*Sus nísperos crecientes, derramaron
la firmeza pagana de sus mieles
en mi muda prisión humedecida.*

.....

*La corola de nardo de tu piel taciturna
retorna en las pupilas de los silencios largos.*

.....

Luciérnagas de ámbar.

De pronto nos sorprende con una estrofa de original belleza, como:

*Cóncava unción de luz eran tus ojos.
Rosa crema de sol era tu gesto.
Y eras la lejanía de la albahaca....
Maciza plenitud serían tus besos.*

Postumistas eran en este poeta ido a destiempo las citas de las cosas de su tierra. Y si citaba cosas exóticas —muy del gusto modernista— lo hacía en sentido negativo, como en el poema *Yo que no he visto nunca*:

*Yo que jamás he visto los trigales
presentí los trigales de tu cuerpo.*

.....

*Me han dicho los poetas de mi tierra
que es blanco el cisne de plumaje, y lento;
yo no lo digo, amada, pero puede
ser cierto.*

*Me han hablado de góndolas azules
y dulces barcarolas de Venencia*

La obra de Domínguez Charro, aunque breve, es valiosa, y más que nada alcanzó notoriedad por el sentido social de su mensaje, semejante al de su compueblano Federico Bermúdez. Muy especialmente su poema *Viejo negro del puerto* —banquete de declamadores— que vamos a reproducir íntegro:

*Viejo negro del puerto,
hace mucho que vengo mirando
la oscura silueta de tu cuerpo manso
deslizarse, en silencio, en las noches
del muelle a lo largo;
por recintos cargados de sombras
con tu fardo de penas a espaldas,
yo te he visto escrutando, a lo lejos,
algún raro misterio
perdido en lo alto...*

*Yo te he visto, sumido,
responder al reclamo
— de ese grito silente de tu alma —
cuando aspiras el humo en tu pipa
en profundas y lentas bocanadas...*

*Y te he visto, también,
deshilar el fulgor
de tus ojos noctámbulos
por las aguas plateadas...*

*¡Viejo negro del puerto!
Esta noche de niebla es propicia
al rito mudo de tu fervor atávico;
prende tu pipa fuerte,
embriágate de trópico,
sumérgete en ti mismo
y apura tu nostalgia.*

*Escancia la tortura de tu alma
en un festín inmóvil con tus ansias:
Insúflate en la nada,
penetra los abismos insondables,
fija la indescriptible quietud
de tu mirada
y acorta la jornada redentora
de tu retorno al Africa...*

*Viejo negro del puerto !
Retorna en el espíritu
a su sombra sagrada.
Embárcate en la leve piragua imaginaria
de tu inconciencia mártir,
— y llora inconsolable —
que en esta noche lágrimas.
sólo un millón de estrellas
verán correr tus lágrimas.*

*Viejo negro olvidado;
beodo iluso de agonías nocturnales;
yo te he visto, muchas veces, tu herida destilando
llamaradas intensas de fugas ilusorias
y tus pupilas mansas
se han teñido de selva
en actitud fantástica...*

*¿Viejo negro del puerto!
¿qué deseo te taladra?
Qué mística idolátrica
penetra tus entrañas
que, inmóvil, como estatua,
te embriaguas de fulgor*

de mil estrellas lánguidas...?

... ..

*... Inútilmente sueñas
con tu retorno al Africa.*

*Si pudieras tejer con tus brazos
un pedazo de jungla flotante
y dejarte arrastrar por los mares...
o tejer con claros de luna
un velamen muy blanco y extraño
y dejarte impulsar por el aire:
¡Viejo negro del puerto!
Quisiera consolarte.*

NOTAS DEL CAPITULO XXI

(1) Alberto Baeza Flores. "La poesía dominicana en el siglo XX" Vol. I. U.C.M.M. Santiago de los Caballeros, 1975.

(2) Ob. cit.

(3) Citado por Baeza Flores en la Ob. cit.

(4) Manuel Rueda y Lupo Hernández Rueda. "Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea". U.C.M.M., Santiago de los Caballeros.

(5) Citado por Baeza Flores.

(6) Pedro René Contín y Aybar. "Antología poética dominicana" Librería Dominicana. Santo Domingo. 1943.

(7) Vigil y Díaz eran, en realidad sus apellidos. Su nombre completo era Otilio Vigil Díaz.

(8) Así explica el propio Moreno Jimenes en la "Página preliminar" del libro de poemas de Andrés Avelino, "Fantaseos", publicado en 1921.

(9) Andrés Avelino. "Panfleto postumista". en su libro de poemas "Fantaseos". Santo Domingo 1971.

(10) "El creacionismo de Huidobro, Fernández Moreno y otros, dejó de ser americano en España y escuela literaria en París". A Avelino. "Panfleto postumista".

(11) El "Diario de un poeta recién casado", de Juan Ramón Jiménez, se publicó en 1917.

(12) Ahí están Rafael Américo Henríquez, Tomás Hernández Franco, Manuel Llanes, Francisco Domínguez Charro y otros.

(13) "En nuestro medio el postuismo ha sido combatido con estos dos elementos: la ignorancia de los incultos y la mala fe de los cultos; mas de esto excluimos a Horacio Blanco Fombona, Enrique Henríquez, Quiterio Berroa, Félix María Pérez, Lorenzo Despradel, Angel Rafael Lamarche, Antonio de Lima, Arturo

Logroño, Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, Apolinar Tejera, Manuel Amiama y Jacinto R. de Castro; espíritus selectos que no se han dado a la labor de cultivar nuestros ideales estéticos pero sí de sentir profundas simpatías y admiración por ellos" A. Avelino. Ob. cit.

(14) Flérida de Nolasco . "Domingo Moreno Jimenes. Antología". Colecc. Pensamiento Dominicano. Sto. Dgo. 1949.

(15) Antonio Fernández Spencer "Algunos aspectos de la poesía de Domingo Moreno Jimenes" Anales de la Universidad de Santo Domingo. 71-72 Julio-Diciembre. Sto. Dgo. 1957.

(16) En Santo Domingo le llaman "bruja" a una mariposa grande, generalmente de color negro.

(17) "Me es grato tener la ocasión de anunciar a los que se han valido de todos los medios para separarnos con el objeto inverosímil de destruir el postumismo, que esto es imposible; nos unen lazos espirituales muy estrechos sin mezquino interés y con la única ambición del triunfo de nuestro ideal" A. Avelino. Ob. cit.

(18) Ob. cit.

(19) El "Manifiesto" fue escrito por Andrés Avelino y figura en su libro de poemas "Fantaseos".

(20) Pedro René Contín y Aybar "Sobre fauna y flora poéticas dominicanas". Cuadernos dominicanos de cultura. No. 2. Octubre. 1943.

(21) Pedro René Contín y Aybar. "Como leer a nuestros poetas" Conferencia. Cuad. Dom. de Cult. No. 3, 1943.

(22) Domingo Moreno Jimenes. "Antología" Ordenación y prólogo de Flérida de Nolasco. 2a. Ed. 1970.

(23) Ob. cit.

(24) Nótese que, a pesar de los asonantes en o a, de los versos pares, en estos 16 versos se usan los siguientes metros: 7-5- 10- 7- 4- 20- 7- 4- 12-10-17-3-14-13-9-9. Es como si se tratara ya de versos libres.

(25) Domingo Moreno Jimenes. "Encuentro serio" Página liminar de "El poema de la hija reintegrada".

(26) Ob. cit.

(27) Oigamos parte de su "Recuento serio": "Cuando murió mi cuarta hija, mi contacto con las fuerzas sobrenaturales de la materia no tuvo ponderación. Es cierto que yo había pasado meses asistiéndola en su enfermedad. Pero después, por el imperativo categórico de mi vida, tuve que abandonarla para ir en viaje a San Francisco de Macorís. En vista de que la dejaba mal y mi compañera no conocía bien a Santiago de los Caballeros, compré una cajita de madera ordinaria y con un paño blanco encima la dejé sobre mis maletas de viaje. A mi regreso continuó mal y yo no me deshice de la cajita sino después, cuando me vi precisado a hacer otro viaje. Como desde que nació siempre estuvo enferma me acostumbree a que tenía necesariamente que perderla. Con todo, su muerte me produjo un desgarramiento tal, que todavía hoy no me he repuesto de él. Cuando perdí el primer hijo (Julio de 1926), sólo sentí una atonía y un pesar como de desencanto. Es verdad que casi un mes yo fui su médico y estuve luchando desesperadamente para arrancarlo de la muerte. Parece que como mi gran vieja había muerto dos meses antes, no cabía en mi alma fuerza para más dolor. Mi segunda hija (abril de 1929) murió de un modo casi inesperado para mí. Al recogerme en mi casa como a eso de las once me di de bruces con su velorio.

Como pasaron ciertos carpinteros amigos míos por esas horas ahí, nos pusimos todos a construir su cajita. No olvidaré nunca el sonido de los martillos sobre la madera. Para su madre que estaba allí ésto tenía que ser aún mas tétrico. Mi tercer hijo (marzo de 1932) murió en mi ausencia. Al otro día que pude regresar, ya lo habían enterrado. Mi consuelo fue ir al pedacito de tierra del cementerio de Sabaneta, donde lo habían depositado minutos antes. Mi angustia mayor fue cuando me fui acercando al poblado. Ya en mi casa, yo me dediqué a llevar palabras de resignación a mis pobres familiares atribulados....”

(28) Ob. cit.

(29) Emilio Carilla. “Quevedo y el Parnaso español”. Ed. de la Acad. de la Leng. Argentina 1948.

(30) Ramón Gómez de la Serna “Quevedo y la muerte” Rev. de Indias. Bogotá. 1945.

(31) Véase “El desgarrón afectivo en la poesía de Quevedo”, de Dámaso Alonso, en el libro “Poesía española”. Ed. Gregos. Madrid.

(32) Dice Avelino en el Manifiesto Postumista: “La América debe superar a Europa”.— “Juventud de América, préstanos tus brazos para extender el índice hacia el horizonte de los siglos”.

(33) “Los mármoles de Paros y de Corinto no se han hecho para nuestras estatuas. No tendremos en nuestros calderos surrapas de Verlain ni de Mallarme, de Tristán ni de Laforgue. Homero y Virgilio, Goethe y Shakespeare no serán más que divinidades que respetaremos, soles apagados que no nos iluminarán” A. Avelino. “Manifiesto Postumista”.

(34) Nos lo dijo de viva voz, autorizándonos a hacerlo público.

(35) La mayor parte de los párrafos dedicados a Moreno, pertenecen a un ensayo que escribimos en ocasión de un homenaje que se le rindió al poeta en 1963.

(36) Héctor Inchaustegui Cabral. “El pozo muerto” Librería Dominicana. Sto. Dgo. 1960.

(37) Ob. cit.

(38) De 1929 a 1930 “El Día Estético” salió en Santo Domingo; en 1931 en San Pedro de Macorís; en 1932 en Santiago de los Caballeros; de 1936 a 1937, de nuevo en Santo Domingo, y hasta se publicó en San Juan de Puerto Rico por la década del 40, bajo la dirección del poeta puertorriqueño Luis Hernández Aquino.

(39) Véase supra.

(40) Rafael Augusto Zorrilla. “Apuntes postumistas” Sto. Dgo. 1922.

(41) Ob. cit.

(42) Ob. cit.

(43) En él figuraron Moreno Jimenes, Andrés Avelino, Rafael Augusto Zorrilla y Vigil Diaz.

(44) Traía versos de Moreno Jimenes, Rafael Augusto Zorrilla, Andrés Avelino, Jesús María Troncoso, José Perozo y Luis A. Mota.

(45) Figuraron Moreno Jimenes, Avelino, Zorrilla, Francisco Ulises Domínguez, Jesús María Troncoso, Tomás Hernández Franco, Rafael A. Brenes, Julio César Castro, Aristides Pina, Ramón Pérez Ortiz y Manuel Viera.

(46) Su verdadero nombre era Andrés Avelino García Solano, pero el firmó siempre sus obras literarias y filosóficas: Andrés Avelino.

(47) Véase mas adelante el capítulo dedicado a la filosofía en Santo Domingo.

(48) Armando Cordero. "Panorama de la filosofía en Santo Domingo". Ed. El Caribe. Santo Domingo. 1956.

(49) A. Cordero. Ob. cit.

(50) Los párrafos dedicados a la filosofía de Avelino pertenecen a un ensayo que escribimos el 23 de junio de 1974, con ocasión de su muerte ocurrida días antes. (Murió en marzo de 1974).

(51) Dejó inédito un libro de poemas que titulaba, simplemente, "Cielos".

(52) Ob. cit.

(53) El epígrafe de "El fuego" dice: "Y otro ángel salió del altar, el cual tenía poder sobre el fuego y clamó con gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas" Apocalipsis. 14:18.

CAPITULO XXII

NUEVOS ELEMENTOS DE LA CULTURA DOMINICANA

INTELECTUALES DE CLUB Y SALON:



MAX Henríquez Ureña, en su historia acerca de la Literatura dominicana (1), dedica unas páginas con este título a personajes paradigmáticos de nuestra cultura, cuya obra se perdió o que no llegaron a escribir nada, pero que tuvieron notables influencias en su generación.

El dominicano ha sido generalmente afecto a la tertulia literaria, y en este sentido es bueno recordar que aunque no podemos mencionar una de la calidad de *El Parnasillo*, cenáculo de poetas del Madrid romántico, donde se formó el carácter de poetas de la alta personalidad de José Espronceda, tuvimos algunas de esas tertulias, como la de *La Cueva*, centrada por la figura patriarcal de Enrique Henríquez, y una que otra tertulia de la calle del Conde, donde charlaba con agradable facundia un poeta español radicado en Santo Domingo: Juan José Llovet.

Entre esas figuras notables, de un pintoresquismo muy especial, podemos mencionar a Alejandro Woss y Gil (1856-1932).

"El general Alejandro Woss y Gil —dice Maz Henríquez—, que sustituye a Billini en la presidencia de la República, y diez y siete años después ocupó otra vez la primera

magistratura, es un caso curioso en la vida intelectual dominicana: si no fuera porque todo el que lo conocía y disfrutaba de su amena conversación quedaba encantado de su variada cultura y de su fino ingenio, podría decirse que fue el intelectual desconocido.” (2)

Fue un político audaz, valiente, gran tirador, enamorado, ameno. Sus dotes de orador, poco cultivadas, y conocidas de muy pocos, lo hubieran hecho el orador por excelencia, y, quizás, un buen conferencista. Sin embargo:

“...una conferencia que pronunció, muy joven aún, en la Sociedad de Amantes de la Luz, dejó en sus oyentes impresión muy grata, como la dejaron algunos de sus discursos ocasionales de actualidad política”. (3)

Entre sus muchas aficiones estaban las pictóricas (4) la música y la poesía, que cultivó tímidamente en sus mocedades. (5)

Pronto se alejó de todas estas actividades, pero no abandonó las lecturas, y esto nutrió su acervo, deviniendo en un gran conversador, ingenioso y ocurrente. En los círculos intelectuales y políticos se hicieron famosos sus cuentos y chistes, todos de su pura invención. Woss encabeza la lista de admirables conversadores (*causeurs*) con que contó nuestro país.

Otra figura de admirable vida intensa fue el sacerdote GABRIEL MORENO DEL CRISTO (1831-1905), un extraño desarraigado de su patria. Sólo se sentía bien en París, la ciudad mundana de eternas alegrías, de mujeres veleidosas, salones de gran boato, vodeville, vales vieneses y poetas bohemios y malditos. Era alto, elegante, de rostro moldeado con un buen perfil. En París cultivó amistades inolvidables.

Se desarrolló con movimientos poco hieráticos, en los círculos frívolos y cortesanos, y tuvo la vanidad de preparar un rico Album, encuadrado con incrustaciones de valiosas gemas. En ese Album estamparon sus firmas muchas de las más altas personalidades de Francia.

Vivía de los emolumentos que le procuraban cronicones que publicaba en los periódicos de la capital gala, la mayoría de las veces relacionadas con quehaceres de la vida social y mundanal.

Parte de su vida se expone en su Album, donde proclama lo agitado de su existencia en París. Hasta el uso de la sotana era una coquetería en él.

A veces aparecía en Santo Domingo contando historias animadas de su encantadora estada en Europa; entonces liquidaba sus bienes y agotaba parte de su caudal, para poder regresar al Viejo Mundo y a su agitada vida. Porque decía: "París, o las Pampas del Guabatico"; aludiendo a la desolada sabana del Este, la cual conoció en su infancia.

Como intelectual no había escrito nada. Sólo se conocía su animada conversación, acervo de una cultura superficial, y algunos discursos fogosos que pronunció en su juventud. Había ocupado un escaño en el Congreso Nacional. Muchos lo tildaban de orador.

"Un día marchó a Europa —dice Max Henríquez— desempeñó por breve tiempo funciones diplomáticas, supo cultivar buenas relaciones, obtuvo, no sé con qué motivo un galardón de Comendador, y desde entonces firmó Comendador Gabriel B. Moreno de Christo. Y se convirtió en el arquetipo del desarraigado hispanoamericano en que fue pródigo el siglo XIX: el trasplantado a París que ya no concibe el disfrute de la vida más que en París". (6)

En 1901, arruinado, vino definitivamente a su patria. Y muy enfermo también. Sufría de parálisis y estaba sujeto a una

silla de ruedas, que él mismo manipulaba con sus manos. Pero vivía alegre, evocando con dulces nostalgias el pasado que le tocó vivir y las delicias de la Ciudad Luz.

“Vida de salón —dice Max Henríquez Ureña— de charla insustancial y de genuflexiones galantes, pero esa era la que mejor se avenía con sus ilusiones de abate versallesco del siglo XVIII. El recuerdo de aquellas horas lejanas dulcificaba sus padecimientos. A veces, rodeado de amigos que acudían a disfrutar de su agradable charla, requería la guitarra, vieja compañera de pasados triunfos y aventuras, y ejecutaba con innegable destreza algún fragmento de buena música: a veces de Chopin o una melodía de Massenet. “Verdad que aún soy dueño de una virtuosidad rara? ”, preguntaba después sonriendo con aquella vanidad pueril que nunca le abandonó”. (7)

Después de publicar un pequeño volumen con artículos y ligeras biografías, murió con su sonrisa nostálgica.

Otra de las personalidades interesantes, de las que se la pasaron hablando con rara facundia y no escribió una obra fundamental que lo recuerde, el Dr. LUIS HERIBERTO VALDEZ, un certero observador de la realidad dominicana, que dio sustancia a muchos escritores, contemporáneos suyos, para que escribieran obras que hoy gozan de dilatada fama. Valdez es uno de los talentos más fecundos que hemos conocido.

Pero el más original y pintoresco de todos estos personajes fue DEMETRIO RODRIGUEZ, guerrillero audaz e invencible que bordó páginas que pudieran parearse con la leyenda. Rico hasta la saciedad, este montecristeño paseó Europa y escanció vino añejo de los más codiciados viñedos.

Joaquín Balaguer dice al respecto:

“Acaso el tipo que mejor encarna esa suma de grandes flaquezas y grandes virtudes, que según José Ramón López se funden en el alma dominicana, sea Demetrio Rodríguez, aquel gran sibarita que pasó por la vida nacional

derrochando oro y derrochando valor con la fastuosidad de un príncipe del Renacimiento.

Un solo rasgo basta para poner de relieve su carácter, mitad de hidalgo español y mitad de centauro americano.

Aprendió en Berlín a recitar a Goethe en alemán, gastó una fortuna en los casinos de Londres y recorrió de un extremo a otro a Italia, pasando en muda contemplación ante sus mármoles, soberano de todas las melodías como el verso de Marsilio."

Recreo del alma hubiera sido una autobiografía de este hombre singular.

EXTRANJEROS EN SANTO DOMINGO

De la misma manera que innúmeras familias dominicanas fueron llevadas, por los azares de la política, a vivir en otros países de América, llevando su fecunda semilla de cultura a tierra extraña (8), así Santo Domingo se benefició, aunque por breves momentos, de estas corrientes migratorias de extranjeros hacia nuestro país.

La más notoria y gentil de esas estadas en el país, es la del muy ilustre filósofo y educador EUGENIO MARIA DE HOSTOS (1839- 1903), quien llegó a la República Dominicana, por primera vez, en 1875.

Su primer contacto en Puerto Plata, donde arribó, fue con Gregorio Luperón, el altivo caudillo de los altos ideales, quien, después de haber sido la más acerada espada de la Restauración, acariciaba la idea de la existencia de tres antillas libres.

El ambiente puertoplateño fue agradable para Hostos. Allí se encontraba su compatriota RAMON EMETERIO BETANCES (1827-1898), decidido separatista puertorriqueño y, al igual que el ilustre educador, de ascendencia dominicana.

La idea de la Independencia de Cuba y Puerto Rico fermentaba en *Las dos Antillas*, periódico que publicaba en

Puerto Plata un emigrante cubano, Enrique Coronado, y en el cual dio a conocer Hostos algunos de sus artículos enjundiosos.

Cuando el Presidente González, temeroso de ofender a España con la campaña que se mantenía a favor de Cuba, suspendió *Las dos Antillas*, Hostos decidió publicar otro periódico con el nombre de *Las tres Antillas*, que, al ser suspendido, a su vez, dio paso a *Los antillanos*.

Hostos se ausentó del país en 1876, y regresó en 1879, asentándose en la ciudad de Santo Domingo. Un grupo de admiradores y amigos lo invitaron a fundar, en 1880, la primera Escuela Normal de Maestros, en tanto que seguían apareciendo en los periódicos sus artículos orientadores, y, sobre todo, enjundiosos trabajos de alto interés para la República Dominicana, su patria de adopción. (9)

Todo lo que el pueblo dominicano escuchó de labios de Hostos o leyó con su ilustre firma eran palabras de alta moral, de aliento para sus tribulaciones, de un ideal encaminado a la alianza, por lazos fuertes de amor, de las tres Antillas. Todo lo que escribía estaba henchido de pasión, de amorosa pasión.

Pero Hostos, el gran pensador americano, es, más que nada, un educador, y desde las aulas de la Normal Superior se entregó a la magna obra de la reforma educacional, para la cual encontró el decidido apoyo, desde las altas esferas, del noble Gregorio Luperón y del Arzobispo Meriño. Pero no todo fue de perlas para el educador.

Hostos, según Max Henríquez Ureña, era “un positivista de tipo spenceriano con rosados tintes de krautsismo y con gran fuerza original creadora, a la vez que un apóstol del ideal y de la acción intelectual. Su pedagogía racionalista se basaba en los métodos más avanzados de su tiempo: Sobre ellos construyó un sistema propio, anticipándose a muchas innovaciones” (10)

A estos conceptos agregamos los del escritor y filósofo Pedro Troncoso Sánchez:

“Para mi no hay duda de que en la base de la pedagogía de Hostos hay la anticipación de una teoría de los valores que han puesto claridad en la intuición de realidades supremas

confusamente advertidas desde antiguo incluso por los grandes filósofos. Para convencernos de ello oigamos este párrafo en que se perciben los antagonismos entre naturaleza y espíritu, y llama historia al resultado de este encuentro discordante, erigido en segundo creador, que el hombre debe superar para alcanzar verdadera armonía” (11).

Y este es el párrafo de Hostos que cita Troncoso:

“La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar en una armonía superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiablo los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral o intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua” (12)

La fórmula educacional de Hostos era revolucionaria y en pugna con la educación dogmática entonces en boga. Se apoyaba en la cultura humanística por sobre toda razón.

Las doctrinas hostosianas concitaban una ola de protestas, que dirigía el Pbro. Francisco Xavier Billini, rector del Colegio San Luis Gonzaga, quien acusaba a Hostos de propugnar una escuela sin Dios. Podía decirse que todo iba a marchar mal para el insigne puertorriqueño. Pero desde el primer momento tuvo a su lado amigos y admiradores que lo apoyaban y lo seguían decididamente.

Entre esos amigos de Hostos podemos mencionar a FRANCISCO HENRIQUE Y CARVAJAL (1859-1935), médico y patriota, que llegó a ser Presidente de la República, en momentos conflictivos para la patria, y padre de los ilustres

humanistas Pedro y Max; su esposa Salomé Ureña de Henríquez, quien puso bajo los ideales del maestro el Instituto de Señoritas de Santo Domingo (13) y José Pantaléon Castillo (1852-1916), alumno de ROMAN BALDERIOTY DE CASTRO, un educador puertorriqueño, discípulo también de Hostos, que en 1880 fundó en Santo Domingo la Escuela preparatoria, y quien a instancias de la sociedad *Amigos del País*, dictó las primeras lecciones de Enseñanza Superior.

La eximia Salomé Ureña, nuestra primera educacionista, guardó gran respeto para Hostos, quien a su vez, admiraba a la delicada y maravillosa mujer que se hizo cargo de la educación de la mujer dominicana.

Al graduarse las primeras maestras normales del Instituto, Hostos pronunció un magnífico discurso en el que dijo:

"...venís preparadas por esfuerzos de la razón hacia lo verdadero; por esfuerzo de la sensibilidad, hacia lo bello; por esfuerzo de la voluntad hacia lo bueno, por esfuerzo de la conciencia hacia lo justo" (14)

Pese a la opinión contraria a este método de enseñanza laica, la viña educacional de Hostos dio jugosos racimos. Ya en 1884 vio como se graduaban los primeros maestros normales del país. En esa memorable ocasión pronunció un magistral discurso, del cual son estos párrafos elocuentes:

"Todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón... La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaba en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la nación; y estuvo en la enseñanza... Era indispensable formar un ejército de maestros, que en toda la República militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el caudillismo, contra el continuismo, contra la barbarie" (15).

Fue un discurso histórico, donde el gran pensador antillano volcó todas sus ideas, con una sinceridad infinita. La gravedad de sus conceptos provocó notoria admiración en América. Refiriéndose a esa oración inolvidable, dijo el filósofo mexicano Antonio Caso: "es la obra maestra del pensamiento moral de la América española". (16) Y el filósofo norteamericano Edgard Sheffield Brightman expresó que aquel pronunciamiento "hubiera bastado para pertenecer Hostos a las edades y haber entrado en la mansión de los inmortales; porque no fueron voces fortuitas (sus palabras) en un instante tribunicio, sino símbolos perpetuos de su devoción vehemente a la razón y a la verdad". (17)

Ese ejército de maestros normales fue creciendo con el tiempo, en los años sucesivos, hasta que en 1887, el Instituto de Señoritas de Salomé Ureña dio sus primeros frutos, ocasión en la que Hostos pronunció otro memorable discurso del cual son los siguientes párrafos:

"¡ Ahí están! En el primer momento del via crucis, dando el primer paso en la vida de lo ideal a lo real. Vienen de lo ideal. ¡Las miserandas!

Venís condenadas a luchar con vuestro medio social; pero nunca la luz es más gloriosa que cuando, difundándose pausadamente por entre masas impenetrables de vapores, después de largo combate, brilla al fin; venís condenadas a sufrir: pero vais a sufrir por alcanzar la misma gloria de enseñar el sol. Vuestro sol sea la verdad: enseñadlo al pequeñuelo, enseñadlo a los sencillos, enseñadlo al inocente, y día llegará que lo vean los adultos, en que con su luz se mejore el delincuente. Entonces, aunque no hayáis atendido al resultado, habréis reconstruido el cuerpo enfermo, habréis reorganizado la sociedad desorganizada, y cualesquiera que hayan sido los dolores, bendecida de vosotros será la recompensa. ¿Qué recompensa más digna de altas almas que el haber regenerado con su ejemplo y su doctrina la patria desconocida de sí mismo?

Desconocida de sí misma. En el fondo de este caos no hay más que ignorancia. Si la patria supiera de sus fuerza, si supiera dirigirla, qué inesperados prodigios haría en el porvenir" (18)

Hostos tuvo visión precisa de la grandeza de esta constelación de mujeres que había graduado como maestras normales la eximia Salomé, pues todas fueron egregias educadoras: Eva Pellerano y Luisa Ozema Pellerano, quienes reorganizaron el Instituto de Señoritas que los quebrantos de salud de Salomé obligaron a cerrar, y que rebautizaron más tarde con el nombre de Instituto de Señoritas "Salomé Ureña"; Socorro del Rosario Sánchez y María Nicolasa Billini, fervientes hostosianas, cuyas escuelas siguieron sus métodos; Anacaona Moscoso de Sanchez, quien fundó en San Pedro de Macorís un Instituto de Señoritas y otras más... (19)

Entre otras cosas Eugenio María de Hostos fue en el país catedrático de Derecho Internacional y Penal, y de Economía Política. En Santo Domingo publicó *Los frutos de la normal*. (20) Aquí también publicó su *Derecho constitucional* su *Moral social*, fruto de las cátedras dictadas a sus discípulos, y sus dramas infantiles.

Fueron días de grandes actividades para el maestro: escribió enjundiosos ensayos filosóficos-literarios, entre ellos el del *Hamlet*, de Shakespeare, que es de lo mejor que hemos leído sobre la tragedia inmortal, y dictó cátedras de Pedagogía, Geografía, Prehistoria, Economía Política, Lógica, Vidas Ejemplares, Crítica general y Astronomía.

El periodismo lo ejercía con pura vehemencia.

Ya para la penúltima década del siglo XIX, el ambiente se caldeaba y se hacía casi imposible para Hostos, a causa de la tiranía de Hereaux. Su gran amigo Luperón, era ya enemigo del tirano, y a éste no le gustaban las enseñanzas de Hostos, antagónicas de su absurdo despotismo.

Llamado desde Chile, abandonó el país (21) y permaneció en aquella nación suramericana hasta 1898.

Muerto Lilís y elegido Presidente de la República Horacio Vásquez, se llamó de nuevo a Hostos, que se encontraba en Mayagüez, para que viniera a elevar la moral del pueblo. Todos lo llamaban: sus discípulos con mayor ansiedad. Y Hostos regresó a ocupar el cargo de Director General de Enseñanza, cumpliendo su misión a cabalidad.

Sus viejos discípulos ocupaban ya escaños de importancia en el Gobierno y en la vida pública (22) y los caminos estaban abiertos para que el gran maestro continuara su labor.

Pero se inició de nuevo una campaña contra las reformas proyectadas y volvieron los reaccionarios a gritar: "no queremos una escuela sin Dios".

La polémica, por momentos adquirió carácter violento e irreverente, sobre todo de parte de la clerecía, que no escatimó dicerios para zaherir al Maestro laico (22Bis).

Los discípulos de Hostos lo defendían a través del periódico *El Normalista*, que dirigían Federico Henríquez y Carvajal y Enrique Deschamps, campaña a la cual se sumó toda la prensa dominicana que entonces sabía apreciar los méritos del ilustre puertorriqueño.

Pero ya Hostos se marchitaba, se apagaba lentamente. Y murió en Santo Domingo el 11 de agosto de 1903.

Ante su tumba, en el panegírico que pronunció Federico Henríquez y Carvajal, entalló estas palabras como en piedra eterna: "Esta América infeliz que no sabe de sus grandes vivos sino cuando son sus grandes muertos".

DOS ESPAÑOLES EJEMPLARES

Dos buenos poetas españoles, radicados en Santo Domingo, han perdido resonancias universales, parvulados en su pequeño orbe de extranjeros. Uno de ellos JUAN JOSE LLOVET (1895-195...) ejerció el periodismo y formó una magnífica familia dominicana, que honra su nombre. Era un lírico de expresión espontánea, como podemos ver en el siguiente ejemplo:

*Castilla, madre Castilla,
a los extraños, extraña;
enorme rosa amarilla
abierta en medio de España.*

... ..

*Hoy que llego a tu reposo
tan doliente y mal herido
igual que un perro rabioso
acosado y perseguido*

*hoy que sé lo que tú vales
por lo que sé de esas tierras,
que no tienen recetales
ni pastores en sus sierras,*

*quiero lamentar tu ocaso
y enaltecer tu destino
alzando por ti mi vaso
de bon vino.*

... ..

*¡En qué poco te has quedado!
¡Se fueron tus poderíos
a los mares del pasado
con las aguas de tus ríos!*

*Todo porque en Barcelona
vencieron al caballero
que recogió en su tizona
las luces del mundo entero,*

*y aquel loco omnipotente
que hizo tu gloria más ancha
murió, cuerda y vulgarmente
"en un lugar de la Mancha".*

*Mas tú a renacer empieza;
serás Castilla otra vez
y tornará tu grandeza
cuando Sancho sea el juez.*

*i Volverán días lejanos
cuando cualquier galeote
tome en sus callosas manos
la lanza de don Quijote,*

*y desciiendo la espada
retornen los caballeros
a llegar a la majada
por cenar con los cabreros!*

*i Retoñará tu pasado!
i Serás lo mismo que fuiste!
i i Flotará el pendón morado
sobre todo lo que existe! !*

Llovet es un modernista: combatió acerbamente los movimientos de vanguardia y, particularmente, tuvo acres polémicas con Moreno Jimenes, en su cenáculo de la calle del Conde. Porque, como buen español, Juan José Llovet era un gran conversador y centró, entre sorbos de café, una tertulia, a la que acudían muchos intelectuales dominicanos. Su muerte fue objeto de una triste demostración de duelo.

El otro poeta fue el andaluz, de Medina Sidonia, JOSE LEBRON MORALES (1871-1945) quien hizo vida honesta y profunda en la Ciudad Primada de América — a la que amó entrañablemente — y descolló como admirable sonetista, según se puede ver en este doble ejemplo:

*La tarde estaba de perfume llena.
El sol su disco en el ocaso hundía,
y la mar, dulcemente, se dormía
sobre su lecho de mullida arena.*

*Cuando surgió, magnífica y serena,
del seno de la mar que la envolvía,
la forma grácil de la amada mía
que saturó el ambiente de azucena.*

*La brisa, entonces, suspendió su vuelo,
el rubio sol, que en el confín del cielo,
rojo de amor, la estuvo contemplando*

*de pompa y esplendor la playa viste,
y el viejo mar, abandonado y triste,
quedó junto a la arena sollozando.*

Al salir del baño.

*La pálida y oscura nebulosa
resulta al fin estrella rutilante,
del seno del carbón nace el diamante
y un arbusto espinoso da la rosa.*

*La oruga se convierte en mariposa,
y del germen letal y atosigante
que envuelve la toxina fulminante
nace la medicina milagrosa.*

*Todo tiende hacia el bien y la armonía,
sólo el alma del hombre todavía
es un enigma, es un profundo arcano,*

*la caverna ancestral aún está plena
y aún en el huerto bíblico resuena:
"Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?"*

Homo, hominis lupus.

Hay en Lebrón Morales una amalgama de romanticismo y modernismo (23), un romanticismo hecho de encendido apasionamiento y tremante ternura:

*Enfermó de tristeza y se moría
con dolor infinito y penas hondas
la pobre amiga mía,
la de pálida tez y crenchas blondas.*

*Por distraer sus penas y dolores
recítéle una vez mis pobres versos,
de los hados adversos,
que hacen morir en germen los amores.*

*Pero viendo su faz bañada en llanto,
de esos que la esperanza no mitiga,
le dije: " ¡Pobre amiga,
perdona si, aumentando tu quebranto,
lo que una flor creí se volvió ortiga! "*

*La niña, entonces, con la faz inquieta,
que un dolor apacible reflejaba,
me dijo con amor: " ¡Gracias, poeta,
tanto tiempo hacía ya que no lloraba! "*

Pero a veces acudía a la musicalidad de la espinela, tan del gusto de los modernistas, para un elogio madrigalesco:

*Blanco es el copo de nieve,
blanco es el copo de espuma,
blanco es del cisne la pluma
y blanco es el humo leve.
Blanca es la nube que, breve,
al cielo borda de encaje,
blanco es el breve celaje
que dibuja el cielo en calma:
blanco es el color de tu alma,
blanco el color de tu traje.*

*Y así te contemplo hermosa,
¡Oh, virgen de gracia llena!
como una blanca azucena
con alas de mariposa.... etc.*

Estas décimas, ejemplo de musicalidad, no era la tónica de Lebrón Morales, quien se sentía mejor con el soneto. De Lebrón Morales decía Américo Lugo, que conocía el castellano como ninguno y nació con el don de la poesía.

OTROS EXTRANJEROS ILUSTRES

Los nexos espirituales entre la República Dominicana y Venezuela han sido tan constantes como con Cuba y Puerto Rico.

Desde los días de Duarte, el Padre de la Patria, que encontró en la tierra de Bolívar segunda patria, ésta ha sido refugio de dominicanos ilustres acorralados por los rampantes avatares de la política.

Pedro Henríquez Ureña cita al dominicano JOSE MARIA ROJAS, periodista afanoso y conocedor de las cosas de economía, quien después de la independencia se asentó en Venezuela y fundó una casa editorial que usufructuaron a su muerte, sus hijos José María y Aristides. (24)

En Santo Domingo vivía el ilustre poeta venezolano JOSE MARIA BARALT (1806-1860), cuya madre era dominicana, quien llegó a alcanzar en Madrid un escaño en la Real Academia Española, donde pronunció su discurso académico en memoria de Donoso Cortés, "su obra maestra, cuya profundidad filosófica la hace muy superior a todas las demás, según Menéndez Pelayo". (25)

Baralt era un correcto escritor, que estimaba grandemente la perfección del idioma castellano, como lo prueba su importante obra *Diccionario de galicismos* (26); también escribió una interesante *Oda a Cristóbal Colón*, *Oda a la desesperación de Judas* y *Adiós a la patria*.

Pasó gran parte de su infancia en Santo Domingo, donde fue educado, y gracias a este amor por la patria de su madre, le sirvió como Ministro de la República Dominicana en Madrid, con elevada honestidad. A su muerte legó su Biblioteca a la ciudad de Santo Domingo.

La lista de venezolanos que han vivido en Santo Domingo, honrándola con su quehacer honesto y su talento, es interminable. Recordemos, entre otros, a Juan José Illas, Jacinto Regino Pachano, Leon Lameda, Manuel María Bermúdez Avila, Santiago Ponce de León, Eduardo Scanlan, Carlos T. Irwin, Juan Antonio Pérez Bonalde, Juan Pablo Rojas Paul, Andrés Mata, Horacio Blanco Fombona y otros más.

EDUARDO SCANLAN (- 1887), prácticamente desconocido en Venezuela, era un poeta trovadoresco que tuvo que abandonar su país por un duelo en el que mató a su rival, el presidente del Congreso, General Barcló, y vivió entre nosotros rica vida bohemia, cantando con bella voz y escribiendo versos mediocres muy celebrados. Unos amores adúlteros lo condujeron a una muerte trágica. (27)

JUAN ANTONIO PEREZ BONALDE (1840-1892), el genial traductor de Poe, también pasó por nuestra patria en los días de su lucha contra la tiranía de Guzmán Blanco, así como ANDRES MATA (1870-1931) el modernista de *Psalmos* y *Arias sentimentales*.

Más fecundo, por prolongado, fue el paso por nuestra tierra de HORACIO BLANCO FOMBONA, escritor combatiente y poeta que vino a nuestro país exiliado por su lucha contra la férrea tiranía de Juan Vicente Gómez, haciendo aquí vida periodística activa. Sus revistas *Bahoruco* (1930-36) y *Letras* fueron verdaderos baluartes revolucionarios que abrieron sus puertas a las mejores corrientes de la literatura dominicana.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

El 17 de junio de 1943 estalló en el Marruecos español una sublevación militar contra el Gobierno de la República Española, que presidía don Manuel Azaña, entonces muy infiltrado de fuerzas comunistas. Llegóse, incluso, a afirmar que

en alguna ciudades principales funcionaron *checas*, donde los elementos considerados reaccionarios eran cruelmente torturados.

Ostensiblemente en la contienda se debatían dos tendencias: el comunismo, representado por facciones del Gobierno republicano español (pues el elemento demócrata estaba en notoria mayoría) y los militares, que quería decir ultra derecha, representados por los rebeldes.

La República española había nacido el 14 de abril de 1931, bajo la presidencia de un gran ciudadano, don Aniceto Alcalá Zamora. Cumplido su período, asumió la presidencia Azaña.

Una semana después del levantamiento en Africa, el general Francisco Franco Bahamonde, quien se encontraba en las islas Canarias en virtual destierro, desembarcó en Algeciras y se convirtió en el líder del movimiento, pues su dirigente, el general Sanjurjo, murió en un accidente de aviación.

La guerra española duró más de un lustro y tuvo repercusiones en toda América. Del lado de los rebeldes, Alemania e Italia —que era entonces decir Hitler y Mussolini— aprovechándose de “el principio de no intervención”, proclamado por Francia e Inglaterra, volcaron su poderío sobre España, ayudando el movimiento revolucionario, con notoria alevosía, en tanto que Rusia, sin dar la cara, trataba de infiltrar su comunismo cada vez más en el movimiento republicano.

Franco tenía grandes ventajas: los dos prepotentes dictadores de derecha, que mantenían en jaque a las potencias democráticas, visiblemente acobardadas con sus amenazas de guerra, mandaron su gente y sus armas modernas a España, convirtiéndola en un infierno de muerte y destrucción. Las ciudades de Guernica y Lérida fueron borradas del mapa por las bombas teutonas. Franco también preparó ejércitos moros, que constituyeron su guardia de protección y contribuyó a hacer de aquella guerra civil un cruento y despiadado espectáculo internacional.

El general Rafael Leonidas Trujillo y Molina, entonces Presidente de la República Dominicana, como férreo dictador que era, simpatizaba secretamente con Franco, cuya fuerza caudillista admiraba, pero mantenía relaciones diplomáticas con el Gobierno español, al igual que los otros países de nuestro continente, por lo cual se vio forzado a tolerar las manifestaciones de simpatía que surgieron en un gran núcleo —el más egregio de la intelectualidad, en favor de los republicanos.

Al principio se hacían manifestaciones sonoras —sobre todo de parte de italianos facistoides— en celebración de los aparentes triunfos de los rebeldes, de los bombardeos de ciudades indefensas por los aviones germanos o los aspavientos bélicos de los camisas negras italianos. Era una manera de halagar al tirano. Pero los demócratas empezaron a manifestar frases de elogios por la valentía sin par de un pueblo que se debatía defendiendo su derecho y, en cierto modo, su viril españolía.

El primer grito de protesta airada contra el falangismo triunfante lo dio el poeta José Lebrón Morales, cuando rechazó con visible iracundia la invitación que le hicieran connotados elementos de la colonia española para que se sumara a una manifestación de simpatía hacia la causa franquista, muy del agrado de Trujillo. Lebrón Morales manifestó su adhesión “al heroico sacrificio del pueblo español” y su repudio vigoroso a la traición de Franco, a quien comparó con el Conde Julián. Otros españoles, que constituían una compacta minoría, se unieron a Lebrón Morales y formaron, ante la resentida pasividad del Dictador, un llamado *Comité Pro ayuda al pueblo español*. (28)

Entre los dominicanos que hicieron causa común con este comité figuraron a la cabeza José Angel Saviñón y José Rijo, quienes dirigieron un periódico, *República*, con el lema, “en defensa del pueblo español”. El director del periódico, Saviñón, escribía los editoriales, brillantes páginas de vigoroso estilo, que eran como un desfogue en aquellos días de acerina dictadura, y donde se identificaba muy sutilmente a Franco con Trujillo.

(29)

Hábilmente Trujillo toleraba estas manifestaciones, pero Saviñón y Rijo eran estrechamente vigilados y secretamente amenazados. Hay que tomar en cuenta que había acreditada en el país una representación diplomática del Gobierno español.

Los verdaderos intelectuales dominicanos, prontamente, se pusieron de parte de los llamados *leales*, esto es, los republicanos. Dos hechos contribuyeron al medro de esta simpatía: primero, el asesinato de gran poeta andaluz Federico García Lorca, que movió la pluma de relevantes personalidades de nuestra intelectualidad, cónsono con las manifestaciones que ya se escuchaban al nivel mundial, y la conocida simpatía de muchos de los poetas hispánicos que gozaban ya de nombradía en nuestra patria, tales: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Manuel Altolaguirre, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Pablo Neruda, León Felipe, Nicolás Guillén y otros más. (30)

Bajo esta tónica, la presencia en Santo Domingo de Angel Lázaro y don Fernando de los Ríos, representantes de la causa republicana, levantó una verdadera ola de entusiasmo. La conferencia de Angel Lázaro en un cine de la ciudad, fue tumultuosa, pues un grupo de italianos, simpatizantes de Mussolini, trataron de impedirla, interrumpiendo el discurso de presentación, ante la pasividad de las autoridades policiales, que pronunciaba el Dr. Gustavo Adolfo Mejía.

Pronto los intelectuales dominicanos lanzaron un vibrante *Manifiesto* de adhesión al pueblo español. Lo escribió Américo Lugo, y lo firmaron entre otros: Federico Henríquez y Carvajal, Gustavo Adolfo Mejía, Domingo Moreno Jimenes, Andrés Avelino, Juan Bautista Lamarche, Arquímedes Pérez Cabral, José Angel Saviñón, José Rijo, Pedro René Contín y Aybar, Pedro Mir, Mario Martínez y otros.

Entonces, un grupo de adolescentes celebró una manifestación pública en favor de la República española (31) y fueron detenidos, porque se alegó que habían tomado, indebidamente, el nombre de la Escuela Normal Superior, a la que pertenecían, cosa que no era cierta. Esa manifestación, y otra que se realizó días después, fue organizada por Mariano Lebrón Saviñón, un mozo entonces de quince años de edad

quien recibió, esa vez, una severa reprimenda amenazadora de parte del Jefe de la Policía.

Culminó todo aquello en dos hechos fundamentales: una conferencia y un libro. La conferencia fue dictada por Pedro René Contín y Aybar, y se titulaba: *Federico García Lorca, poeta popular, algo apotéosico* dentro del movimiento cultural dominicano; y el libro, *España en la sangre*, de Mario Martínez, un poemario colérico y de viriles resonancias.

LOS PRIMEROS REFUGIADOS ESPAÑOLES

La guerra civil española, con el triunfo de Franco y la instauración de su régimen, terminó el 28 de marzo de 1939, y el 4 de abril empezaron a llegar los primeros refugiados españoles. (32)

La República Dominicana le abrió su puerta de amor a un grupo de familias desesperadas que, al pisar tierra dominicana, oler sus flores, y oír la canción murmurante de sus aguas, no se sintieron extraños y menos cuando oyeron el habla armoniosa y clara de nuestro pintoresco español.

Es verdad que el régimen imperante era férreo, pero el español del siglo XX aprendió a amar la sencillez de los dominicanos y la fuerza de su noble corazón. (33)

La mayoría de esos refugiados fueron asentados en tierra de labrantío donde se le proporcionó lo necesario para el cultivo y para el atuendo de su vida. (34)

Entre esos numerosos refugiados vinieron verdaderos intelectuales que hicieron vida emocional en su nueva patria, entre otros: José Almoina Mateos, Jesús Galíndez, Alfredo Matilla Jimeno, Javier Malagón Barceló, Constancio Bernaldo Quiroz, Vicente Llorens Castillo, Amós Sabrás Guerra, Fernando Sainz Ruiz, Antonio Román Durán, Ramón Matorrel Otzet, Aurelio Matilla Jimeno, Ricardo Martín Sierra, Luis Altamirano Peña, Malaquías Gil Arostegui, Luis Felipe Lozano, Laudelino Moreno y Vicente Herrera Ayllón.

A esta primera constelación se fueron uniendo, en días sucesivos, otros nombres, como los de Bernardo Ginés de los Ríos, García del Barrio, Luis Romero Solano, Jaime Roig Padró, Rafael Troyano de los Ríos, Enrique Casal Chapí y otros.

Entre otros podemos mencionar a Justo Tur, Segundo Serrano Poncella, Eugenio Fernández Granell, Manuel Franz Grijalva, E. Suárez Picallo, etc.

Pronto este grupo de intelectuales inició una intensa vida cultural, desde la cátedra de la Universidad, desde las exposiciones pictóricas y desde la tribuna periodística. Y algunos empezaron a entrar en pugna con la tiranía imperante.

Aunque la ayuda de Trujillo a los españoles no fue desinteresada —pues se trataba de una estrategia política— sí fue asaz efectiva. Bajo su amparo pudieron medrar muchos de ellos. La mayoría quiso mantener su libre albedrío, su libertad de acción y de pensamiento, cosas que no toleraba la ensoberbecida megalomanía del tirano. Incluso hubo entre ellos comunistas militantes, como Juan Grijalva y Justo Tur, que dejaron sembrada su semilla en una juventud inquieta y atrapada, ávida de nuevos horizontes y de un anhelo de lucha. A Sobre todo Tur, que se mostraba agresivo. A nosotros por poco no nos arrastró a una peligrosa celada, cuando nos hizo asiduo colaborador de su periódico *Por la República* (con el mismo formato de *República*, el periódico que durante la guerra española dirigiera José Angel Saviñón), vocero no encubierto del comunismo internacional, que fue un día violentamente clausurado.

En diciembre de 1941 los españoles fundaron el “Centro español democrático”, pues la vieja casa de España era decididamente franquista, cuyas actividades eran artísticas, culturales, deportivas, benéficas y, sobre todo, políticas. Su presidente, Francisco Antuña, declaró: “Quiero dejar sentado, una vez más, que el Centro Español Democrático, se constituyó para ser el hogar de los republicanos españoles”.

El 24 de enero de 1942 se fundó, bajo la presidencia de Germán Pérez, el “Club juvenil español”, que funcionó en la misma sede que el Centro democrático. A estas organizaciones

siguieron otras, como: el "Racing Club", "Club catalán", "Club vasco" y "Club gallego". Estas instituciones funcionaron, principalmente, en Santo Domingo, pero también en algunas poblaciones y ciudades del interior, como Santiago de los Caballeros, La Vega, San Pedro de Macorís, San Cristóbal, El Seibo, La Romana, San Juan de la Maguana, Baní, Moca, San Francisco de Macorís y Puerto Plata.

El propio presidente Trujillo propició entre algunos españoles la fundación de un colegio que se llamó "Cristóbal Colón", para lo cual se le cedió una amplia propiedad junto al mar Caribe, colegio que fue dirigido por el Lic. Juan Pablo García, ex magistrado de Barcelona. El cuerpo de profesores lo formaban E. Suárez Picallo, Helena Pereña, Javier Malagón Barceló, Elisa Sales, Miguel María Santaesmas, Segundo Serrano Poncella y Alfredo Matilla Jimeno.

En San Pedro de Macorís, los profesores Miguel Arcedo Díaz, Pedro Atienza Simarro y Lorenzo Berdola Pardo, fundaron la Academia Benefactor Trujillo. Ambas instituciones educacionales tuvieron vida efímera y sus profesores no se cuidaron de rendir cuentas de sus actividades y de las inversiones hechas por el Gobierno dominicano. Prontamente abandonaron el país muchos de estos refugiados, asfixiados por la atmósfera de opresión en que se vivía, pero su breve paso por nuestra tierra fue fecundo.

El mas destacado de todos estos españoles lo fue, sin duda alguna, CONSTANCIO BERNARDO DE QUIROZ, humilde sabio madrileño que llegó casi de incógnito a Santo Domingo; pero tan pronto se supo de su presencia en el país fue objeto de miles de distinciones que el ilustre criminalista valoró en su justa dimensión (36). Había sido profesor de Jiménez de Asúa, quien siempre lo trató con reverente respeto, cosa que se hizo patente cuando el discípulo encontró al maestro en la Universidad de Santo Domingo, donde vino a dictar una conferencia.

Bernardo de Quiróz fue nombrado profesor de Criminología y Derecho Penal en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo. A sus cátedras acudían estudiantes de todas las facultades, ávidos de su palabra docta y

de sus cátedras amenas. Ulteriormente estas cátedras, verdadera obra maestra, fueron publicadas en sendos volúmenes.

El maestro fue llamado insistentemente de México; las ofertas que le hacían de allí eran tentadoras, y aunque don Constancio amaba entrañablemente nuestra tierra, urgencias económicas le hicieron abandonarla. El y su esposa derramaron lágrimas cuando le dijeron adiós a Santo Domingo.

También profesores en nuestra Universidad fueron Fernando Sainz, Amós Sabras Guerra, Luis Alaminos Peña, Luis Florens Lozano y Malaquías Gil.

FERNANDO A. SAINZ era pedagogo formado en la Universidad de Madrid y sicólogo de la Sorbona. En España contribuyó a efectuar cambios fundamentales en la enseñanza, desde su escaño de Consejero de Instrucción Pública y Presidente de la Reforma Escolar en las Cortes Constituyentes. Especialmente sirvió cátedras en la facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo. Fue traductor de Bertrand Russell, John Deey, Feriere Delacrohy, Mac Millan, Hillyer y Washburne.

LUIS FLORENS LOZANO ganó merecido aprecio entre los dominicanos como bien disciplinado bibliófilo. Sus lecciones de bibliotecología fueron perfectamente orientadoras.

Dos ejemplares españoles se incorporaron, de una manera definitiva, al quehacer cultural dominicano: MANUEL VALLDEPERES, catalán, traductor de poetas catalanes, y poeta él mismo, crítico de arte y periodista; y MALAQUIAS GIL, zahorí en el arte del buen hablar, co-fundador con un grupo de profesores, de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. A no ser porque Gil conserva los dejos de su habla castellana, con pura entonación peninsular, muchos lo creyeran dominicano de la más pura cepa.

Otros dos intelectuales españoles, primero afectos a Trujillo y luego sus tenaces opositores, han provocado polémicas por sus muertes misteriosas, relacionadas con la red de muerte de la tiranía: Jesús Galíndez y José Almoína.

JESUS GALINDEZ, del país vasco, llegó joven e inmaduro y aquí desarrolló un gran talento, lo que le llevó a ocupar un puesto de importancia en la Secretaría del Trabajo. Sus ideas liberales lo obligaron a abandonar el país y radicarse en Nueva York, donde se declaró contrario y hostil al Gobierno de Trujillo. Sirvió cátedra en la Universidad de Columbia y mientras preparaba una tesis de *La era de Trujillo*, publicada póstumamente, desapareció en el más profundo misterio. (37) Las versiones más aceptadas afirman que fue asesinado por los esbirros de Trujillo.

JOSE ALMOINA, por su parte, gozó de la privanza del Dictador, hasta el extremo de que fue nombrado su Secretario Particular. Sus experiencias en ese sentido fueron recogidas en su libro *Yo fui secretario de Trujillo*, que publicó en México, con conceptos asaz favorables para el régimen. Cuando se hizo opositor de su antiguo Jefe y anunció una nueva obra reveladora de secretos de entre bastidores, fue baleado en las calles de la ciudad de México.

PINTORES Y ESCULTORES ESPAÑOLES

En enero de 1944, entre los festejos con que la República Dominicana se aprestaba a celebrar su primer centenario de vida independiente, hubo un hecho que causó gran sorpresa: una exposición pictórica y plástica de artistas españoles. Esta se celebró en el Ateneo Dominicano y fue organizada por la Comisión de Refugiados Españoles Pro Centenario, que presidía don Constancio Bernaldo y Quiroz.

Lo llamativo de aquella muestra de arte fue que el público dominicano tuvo oportunidad de ver arte plástico y pictórico de vanguardia realizado con audacia europea.

Nuestros pintores revolucionarios, como Darío Suro, apenas habían concitado la admiración de una pequeña minoría. De Jaime Colson, a la sazón en Europa, se conocía muy poco.

Entre los expositores había, por lo menos, uno que gozaba de prestigio universal: José Gausachs.

En fin, si el público estaba desorientado, la crítica acogió con gran beneplácito esta muestra revolucionaria y auténtica de arte. He aquí el Catálogo de aquella muestra memorable:

- Luis Soto "Angeles 1939" (escultura)
José Gausachs "Acuarela"
Manolo Pascual "Soldado ruso" (dibujo)
Vela Zanetti "Campanario" (óleo)
José Rovira "Paisaje de San Cristóbal" (óleo)
Antonio Prats Ventós . . . "Cabeza" (óleo)
José Alloza "Concierto" (dibujo)
Toni "Nostalgia" (acuarela)
Ximpa "Cuqui" (estudio al gouache)
E. Fernández Granell . . . "Guitarrista" (óleo)

El 30 de enero, del mismo año, efectuaba José Gausachs, en la Galería Nacional de Bellas Artes, una exposición de pinturas de alta jerarquía. Con los óleos maestros alternaban buenos dibujos. No hay duda de que este admirable paisajista catalán es el mejor pintor español de los que convivió con nosotros, si hacemos abstracción de la evolución ulterior de Vela Zanetti. Gausachs lo tenía casi todo para ser un pintor de pujanza y nuestro país le obsequió la vibrante luz del trópico. Pero este fulgor radiante no fue para él un deslumbramiento; sus tonos suaves y misteriosos continuaron siendo el punto vital de su temática. Gausachs pintaba con mano maestra.

"Las figuras de Gausachs —dice su compatriota catalán, Manuel Valldeperes— con todas las resonancias íntimas de su obra anterior, son resultados y no origen, y condensan en sí un ser poético que, ligado a la tierra dominicana, a la que se ha vinculado, destila legítima esencia" (38)

En Gausachs, como si fuera un Colson, dominicano de sangre, de cepa y de rubor artístico, surge, a través de la abstracción misteriosa, la dominicanidad. Es el suyo arte

abstracto que se da puro y sugerente, regalo de emociones en la suavidad de los colores y en la firmeza de la línea. Nada revela vacilaciones en sus trazos ni desdén en sus inspiraciones; por eso logró ser lo que quiso: maestro de generaciones de pintores.

La otra figura notable de la pintura española en Santo Domingo lo es JOSE VELA ZANETTI, el muralista por excelencia. No fue maestro como Gausachs; su único discípulo, Rafael Faxas, se desvió hacia Jaime Colson, el pintor genial de la constelación dominicana.

Vela Zanetti es monumentalista figurativo y le imprime a sus figuras un vigor sorprendente. Si de alguien puede decirse que revela una superación en cada nueva obra, Vela Zanetti cumple esta trayectoria. Porque fue en nuestro país donde alcanzó su madurez pictórica y esa fama merecida de que hoy goza en su Burgos natal. El mismo lo confiesa:

"Yo hice mi camino del Arte a pie, con humildad, con tesón y con soledad. Dios, cuánta ha sido mi capacidad para consumir horas muertas, días ciegos, noches en llamas!

De aquella formación vine a ser lo que soy. Y los dominicanos están en la memoria de mi corazón.

Porque si Burgos me dio el primer aliento y la luz primera y León el impulso, a la República Dominicana debo el instrumento y el oficio; que allís, entre estertores, me hice lo que soy" (39)

La curva ascensional de su técnica se puede seguir a través de sus murales. Casi todos los edificios públicos de importancia que se construyeron en la llamada Era de Trujillo, fueron pintados por él, murales que si no revelan absoluta originalidad son el producto de una penetración en la que el artista, a través de sus ojos zahoríes, va presentándonos al hombre con todos los desmayados complejos de su personalidad. Su máximo triunfo lo alcanzó con los murales que pintó para las Naciones Unidas

en Nueva York. Estos famosos murales no son otra cosa sino “la concreción de la obra monumental que ha pintado en la República Dominicana” (40)

Vela Zanetti partió un día de nuestro país y regresó a su patria, que lo acogió como lo que era, un gran artista que hoy, triunfante, pasea su gloria por su patria grande.

Gausachs, en cambio, se quedó aquí. Ligado al paisaje dominicano, hábil- donde formó verdaderos discípulos en su clases de la Escuela de Bellas Artes y aquí murió en 1964. Las esencias de su arte son legítimas.

“En ellas —afirma Valldeperes— el sér está iluminado por facetas ocultas — las leales al artista — en las que el pintor recoge lo sustancial del hombre para, al través de la penetración, pasar de la función adjetiva de la pintura, a su función sustantiva. Por eso sus figuras son síntesis armoniosas y precisas cuya belleza conocemos a través de la revelación poética de la realidad. Es decir: conocemos su naturaleza y espíritu por las impresiones que nos deja la fisonomía plástica” (41)

EUGENIO FERNANDEZ GRANELL, angustiado español de Galicia fue la genuina representación del *surrealismo* en sus mejores esencias. Su primera exposición en Santo Domingo, en noviembre de 1943, fue una verdadera sorpresa desconcertante. Antes que admiración provocó una reacción desorientadora expectación. En aquella ocasión dijimos:

“Frente a los cuadros de Fernández Granell se han detenido muchas sonrisas frías; los que no saben decir por qué se espantan o conmueven ante la maravilla de lo creado, muestran su admiración o su encono con una sonrisa o un estremecimiento.

Granel debe sentirse dichoso de que sus cuadros arranquen sonrisas o carcajadas; su obra, por incomprensible, conmueve, y mueve e música de imbécil, que también es

pedestal para los genios, pues con el mísero guijarro que despreciamos se hace el pedestal de las estatuas que desafían los cielos” (42).

La verdad es que allí había cincuenta y cuatro cuadros llenos de símbolos, de significantes oníricos, colores vivos y figuras angustiadas. Y fue una valentía impar aventurarse con aquella exhibición en un medio todavía tan árido para estas atrevidas manifestaciones artísticas. Entonces los *Cuadernos dominicanos de cultura*, en su crónica de cultura, afirmaron: “Eugenio Fernández Granell hizo una copiosa exhibición de óleos llenos de intensidad onírica, pintados con valentía y saturados de la expresión modernista que es ley en la obra de Picasso, Matisse, Bracque, Chirico, Miró, Gris y todos los grandes modernos, y que ya antes nos diera Jaime Colson, nuestro nunca bien alabado gran pintor, y el catalán Joan Junyer, un corto tiempo huésped de Santo Domingo” (43)

Todo lo que pintaba Granell tenía nostalgias vivas de su Galicia natal. Pintó entre nosotros ávido de luz y de encanto, y luego se incorporó al movimiento de *La poesía sorprendida*, donde dibujó hermosísimas viñetas.

JOSE ROVIRA tenía preferencia por los bodegones y los paisajes. No tenía una personalidad definida y su afán de aprisionar la luz del trópico era notorio en sus cuadros. Su exposición apasionó, y en aquella ocasión escribimos:

“España ha sido para nosotros pródiga en pintores. Hace algunos días nos ocupamos de la obra creadora y angustiante de otro pintor. Aunque en diferentes aspectos hemos admirado a los también españoles Joan Junyer, el catalán de la fantasía exquisita cuyo arte desgraciadamente mal entendido, hemos perdido al alejarse de nuestras tierras; Angel Botello Barros, Vela Zanetti y Fernández Granell.

... Así, estremecido de esa emoción feliz, lleva a la tela su fantástico ensueño de colores y luz (Mediterránea, Biología, Arlequín, Merengue, etc.). Es la parte de su obra abstracta: su fantasía, hija de su corazón y de su amor; su obra que en este momento tiene algo de desconcertante, la más interesante y personal (por no decir la mejor)" (44)

Pero lo abstracto en Rovira era momentáneo: toda su inquietud fue la de apresar nuestro trópico, pintado con vivos tintes, flores de nuestros predios: *gladiolos, girasoles*.

TONI (ANTONIO BERNARD) era un caricaturista que diariamente, durante los años 1942/43/44 nos obsequiaba desde el periódico *La Nación*, con una sabrosa caricatura del acontecer político. Su tónica principal era el buen humor.

FRANCISCO RIVERO GIL estuvo muy corto lapso en el país y antes de irse dejó unos murales intrascendentes en una residencia particular de Peña Batlle.

En la plastia los españoles de la guerra tuvieron un verdadero maestro que hizo escuela: MANOLO PASCUAL.

Su escuela dejó frutos muy espléndidos, pues él formó una verdadera constelación de escultores dominicanos. Entre sus discípulos podemos mencionar al escultor dominico español Antonio Prats Ventós, y los dominicanos Luis Martínez Richiez, Radamés Mejía y Antonio Toribio.

Pascual es un escultor excepcional, de un estilo propio, un tanto rústico y de una modernidad muy española. Su sentido de la simetría y las oposiciones violentas son realmente ostensibles, lo que hacen de él un escultor audaz y original.

ANTONIO PRATS VENTOS, actual profesor de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, es para nosotros ya dominicano. Prefiere la escultura monumental y muy evolucionada, pues es amigo de las estilizaciones geométricas en eterno equilibrio. Su estilo es vigoroso, su personalidad definida. Desconcertante y activo ha creado su estilo recio y pujante. La dinámica de sus concepciones es el contraste. De aquí el que Valldeperes afirme:

“Estiliza geoméricamente las figuras para conseguir una calidad esquematizante muy personal. Las crestas de luz, neutralizadas por zonas de penumbra, ponen de manifiesto el equilibrio dinámico vital que el joven escultor consigue a base de una compensación regulada por las masas asimétricas. Se advierte en la totalidad de su obra la influencia mediterránea de su procedencia” (45)

Otro español excepcional que fue nuestro huésped por largo lapso, fue ENRIQUE CASAL CHAPI, NIETO DEL EXIMIO zarzuelista Ruperto Chapí.

Casal Chapí, es músico de altas dotes (46), hábil director de orquesta y compositor, que, al ponerse en contacto con los músicos dominicanos fue refacción poderosa suficiente para crear un ambiente inusitado de sonancias mélicas, cuando en el 1940 se le confió la dirección de la Orquesta Sinfónica Nacional, cuyo primer concierto tuvo lugar el 23 de octubre de 1943.

Fue maestro de una buena copia de compositores dominicanos. Su estilo es vanguardista.

Entre los poetas de ese grupo (ALBERTO DE PAZ Y MATEO, BALTASAR MIRO, SERRANO PONCELA y MANUEL VALLDEPERES), todos hicieron labor cultural de relevantes proporciones.

REFUGIADOS DE LA EUROPA CENTRAL

El triunfo del *nazismo* y su estúpida teoría racial desplazó de Europa una buena cantidad de refugiados, judíos en su mayoría. Muchos vinieron a nuestro país y aquí arraigaron.

El más notable de todos lo fue, sin duda, GEORGE HAUSDORF, un verdadero maestro del arte pictórico, que se incorporó al cuerpo de profesores de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Haudorf era austriaco, y tenía en su acervo una rica tradición que dio perfección a su obra. No se deslumbró con la luz del trópico, pero clarificó su niebla germánica.

Todas las técnicas le fueron conocidas.

En su primera exposición en la Galería Nacional de Bellas Artes, en 1944, había óleos, pasteles y agua fuertes; acuatintas, puntasecas y carboncillos. Especialmente pintaba paisajes, bodegones y retratos. Difícilmente pase por nuestro país un retratista con la técnica depurada de Hausdorf. Sus retratos no son una mera reproducción fotográfica: tienen vida, vida dinámica, temblor del carácter que se exterioriza en trazos definidos y colores firmes, con un conocimiento cabal de los contrastes de sombra y luz.

Hausdorf —tan arraigadamente pertinaz en sus preferencias germanas— quiso, como un homenaje a nuestra tierra, captar en sus retinas poderosas, la maravillosa vibración del paisaje dominicano.

"En el paisaje, ya detenidamente dominicano —dijeron entonces los Cuadernos Dominicanos de la Cultura— se advertía un cambio en la manera de pintar del maestro Hausdorf, quien, visiblemente impresionado por la luz tropical, ha ido buscando cada vez reproducir nuestro ambiente. Al antiguo rigor de su pintura clasicista, el trópico le ha insuflado lozanía y calidez, y se nota la actual preferencia del maestro por los azules, los verdes, los rojos, los cadmios, contrariamente a su gris, blanca, opaca paleta de otrora". (47)

En todo momento el maestro mantuvo su estilo y su personalidad.

JOSE FULOP es pintor abstracto, con cierto sentido dinámico; en cambio MOUNIA L. ANDRE tiene una pintura atormentada que retrata la angustia del hombre en figuras retorcidas y casi caricaturescas.

Entre los escritores más notables de este grupo debemos mencionar a un destacado humanista e investigador de arte a quien debemos estudios profundos y valiosos de nuestros monumentos arquitectónicos: el austríaco ERWIN WALTER

PALM. Este europeo, culto y trabajador y de un rico acervo, aprendió español en su patria para leer, estudiar y traducir al alemán la obra de Federico García Lorca, el poeta andaluz que había conocido en malas traducciones. Su libros: *La arquitectura del siglo XVIII en Santo Domingo*, (1942), *Los hospitales antiguos de La Española* (1950), y *Los monumentos arquitectónicos de La Española* (en 2 tomos), son obras maestras, joyas de descripción y de estilo que hablan elocuentemente de la calidad de esta poderosa personalidad que pasó por la República Dominicana.

ENRIQUE UCKO, hebreo alemán, quiso demostrar su agradecimiento al país que le acogió amorosamente como hijo, con un trabajo de investigación: *La fusión de sefardíes con los dominicanos* (48), donde busca el origen judío de muchas de las familias más connotadas de la República Dominicana. (49)

CONSTANT BRUSILOFF (50), antiguo militar ruso emigrado a España, después de pelear en la primera guerra europea, fue profesor de Lengua y Literatura rusas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, de donde huyó a Santo Domingo en 1939, después del triunfo nacionalista en España.

En España había escrito varias obras de lingüística, que prueban el conocimiento que tenía del español.

En Santo Domingo hizo labor periodística, en *La Nación* y tradujo al castellano el poema *El demonio*, de Miguel Lermontov. Esta traducción maestra fue publicada, con un estudio del poeta escrito por el propio traductor, e ilustraciones de Ricardo Baroja. (51)

La esposa de Constant Brusilof era la señora María Ugarte, severa y justa crítica de arte y escritora de acrisolada seriedad, que actualmente se desempeña en el periodismo.

También fungió como crítico de arte el rumano HORIA TANAZESCU.

Entre los refugiados alemanes que merecen recordación, mencionaremos a la mezzo soprano DORA MARTEN, quien fuera profesora de canto en el Conservatorio Nacional de Música y dejó al morir, en el año 1971, un muy grato recuerdo. (52).

TEATRO EXTRANJERO EN SANTO DOMINGO (1905-1929)

Sírvanos de pauta para este apartado de nuestro capítulo el libro de un testigo presencial de estas actividades, tenor de suave voz, y humilde escritor, que escribe sus memorias como quien conversa evocando arcanos episodios de su vida: AMERICO CRUZADO. (53)

Por él sabemos que hubo en el país una intensa actividad teatral en las primeras décadas del siglo, a expensas de las compañías que repetidamente nos visitaron, especialmente de teatro y de zarzuelas.

Las memorias de Cruzado no son documentales (54) y empiezan con los espectáculos del Teatro la Republicana, sito en el edificio colonial que fue en un tiempo el convento de los jesuitas.

“La Republicana, con su salón en forma de herradura y con su, aunque no muy amplio, bien acondicionado escenario, no era —como puede verlo todo el que visita la Secretaría de Estado del Tesoro— (55) muy grande; pero tenía la buena cualidad, primordial en un teatro, de estar dotado de una magnífica acústica”. (56)

Entre las compañías dramáticas que cita el autor del folleto aludido, las más importantes fueron, la Compañía de la eminente actriz dramática Luisa Martínez Casado, que visitó el país en diferentes ocasiones, entre los años 1900 y 1906, cuya directora era considerada como una de las grandes señoras del teatro, de las que pasaron por el país; la Compañía de Leopoldo Burón, en 1907, que puso en escena obras de gran dramatismo, como *Otelo* y *Hamlet* de Shakespeare, y la Compañía cómico-lírico-dramática de Ricardo Luque, a fines de 1909, que puso en escena, entre otras obras, *Tierra baja*, de Guimerá, y *Juan José*, de Joaquín Dicenta.

Américo Cruzado trae en su obrita una interesante anécdota que es fiel reflejo de los tormentosos tiempos que se vivían, y que ocurrió mientras se representaba un dramita que se llamaba *Mañana de sol*:

“Fué viendo esta obrita —dice— y mientras se desarrollaba la escena en que aquel par de ancianos recordaban los pasados tiempos de la juventud en un banco del parque cuando entró a la carrera uno de nuestros compañeros que venía de la calle donde había ido en busca de maní, y nos dio una noticia que nos dejó fríos: “Están reclutando, por ahí llevan a unos cuantos”. Decir en aquellos días “están reclutando”, equivalía a llevarse de encuentro al primero que encontraban en la calle, y entonces no había más remedio que amanecer con el uniforme de soldado de aquellos años —vestidos de fuerte azul— o lo que era peor, quizás, embarcarse en uno de los barcos de guerra nacionales que había: el Independencia o El Presidente, rumbo a sabe Dios qué punto de la República a sofocar algún brote revolucionario, a la cabeza del cual estaba alguno de los tantos generales de la época. Como es de imaginarse aquéllo cayó como una bomba. En seguida pensé no sé cuántas cosas, entre ellas, “si me agarran, ya no podré volver al teatro, “que era como quitarme la comida; Hubiéramos querido dormir dentro de La Republicana, pues ninguno se decidía a poner pie en la calle. Al fin resolvimos, después de esperar que fuera más tarde, ir saliendo uno a uno para no hacer grupo y así no llamar la atención. Cuando llegó mi turno, mientras salía escurridito y con más miedo que vergüenza, vi acercarse, como bendición del cielo, uno de los escasos coches que hacían servicio nocturno, el que me llevó hasta mi casa, donde al fin puede volver a respirar a mis anchas”. (57)

En 1911 nos visitó la compañía española de Francisco Fuentes, que al parecer prefería el teatro francés, aun cuando

puso en escena obra de Shakespeare (*Otelo*) y Benavente (*Los intereses creados*). Su gran éxito fue el *Cyrano de Bergeras*, de Rostand.

Al año siguiente, esto es, en el 1912, hubo un acontecimiento teatral de primera magnitud: la llegada de la Compañía de la gran dama mexicana del teatro Virginia Fábregas, la cual dio a conocer *La mujer X*, un drama entonces triunfante en los teatros hispanos y *La dama de las camelias*, prueba de fuego para cualquier actriz. La Fábregas fue una de las actrices mejor dotadas que tuvo Hispanoamérica y pasó sus laureles al cine, donde actuó hasta su muerte, que ocurrió en 1951.

Otras compañías que recuerda Américo Cruzado en el libro que comentamos, fueron: las de Maria Lobo Guerrero y Matilde Rueda, en 1914; la de Valdivieso, en 1916 (formada por niños entre 6 y 7 años de edad), la de Luis Blanca, la de Concepción Montes y, en 1917, la de Serrador Mari.

En el año 1918 fue objeto de entusiasmo la llegada de la Compañía Dramática Clara Zorda, y la de la actriz española Prudencia Grifell, elegante mujer que vimos, ya anciana, haciendo papeles de característica en el cine mexicano (58); en 1925, vino la Compañía argentina de Camila Quiroga.

Por fin, en 1924, se recibió la visita de una de las más grandes artistas que ha producido España, la gran María Guerrero y su esposo, el correcto caballero Fernando Díaz de Mendoza “persona que con sus modales distinguidos y fina educación, hacía honor al título de Marqués que ostentaba”. (59) Su gran triunfo en tierras dominicanas fue *La malquerida*, obra trágica y de hondo dramatismo de Jacinto Benavente.

OPERAS, OPERETAS Y ZARZUELAS

Las compañías de zarzuelas y operetas venían al país con tal periodicidad, que era corriente que en tertulias familiares, y aun los pregoneros de la calle, cantaran romanzas de zarzuelas y arias de óperas. Uno de los más afamados cantantes de aquella época —que se llamó la edad de oro de las voces—

Hipólito Lázaro, el gran tenor español de potente y cristalina voz, que había triunfado en los grandes teatros operáticos del mundo, cantó por entonces —en su primera visita— en la Primada de América. Vino en el 1917, al frente de la Compañía Bracale, que debutó, en su única noche en el Teatro Colón, con la ópera de Giuseppe Verdi, *Rigoletto*. Con él cantó, en el papel de Gilda, la famosa soprano del Metropolitan Opera House, Paggi. Lázaro estaba entonces en el apogeo de su carrera triunfal, y su aparición en el escenario del Colón, fue apoteósica:

“Desde que Lázaro apareció en escena —dice Cruzado— en medio de estruendosas ovaciones, cantando “Questa o quella, per me pari sono...” yo quedé como extasiado. Me parecía estar soñando mientras presenciaba a esas dos estrellas: Lázaro y Paggi en aquel Rigoletto como nunca había visto antes, magnífico, perfecto”. (60)

En 1919 Lázaro volvió al país y luego en 1937, ya en plena decadencia, pero aún conservando la excepcional potencia de su voz.

Muchas de las grandes compañías de zarzuela que actuaron en el antiguo teatro de la Republicana debutaban con la maravillosa zarzuela de Ruperto Chapí, *La tempestad*, una de las mejores que se han escrito en España.

Bueno es que copiemos estos conceptos del opúsculo de Américo Cruzado que venimos comentando ampliamente:

“Una nota curiosa en aquel entonces, y no es que lo noté yo, sino que era el comentario general, era el hecho de que cuando se anunciaba La tempestad, no dejaba de asistir a la función un solo habitante de San Carlos y San Miguel, público que asistía en pleno, pues tenía predilección por esta obra, con la que estaba asegurado el éxito.

Con La tempestad vi otras compañías de zarzuelas. Esto tenía como motivo el que el público que asistía la noche

del debut, podía ver en esta zarzuela la actuación de todos los artistas y apreciar la calidad de los principales.

No puedo hablar de esta zarzuela sin que inmediatamente acuda a mi memoria la fuerte impresión que me produjo la escena del primer acto en que a todos nos parecía estar pasando una verdadera tempestad, con sus relámpagos y truenos, hasta el extremo de haber llegado a asustarme. Con los ojos desmesuradamente abiertos me estremecía. (61) Tal era el realismo de esta escena y la fuerza que le imprimió la extraordinaria interpretación del bajo Alberto Morales, en el papel de don Simón" (62)

Acontecimiento especial fue la presentación de la Compañía de Adelina Vehi, cantante de gran personalidad que también debutó con *La tempestad* y en la que venía un barítono que concitó gran admiración, Joaquín García y el bajo Borrás. Entre otras cosas cantaron la ópera española de Arrieta, *Marina*, que, aunque algo trivial, requiere grandes recursos vocales de parte de sus intérpretes. Otras compañías que recuerda el evocador de estas gratas memorias fueron las de Consuelo Bailo, en 1909, que presenta, por primera vez, óperas italianas en las voces del tenor Pedro Soterra, el barítono Joaquín García, el bajo Alberto Morales y la soprano Bailo; esas óperas fueron *La traviata* y *Rigoletto*, de Verdi; *Cavalleria rusticana*, de Pietro Mascagni, y *Los payasos*, de Leoncavallo, con la novedad de que fueron cantadas en español.

Vino después la Compañía de la gran Esperanza Iris, hermosa mexicana de gracia singular para cantar las operetas y que fue llamada "la reina de la opereta".

"Es redundar, ya que mucho se ha hablado de ella —exclama entusiasmado Américo Cruzado— el decir que Esperanza Iris no tuvo nunca rival en su actuación de La viuda alegre, pues a pesar de que no era su voz una de las mejores que habíamos escuchado, la maestría y la gracia con que la interpretaba no pudo ser igualada por ninguna

actriz; maestría y gracia que derrochaba en ésta como en todas las operetas en que actuaba, lo que hizo que con sobrada justicia fuera aclamada en todo el mundo como la "Reina de la opereta". Quién podría olvidarla nunca en su inmejorable papel de la viuda Ana Glavari, cuando con toda la emoción que ella sabía imprimirle nos cantaba:

*La ninfa hechicera, la ninfa de amor,
tenía en la selva oscura mansión.
Un día de invierno la halló un cazador
y al ver sus encantos prendado quedó.
Ya repuesto de su asombro
anhelante de pasión
dijo así suspirando el cazador:*

*Ninfa divina, por ti muero yo,
te doy mi alma, tú dame tu amor,
ninfa del valle que me cautivó
calma mi triste dolor". (63)*

Esperanza Iris volvió en 1911, donde a su éxito de *La viuda alegre* agregó el de otras operetas como *Aires de primavera*, *El conde de Luxemburgo*, *El vals del amor*, *El encanto de un vals*, *Sangre vienesa*, *Juan Segundo*, *El soldado de chocolate*, *La princesa del dollar* y *La poupé*. Y de nuevo regresó en 1919, renovando sus pasados éxitos.

En 1910 se vio la compañía de zarzuelas de Luis Reyes, que alternó dramas con obras líricas, y la de Ricardo Güell, que trajo una gran tiple, Pilar Bagüez, que hizo una *Princesa del dollar*, capaz de rivalizar con la de la Iris. En 1913, la de Matilde Rueda, que estrenó *La casta Susana*; y la Compañía de óperas cómicas Gattini-Angelini. En 1915 también se vio en nuestros escenarios la compañía de zarzuelas y revistas cubanas de Raul del Monte (que vino dos veces más).

En 1917, el Teatro Independencia presentó la Compañía de operetas y zarzuelas Severini Ortiz de Zárate, que traía

relevantes figuras del género como Maria Severini, Antonio Palacios y José Ortiz de Zárate, quien volvió en 1918, dirigiendo su propia compañía; las de Clara Zorda, Milagro Crespo, María Uguetti (en más de una ocasión), la de Hermán Morita etc.

OPERAS EN SANTO DOMINGO

Antes de la inolvidable presentación de Hipólito Lázaro en Santo Domingo, se presentó en el Teatro Colón la Compañía de óperas de Miguel Sigaldi, la cual presentó obras de alta jerarquía como *La traviata*, *Rigoletto*, *Lucía de Lamermoor*, *Cavalleria rusticana*, *Il Pagliacci*, *La bohemia*, *Fausto*, *Mignon*, *Madame Butterfly*, *El trovador*, *Manon Lescaut*. etc.

En 1916 fue recibida en el mismo teatro la Compañía Silin-Gardi, que trabajo a la conocida soprano Metta Redish y la soprano dramática Benita Freeman, que agregó al repertorio ya conocido, *El trovador*, de Verdi. Esta compañía volvió en 1917 con nuevos cantantes, además de la Redish que había conquistado el público dominicano. Puso en escena, además de las óperas ya hartamente conocidas, las siguientes: *Aida*, de difícil montaje, *El barbero de Sevilla* y *El puritano*, célebres por sus dificultades vocales.

El gran acontecimiento, en 1918, fue la llegada de la Compañía Bracale, por segunda vez. Entonces la compañía no traía al gran Hipólito Lázaro, pero en su elenco venían cantantes que habían triunfado en el Metropolitan Opera House, en la Scala de Milán y en el Real de Madrid, como la soprano Tina Poli Randacio, el tenor José Pelé y el maestro Giorgio Polaco. Esta vez la compañía celebró una sola función llevando a escena una *Aida* inolvidable.

A partir de ahí la ópera prácticamente desapareció, manteniéndose con esporádicas apariciones gracias a los grandes esfuerzos del tenor Rafael Sánchez Cestero, y a las visitas que de vez en vez nos hace el maestro Carlos Piantini, acompañando al tenor Aristides Inchaustegui.

(Cuando escribimos este capítulo no se había concluido aún el Teatro Nacional, uno de los mejores del continente,

donde se presentan temporadas de óperas con todo el boato y la más depurada técnica, alternando nuestros grandes cantantes con los mejores del mundo operístico).

ESFUERZOS DOMINICANOS

Estas orientadoras y repetidas visitas de compañías exóticas pasaron a estimular un estuerzo fecundo de la juventud dominicana aficionada al bel canto.

En 1911, al partir la compañía de Esperanza Iris, quedó temporalmente en el país, a causa del nacimiento de su hijo, el bajo Santiago Marcos. Un grupo de jóvenes dominicanos, que eran aficionados al arte de la buena música, le organizó un homenaje al artista. Entre estos, al ameno historiador de estas actividades cita a Adolfo Henríquez, Salvador Sturla y Miguelito Sanz. Fue un acto inolvidable en el que se cantaron trozos de zarzuelas. Junto con el homenajeado, la soprano Esther Laclaustra, que se había distinguido por su maravillosa interpretación de *La tempestad*, de Chapí, y el cantante puertorriqueño Emilio Castro, radicados en la ciudad de Santo Domingo, hicieron el deleite del público.

“Salvador Sturla y Miguelito Sanz eran, entre los aficionados dominicanos, dos figuras sobresalientes, con grandes temperamentos artísticos, que pudieran, si hubieran querido, haber ingresado en cualquier compañía de las que nos visitaban”. (64)

Sturla, sin embargo, descolló como un gran temperamento artístico y un compositor exquisito, de melodías románticas como *Amorosa*, uno de los boleros más bellos que hemos escuchado.

Estos aficionados siguieron actuando durante los lapsos en que no se recibían visitas de compañías extranjeras.

En 1915 se formó un Cuadro Lírico dirigido por José Narciso Solá (65), un hombre ducho en el atuendo teatral,

quien además escribió sainetes y pequeñas obras que se veían en escena con gran entusiasmo del público y frialdad de la crítica. Ese Cuadro estaba formado por José N. Solá, Raudo Saldaña, amable trovador y compositor de la ciudad romántica; Emilio Julio Neco, Ismael López, Osvaldo Martínez, Braulio Lustrino y Vitelio Morillo, actor cómico que mantuvo sus exitosas presentaciones hasta altas horas de su edad.

De Solá este grupo presentó en los meses de junio y julio de 1916, una serie de obras (*El intruso*, *No mas yes*, y *Un matrimonio a lo yanqui*) que eran críticas satíricas contra la intervención norteamericana.

Para aquella época Vitelio Morillo satirizó y popularizó la célebre estampa del “negrito”.

Como en 1917, con ocasión de las presentaciones de óperas de la Compañía Sigaldi, se quedó por un tiempo en el país el barítono Marino Aineto; éste cantó dúos de *Aida* con la más grande soprano dominicana de todos los tiempos, Julieta Otero Damirón, voz cálida y potente, de vibraciones y dulzura incomparables, parigual con muchas de las divas consagradas en los escenarios universales. Su hermana, Belisa Otero, también tenía una voz cotizabile.

De la Compañía Severini-Ortiz de Zárate quedaron en el país el pintor Enrique Tarazona y el actor Juan José Bravo. Ambos fundaron familia aquí e hicieron vida artística intensa.

LOS JUEGOS FLORALES

Fabio Mota, médico y humanista, dice en el *Pórtico* su libro *Relieves alumbrados*, lo siguiente:

“Cabe decir algo de estas páginas acerca de los Juegos Florales y Provenzales, no sólo por el concurso que prestaron a su esplendor algunos de los poetas que figuran en el libro, sino además por la importancia que revistieron en el proceso de nuestro desenvolvimiento cultural, sobre todo en la tregua de 1907-1911 en la que a la luchas

fratricidas siguieron las justas de la Gaya Ciencia, los certámenes literarios que tanta luz hicieron en el caos de muchos cerebros". (66)

Estos juegos florales eran patrocinados por el Casino de la Juventud y constituían un verdadero acontecimiento en el adormilado ambiente dominicano. Toda la ciudad se conmovía con este acontecer y acudía al acto en que se galardonaban los poetas triunfadores. He aquí algunos de los resultados de estos certámenes.

1907: Max Henríquez Ureña, con medalla de oro; Valentín Giró, con medalla de oro, y Bienvenido Nouel, con mención honorífica.

1908: Juan Tomás Mejía, con la flor natural y Porfirio Herrera con dos medallas de oro, por sendos poemas premiados.

1910: Arturo Pellerano Castro, con la flor natural; Apolinar Perdomo, con la Englantina de oro; Porfirio Herrera, con la corona de laurel y una mención honorífica.

1911: Julio Piñeiro, la flor natural.

1916: Ricardo Pérez Alfonseca.

La tragedia de la ocupación norteamericana puso fin a los juegos florales, fiesta de cultura que tanto bien hizo al país.

UN CUBANO EN SANTO DOMINGO

Desde hace cierto tiempo vive en nuestro país el popularísimo poeta cubano JOSE ANGEL BUESA (1910) quien desde 1943, con su libro *Oasis* había conquistado los pueblos hispano americanos, sobre todo por la magia mélica y siempre viva de su *Poema del renunciamento* y su *Poema de la despedida*, que miles de enamorados han repetido innumeradas veces, en noches adorables de olvido y de perdón.

José Angel Buesa, de inspiración fácil, metáforas sugestivas y sonoros versos, muy correctos, es hoy por hoy el más conocido entre los poetas hispánicos. La luz de su poesía, excepcionalmente brillante, penetra en los círculos más apartados, en el solemne rigorismo de un salón aristocrático o en la temblorosa emoción tabernaria donde, como prodigio de sugerencias, se oye la voz declamante de un nocherniego amoroso:

*Yo unté de besos tu boca roja,
tu boca dulce como un regreso,
y en cada árbol fue cada hoja
un eco verde de cada beso.*

o la sollozante quejumbre de la renuncia dolorida:

*Y si un día una lágrima denuncia mi tormento,
el tormento infinito que te debo ocultar,
te diré sonriendo: "no es nada... ha sido el viento".
Me enjugaré la lágrima, y jamás lo sabrás!*

Buesa ha encontrado paz y admiración en la que él llama su segunda patria, y ha escrito, como señal de agradecimiento, un antológico y elegante canto a Juan Pablo Duarte.

NOTAS DEL CAPITULO XXII

(1) Max Henríquez Ureña. "Panorama histórico de la literatura dominicana". Rio de Janeiro. 1945.

(2) M. Henríquez U. Ob. cit.

(3) M. Henríquez. Ob. cit.

(4) Una de sus hijas, Celeste Woss y Gil, es una excelente pintora, maestra de generaciones en este arte.

(5) Escribió unos versos en inglés que tituló "To an artist", y que luego tradujo al español en prosa.

(6) Ob. cit.

(7) Ob. cit.

(8) Manuel de la Cruz, el crítico cubano habla de "aquellos hijos de la vecina isla de Santo Domingo que, al emigrar a nuestra patria en las postrimerías del siglo

XVIII dieron grandísimo impulso al desarrollo de la cultura", siendo para algunos verdaderas emigraciones civilizadoras.

(9) He aquí los títulos de algunos de esos artículos: "Inmigración y colonización", "Baní, como ejemplo del deber de contribución", "Duarte y Sánchez como ejemplo de adhesión", "El Sur como ejemplo de amor a la independencia", etc.

(10) Ob. cit.

(11) Pedro Troncoso Sánchez. "Lo perenne en Hostos" Conferencia en la Biblioteca Nacional. 30 de agosto de 1971.

(12) Ob. cit.

(13) Véase el capítulo dedicado a la Educación.

(14) Citado por Max Henríquez Ureña.

(15) Ibd.

(16) Citado por Troncoso Sánchez.

(17) Ibd.

(18) Ibd.

(19) Otras educadoras de la misma escuela fueron: Josefa Puello, fundadora de una Escuela infantil; Altagracia Henríquez de Coiscou, Leonor M. de Feltz, Catalina Francisca Poy y Averlo, y Mercedes Luisa Aguiar, a quien Max Henríquez Ureña llama infatigable, agregando: "modelo de maestras para quien el magisterio ha sido un sacerdocio al cual ha consagrado toda su vida".

(20) El Padre Billini refutó este folleto de Hostos, con otro follero que tituló casi igual: "Frutos de la Normal de Santo Domingo". Según Rodríguez Demorizi, al final Billini reconoció la labor de Hostos.

(21) Hostos viajó varias veces: estudió en Bilbao y en Madrid, en cuyo Ateneo pronunció el 20 de diciembre de 1868, su primer discurso acerca de su ideal de libertad antillana; entre 1873 y 1874 estuvo en Santiago de Chile, donde produjo sus maravillosos ensayos de Hamlet y Plácido. Pasó a Buenos Aires donde fundó una sociedad en pro de la independencia de Cuba, rehusando la cátedra de filosofía que se le ofreció. Pasó a América del Norte y ya en 1875 estaba en Puerto Plata, donde estuvo algunos meses antes de pasar a Nueva York (1876). Permaneció algunos meses en la urbe norteamericana, donde fundó en 1876 la Liga de Independientes. Con la misma misión estuvo en Caracas en 1876 y 1878, casándose en 1877 con la dama cubana María Belinda de Ayala. En 1879 volvió a Santo Domingo donde realizó su fecunda labor, de la que tanto nos ufamamos los dominicanos. Llamado por el presidente Balmaceda, de Chile, partió hacia allí en 1890 y rindió una gran labor, hasta 1898 cuando regresó, definitivamente a nuestro país.

(22) He aquí una lista parcial de los discípulos dominicanos de Hostos: Salomé Ureña de Henríquez, Federico Henríquez y Carvajal, Francisco Henríquez y Carvajal, Emilio Prudhonme, Federico Velásquez y Hernández, Aristides Fiallo Cabral, Francisco J. Peynado, Félix Evaristo Mejía, Américo Lugo, Rodolfo Coiscou, Barón Coiscou, Arturo Grullón, Aristides García Mella, Lucas Gibbes, Andrejulio Aybar, Pelegrín Castillo, Emilio C. Joubert, Luis Weber, etc.

(22 bis.) Particularmente fueron violentos los del Pbro. Conrado Castellanos y del publicista Antonio Alfau y Baralt.

(23) De los románticos prefería el apasionamiento de los temas—donde tiene gran espacio el amor— y las octavas italianas, que obedecen a la rima abbcdeec.

(24) Pedro Henríquez Ureña. "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo". Buenos Aires. 1936.

(25) P. Henríquez U. Ob. cit.

(26) Según Caillet-Bois "el excesivo rigor de su "Diccionario de gacicismo" (1885);

(27) De Scanlan escribimos, en el final de la conferencia "Azua la gloriosa y la mártir": "Este personaje apareció una vez en la villa donde Hernán Cortés había paseado su sueño de gloria y se instaló en la calle Constitucional, hoy Miguel Angel Garrido.

"Pronto supieron algunos detalles de su vida. En el periódico El Nacional del 29 de julio de 1883 publicó el siguiente anuncio: "Eduardo Scanlan, Profesor de inglés, tiene la honra de ofrecer sus servicios a esta culta sociedad".

Eduardo Scanlan era venezolano, a quien un trance mortal, en el que le tocó matar en duelo honroso, por controversias políticas, al General Barceló, Presidente de la Cámara de Diputados de Venezuela, lo llevó por breve lapso a la cárcel y luego a La Habana, de donde pasó a Azua.

El poeta venezolano era alto, de sobria hermosura viril y elegante. Rasgueaba la guitarra y entonaba canciones melodiosas, casi siempre tristes, de su propia inspiración. En Azua, la candente y la pródiga en hospitalidad, se sentía bien, pero la fría escarcha de la nostalgia mojaba su frente. Y algo más. Loweski Monzón, un joven azuano de la época, nos dice: "Un intenso dolor doblegaba de vez en vez aquel carácter y un nombre que balbuceaban sus labios: el de Rosa, la esposa ausente, resumía todo un doloroso poema que cuando a solas monologaba, sin duda hacía caer sobre su corazón lágrimas íntimas, las más dolorosas y sentidas".

Este recuerdo angustiante era una espina terca en su alma y un valladar al anhelar indiscreto de las miradas femeninas que buscaban henchir las ternuras de sus senos con su amor.

"El poeta no había de permanecer mucho tiempo en el caldeado y estrecho ámbito de Azua —apunta Emilio Rodríguez Demorizi—. A la fruta dulce y seca, madura bajo eterno sol, ya le había exprimido todo el zumo. Vuelve entonces a Santo Domingo, donde ya comienza a imperar la recia dictadura de Ulises Hereaux, en todas las lides. Pronto disfruta de las simpatías de Lilís, de quien recibe singulares mercedes, porque el tirano sabe cuanto valen el talento y la hombría".

De noche, bajo la luna grande con su elástico fulgor plateado, la voz de Scanlan y sus canciones quejumbrosas, acelera corazones. Lo mismo que Héctor Díaz, ama imposibles. Ahora se esfuma en sus recuerdos la esposa ausente y la hermosura de la mujer cautiva arde ideal en una llama de amor incontenido, que se deshace en cenizas de imposibles: "sé que soy para ti cual flor marchita/ sin atractivos ya,/ y tú la mariposa que desprecias/ esta flor al pasar. Sé que soy como lago de agua escaso/ bajo el ardiente sol/ y tu gallardo cisne que alza el vuelo/ a otro lago mejor. Sé que soy para ti cual ese polvo/ que huellas con tus pies,/ y yo envidio ese polvo... y lo he besado/ más de una vez! - Y busco tu presencia, y busco verte/ porque verte es vivir;/ y maldigo las sombras de la noche/ que te ocultan de mí.- Si supiera de ti, si me dijeras/ que gozas en mi afán,/ esta odiosa existencia la amaría/ mirándote gozar.- Mas, cese mi gemir! No te importune/ mi quejumbre voz! / Qué menos puede darte el alma mía/ que su eterno dolor? ".

Scanlan ha encontrado el amor soñando, pero es, en esencia, un amor prohibido. La ha visto deslumbrante en un baile y una pasión violenta lo ahoga. Ella le dice que es casada. Su esposo es el General Santiago Perez, Diputado al Congreso Nacional, hombre de quien Lilís recela, por su hombría y valor, y de quien desea verse libre. Scanlan insiste y le canta su serenata, que arranca, desde su lecho mullido,

lágrimas de estremecientes ternuras a la mujer deseada "joven de imaginación volcánica y de pasiones violetas" Y le canta: "No te enfades, niña hermosa,/ porque al pie de tu balcón/ mi laúd triste murmura/ su ternísima canción.- Este amor que me enajena/ es un desgraciado amor,/ el decirlo es el consuelo/ de mi pobre corazón.- Sé que hay un imposible,/ imposible de salvar,/ y por eso más te quiero/ y te adoro mucho más.- Mis canciones, niña bella,/ no te lleguen a enfadar:/ tenme lástima, siquiera,/ y siquiera ten piedad."

El esposo oye y recela. Una terca gota de llanto tiembla, como aljófár de rocío, en el saco lagrimal de la mujer, que no duerme, convulsionado su pecho por una desesperada pasión. Y Scanlan le habla en su único lenguaje persuasivo, el de sus versos: "Por qué te conocí para martirios míos/ si siempre he de callar lo que decirte ansío? / En vano es que yo quiera dar rienda a mi pasión/ si existe una quimera, un cielo, una ilusión."

El último eslabón de resistencia se rompe al fin. La impetuosa mujer cae en los brazos del audaz y romántico conquistador. El no es discreto; quiere que todos conozcan su suerte y su dicha. Ahora su canción es más optimista, aunque tan ardorosa y pasional como antes: "Yo me quemo, mujer, en tus ojos/ cuando tierna me miras así/ y sumisa mi alma de hinojos/ se prosterna, mi bien, ante ti.- Dios, sin duda, al poner en tus labios/ esa voz que electriza mi ser,/ quiso así mitigar mis agravios/ que me abruma, querida mujer.- Arrojada en mi triste camino,/ cual un ángel de amor, te encontré/ y al mirar tu semblante divino/ a tu lado mi pena olvidé.- Y yo, entonces, sin tino y sin calma,/ iba en pos de ventura fugaz;/ quiso Dios que encontrara en tu alma/ los torrentes de dicha y de paz."

Santiago Pérez, domador de hombres, fiero luchador de batallas, se siente herido ante la verdad de su deshonra. Ama también a la ingrata y no quiere un escándalo. Scanlan pasa frente a su casa, en la calle del Conde, exhibiendo su dicha pecaminosa como una flor al pecho. Félix María del Monte, cuenta, desde su escaño de la defensa: "Convencido el ultrajado esposo de que ya no posee el afecto de su esposa; viendo a aquel amante dándole el epíteto de infame, que la aconsejaba, o mejor dicho le ordenaba que no lo siguiera a Samaná, que se retirara al seno de su familia, y que confiara en que él la protegería y que ella sería suya; convencido al fin de su tremenda desgracia, y de que nada tenía que esperar de la ley, en cuando a la disolución del vínculo, que ya la esposa había disuelto por su parte, dejándole envuelto entre sus lazos; la dijo después de la confesión de su delito, con toda la calma que pudo afectar en momento tan supremo: —Yo te perdono y no quiero un escándalo. Haré en tu obsequio un sacrificio más cruento: el de pasar por un mal esposo... sí, yo me ausentaré de la Capital aparentando que te abandono; y pasados tres o cuatro meses durante cuyo tiempo hayas figurado como víctima desgraciada, podrás irte con tu amante a gozar lejos de mí de la felicidad con que te brinda. A semejantes palabras ella contestó: — ojalá que me mataras porque tu generosidad me hace calle daño que la muerte".

Era el 9 de marzo de 1887. A ojos vista Scanlan pasa por la calle del Conde ante el balcón de la infiel. La silba como siempre, para que salga al balcón. Pero quien sale, rifle en mano, es el esposo, uno de los mejores tiradores del país; apunta y dispara. El poeta empuña su revólver, pero no puede tirar; se desploma muerto.

Desde su trono, Lilís, protervo y fiero, salta de gozo. El esperaba ese desenlace para librarse del peligroso adversario que era Santiago Pérez. No importa que el general burlado haya matado para lavar su honor; no importa que imponente y

octogenario, Félix Marfa del Monte haga una defensa magistral del acusado. El día 2 de mayo de 1887, obedeciendo órdenes de Liffs, se pronuncia la temida sentencia: "Que debe condenar y condena al reo General Santiago Pérez, convicto del crimen de homicidio voluntario con premeditación y acechanza, a la pena de muerte".

Santiago Pérez, de pie, sonrío amargamente. Los jueces que han firmado su sentencia son sus amigos: Manuel de Jesús Galván, Jacinto de Castro, Manuel Pina y Benítez, José Salado y Mota, y el Fiscal, Pedro Tomás Garrido. Los ve imperturbables, pero pálidos, y dice: "Misterios de la providencia. Hoy cumpla treinta y seis años y hoy se fulmina contra mí una sentencia de muerte. No quiero discutir si esa sentencia es o no justa. Debe serlo, puesto que los honorables jueces, todos amigos, la han dictado contra mí". Se calla, se vuelve de nuevo a sus jueces, y mirando a Galván exclama con voz poderosa y emocionada: "Señor presidente, estimado amigo, antes de bajar a la tumba quiero darle un abrazo". Galván se pone en pie, como movido por un resorte, baja los peldaños y abraza al condenado. En el público hay rumores de protesta; se sabe que lo que se ha pronunciado no es la sentencia de la justicia, sino la prepotente voz del tirano. Todos protestan: los amigos de Scanlan, el Cuerpo consular, presidido por Monseñor d'Emilia; comisiones de damas y señoritas, la colonia venezolana, formada por grandes amigos de Scanlan. Todo inútil. La sentencia se cumple.

He aquí como ilumina Rodríguez Demorizi los instantes finales del bravo general Santiago Pérez: "Al fin Santiago Pérez es conducido al Cementerio, seguido por grandes acompañamientos de amigos y de curiosos, como si asistiera a su propio entierro. Van entre los sacerdotes Carlos y Adolfo Nouel. Detrás, la tropa, fusil al hombro. A medida que avanza el fúnebre séquito crece el número de espectadores que llena la calle". Ya en el sitio de la ejecución, Santiago Pérez se reviste de estoica firmeza. Se descubre la cabeza altiva, y obsequia a Rafael Galván el fino sombrero de panamá, y a Dundún Marty le pide que cuando caiga le cubra el rostro con un pañuelo.

Antes de que el piquete del teniente Juan Mota descargue sus carabinas Santiago Pérez habla con voz clara y vibrante: "¡Pueblo! Aquí está el hombre por quien pedías la vida ayer.... ¡Pueblo! ..." Con la voz del reo se confundió la voz de mando del Teniente Mota, sable en alto: "¡Fuego!". Una cerrada descarga dejó truncas las palabras del victimario de Scanlan y entre el humo de la fusilería vieron los curiosos bambolear y caer pesadamente el cuerpo del ajusticiado. Avanzó el Teniente Mota y en la misma sien le hizo el reglamentario tiro de gracia. Sobre el rostro ensangrentado Dundún Marty le extendió un pañuelo blanco".

La multitud quedó estática, conmovida, llorosa; las sombras de la tarde iban extendiendo sus alas de noche y silencio, cuando a lo lejos se oyó un sollozo prolongado y sonoro, como trágico bordón de protesta... El toque se repitió... sonoro... lúgubre... lento... sollozante... Don... don... don. Era, justamente, el grito de protesta con que el Padre Billini respondía al crimen político que se acababa de perpetuar, con el bronce sollozante de las campanas de la Iglesia Regina Angelorum... Todos los culpables sentían resonar en lo hondo de su alma aquella nota grave y trágica... don... don... don... Y en una habitación oscura una mujer lloraba desoladoramente, ante el abismo caliginoso que se abría a sus pies. ¿Por cuál de los dos muertos lloraba?

(28) El "Comité Pro ayuda al pueblo español" fue presidido por el comerciante español Antonio Piñeyro, y formaban parte del mismo los españoles José

Lebrón Morales, Fruto Cárcamo, Francisco Antuña, J. Antoñanza, Antonio Ocaña, Francisco Fernández Fierro y otros.

(29) Aunque nunca osó aludir directamente a Trujillo, el periódico traía frases como éstas: "No nos explicamos cómo hay intelectuales que en el caso español dicen estar con el pueblo y, sin embargo, loan tiranos de estas tierras".

(30) A César Vallejo lo dimos a conocer nosotros a través del periódico República, en la República Dominicana.

(31) Sus nombres eran: Mariano Lebrón Saviñón, Francisco Javier Cuello Fafá, Antonio Ocaña hijo, Luis Creales y Luis Creales y Luis Escoto Gómez, éste último asesinado más tarde por la tiranía.

(32) Los grupos se sucedieron: 2 y 29 de mayo, 27 de junio, 7 de octubre, y 7 y 22 de noviembre, 19 de diciembre, así como enero, febrero y marzo de 1940.

(33) Relata el ilustre jurista don Constancio Bernardo y Quiroz que cuando llegó a Puerto Plata con su familia, sin recursos y desolado, aunque nadie lo conocía, el pueblo en masa acudió en su ayuda, y pronto se vio instalado aceptablemente.

(34) Se les asignaron terrenos en los lugares de: Medina (San Cristóbal), Juan de Herrera (San Juan de la Maguana), El Llano (Las Matas de Farfán), El valle (Sabana de la Mar), colonia Pedro Sánchez (El Seibo) y colonia Libertad (Dajabón).

(35) "Por la República". No. 37 (Segunda quincena) Septiembre de 1943.

(36) El Dr. Constancio Bernaldo de Quiroz y Pérez, natural de Madrid, desempeñó en su patria los siguientes cargos: Jefe del Servicio de Política Social Agraria del Ministerio de Trabajo, Catedrático de Política Social Agraria del Ministerio de Trabajo, Catedrático de Política Social Agraria, en la Escuela de dicho Ministerio; Miembro del Instituto de Estudios penales de Madrid, Consejero Técnico de la Delegación Gubernamental española en las conferencias anuales de la Oficina Internacional del Trabajo (B.G.T.) de Ginebra, Suiza, y vicepresidente de honor del V Congreso Internacional para la unificación del Derecho Penal, reunido en Madrid en 1933. Fue, además, miembro del Instituto Coímbra de Portugal y de la Asociación Dactiloscópica Argentina, de Buenos Aires así como socio honorario del Club Alpino español; Presidente de honor de la agrupación alpina "Peñalaría" etc. Publicó numerosas obras sobre sus especialidades. En la República Dominicana publicó: "Cursillo de criminología y derecho penal", profesorado en la Universidad de Santo Domingo en la primavera de 1940; "Criminología dominicana" (en las Actas del Primer Congreso de Procuradores, Tomo III), "Criminalidad femenina", en la Revista Jurídica dominicana, "Penalidad en el código negro de la isla Española" en el Boletín del Archivo General de la Nación, "Las tres fases del Derecho Penal", conferencia en el Ateneo de San Pedro de Macorís, "Oriente en España: Andalucía y Marruecos", conferencia en el Centro español democrático, publicada en la revista Libanesa; "La picota en Santo Domingo" en La Nación, "Hachas de piedra y piedras de ágüña", en Cuadernos dominicanos de cultura, "Comegente, el monstruo sádico", en Cuadernos dominicanos de Cultura, etc.

(37) Según versión generalizada, Galíndez fue secuestrado en una calle de Nueva York, y se dice que dos esbirros, disfrazados de enfermeros, lo llevaron, endrogado, en una camilla, a un avión, en un aeródromo moderno, en el que fue traído a Santo Domingo, donde lo asesinaron por orden de Trujillo.

(38) Manuel Valldeperes. "El arte de nuestro tiempo". Colección Pensamiento dominicano. Santo Domingo. 1957.

- (39) Victoriano Cremer. "El libro de Vela Zanetti". Ibérico Europea Ed. 1974.
- (40) M. Valldeperes. Ob. cit.
- (41) Ob. cit.
- (42) Mariano Lebrón Saviñón. "En la galería de Bellas Artes". La Nación. 4 de nov. de 1943.
- (43) Pedro René Contín Aybar. Exposiciones. Cuadernos dominicanos de cultura. No. 3. 1943.
- (44) Mariano Lebrón Saviñón. "En la galería de Bellas Artes". La Nación. 4 de nov. de 1943.
- (45) Ob. cit.
- (46) Estudió en el Conservatorio de Madrid, y se graduó en 1936, cuando contaba 27 años de edad, en la clase de Conrado del Campo.
- (47) "Pintura" Cuadernos dominicanos de cultura. No. 16 Diciembre. 1944.
- (48) Cuadernos dominicanos de cultura. No. 25 Noviembre de 1944.
- (49) Algunos de los apellidos judíos que nos da Ucko son los siguientes: Pardo (en una tumba judía datada del 6 de diciembre de 1826), Marchena, López-Penha, Curiel, Cohén, Henríquez, Naar, Pereira, Maduro, Lamarche, etc.
- (50) Su nombre era Konstantin Alexeivich.
- (51) Cuadernos dominicanos de cultura. No. 11. Julio de 1944.
- (52) Dora Marten murió mientras escribíamos este capítulo.
- (53) Américo Cruzado. El teatro en Santo Domingo (1905-1927). Ed. Montalvo. Sto. Dgo. 1952.
- (54) Américo Cruzado dice: "No encontrarán en estas memorias datos tomados de ningún libro ni periódico, salvedad que hago por si incurriere en algún error u omisión"... "Lo aquí narrado es única y exclusivamente lo que desde muy temprana edad vi, palpé, viví muy de cerca, ora entre bastidores, ora como simple espectador en La Republicana, El Apolo, El Independencia o El Colón".
- (55) Para la época en la que Américo Cruzado escribió sus memorias, en el antiguo edificio donde se establecieron los jesuitas y que se adaptó para el Teatro la Republicana, estuvo la Secretaría del Tesoro. Actualmente se encuentra allí el Panteón Nacional.
- (56) A. Cruzado. Ob. cit.
- (57) Ob. cit.
- (58) Prudencia Grifell recitó la noche de su debut la poesía del poeta español Francisco Villaespesa, "Saludo a Santo Domingo", que escribiera éste con ocasión de su visita a la República Dominicana, como protesta por la ocupación yanqui.
- (59) A. Cruzado. Ob. cit.
- (60) Ob. cit.
- (61) El autor era un muchacho para la época de estas evocaciones.
- (62) Ob. cit.
- (63) Ob. cit.
- (64) A. Cruzado. Ob. cit.
- (65) Era el padre de Monina Solá una de las grandes actrices de nuestro país.
- (66) Fabio Mota. Relieves alumbrados. Santo Domingo. 1971.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en el mes de mayo de 1982. Composición: Félix Santiago Núñez; Diagramación: Nelson Martínez, Máximo García y Apolinar Cuevas; Fotomecánica: Francisco Tavárez y José Altagracia Bussi; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José María Díaz, Héctor Santana, Socorro Mendoza, Agustín Batista, Santiago Ortiz y Euri Antonio Hernández.

